



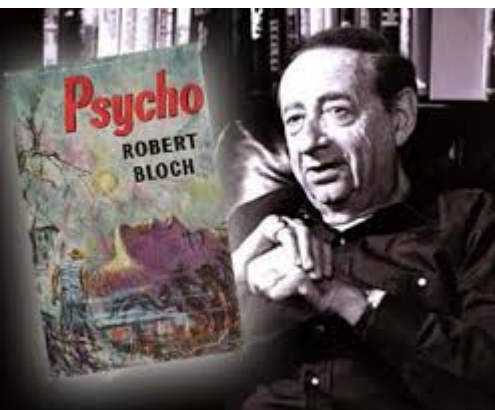
ROBERT BLOCH - Biografía y Compilado De Relatos :

Robert Bloch, nacido en Chicago el 5 de abril de 1917, publicó su primer relato, LILIES, en 1934 en la revista amateur Marvel Tales, y su primera venta profesional fue ese mismo año para Weird Tales, con THE SECRET IN THE TOMB, aunque aparecería impresa en primer lugar una historia posterior, THE FEAST IN THE ABBEY. El joven Bloch era un entusiasta atraído por los temas fantásticos desde que, a la edad de nueve años, contemplara a Lon Chaney interpretar la versión muda de PHANTOM OF THE OPERA. Este feliz descubrimiento se vería reforzado pronto con la lectura de Edgar Allan Poe y la revista Weird Tales, en especial de las poderosas fantasías de H. P. Lovecraft, con el que empezó a cartearse siendo todavía un adolescente.

Era inevitable que el novel escritor resultara deslumbrado por el maestro y muy pronto fue absorbido en el llamado Círculo de Lovecraft. A la manera de August Derleth, Clark Ashton Smith y Frank Belknap Long, contribuyó a los Mitos de Cthulhu con un nuevo libro maldito, DE VERMIS MYSTERIIS, de Ludvig Prinn, y narraciones como THE FACELESS GOD (1936), THE DARK DEMON (1936) o la tardía e interesante (por su redacción como diario infantil) NOTEBOOK FOUND IN A DESERT HOUSE (1951). De cualquier forma, sus relatos más recordados del ciclo son, hoy en día, los que protagonizaron un curioso juego literario con el mismo Lovecraft.

En 1935 Robert Bloch publicó en Weird Tales THE SHAMBLER FROM THE STARS, donde un místico de Providence, fácilmente identificable como Lovecraft, tiene un horrible final tras recitar imprudentemente un pasaje de DE VERMIS MYSTERIIS. Antes de ofrecer el relato a la revista, Bloch había tomado la precaución de solicitar el permiso de Lovecraft para matarle, a lo que éste accedió con muy pocos reparos, incluso por escrito:

A quien corresponda:



Certifico que Robert Bloch (...) queda plenamente autorizado para retratar, matar, aniquilar, desintegrar, transfigurar, metamorfosear o bien maltratar al abajo firmante en el cuento titulado THE SHAMBLER FROM THE STARS.

Pese a esta autorización, Lovecraft no dudó en replicar a Bloch haciéndole, a su vez, víctima de otra criatura sobrenatural, bajo la transparente identidad del escritor de relatos de terror Robert Blake. Eso sucedía en THE HAUNTER OF THE DARK, publicado por Weird Tales en diciembre de 1936. Ya muerto el maestro, y como homenaje, Robert

Bloch cerró este intercambio de truculentas imaginaciones con el relato THE SHADOW FROM THE STEEPLE (1950). En esta ocasión Lovecraft ya aparece como tal, imbricado en la narración como amigo del fallecido Robert Blake y cronista de su muerte.

Tras la desaparición o abandono de sus autores más carismáticos (H.P. Lovecraft, Robert E. Howard y Clark Ashton Smith), Weird Tales entró en una lenta pero imparable decadencia y Bloch empezó a explorar otros géneros y mercados. Ya en 1936 había escrito sus primeros guiones radiofónicos para los cómicos Roy Atwel y la pareja Stoopnagle y Budd. Más tarde, en 1944, adaptó treinta y nueve de sus historias para el programa Stay Tuned for Terror. También, como Kuttner, Long o Bradbury, que empezaron a escribir profesionalmente con relatos macabros para Weird Tales, se sintió tentado de probar el joven y vital género de la ciencia ficción.

Ya de joven publicó relatos en revistas pulp, y elaboró fanzines sobre ciencia ficción. Formó parte

del círculo de admiradores de H.P. Lovecraft, con quien se carteaba y por el que fue muy influenciado en una primera época, si bien desarrolló posteriormente un estilo muy propio. Trabajó como guionista cinematográfico y también como adaptador de sus propias novelas, siendo ejemplo famoso la adaptación de Psicosis, que sería dirigida por Hitchcock. Logró numerosos premios a su labor literaria, como el Hugo y el Bram Stoker. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Misterio de América.

Su producción se compone de numerosísimos relatos cortos y novelas. Cultivó los géneros de la fantasía, terror y ciencia ficción.

En 1959, escribió la novela Psicosis. Es la historia de un joven (Norman Bates) dominado por su madre, y comete unos asesinatos en el motel propiedad de su familia. La novela se inspiró en los hechos reales sobre el asesino en serie de Wisconsin, Ed gein. La idea de que alguien tenía una doble vida ser un asesino y además ser un joven introvertido fue la base para la novela de Bloch. Con esta idea base, completó el primer borrador de la novela en 6 semanas. Después de pulirla, fue vendida a Simon & Schuster. Novela de suspenso, bien servida gracias a la habilidad de Bloch de causar estremecimientos al lector mediante un juicioso uso de las palabras.

La celebridad de Robert Bloch se debe principalmente de esta novela adaptada fielmente por Joseph Stefano para el filme del mismo título dirigido por Alfred Hitchcock en 1960.

En 1960 se le publicó la novela The Dead Beat y relatos cortos Pleasant Dreams. Su guión propio más conocido es el que escribió para la película The Night Walker (Amor entre sombras, 1964), del director William Castle. Escribió guiones para la serie Star Trek, y trabajó para varias series de televisión, como la presentada por el actor de cine de terror Boris Karloff, titulada Thriller. Intervino en la antología de ciencia-ficción del escritor Harlan Ellison titulada Dangerous Visions ('Visiones macabras'). Su relato A Toy for Juliette (Un juguete para Juliette) evocaba conjuntamente al Marqués de Sade y a Jack el Destripador.

Muere el 23 de septiembre de 1994, siendo enterrado en el Cementerio Westwood Village Memorial Park de Los Ángeles.

OBRAS DESTACADAS DE ROBERT BLOCH :

Amanecer
Carta Abierta A H P Lovecraft
Casi Humano
Colección libros
Colección libros de Robert Bloch
Como Un Dios
Cria Cuervos
Cuaderno Hallado En Una Casa Deshabitada
Cuentos De Humor Negro
Cuestion De Etiqueta
Cuestion De Suerte
Dulces Para Esa Dulzura
El Aprendiz De Brujo
El Beso Siniestro
El Cuarto De Goma
El Demonio En La Tierra
El Extraño Vuelo De Richard Clayton
El Hombre Que Se Parecia A Napoleon
El Homunculo

El Horror que Nos Acecha
El Ojo Implacable
El Que Cierra El Camino
El Terror Volvio A Holly
El vampiro estelar
En La Orilla Del Agua
En Los Limites De La Realidad
Enlace Con Otros Mundos
Ensayo Al Viejo Estilo
Escalofrrios
Espej
Espons
Eternamente Y Amen
Hablame De Ho
Hielase La Sangre
Hierba Gatera
Hombre con manias
La Cabeza
La Guadaña
La Modelo
La Mueca Del Mons
La Nadadora Roja
La Noche Del Destripador
La Nueva Temporada
La Risa Del Vam
La Sombra Que Huyo Del Capitel
Las Figurillas De Barro
Las Lentes Engañosas
Lori
Los Yugoslavos
Madre De Serpientes 1964
Mi monstruo de ojos saltones
Mi Mounstruo De Ojos Saltones
Mundo Oscuro
Nadie Se Burla De Los Dioses
Piromano
Psicosis
Psicosis 2 El Regreso De Norman
Que Viene El Lobo
Reseña biografica
Sucedio Mañana
Suyo Afectisimo Jack El Destripador
Tal
Terror
Traicion
Tren Al Infierno
Tres Relatos
Un Crimen Fuera De Lo Corriente
Un hombre con una aficion
Un Juguete Para Juliette
Un Recuerdo Personal
Una Botella De Gin

LA RISA DEL VAMPIRO-EL VAMPIRO ESTELAR-ALGO LLAMADO ENOCH-CUADERNO HALLADO EN UNA CASA DESHABITADA-UNA CUESTIÓN DE IDENTIDAD-EL HOMUNCULO-EL DEMONIO EN LA TIERRA-EL BESO SINIESTRO-LA CAPA-LOS OJOS DE LA MOMIA-ATENTAMENTE SUYO, JACK EL DESTRIPIADOR-LOS ESCARABAJOS-LOS CREADORES DE FANTASÍAS-MADRE DE SERPIENTES- LA SOMBRA QUE HUYÓ DEL CHAPITEL

LA RISA DEL VAMPIRO - The grinning Ghoul

El destino nos juega extrañas bromas, ¿no es así? Hace seis meses yo era un psiquiatra de fama, y en la práctica de mi profesión gozaba de un éxito más que moderado; hoy soy un interno en un sanatorio para enfermos mentales. En mi especialidad como alienista y médico, habla confiado muchas veces a mis pacientes a la misma institución en la que hoy me encuentro confinado, y ahora -jironía de las ironías!- soy su hermano en mi desgracia.

Y no obstante, en realidad no estoy loco. Me enviaron aquí porque quise decir la verdad, y no era la clase de verdad que los hombres se atreven a revelar o a reconocer. Soy consciente de que mi papel en el asunto me llevó a sufrir una fuerte depresión nerviosa, pero no me afectó demasiado. Mi historia es cierta; lo juro -pero ellos no me creyeron. Naturalmente, no tenía pruebas suficientes que ofrecer; no he visto al Profesor Chaupin desde aquella noche repleta de acontecimientos del pasado Agosto, y mis subsiguientes investigaciones fallaron al acreditar su pretensión a un puesto en Newberry College: Esto, no obstante, sólo atestigua la validez de mi declaración; una declaración que me envió a este vergonzoso confinamiento, a una muerte en vida que aborrezco. Hay otra prueba concreta que podría dar si me atreviera, pero sería demasiado horrible. No debo conducirles al mismo lugar de aquel cementerio desconocido, indicarles el pasadizo que se abre bajo aquella tumba. Es mejor que sufra solo, que el mundo se ahorre el conocimiento que destruye la cordura. Con todo, es difícil para mi vivir así, y a la monotonía de mis días se añade el tormento sin fin de mis sueños nocturnos. Es por esto que he decidido escribir este relato. Quizás el desarrollo de mi historia servirá de algun modo a aliviar el difícil peso de mis recuerdos.

El asunto empezó un día del pasado Agosto en mi oficina de la ciudad. Aquella mañana había sido una aburrida espera, y la larga y cálida tarde llegaba a su fin cuando la enfermera hizo entrar al primer paciente. Era un caballero que venía a verme por primera vez; un hombre que se presentó como el Profesor Alexander Chaupin, de Newberry College. Hablaba de una forma sibilante, con un peculiar acento extranjero que me hizo presumir que no era natural de este país. Le invité a que se sentara y procuré estudiarlo rápidamente mientras aceptaba mi invitación. Era alto y delgado. El cabello comenzaba a blanquear, tirando a platino, aunque por su aspecto general aparentaba tener unos cuarenta años. Sus ojos verdes, vacilantes, se hundían bajo una pálida frente protuberante, bajo unas cejas largas y oscuras. La nariz era ancha, con sensuales ventanillas, pero sus labios eran delgados, un contraste físico que en seguida llamó mi atención. Las huesudas manos que descansaban sobre la mesa eran extraordinariamente pequeñas, con largos dedos rematados por uñas afiladas, y pensé que se dedicaba a trabajos de consulta y al estudio. Su postura flexible era como la de una pantera en reposo; tenía la desenvoltura de un aventurero y los modales refinados. A la luz del sol pude observar su rostro, y vi que todo su semblante estaba cubierto con una red de finas arrugas. También noté la extraña palidez de su piel, que indicaba alguna afección dermatológica. Pero lo más extraño de él era su modo de vestir. La ropa, evidentemente nueva, era incongruente en dos aspectos: demasiado elegante para presentarse a aquella hora y además, no parecía hecha para

él. Su traje era curiosamente holgado, los pantalones grises a rayas le pendían, y la chaqueta parecía desplomarse sobre su cuerpo. Había barro seco en sus zapatos de cuero y no llevaba sombrero. Sin duda, era un tipo excéntrico, quizás, un esquizofrénico, con tendencia a la hipocondría.

Me preparé para hacerle las preguntas de rutina, pero en seguida me interrumpió. Me dijo que era un hombre de negocios, y que me iba a informar al instante de sus dificultades, sin necesidad de preliminares o presentaciones. Se acomodó en el sillón, donde la luz del sol se diluía en sombras, se aclaró la garganta y empezó. Dijo que estaba preocupado por ciertas cosas que había leído y oído; le proporcionaban extraños sueños, y a menudo le procuraban periodos de incontrolable melancolía. Esto interfería en su trabajo, y por consiguiente no podía hacer nada, pues sus obsesiones estaban fundadas en la realidad. Finalmente había decidido venir a verme para hacer un análisis de sus dificultades. Le pedí que me contara sus sueños e imaginaciones, esperando oír una de las usuales descripciones del dispéptico. Mi suposición, sin embargo, demostró ser funestamente incorrecta.

El sueño más corriente sucedía en lo que llamaré el Cementerio de la Misericordia, por razones que pronto se sabrán. Este se hallaba en un antiguo lugar, grande y medio abandonado en la parte más vieja de la ciudad, que había sido próspera a Últimos del pasado siglo. El lugar exacto de sus visiones nocturnas era dentro y en los alrededores de cierta bóveda recluida, situada en la parte más arcaica y derruida del cementerio, y los incidentes del sueño siempre sucedían de noche, bajo una pálida y sepulcral luna. Fantásticas visiones parecían acariciar lúgubramente el paisaje nocturno, y habló vagamente de voces que oía a medias que le instaban a avanzar hasta que se encontraba en el paseo de grava que conducía a las puertas de la tumba. Por lo general, sus sueños empezaban de esta manera, en medio de un sueño tranquilo. De pronto, se hallaba caminando por la noche por un sendero bordeado de árboles y entraba en esta tumba desatando las cadenas enmohecidas que cerraban sus puertas. Una vez dentro, no hallaba dificultad en conducir sus pasos por la oscuridad, sino que con misteriosa familiaridad se dirigía directamente a cierto nicho que estaba entre los ataúdes. Entonces, se arrodillaba y apretaba un pequeño y escondido resorte o palanca entre las desmenuzadas piedras del suelo. Un pivote mostrándole una pequeña entrada que conducía a una caverna que se hallaba empotrada abajo. Al llegar aquí habló del húmedo salitre que emanaba de este pasadizo y de los peculiares olores nauseabundos que salían de la profunda oscuridad. No obstante, en sus sueños no se sentía repelido, sino que entraba rápidamente en la misma y después descendía por una serie de interminables y largas escaleras cortadas en la piedra y la tierra, y bruscamente se encontraba en el fondo.

Luego empezaba otro largo viaje a través de laberintos y bóvedas sepulcrales. Sucesivamente, vagaba por cavas y criptas, túneles y horadados fosos abismales, todos envueltos en la negrura de la noche inmemorable. Al llegar aquí se detuvo en su narración, y su voz se redujo a un estridente y excitado susurro.

El horror venía siempre después. Se encontraba en una sucesión de cámaras oscuramente iluminadas, y mientras permanecía encubierto en las sombras, veía cosas. Estos eran los moradores de la cueva de abajo; los lívidos engendros que hacían presa en la muerte: éste era su botín. Habitaban en cavernas oscuras construidas con huesos humanos y adoraban los dioses primitivos ante altares en forma de cráneo. Había galerías que conducían a las tumbas y fosos aún más hondos en donde estaban al acecho de sus presas vivas. Estos eran los espantosos seres nocturnos que contemplaba en sus sueños: eran los vampiros.

Debió haber visto la expresión de mi cara, pero no titubeó. Su voz, mientras continuaba, se hacía más tensa. No tenía intención de describir esos monstruos, excepto para decir que era horroroso contemplarlos. Era fácil para él reconocerlos a causa de ciertos actos significativos que siempre ejecutaban. Era la visión de estos actos, más que otra cosa, lo que lo horrorizaba. Hay cosas que no deben siquiera insinuarse a mentes sanas, y entre ellas se encontraban las que le perseguían por las

noches. En sus visiones, esos seres no se le acercaban y parecían no preocuparse de su presencia; continuaban entregándose a horribles festines en las cámaras sepulcrales o a unirse en orgías sin nombre. Pero de esto no diría más. Sus viajes nocturnos siempre acababan con el tránsito de una vasta procesión de estas monstruosidades por una caverna aún más profunda, un viaje que veía desde el borde superior. Una visión rápida y estremecedora de los reinos inferiores le recordaban el Infierno de Dante, y gritaba en sus sueños, mientras veía la procesión demoníaca desde el borde, había perdido pie precipitándose dentro del enjambre sepulcral que había abajo. Aquí, su sueño terminaba afortunadamente y se despertaba bañado en sudor frío.

Noche tras noche, las visiones se sucedían, pero esto no era lo peor de sus preocupaciones. ¡Su auténtica obsesión, su verdadero pavor consistía en el conocimiento de que estas visiones eran ciertas! Al llegar aquí le interrumpí con impaciencia, pero él insistió en proseguir. ¿No había visitado el cementerio desde sus primeros sueños y no había encontrado la misma bóveda que reconocía a través de sus visiones? ¿Y qué había de los libros? Le habían enviado para que iniciara una extensa investigación entre los libros particulares de la biblioteca de un colega antropólogo. Seguramente, yo, como hombre instruido, debía admitir las veladas y sutiles verdades reveladas de modo tan furtivo en tales libros como Los misterios del Gusano, de Ludvig Prinn, o el grotesco Ritos Negros, del místico Luveh-Kerapht, el sacerdote del escondido Bast. Recientemente, había emprendido algunos estudios en el loco y legendario Necronomicon de Abdul Alhazred. No pudo impugnar el misterio que se halla detrás de todas esas cosas como el censurado e infame Fábula de Nyarlathotep, o La leyenda de Elder Saboth.

Aquí irrumpió en un divagador discurso sobre los oscuros secretos míticos, con frecuencia alusiones a las antiguas creencias, como el labuloso Leng, el oscuro N'ken y el diablo encantado Nis; también habló de las blasfemias de la luna de Yiggurath y la secreta parábola de Byagoonae, el Sin Rostro.

Era evidente que estos desvaríos eran la llave que abría sus dificultades, y con este argumento conseguí calmarle lo suficiente para explicárselo. Sus lecturas e investigaciones le habían producido este ataque, y añadí que no debía someter su cerebro a estas meditaciones, y que estas cosas son peligrosas para las mentes normales. Había leído y oído lo suficiente para saber que tales ideas no estaban concebidas para que los hombres las buscaran o comprendieran. Además, no debía tomarse demasiado en serio estos pensamientos. pues después de todo, estas leyendas eran únicamente alegóricas. No existen vampiros ni demonios mitológicos, debía verse que estos sueños podían ser interpretados simbólicamente. Cuando terminé, se sentó en silencio durante un momento. Dio un suspiro y luego habló con mucha cautela. Para mí era muy fácil decirlo, pero él pensaba diferente. ¿No había reconocido el lugar de sus sueños?

Intervine con una observación sobre la influencia del subconsciente, pero él, sin hacer caso de mi aseveración, continuó. Luego, me informó con una voz que vibraba con una excitación histérica, me contaría lo peor. Aún no me había contado todo lo que sabía y lo que le había ocurrido cuando descubrió la bóveda de su sueño en el cementerio. No se había detenido al ver corroborar sus visiones. Hacía algunas noches, había llegado aún más lejos. Entró en la necrópolis y encontró el nicho en la pared; descendió las escaleras y sorprendió el resto. Cómo se las arregló para regresar, nunca lo supo, pero en todas estas excursiones, que habían sido tres, él había siempre regresado y por lo visto se había ido a dormir, y a la mañana siguiente siempre estaba en la cama. Era cierto -me dijo-, ¡había visto esos seres! Ahora, debía ayudarlo en seguida, antes de que cometiera algún acto irreflexivo. Le calmé con dificultad, mientras procuraba encontrar un método de tratamiento lógico y eficiente. Se hallaba casi al borde de la locura. De nada serviría persuadirle o intentar convencerle de que había soñado todos aquellos incidentes, de que su sistema nervioso le había llevado a alucinaciones afines. No podía esperar que él se diera cuenta, en su estado presente, que los libros responsables de su enfermedad habían sido escritos por mentes desordenadas y con el propósito de producir locos delirios. Era evidente que el único camino abierto era alegrarle, y luego demostrarle

concretamente el completo engaño de sus creencias.

Por lo tanto, en respuesta a sus reiterados ruegos, cerramos un trato. El se comprometía a conducirme al lugar donde pretendía que ocurrían sus sueños y viajes, y después, demostrarme la verdad de lo que había manifestado. En resumidas cuentas, quedamos que a las diez de la noche del día siguiente nos encontraríamos en el cementerio. Su satisfacción fue tan grande al saber que estaba dispuesto a acompañarle, que casi era patético el verlo, y me sonrió como un chiquillo cariñoso a quien le han regalado un nuevo juguete. Le prescribí un sedante suave para que lo tomara aquella noche, arreglé los menores detalles de nuestra futura cita y nos despedimos hasta la noche siguiente.

Su partida me dejó en un estado de gran excitación. ¡Por fin veía un caso digno de estudio: un profesor inteligente, un colega bien educado, sujeto a grotescas pesadillas como un niño de tres años! En el acto decidí escribir una monografía sobre los procedimientos que debía seguir. Estaba seguro de que después de la noche siguiente podría demostrar de una manera concluyente la falsedad de sus aberraciones y efectuar una cura inmediata. La noche la pasé en un frenesí de investigaciones y meditaciones calculadas, y la mañana siguiente en una rápida lectura de la edición expurgada del conde d'Erlette Cultes des Goules. El anochecer me encontró dispuesto para la tarea. A las diez, provisto de altas botas, una chaqueta de lana gruesa y un casco de minero con una lámpara en el extremo, me hallaba de pie en la entrada del cementerio. Estaba dispuesto a recibir al Profesor Alexander Chaupin. Debo confesar que sentía una extraña inquietud y un espantoso terror nocturno. No sentía ningún placer en seguir aquella desagradable tarea. De pronto, me hallé ansioso esperando la llegada de mi paciente, aunque sólo fuera para tener una compañía.

Por fin llegó, vestido como el día anterior, y al parecer, de mejor humor. Juntos escalamos la baja muralla que rodeaba la necrópolis. Luego, me condujo a través de un jardín de grava iluminado por la luna y dentro de las sombras que se deslizaban, de un silencioso bosquecillo en el corazón del cementerio. Aquí, las piedras de las tumbas parecían mirar de soslayo burlescamente en medio de la oscuridad, y los rayos de la luna no penetraban hasta ese lugar. Un terror atávico me estremeció involuntariamente, mientras mi mente insistía, desatada en su locura, en escuchar el tráfigo de los gusanos. No me preocupé en dejar que mis pensamientos descansaran sobre las sepulturas, o la diabólica densidad de las sombras que las circundaban. Sentí un consuelo cuando Chaupin, imperturbable, me condujo al fin por una larga avenida cubierta de árboles hasta los prohibidos portales de la tumba que pretendía haber profanado. No voy a entrar en detalles sobre lo que siguió, ni les contaré cómo desatamos las cadenas que cerraban la tumba, ni a describir el espantoso interior del mausoleo. Es suficiente para mí declarar que la promesa de Chaupin fue ampliamente cumplida, pues encontró el nicho a la luz de nuestros cascos de minero. Encontró el nicho y apretó el botón secreto, hasta que se nos mostró el túnel que había abajo. Me quedé horrorizado ante esta inesperada revelación, y una ráfaga de temor hirió mis sentidos manteniéndolos en un estado de tensión sobrenatural. Debía de haber estado mirando dentro de aquel negro orificio durante varios minutos. Ninguno de los dos decíamos nada.

Por primera vez vacilé. Ya no tenía duda respecto a la validez de las declaraciones del profesor. Me las había demostrado más allá de toda duda. No obstante, esto no significaba que estuviera completamente cuerdo; esto no lo curaba de su obsesión. Me di cuenta, con repulsión, que mi trabajo estaba muy lejos de haber llegado a su fin, de que debíamos descender hasta aquellas profundidades y dejar arregladas de una vez para siempre todas aquellas preguntas todavía sin respuesta. No estaba preparado para creer en aquellas jerigonzas incoherentes de Chaupin sobre imaginarios vampiros; la mera existencia de un pasaje hacia una tumba no conducía necesariamente a demostrar sus otras pretensiones. Quizá si fuera con él hasta el fondo del foso, su mente podría al fin descansar respecto a su singular sospecha. Pero aunque me horrorizaba reconocer la posibilidad, ¿por qué suponer que había realmente una malvada y retorcida verdad en su relato y que abajo algo

nos acechaba, esperándonos? ¿Alguna banda de refugiados? ¿Fugitivos que acaso huían de la ley? ¿Quién podía residir en aquel foso? Quizás accidentalmente habían encontrado aquel lugar escondido. En este caso, ¿qué pasaría luego?

Aún así, algo me dijo que debíamos continuar y comprobarlo con nuestros ojos. A este impulso interior, Chaupin añadió sus ruegos. “Déjeme que le muestre la verdad -dijo- y ya no dudará más. Después de esto creería y sólo con la creencia podría ayudarle. Me rogaba que continuara, pero si me negaba tendría que pedir a la policía que hiciera una investigación del lugar. Fue esto último lo que me decidió. No podía permitir que mi nombre se viera envuelto en un escándalo. Si el hombre estaba loco, ya sabría cuidar de mí. Si no lo estaba... bueno, pronto lo íbamos a ver. Por consiguiente, le di mi consentimiento, aunque de mala gana, para continuar, y luego me puse a su lado para que me enseñara el camino. La entrada parecía la boca de un monstruo mitológico. Bajamos por una escalera en declive en forma de serpentina hasta el pasaje de piedra húmeda que estaba socavado en la sólida roca. El túnel era caliente y húmedo y en el aire flotaba el olor de vida putrefacta. Era como un viaje por el más fantástico reino de la pesadilla, un viaje que conducía a los secretos desconocidos bajo los cadáveres enterrados. Aquí todo era secreto excepto para los gusanos, y mientras continuábamos, empecé a desear que siguieran así. Estaba, en realidad, presa del más espantoso pánico, aunque Chaupin parecía extrañamente tranquilo.

Varios factores contribuían a mi creciente inquietud. No me gustaban las furtivas ratas que roían incesantemente desde innumerables agujeros diminutos que se alineaban en la segunda espiral del pasaje. Un enjambre de ellas invadió la escalera; blandas, gruesas y abotargadas. Empecé a comprender la causa de aquella hinchazón y las probables fuentes de su alimentación. Luego, también me di cuenta de que Chaupin parecía saber el camino perfectamente, ¿y si fuera cierto que él había estado antes aquí, entonces, qué pasaba con el resto de su historia? Al mirar hacia abajo, recibí todavía otra sorpresa. En las escaleras no había polvo. ¡Parecía como si las hubieran estado usando constantemente! Durante un momento, mi mente rehusó comprender la importancia de este descubrimiento, pero cuando al fin estalló claramente en mi cerebro, me sentí de pronto lleno de asombro. No me atrevía a mirar otra vez, no fuera que mi imaginación evocara la probable imagen de lo que podía subir de abajo y ascender por aquella escalera. Rápidamente, encubriendo mi terror pueril, me apresuré a seguir a mi silencioso guía, cuya vela lanzaba extrañas sombras sobre los agujeros de la pared. Me daba cuenta de lo nervioso que me ponía todo aquel asunto y en vano traté de razonar conmigo mismo, ahuyentando los temores para concentrarme en algún objeto definido.

Mientras proseguíamos no había nada tranquilizador a nuestro alrededor. Las paredes resquebrajadas del túnel parecían vacías y espantosas a la luz de la antorcha. Sentí de pronto que este antiguo sendero no había sido construido para nada normal o parecido a la normalidad, y no temí que mis pensamientos incidieran en las últimas revelaciones que podrían encontrarse más adelante. Durante un buen rato nos deslizamos en el más absoluto silencio. Abajo, abajo, abajo, nuestro camino cada vez se estrechaba más hacia una oscuridad más profunda y húmeda. Luego, la escalera terminó bruscamente en una cueva. Había una luz azulada, fosforescente, como ultravioleta, y me pregunté cuál sería su origen. Me mostró una extensión abierta pequeña y de superficie lisa, de donde colgaban hileras de colosales estalactitas y varios pilares de gran anchura. Al fondo, en la densa oscuridad, había unas aberturas que daban a otras excavaciones que conducían a perspectivas sin fin de una noche olvidada. Un aire de horror heló mi corazón; parecía que habíamos profanado con nuestra intrusión algunos misterios que hubiera sido mejor no ver. Empecé a temblar, pero Chaupin me agarró fuertemente y hundió sus finos dedos en mis hombros mientras me aconsejaba que guardara silencio.

Hablaba con voz bisbiseante mientras caminábamos juntos, uno al lado del otro, en aquella oscura y sombría caverna bajo tierra; murmuraba atterradoramente lo que nos acechaba en la oscuridad. Quería demostrar ahora que sus palabras eran ciertas; debía esperar aquí mientras él se adelantaba

en las tinieblas: al regresar, me traería las pruebas. Al decir esto, dio unos pasos rápidos hacia delante, desapareciendo casi inmediatamente en una de las excavaciones que nos precedían. Me dejó tan de repente que no tuve ni tiempo de decirle que me oponía a su propuesta. Me senté en la oscuridad y esperé, sin atrever a preguntarme qué era lo que esperaba. ¿Volvería Chaupin? ¿Era todo un monstruoso engaño? ¿Estaba Chaupin loco, o todo era cierto? En ese caso, ¿qué podría sucederle en aquel laberinto del fondo? ¿Y qué me pasaría a mí? Había sido un loco en venir, todo el asunto era una locura. Quizás aquellos libros no eran tan absurdos como pensaba: la tierra puede abrigar los secretos más horribles en su pecho sin piedad.

La luz arrojaba sombras sobre las paredes de estalactitas y se estrechaba alrededor del oscuro círculo luminescente que procuraba mi pequeña antorcha. No me gustaban esas sombras: eran retorcidas, enfermizas, desconcertadamente profundas. El silencio era aún más potente; parecía insinuar cosas sin nombre que aún debían venir: se burlaba de manera intolerable de mi creciente miedo y soledad. Los minutos se arrastraban como larvas y nada rompía aquella mortal quietud. Entonces llegó el grito: un grito rápido, que iba en aumento, de inenarrable locura, brotó sobre el aire sepultado, y sentí que mi alma se partía, pues sabía muy bien lo que aquel grito significaba. Ahora sabía -ahora, cuando era demasiado tarde- que las palabras de Chaupin eran ciertas. Pero no me atreví a detenerme a reflexionar, pues en seguida oí unas suaves pisadas que llegaban de lo más profundo de las tinieblas, el crujiente escarbar de frenéticos movimientos. Me volví y subí corriendo la escalera subterránea con la velocidad que da la más profunda desesperación. No necesitaba mirar atrás; mis horrorizados oídos captaron claramente la cadencia de unos pies que corrían. No oía nada más que el clamor de esos pies o zarpas hasta que mi aliento raspaba en mis oídos cuando daba la vuelta a la primera espiral de aquellas interminables escaleras. Me tambaleé hacia arriba, jadeando, ahogándome: una verificación en mi alma que consumía cualquier pensamiento, excepto el del miedo mortal y la risa de horror. ¡Pobre Chaupin!

Me parecía que los ruidos se acercaban cada vez más; luego brotó un ronco aullido en las escaleras directamente debajo de mí. Un bestial aullido que me dejó extenuado con sus tonos infrahumanos, acompañado de una risa nauseabunda y espantosa. ¡Estaban llegando! Seguí corriendo, al rítmico trueno de los pasos de abajo. No me atrevía a mirar hacia atrás, pero sabía que se estaban acercando al hueco de la escalera. Los cabellos se erizaron en mi nuca, mientras aceleraba el tramo de escalera sin fin que se retorcía como una serpiente en la tierra. Me afanaba con dificultad y chillé con todas mis fuerzas, pero los horrorosos aullidos me pisaban los talones. Arriba, arriba, arriba, más cerca, más cerca, más cerca, mientras mi cuerpo ardía de angustia y espanto. Por fin se terminaron las escaleras y yo trepaba locamente por la estrecha abertura mientras los monstruos corrían por la oscuridad a pocos pasos de mí. Llegué cuando la luz de mi casco se apagaba; luego, atasqué la piedra en su sitio, lleno aún de los rostros de los primeros horrores que se adelantaban. Pero al hacerlo, la moribunda luz llameó por un segundo y pude ver al primero de mis perseguidores al resplandor de la luz. Luego se apagó. Cerré de golpe el portal y pude llegar tambaleándome al mundo de los mortales.

Nunca olvidaré aquella noche, por más que quisiera borrar aquellos espantosos recuerdos; nunca más encontraré el sueño que tanto ansiaba. No me atrevo ni a matarme por temor a que me entierren en lugar de ser quemado; aunque la muerte sería bien recibida por lo que he llegado a ser. Nunca lo olvidaré, pues ahora conozco toda la verdad del asunto; pero hay un recuerdo por el que daría incluso mi alma para conseguir borrarlo para siempre de mi cerebro, aquel momento loco cuando vi a los monstruos a la luz de la antorcha: la risa, los babeantes horrores de abajo.

¡Pues el primero y principal de todos fue la risa del malvado monstruo conocido por los hombres como el Profesor Chaupin!

Dedicado a H.P. Lovecraft.

I.

Confieso que sólo soy un simple escritor de relatos fantásticos. Desde mi más temprana infancia me he sentido subyugado por la secreta fascinación de lo desconocido y lo insólito. Los temores innominables, los sueños grotescos, las fantasías más extrañas que obsesionan nuestra mente, han tenido siempre un poderoso e inexplicable atractivo para mí. En literatura, he caminado con Poe por senderos ocultos; me he arrastrado entre las sombras con Machen; he cruzado con Baudelaire las regiones de las hórridas estrellas, o me he sumergido en las profundidades de la tierra, guiado por los relatos de la antigua ciencia. Mi escaso talento para el dibujo me obligó a intentar describir con torpes palabras los seres fantásticos que moran en mis sueños tenebrosos. Esta misma inclinación por lo siniestro se manifestaba también en mis preferencias musicales. Mis composiciones favoritas eran la Suite de los Planetas y otras del mismo género. Mi vida interior se convirtió muy pronto en un perpetuo festín de horrores fantásticos, refinadamente crueles.

En cambio, mi vida exterior era insulsa. Con el transcurso del tiempo, me fuí haciendo cada vez más insociable, hasta que acabé por llevar una vida tranquila y filosófica en un mundo de libros y sueños. El hombre debe trabajar para vivir. Incapaz, por naturaleza, de todo trabajo manual, me sentí desconcertado en mi adolescencia ante la necesidad de elegir una profesión. Mi tendencia a la depresión vino a complicar las cosas, y durante algún tiempo estuve bordeando el desastre económico más completo. Entonces fue cuando me decidí a escribir. Adquirí una vieja máquina de escribir, un montón de papel barato y unas hojas de carbón. Nunca me preocupó la búsqueda de un tema. ¿Qué mejor venero que las ilimitadas regiones de mi viva imaginación? Escribiría sobre temas de horror y oscuridad y sobre el enigma de la Muerte. Al menos, en mi inexperiencia y candidez, éste era mi propósito. Mis primeros intentos fueron un fracaso rotundo. Mis resultados quedaron lastimosamente lejos de mis soñados proyectos. En el papel, mis fantasías más brillantes se convirtieron en un revoltijo insensato de pesados adjetivos, y no encontré palabras de uso corriente con que expresar el terror portentoso de lo desconocido. Mis primeros manuscritos resultaron mediocres, vulgares; las pocas revistas especializadas de este género los rechazaron con significativa unanimidad. Tenía que vivir. Lentamente, pero de manera segura, comencé a ajustar mi estilo a mis ideas. Trabajé laboriosamente las palabras, las frases y las estructuras de las oraciones. Trabajé, trabajé duramente en ello. Pronto aprendí lo que era sudar. Y por fin, uno de mis relatos fue aceptado; después un segundo, y un tercero, y un cuarto. En seguida comencé a dominar los trucos más elementales del oficio, y comencé finalmente a vislumbrar mi porvenir con cierta claridad. Retorné con el ánimo más ligero a mi vida de ensueños y a mis queridos libros. Mis relatos me proporcionaban medios un tanto escasos para subsistir, y durante cierto tiempo no pedí más a la vida. Pero esto duró poco. La ambición, siempre engañosa, fue la causa de mi ruina.

Quería escribir un relato real; no uno de esos cuentos efímeros y estereotipados que producía para las revistas, sino una verdadera obra de arte. La creación de semejante obra maestra llegó a convertirse en mi ideal. Yo no era un buen escritor, pero ello no se debía enteramente a mis errores de estilo. Presentía que mi defecto fundamental radicaba en el asunto escogido. Los vampiros, hombres-lobos, los profanadores de cadáveres, los monstruos mitológicos, constituían un material de escaso mérito. Los temas e imágenes vulgares, el empleo rutinario de adjetivos, y un punto de vista prosaicamente antropocéntrico, eran los principales obstáculos para producir un cuento fantástico realmente bueno. Debía elegir un tema nuevo, una intriga verdaderamente extraordinaria. ¡Si pudiera concebir algo realmente teratológico, algo monstruosamente increíble!

Estaba ansioso por aprender las canciones que cantaban los demonios al precipitarse más allá de las regiones estelares, por oír las voces de los dioses antiguos susurrando sus secretos al vacío preñado de resonancias. Deseaba vivamente conocer los terrores de la tumba, el roce de las larvas en mi

lengua, la dulce caricia de una podrida mortaja sobre mi cuerpo. Anhelaba hacer más las vivencias que yacen latentes en el fondo de los ojos vacíos de las momias, y ardía en deseos de aprender la sabiduría que sólo el gusano conoce. Entonces podría escribir la verdad, y mis esperanzas se realizarían cabalmente. Busqué el modo de conseguirlo. Serenamente, comencé a escribirme con pensadores y soñadores solitarios de todo el país. Mantuve correspondencia con un eremita de los montes occidentales, con un sabio de la región desolada del norte, y con un místico de Nueva Inglaterra. Por medio de éste, tuve conocimiento de algunos libros antiguos que eran tesoro y reliquia de una ciencia extraña. Primero me citó con mucha reserva, algunos pasajes del legendario Necronomicón, luego se refirió a cierto Libro de Eibon, que tenía fama de superar a los demás por su carácter demencial y blasfemo. Él mismo había estudiado aquellos volúmenes que recogían el terror de los Tiempos Originales, pero me prohibió que ahondara demasiado en mis indagaciones. Me dijo que, como hijo de la embrujada ciudad de Arkham, donde aún palpitan y acechan sombras de otros tiempos, había oído cosas muy extrañas, por lo que decidió apartarse prudentemente de las ciencias negras y prohibidas.

Finalmente, después de mucho insistirle, consintió de mala gana en proporcionarme los nombres de ciertas personas que a su juicio podrían ayudarme en mis investigaciones. Mi corresponsal era un escritor de notable brillantez; gozaba de una sólida reputación en los círculos intelectuales más exquisitos, y yo sabía que estaba tremendamente interesado en conocer el resultado de mi iniciativa. Tan pronto como su preciosa lista estuvo en mis manos, comencé una masiva campaña postal con el fin de conseguir libros deseados. Dirigí mis cartas a varias universidades, a bibliotecas privadas, a astrólogos afamados y a dirigentes de ciertos cultos secretos de nombres oscuros y sonoros. Pero aquella labor estaba destinada al fracaso. Sus respuestas fueron manifiestamente hostiles. Estaba claro que quienes poseían semejante ciencia se enfurecían ante la idea de que sus secretos fuesen develados por un intruso. Posteriormente, recibí varias cartas anónimas llenas de amenazas, e incluso una llamada telefónica verdaderamente alarmante. Pero lo que más me molestó, fue el darme cuenta de que mis esfuerzos habían resultado fallidos. Negativas, evasivas, desaires, amenazas.... ¡aquello no me servía de nada! Debía buscar por otra parte. ¡Las librerías! Quizá descubriese lo que buscaba en algún estante olvidado y polvoriento. Entonces comencé una cruzada interminable. Aprendí a soportar mis numerosos desengaños con impasible tranquilidad. En ninguna de las librerías que visité habían oído hablar del espantoso Necronomicón, del maligno Libro de Eibon, ni del inquietante Cultes des Goules.

La perseverancia acaba por triunfar. En una vieja tienda de South Dearborn Street, en unas estanterías arrinconadas, acabé por encontrar lo que estaba buscando. Allí, encajado entre dos ediciones centenarias de Shakespeare, descubrí un gran libro negro con tapas de hierro. En ellas, grabado a mano, se leía el título, De Vermis Mysteriis, "Misterios del Gusano". El propietario no supo decirme de dónde procedía el libro aquél. Quizá lo había adquirido hace un par de años en algún lote de libros de segunda mano. Era evidente que desconocía su naturaleza, ya que me lo vendió por un dólar. Encantado por su inesperada venta, me envolvió el pesado mamotreto, y me despidió con amable satisfacción. Yo me marché apresuradamente con mi precioso botín debajo del brazo. ¡Lo que había encontrado! Ya tenía referencias del libro. Su autor era Ludvig Prinn, y había perecido en la hoguera inquisitorial, en Bruselas, cuando los juicios por brujería estaban en su apogeo. Había sido un personaje extraño, alquimista, nigromante y mago de gran reputación; alardeaba de haber alcanzado una edad milagrosa, cuando finalmente fue inmolado por el fiero poder secular. De él se decía que se proclamaba el único superviviente de la novena cruzada, y exhibía como prueba ciertos documentos mohosos que parecían atestiguarlo. Lo cierto es que, en los viejos cronicones, el nombre de Ludvig Prinn figuraba entre los caballeros servidores de Monserrat, pero los incrédulos lo seguían considerando como un chiflado y un impostor, a lo sumo descendiente de aquel famoso caballero.

Ludvig atribuía sus conocimientos de hechicería a los años en que había estado cautivo entre los

brujos y encantadores de Siria, y hablaba a menudo de sus encuentros con los djinns y los efreets de los antiguos mitos orientales. Se sabe que pasó algún tiempo en Egipto, y entre los santones libios circulan ciertas leyendas que aluden a las hazañas del viejo adivino en Alejandría. En todo caso, pasó sus postreros días en las llanuras de Flandes, su tierra natal, habitando -lugar muy adecuado- las ruinas de un sepulcro prerromano que se alzaba en un bosque cercano a Bruselas. Se decía que allí moraba en las sombras, rodeado de demonios familiares y terribles sortilegios. Aún se conservan manuscritos que dicen, en forma un tanto evasiva, que era asistido por "compañeros invisibles" y "servidores enviados de las estrellas". Los campesinos evitaban pasar la noche por el bosque donde habitaba, no le gustaban ciertos ruidos que resonaban cuando había luna llena, y preferían ignorar qué clase de seres se prosternaban ante los viejos altares paganos que se alzaban, medio desmoronados, en lo más oscuro del bosque. Sea como fuere, después de ser apresado Prinn por los esbirros de la Inquisición, nadie vio las criaturas que había tenido a su servicio. Antes de destruir el sepulcro donde había morado, los soldados lo registraron a fondo, y no encontraron nada. Seres sobrenaturales, instrumentos extraños, pócimas.... todo había desaparecido de la manera más misteriosa. Hicieron un minucioso reconocimiento del bosque prohibido, pero sin resultado. Sin embargo, antes de que terminara el proceso de Prinn, saltó sangre fresca en los altares, y también en el potro de tormento. Pero ni con las más atroces torturas lograron romper su silencio. Por último, cansados de interrogar, arrojaron al viejo hechicero a una mazmorra.

Y fue durante su prisión, mientras aguardaba la sentencia, cuando escribió ese texto morboso y horrible, *De Vermis Mysteriis*, conocido hoy por los Misterios del Gusano. Nadie se explica como pudo lograrlo sin que los guardianes lo sorprendieran; pero un año después de su muerte, el texto fue impreso en Colonia. Inmediatamente después de su aparición, el libro fue prohibido. Pero ya se habían distribuido algunos ejemplares, de los que se sacaron copias en secreto. Más adelante, se hizo una nueva edición, censurada y expurgada, de suerte que únicamente se considera auténtico el texto original latino. A lo largo de los siglos, han sido muy pocos los que han tenido acceso a la sabiduría que encierra este libro. Los secretos del viejo mago sólo son conocidos hoy por algunos iniciados, quienes, por razones muy concretas, se oponen a todo intento de propagarlos. Esto era, en resumen, lo que sabía del libro que había venido a parar a mis manos. Aun como mero coleccionista, el libro representaba un hallazgo fenomenal; pero, desgraciadamente, no podía juzgar su contenido, porque estaba en latín. Como sólo conozco unas cuantas palabras sueltas de esa lengua, al abrir sus páginas mohosas me tropecé con un obstáculo insuperable. Era exasperante poseer aquel tesoro de saber oculto, y no tener la clave para desentrañarlo. Por un momento, me sentí desesperado. No me seducía la idea de poner un texto de semejante naturaleza en manos de un latinista de la localidad. Más tarde tuve una inspiración. ¿Por qué no coger el libro y visitar a mi amigo para solicitar ayuda? Él era un erudito, leía en su idioma a los clásicos, y probablemente las espantosas revelaciones de Prinn le impresionarían menos que a otros. Sin pensarlo más le escribí apresuradamente y muy poco después recibí su contestación. Estaba encantado en ayudarme. Por encima de todo, debía ir inmediatamente.

II.

Providence es un pueblo agradable. La casa de mi amigo era antigua, de un estilo georgiano bastante caro. La planta baja era una maravilla de ambiente colonial. El piso alto, sombreado por las dos vertientes del tejado e iluminado por una amplia ventana, servía de estudio a mi anfitrión. Allí reflexionamos durante la espantosa y memorable noche del pasado abril, junto a la gran ventana abierta a la mar azulada. Era una noche sin luna, una noche lívida en que la niebla llenaba la vacía oscuridad de sombras aladas. Todavía puedo imaginar con nitidez la escena: la pequeña habitación iluminada por la luz de la lámpara, la mesa grande, las sillas de alto respaldo... Los libros tapizaban las paredes, los manuscritos se apilaban aparte, en archivadores especiales. Mi amigo y yo estábamos sentados junto a la mesa, ante el misterioso volumen. El delgado perfil de mi amigo proyectaba una sombra inquieta en la pared, y su semblante de cera adoptaba, a la luz mortecina una apariencia furtiva. En el ambiente flotaba como el presagio de una portentosa revelación. Yo sentía

la presencia de unos secretos que acaso no tardarían en revelarse. Mi compañero era sensible también a esta atmósfera expectante. Los largos años de soledad habían agudizado su intuición hasta un extremo inconcebible. No era el frío lo que le hacía temblar en su butaca, ni era la fiebre la que hacía llamear sus ojos con un fulgor de piedras preciosas. Aun antes de abrir aquel libro maldito, sabía que encerraba una maldición. El olor a moho que desprendían sus páginas antiguas traía consigo un vaho que parecía brotar de la tumba. Sus hojas descoloridas estaban carcomidas por los bordes. Su encuadernación de cuero estaba roída por las ratas, acaso por unas ratas cuyo alimento habitual fuera singularmente horrible.

Aquella noche había contado a mi amigo la historia del libro, y lo había desempaquetado en su presencia. Al principio parecía deseoso, ansioso diría yo, por empezar enseguida su traducción. Ahora, en cambio, vacilaba. Insistía en que no era prudente leerlo. Era un libro de ciencia maligna. ¿Quién sabe qué conocimientos demoníacos se ocultaban en sus páginas, o qué males podían sobrevenir al intruso que se atreviese a profanar sus secretos? No era conveniente saber demasiado. Muchos hombres habían muerto por practicar la ciencia corrompida que contenían esas páginas. Me rogó que abandonara mi investigación, ahora que no lo había leído aún, y que tratara de inspirarme en fuentes más saludables. Fui un necio. Rechacé precipitadamente sus objeciones con palabras vanas y sin sentido. Yo no tenía miedo. Podríamos echar al menos una mirada al contenido de nuestro tesoro. Comencé a pasar hojas. El resultado fue decepcionante. Su aspecto era el de un libro antiguo y corriente de hojas amarillentas y medio deshechas, impreso en gruesos caracteres latinos... y nada más, ninguna ilustración, ningún grabado alarmante. Mi amigo no pudo resistir la tentación de saborear semejante rareza bibliográfica. Al cabo de un momento, se levantó para echar una ojeada al texto por encima de mi hombro; luego, con creciente interés, empezó a leer en voz baja algunas frases en latín. Por último, vencido ya por el entusiasmo, me arrebató el precioso volumen, se sentó junto a la ventana y se puso a leer pasajes al azar. De cuando en cuando, los traducía al inglés.

Sus ojos relampagueaban con un brillo salvaje. Su perfil cadavérico expresaba una concentración total en los viejos caracteres que cubrían las páginas del libro. Cuando traducía en voz alta, las frases retumbaban como una letanía del diablo; luego, su voz se debilitaba hasta convertirse en un siseo de víbora. Yo tan sólo comprendía algunas frases sueltas porque, en su ensimismamiento, parecía haberse olvidado de mí. Estaba leyendo algo referente a hechizos y encantamientos. Recuerdo que el texto aludía a ciertos dioses de la adivinación, tales como el Padre Yig, Han el Oscuro y Byatis, cuya barba estaba formada de serpientes. Yo temblaba, ya conocía esos nombres terribles. Pero más habría temblado, si hubiera llegado a saber lo que estaba a punto de ocurrir. Y no tardó en suceder. De repente, mi amigo se volvió hacia mí, preso de una gran agitación. Con voz chillona y exitada me preguntó si recordaba las leyendas sobre las hechicerías de Prinn, y los relatos sobre servidores invisibles que había hecho venir desde las estrellas. Dije que sí, pero sin comprender la causa de su repentino frenesí. Entonces me explicó el motivo de su agitación. En el libro, en un capítulo que trataba de los demonios familiares, había encontrado una especie de plegaria o conjuro que tal vez fuera el que Prinn había empleado para traer a sus invisibles servidores desde los espacios ultraterrestres. Ahora iba a escuchar, él me lo leería.

Yo permanecí sentado como un tonto, ignorante de lo que iba a pasar. ¿Por qué no gritaría entonces, por qué no trataría de escapar o de arrancarle de las manos aquel códice monstruoso? Pero yo no sabía nada, y me quedé sentado adonde estaba, mientras mi amigo, con voz quebrada por la violenta excitación, leía una larga y sonora invocación: "Tibi, Magnum Innominandum, signa stellarum nigrarum et bufaniformis Sadoquae sigillum"...

El ritual siguió adelante; las palabras se alzaron como aves nocturnas de terror y muerte; temblaron como llamas en el aire tenebroso y contagiaron su fuego letal a mi cerebro. Los acentos atronadores de mi amigo producían un eco infinito, más allá de las estrellas más remotas. Era como si su voz, a

través de enormes puertas primordiales, alcanzara regiones exteriores a toda dimensión en busca de su oyente, y lo llamara a la tierra. ¿Era todo una ilusión? No me paré a reflexionar. Y aquella llamada, proferida de manera casual, obtuvo respuesta. Apenas se había apagado la voz de mi amigo en nuestra habitación, cuando sobrevino el terror. El cuarto se tornó frío. Por la ventana entró aullando un viento repentino que no era de este mundo. En él cabalgaba como un plañido, como una nota perversa y lejana; al oírla, el semblante de mi amigo se convirtió en una pálida máscara de terror. Luego, las paredes crujieron y las hojas de la ventana se combaron ante mis ojos atónitos. Desde la nada que se abría más allá de la ventana, llegó un súbito estallido de lúbrica brisa, unas carcajadas histéricas, que parecían producto de la más completa locura. Aquellas carcajadas que no profería boca alguna alcanzaron la última quintaescencia del horror. Lo demás ocurrió a una velocidad pasmosa. Mi amigo se lanzó hacia la ventana y comenzó a gritar, manoteando como si quisiera zafarse del vacío. A la luz de la lámpara vi sus rasgos contraídos en una mueca de loca agonía. Un momento después, su cuerpo se levantó del suelo y comenzó a doblarse hacia atrás, en el aire, hasta un grado imposible. Inmediatamente, sus huesos se rompieron con un chasquido horrible y su figura quedó colgando en el vacío. Tenía los ojos vidriosos, y sus manos se crispaban compulsivamente como si quisiera agarrar algo que yo no veía. Una vez más, se oyó aquella risa vesánica, ¡pero ahora provenía de dentro de la habitación!

Las estrellas oscilaban en roja angustia, el viento frío silbaba estridente en mis oídos. Me encogí en mi silla, con los ojos clavados en aquella escena aterradora que se desarrollaba ante mí. Mi amigo empezó a gritar. Sus alaridos se mezclaban con aquella risa perversa que surgía del aire. Su cuerpo combado, suspendido en el espacio, se dobló nuevamente hacia atrás, mientras la sangre brotaba de su cuello desgarrado como agua roja de un surtidor. Aquella sangre no llegó a tocar el suelo. Se detuvo en el aire, y cesó la risa, que se convirtió en un gorgoteo nauseabundo. Dominado por un vértigo del horror, lo comprendí todo. ¡La sangre estaba alimentando a un ser invisible del más allá! ¿Qué entidad del espacio había sido invocada tan repentina e inconscientemente? ¿Qué era aquel monstruoso vampiro que yo no podía ver? Después, aun tuvo lugar una espantosa metamorfosis. El cuerpo de mi compañero se encogió, marchito ya y sin vida. Por último, cayó en el suelo y quedó horriblemente inmóvil. Pero en el aire de la estancia sucedió algo pavoroso. Junto a la ventana, en el rincón, se hizo visible un resplandor rojizo.... sangriento. Muy despacio, pero en forma contigua, la silueta de la Presencia fue perfilándose cada vez más, a medida que la sangre iba llenando la trama de la invisible entidad de las estrellas. Era una inmensidad de gelatina palpitante, húmeda y roja, una burbuja escarlata con miles de apéndices, unas bocas que se abrían y cerraban con horrible codicia... Era una cosa hinchada y obscena, un bulto sin cabeza, sin rostro, sin ojos, una especie de buche ávido, dotado de garras, que había brotado del cielo estelar. La sangre humana con la que se había nutrido revelaba ahora los contornos del comensal. No era espectáculo para presenciarlo un humano.

Afortunadamente para mi equilibrio mental, aquella criatura no se demoró ante mis ojos. Con un desprecio total por el cadáver flácido que yacía en el suelo, asió el espantoso libro con un tentáculo viscoso y retorcido, y se dirigió a la ventana con rapidez. Allí, comprimió su tembloroso cuerpo de gelatina a través de la abertura. Desapareció, y oí su risa burlesca y lejana, arrastrada por las ráfagas del viento, mientras regresaba a los abismos de donde había venido. Eso fue todo. Me quedé solo en la habitación, ante el cuerpo roto y sin vida de mi amigo. El libro había desaparecido. En la pared había huellas de sangre y abundantes salpicaduras en el suelo. El rostro de mi amigo era una calavera ensagrentada vuelta hacia las estrellas. Permanecí largo rato sentado en silencio, antes de prenderle fuego a la habitación. Después, me marché. Me reí, porque sabía que las llamas destruirían toda huella de lo ocurrido. Yo había llegado aquella misma tarde. Nadie me conocía ni me había visto llegar. Tampoco me vio nadie partir, ya que huí antes de que las llamas empezaran a propagarse. Anduve horas y horas, sin rumbo, por las torcidas calles, sacudido por una risa idiota, cada vez que divisaba las estrellas inflamadas, cruelmente jubilosas, que me miraban furtivamente a través de los desgarrones de la niebla fantasmal.

Al cabo de varias horas, me sentí lo bastante calmado para tomar el tren. Durante el largo viaje de regreso, estuve tranquilo, y lo he estado igualmente ahora, mientras escribía esta relación de los hechos. Tampoco me alteré cuando leí en la prensa la noticia de que mi amigo había fallecido en un incendio que destruyó su vivienda. Solamente a veces, por la noche, cuando brillan las estrellas, los sueños vuelven a conducirme hacia un gigantesco laberinto de horror y locura. Entonces tomo drogas, en un vano intento por disipar los recuerdos que me asaltan mientras duermo. Pero esto tampoco me preocupa demasiado, porque sé que no permaneceré mucho tiempo aquí. Tengo la certeza de que veré, una vez más, aquella temblorosa entidad de las estrellas. Estoy convencido de que pronto volverá para llevarme a esa negrura que es hoy morada de mi amigo. A veces deseo vivamente que llegue ese día, porque entonces aprenderé yo también, de una vez para siempre, los Misterios del Gusano.

ALGO LLAMADO ENOCH.

Empieza siempre de la misma manera.

Ante todo, la sensación. ¿No habéis notado nunca el paso de un pequeño pie que camina sobre vuestro cráneo? ¿Un sonido de pasos sobre vuestra calavera, arriba y abajo, arriba y abajo? Empieza siempre así. No podéis ver quién es el que camina. Después de todo, está encima de vuestra cabeza. Si sois hábiles, esperáis el momento oportuno y pasáis súbitamente una mano por vuestros cabellos. Pero nunca podréis atrapar a quien camina de esa manera, y él lo sabe. Aunque apretéis ambas manos contra la cabeza, él siempre consigue escabullirse. O tal vez salta. Es terriblemente rápido. Y no podéis ignorarlo. Si intentáis no escuchar sus pasos, hace más ruido. Se desliza hacia atrás, a lo largo de vuestro cráneo, y os musita algo al oído. Podéis sentir su cuerpo, minúsculo y frío, apretado, adherido a la base de vuestro cerebro. Sus garras deben de ser suaves, pues no hacen daño, pero más tarde encontraréis pequeños arañazos en el cuello, que sangran y sangran.

Todo lo que sabéis es que algo minúsculo y frío está ahí adherido. Está pegado, y os susurra al oído. Esto ocurre cuando quereis combatirlo. Intentáis no escuchar lo que dice. Porque Si lo escucháis, estáis perdidos. Y luego tenéis que obedecerle. ¡Oh, es sabio y malvado!

Él sabe cómo luchar y amenazar si osáis oponerle resistencia. Pero yo mismo, alguna vez, lo intento, aunque es mejor para mí escuchar y obedecer. Mientras esté dispuesto a escucharlo, por otra parte, las cosas no marchan demasiado mal. Porque él sabe ser persuasivo, sabe tentar. ¡Cuántas cosas ha prometido en sus pequeños, insinuantes cuchicheos! Y mantiene sus promesas.

La gente cree que soy pobre, porque nunca tengo un céntimo y porque vivo en una vieja choza a la orilla del pantano. Pero él me ha hecho rico. Cuando hago lo que él quiere, me lleva consigo, fuera de mí mismo, durante días y días. Hay otros lugares más allá de este mundo. Lugares donde yo soy rey. La gente se burla de mí y dice que no tengo amigos: las chicas de la ciudad me llaman "espantapájaros". A veces -después de que he cumplido sus órdenes- me trae reinas que comparten mi lecho. ¿Sueños? No creo. Es la otra vida la que sólo es un sueño; la vida en la choza a la orilla del pantano. Esa vida no me parece real. Y tampoco los homicidios. ¡Sí, yo mato gente!

Enoch lo desea, ¿sabéis? Me lo ordena. Me pide que mate para él.

No me gusta matar. Alguna vez he intentado combatirlo, rebelarme -ya os lo he dicho, ¿os acordáis?-, pero ahora ya no puedo. Él quiere que yo mate. Enoch. La cosa que vive encima de mi cabeza. No puedo verlo, no puedo atraparlo. Sólo puedo notarlo, escucharlo. Sólo puedo obedecerle. A veces me deja solo durante días y días. Luego, de pronto, lo noto ahí, rascando sobre mi cerebro. Oigo su murmullo uniforme, y me habla de alguien que está atravesando el pantano. No

sé cómo hace para saberlo.

Él no puede haberlos visto, y, sin embargo, los describe perfectamente.

-Hay un vagabundo que pasea por la calle Aylesworthy. Un hombre bajo, grueso, de aspecto fiero. Se llama Mike. Lleva un vestido marrón. Dentro de diez minutos, cuando se ponga el sol, estará en el pantano y se detendrá bajo el gran árbol, cerca del depósito de desperdicios. Convendrá que te escondas detrás del árbol. Espera hasta que empiece a buscar leña para el fuego. Después ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Ahora coge el hacha, corre!

A veces le pregunto a Enoch qué me va a dar. Me fío de él. Y sé que tengo que hacerle caso de todas formas. Por tanto, me conviene hacerlo en seguida.

Enoch nunca se equivoca, nunca me compromete. Siempre ha sido así, hasta la última vez. Una noche estaba en mi cabaña, comiendo sopa, cuando me habló de aquella chica.

-Vendrá aquí -me susurró-, Es una chica muy hermosa, vestida de negro. Tiene una magnífica cabeza, con estupendos huesos. ¡Estupendos!

En un principio pensé que estaba hablando de una recompensa para mí. Pero Enoch hablaba de una persona de verdad.

-Llamará a la puerta y te pedirá que la ayudes a arreglar su automóvil. Ha tomado este camino para llegar antes a la ciudad. Ahora el coche está precisamente en el pantano. Hay que cambiar una rueda.

Era gracioso oír a Enoch hablar de coches. Pero él lo sabe todo también de los coches. Lo sabe todo de todo.

-Saldrás para ayudarla cuando te lo pida. No cojas nada. En el coche lleva una llave inglesa. Úsala.

Esa vez intenté rebelarme.

-No quiero hacerlo, no quiero hacerlo.

Se echó a reír. Luego me dijo lo que haría si yo me negaba. Habló y habló.

-Es mejor que se lo haga a ella y no a ti..., -dijo Enoch-. O acaso prefieres que yo...

-No -grité-. No. ¡Lo haré!

-¡Por fin! -musitó Enoch- No puedo evitarlo. Debe suceder a menudo. Para que yo pueda vivir, para que sea fuerte. De este modo puedo servirte. Puedo darte todo lo que deseas. Por eso debes obedecerme. Si no quieres, quédate aquí y...

-¡No! -dije-. lo haré.

Y lo hice.

La chica llamó a mi puerta algunos minutos después, y sucedió exactamente lo que Enoch había dicho. Era una hermosa chica, con el pelo rubio. Me gusta el pelo rubio. Mientras iba con ella hacia el pantano, estaba contento de no tener que estropear sus cabellos. La golpeé en el cuello con la llave inglesa. Enoch me dijo lo que tenía que hacer, paso a paso. Después usé el hacha y arrojé el cuerpo a las arenas movedizas.

Enoch estaba conmigo y me aconsejó que no dejara huellas. Me deshice de los zapatos. Le pregunté que tenía que hacer con el auto. Enoch me sugirió que lo empujara hasta la arena movediza con un largo tronco. No estaba seguro de conseguirlo, pero lo logré. Incluso antes de lo que pensaba. Era un alivio ver el coche hundirse en el pantano. Tiré también la llave inglesa. Luego Enoch me dijo que volviera a casa. Empecé a notar una acolchada sensación de sueño. Noté vagamente que Enoch me abandonaba, corriendo locamente hacia el pantano para tomar su recompensa...No sé cuanto tiempo dormí. Creo que mucho. Todo lo que recuerdo es que por fin comencé a despertar. Sabía que Enoch estaba de nuevo conmigo, pero sentí que algo no marchaba como era debido. Luego me desperté por completo, pues comprendí que estaban llamando a la puerta. Esperé un momento. Pensé que Enoch me habría sugerido lo que tenía que hacer. Pero Enoch dormía.

Él duerme siempre después de... Nada puede despertarlo durante días y días. Y durante ese tiempo, yo estoy libre. Normalmente me gusta esa libertad. Pero no en aquel momento. ¡En aquel momento necesitaba su ayuda! Los golpes en mi puerta se intensificaron, por lo que me levanté a abrir. Entró el viejo sheriff Shelby.

-Vamos, Seth -me dijo-. Estás detenido.

No dije nada. Sus ojuelos negros rebuscaban por todos los rincones de la cabaña. Cuando me miró, hubiera querido esconderme. Estaba muy asustado.

-La familia de Emily Robbins nos ha informado que la chica tenía que pasar por el pantano-me dijo el sheriff-. Entonces hemos seguido el rastro de las ruedas hasta las arenas movedizas.

Enoch se había olvidado del rastro de los neumáticos... ¿Qué debía decir?

-Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra -añadió el sheriff Shelby-. ¡Vamos Seth!

Fui con él. No podía hacer otra cosa. Fui con él a la ciudad, y una gran multitud corría tras el coche. Había también mujeres, y les gritaban a los hombres que me colgasen. Pero el sheriff Shelby los mantuvo alejados, y por fin llegué sano y salvo a la prisión. El sheriff me hizo pasar a la celda central. Las dos celdas a ambos lados estaban vacías, y por tanto, estaba solo. Solo, sin contar a Enoch, que seguía durmiendo a pesar de todo.

Todavía era temprano, y el sheriff salió con otros hombres. Me imaginé que irían a sacarlos cuerpos de las arenas movedizas. Pero no pregunté nada, aunque me inspiraba curiosidad. Con Charley Potter era otra cosa. Quería saberlo todo. El sheriff Shelby lo había dejado de guardia durante su ausencia. Me trajo el desayuno y empezó a hacerme un montón de preguntas. Pero yo permanecí callado. Sólo me faltaba ponerme a hablar con un chiflado como Charley Potter. Él pensaba que yo estaba loco. Igual que la plebe de allí fuera. Mucha gente, en la ciudad, estaba convencida de mi locura, posiblemente por lo de mi madre, y también porque vivía solo cerca del pantano. ¿Qué le podía decir a Charley Potter? Si le hubiera hablado de Enoch no me habría creído. Por eso no hablé.

Me limité a escuchar. Charley Potter me habló de la búsqueda de Emily Robbins. Me habló también de las dudas que el sheriff albergaba sobre la desaparición de otras personas. Me dijo que habría un gran proceso y que vendría el Procurador del Distrito desde Country Seat. Había oído decir también que mandarían un médico para que me visitara. En efecto, era verdad. En cuanto terminé de desayunar, llegó el doctor. Charley Potter lo vio llegar y salió a su encuentro. Le costó bastante trabajo dispersar a la gente que quería entrar. Creo que querían lincharme.

El doctor era un hombre pequeño, con una ridícula barbita. Le dijo a Charley Potter que se alejara, se sentó fuera de la celda y comenzó a hablarme. Se llamaba Silversmith. Hasta aquel momento yo

no había comprendido gran cosa. Había pasado todo demasiado de prisa y no había tenido tiempo ni de pensar. Parecía un sueño: el sheriff, la multitud y aquella conversación sobre el proceso; el linchamiento, el cuerpo en el pantano...Pero, de alguna manera, la visita del doctor Silversmith cambió la situación. Era una persona de verdad. Era un médico que había intentado hacerme internar cuando encontraron a mi madre. Ésa fue la primera cosa que el doctor Silversmith me preguntó: qué le había pasado a mi madre. Parecía como si lo supiera casi todo sobre mí, y por eso me resultó más sencillo hablar. Me puse a hablarle de mil cosas. De cómo mi madre y yo vivíamos en la cabaña. Cómo fabricaba ella los filtros y los vendía. Le hablé de la gran olla, de cómo recogíamos hierbas aromáticas por la noche. De cuando mi madre salió sola y de los extraños ruidos que oí. No quería decirle más. Pero el doctor sabía que a mi madre la llamaban "bruja". Sabía también cómo había muerto, cuando Sante Dinorelli había venido a nuestra choza aquella tarde y la había apuñalado por hacer un filtro para su hija, que se había fugado con aquel hombre. Sabía que vivía solo en el pantano. Pero no sabía de Enoch.

Enoch, que estaba durmiendo sobre mi cabeza, que no sabía lo que me estaba pasando...De alguna manera le hablé de Enoch al doctor Silversmith. Quería explicarle que en realidad no había sido yo quien había matado a la chica. Por eso tuve que hablar de Enoch y de cómo mi madre había hecho el pacto en el bosque. No me llevó consigo, yo sólo tenía doce años; pero se llevó un poco de sangre mía en un frasco. Cuando volvió, Enoch estaba con ella. Y sería mío para siempre, me aseguró mi madre, y me ayudaría y protegería siempre. Dije estas cosas con mucha cautela, y expliqué por qué no podía hacer nada solo: desde que había muerto mi madre, Enoch me había guiado siempre. Sí, durante todos aquellos años, Enoch me había protegido siempre, como había acordado con mi madre. Ella sabía que yo no podía quedarme solo.

Le expliqué esto al doctor Silversmith, porque me parecía un hombre sabio, capaz de comprenderme. Pero me equivocaba. Me di cuenta en seguida. Porque mientras el doctor meneaba la cabeza y repetía continuamente "sí, sí", yo notaba sus ojos sobre mí. La misma mirada de la plebe. Ojos mezquinos. Ojos que no te creen cuando te miran. Ojos curiosos, furtivos. Me hizo un montón de preguntas ridículas. Sobre Enoch, ante todo. Yo sabía que no creía en él. Me preguntó cómo podía sentir a Enoch si no era capaz de verlo. Me preguntó si había oído otras voces. Me preguntó qué había sentido mientras mataba a Emily Robbins y si yo...Pero yo no tenía la menor intención de contestar a sus preguntas. Me hablaba como si estuviera loco. Me había engañado, hablando de Enoch. Me lo demostró al preguntarme cuántas personas más había matado. Y además quería saber dónde estaban sus cabezas. No podía engañarme otra vez. Me reí de él y me encerré en mí mismo como una ostra. El doctor se marchó meneando la cabeza. Me reí de él porque sabía que no había encontrado lo que buscaba. Él quería descubrir todos los secretos de mi madre, los míos y los de Enoch. Pero no lo había conseguido y yo me reía. Luego me acosté. Dormí casi toda la tarde. Cuando desperté había otra persona junto a mi celda. Tenía un rostro grande y sonriente y ojos simpáticos.

-Hola Seth -dijo amigablemente-. ¿Has dormido bien?

Me toqué la cabeza. Enoch estaba allí y dormía. Se mueve incluso mientras duerme.

-No te asustes -dijo el hombre-. No quiero hacerte daño.

-¿Le ha mandado el doctor? -le pregunté.

El hombre rió.

-No, no te preocupes. Me llamo Cassidy. Edwin Cassidy. Soy el Procurador del distrito.¿Puedo entrar?

-Estoy encerrado -le dije.

-Le he pedido la llave al sheriff -me informó.

Abrió la celda, entró y se sentó en la litera, junto a mí.

-¿No tiene miedo? -le pregunté-. Dicen que soy un asesino.

-¿Por qué, Seth? -Mr. Cassidy rió-. No tengo miedo de ti. Yo sé que tú no querías matar.

Apoyó su mano sobre mi hombro y yo no me aparté. Era una mano suave, blanda, gruesa. Llevaba un enorme brillante en un dedo.

-¿Cómo es Enoch? -preguntó.

Me sobresalté.

-No te preocupes. El imbécil del doctor me ha hablado de él. No entiende estas cosas, ¿no es así, Seth? Pero tú y yo, sí.

-El doctor cree que estoy loco -musité.

-Bueno, Seth; hay que reconocer que es un asunto un poco difícil de entender. Yo vengo del pantano, donde el sheriff Shelby y otros hombres están todavía trabajando. Han encontrado el cuerpo de Emily Robbins hace unos minutos. Y también otros cuerpos. Un hombre grueso, un muchacho, varios indios... Las arenas movedizas conservan los cuerpos, ¿lo sabías?

Miré sus ojos. Aún sonreían; podía fiarme de aquel hombre.

-Encontrarán más cuerpos, ¿no es cierto, Seth?

Asentí.

-Pero no me he quedado más tiempo en el pantano. He visto lo suficiente para comprender que decías la verdad. Enoch te ha obligado a hacerlo, ¿verdad?

Asentí otra vez.

-Bien -dijo Mr. Cassidy, apretando mi hombro-. ¿Ves?, nosotros dos nos comprendemos. Por eso quiero preguntarte algo.

-¿Qué quiere saber? -pregunté.

-Oh, muchas cosas. Me interesa Enoch, ¿sabes? ¿Cuántas personas te ha pedido que mataras?

-Nueve.

-¿Están todas en las arenas movedizas?

-Sí.

-¿Sabes sus nombres?

-Sólo alguno. -le dije los nombres que conocía-. A veces Enoch me las describe y yo voy a su encuentro -le expliqué.

Mr. Cassidy me ofreció cigarrillos:

-¿Quieres fumar?

-No gracias, no me gusta. Mi madre no me permitía fumar.

Mr. Cassidy rió. Guardó los cigarrillos.

-Tú puedes ayudarme mucho, Seth -me susurró-. Supongo que sabes lo que debe hacer el

Procurador del distrito.

-Un proceso, con un abogado y cosas por el estilo, ¿no?

-Exacto. Y yo estaré en tu proceso, Seth. Tú no quieres hablar de lo que ha ocurrido delante de toda esa gente, ¿verdad?

-No, no quiero. No ante la gente de la ciudad. Me odian.

-Bien. Entonces, lo que tienes que hacer es decírmelo todo y yo hablaré por ti. ¿Te parece un pacto amistoso?

Esperé ardientemente que Enoch me ayudara. Pero dormía. Miré a Mr. Cassidy.

-Sí, le diré todo.

Le conté todo lo que sabía. Me miraba lleno de interés, limitándose a escucharme.

-Una cosa más –dijo-. Hemos encontrado muchos cuerpos en el pantano. Hemos podido identificar a Emily Robbins y a otros. Pero sería más sencillo si supiéramos más cosas. Debes decírmelas, Seth. ¿Dónde están las cabezas?

Me levanté y le di la espalda.

-Quisiera decírselo, pero no lo sé.

-¿No lo sabes?

-Yo se las doy a Enoch –expliqué-, ¿no comprende? Es precisamente por eso que tengo que matar para él. Quiere las cabezas.

Mr. Cassidy parecía perplejo.

-Él siempre me hace cortar las cabezas –proseguí-. Arrojo los cuerpos a las arenas movedizas, y dejo las cabezas. Luego vuelvo a casa. Él me hace dormir para darme la recompensa. Luego se va. Va donde están las cabezas. ¡Es eso lo que quiere!

-¿Para qué las quiere, Seth?

Se lo dije.

-No sería agradable para ustedes si las encontraran, ¿sabe? Probablemente no reconocerían nada.

-¿Por qué le dejas a Enoch hacer estas cosas?

-No tengo más remedio. De lo contrario me lo haría a mí. Me amenaza constantemente. Y sé que lo haría. Por eso tengo que obedecerle.

Mr. Cassidy me miraba, mientras caminaba arriba y abajo. No decía una palabra. Parecía muy nervioso. Cuando me acerqué a él, casi me pareció que se apartaba de mí.

-¿Hablará de todo esto en el proceso? -le pregunté-. ¿De Enoch y de todo lo demás?

Negó con la cabeza.

-No hablaré de Enoch en el proceso, y tampoco de las demás cosas -me contestó-. Nadie creería que Enoch existe.

-¿Por qué?

-Quiero ayudarte, Seth. ¿No sabes qué diría la gente si les hablara de Enoch? ¡Dirían que estás loco! Y tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

-No; pero ¿qué quiere usted hacer? ¿Cómo puede ayudarme?

Mr. Cassidy sonrió.

-Tú tienes miedo de Enoch, ¿verdad? Bien, he encontrado una solución. Supón que me das a Enoch...

Me sobresalté.

-Sí, supón que me das a Enoch. Deja que me cuide de él durante el proceso. Ya no sería tuyo, y tú no tendrías que hablar de él. Probablemente él no quiere que la gente sepa que existe.

-En efecto –admití-. Enoch es un secreto. Pero no puedo dárselo sin antes pedirle su opinión. Y ahora está durmiendo.

-¿Está durmiendo?

-Sí, encima de mi cabeza. Tal vez usted pueda verlo.

Mr. Cassidy miró sobre mi cabeza y sonrió.

-Oh, yo puedo explicárselo todo cuando despierte. Cuando sepa que lo hemos hecho por su bien, estoy seguro de que se pondrá contento.

-Bueno, supongo que tiene razón -suspiré-. Pero tiene que prometerme que cuidará de él.

-¡Por supuesto! -me aseguró Mr. Cassidy.

-¿Y le dará lo que le pida?

-Claro.

-¿Y no le dirá nada a nadie?

-A nadie.

-¿Sabe lo que le ocurriría si se negara a darle a Enoch lo que desea? -advertí a Mr. Cassidy-.

Él lo tomaría de usted a la fuerza.

-No te preocupes, Seth.

Quedé inmóvil algunos minutos. De pronto noté algo moverse sobre mi oreja.

-Enoch -susurré-, ¿me oyes?

Me oía. Le expliqué todo. Le expliqué por qué lo iba a dar a Mr. Cassidy. Enoch no dijo una palabra. Mr. Cassidy callaba. Permanecía sentado, sonriendo. Debía de ser divertido verme hablar con "nada".

-¡Ve con Mr. Cassidy! -Susurré-. ¡Ve con él, ahora!

Enoch fue con él. Noté que el peso abandonaba mi cabeza. Ninguna otra sensación, pero supe que se había ido.

-¿Lo nota, Mr. Cassidy? -pregunté.

-Que... ¡Oh, por supuesto! -contestó mientras se levantaba.

-Cuide de Enoch.

-Lo cuidaré.

-No se ponga el sombrero -le advertí-. A Enoch no le gustan los sombreros.

-Perdona, no me había dado cuenta. Ahora me voy. Me has ayudado mucho. Desde este momento podemos olvidarnos de Enoch y evitar hablar de él. Volveré a verte y hablaremos del proceso. El

doctor Silversmith dirá que estás loco. Creo que es mejor que niegues cuanto has dicho. Ahora Enoch está conmigo.

Me pareció una buena idea. Mr. Cassidy sabía lo que se hacía.

-Como usted diga, Mr. Cassidy. Sea bueno con Enoch y él será bueno con usted.

Mr. Cassidy me dio la mano y se fue con Enoch.

Me sentí cansado. Tal vez por la tensión de todo el día, o acaso porque Enoch ya no estaba conmigo. Volví a dormirme. Me desperté muy avanzada la noche. El viejo Charley Potter estaba junto a la puerta de la celda. Me traía la cena. Dio un respingo cuando lo saludé, y se alejó dándome la espalda.

-¡Asesino! -gritó-. ¡Han encontrado nueve cadáveres en el pantano! ¡Loco, demonio!

-Charley -le dije-, creía que eras mi amigo.

-¡Por todos los diablos! Me voy corriendo de aquí. Ya se encargará el sheriff, si quiere, de que nadie te linche. Pero para mí que pierda el tiempo.

Charley apagó las luces y se marchó. Lo oí cerrar la puerta principal y correr el cerrojo. Estaba solo en la cárcel. Me resultaba extraño estar solo. Era la primera vez, después de tantos años: solo, sin Enoch. Pasé los dedos por mis cabellos. Noté mi cabeza desolada y vacía. La luna brillaba alta a través de la ventana. Me quedé de pie mirando al exterior. Enoch amaba la luna. Se volvía vivaz, inquieto... y glotón. Me pregunté cómo se sentiría con Mr. Cassidy. Permanecí largo tiempo mirando la luna. Mis piernas estaban entumecidas cuando me volví al oír ruido en la puerta principal. Luego se abrió la puerta de mi celda y Mr. Cassidy entró corriendo:

-¡Quítamelo de encima! -gritó-. ¡Quítamelo!

-¿Qué ocurre?- pregunté.

-Enoch... Creía que estabas loco... ¡Tal vez yo mismo esté loco! Pero quítamelo...

-¿Por qué, Mr. Cassidy? Yo le había dicho cómo era Enoch.

-Se está arrastrando sobre mi cabeza. Lo noto. Y oigo sus palabras, ¡las cosas que susurra!

-Ya se lo dije. Enoch quiere algo, ¿no es cierto? Usted sabe lo que quiere. Y debe dárselo. ¡Lo ha prometido!

-¡No puedo! ¡No quiero matar para él! ¡No puede obligarme!

-Sí puede. Él necesita eso.

Mr. Cassidy se asió a los barrotes de mi celda.

-¡Seth, tienes que ayudarme! Llama a Enoch. Hazlo volver contigo. ¡De prisa...

-Está bien, Mr. Cassidy.

Llamé a Enoch.

No contestó.

Lo volví a llamar.

Silencio.

Mr. Cassidy comenzó a gritar. Sentí escalofríos y me dio mucha pena. Pero no había querido hacerme caso. ¡Sé lo que es capaz de hacer Enoch cuando susurra de esa manera! Primero intenta

persuadir, luego suplica, por fin amenaza...

-Es mejor que obedezca -le dije a Mr. Cassidy-. ¿Le ha dicho a quién tiene que matar?

-¡No quiero! -sollozó-. ¡No quiero, no quiero!

-¿Qué es lo que no quiere?

-No quiero matar al doctor Silversmith para darle su cabeza a Enoch. Me quedaré aquí en la celda, donde estoy a salvo...

Se sentó, acurrucado, apretándose la cabeza con las manos.

-Es mejor que obedezca -grité-, de lo contrario Enoch hará algo. ¡Por favor, Mr. Cassidy, dese prisa...!

Mr. Cassidy gimió débilmente y pensé que se había desmayado. No hablaba, no se movía. Lo llamé varias veces, pero no me contestó. ¿Qué podía hacer? Me senté en un rincón y miré la luna.

La luna siempre vuelve violento a Enoch.

Mr. Cassidy comenzó a gritar. No en voz alta, sino en lo profundo de su garganta. No se movía: gritaba tan sólo. Supe que era Enoch: ¡estaba tomando de él lo que deseaba! ¿Qué podía hacer yo? No podía detener a Enoch. Había advertido a Mr. Cassidy. Permanecí sentado y me tapé los oídos con las manos hasta que hubo acabado todo. Cuando me volví, Mr. Cassidy seguía agarrado a los barrotes. No se oía ningún ruido. ¡Oh, sí! ¡Sí, se oía un ruido! Un ronroneo. Un dulce y lejano ronroneo. El ronroneo de Enoch después de haber comido. Luego percibí como un ligero raspar. ¡Las garras de Enoch, cuando da saltitos de satisfacción! Los ruidos procedían del interior de la cabeza de Mr. Cassidy. Era Enoch, claro, y estaba contento.

Yo también estaba contento.

Cogí lentamente las llaves del bolsillo de Mr. Cassidy. Abrí la celda y fui otra vez libre. No hacía ninguna falta que yo me quedara allí, ahora que Mr. Cassidy estaba muerto. Y tampoco Enoch quería quedarse allí. Lo llamé:

-¡Aquí, Enoch!

Vi una especie de luz blanca surgir del gran agujero rojo en el que había comido. Luego sentí el blando, frío, ligero peso posarse otra vez sobre mi cabeza: ¡Enoch había vuelto a casa!

Atravesé los pasillos y abrí la puerta de la prisión. Sentí los pasitos de Enoch arriba y abajo sobre mi cráneo, sobre mi cerebro. Caminamos juntos en la noche. La luna brillaba. Todo era silencio. Sólo oía el parloteo y las ahogadas risitas de Enoch junto a mi oído.

CUADERNO HALLADO EN UNA CASA DESHABITADA.

Ante todo, quiero afirmar que yo no he hecho nunca nada malo. A nadie. No tienen ningún derecho a encerrarme aquí, sean quienes fueren. Y no tienen ningún motivo para hacer lo que presiento que van a hacer. Creo que no tardarán en entrar, porque hace ya mucho tiempo que se han marchado. Supongo que estarán excavando en el pozo viejo. He oído que buscan una entrada. No una entrada normal, por supuesto, sino algo distinto.

Tengo una idea concreta de lo que pretenden, y estoy asustado. Esos sueños sobre el ser negro que era como un árbol, que andaba por los bosques y echaba raíces en un determinado lugar para

ponerse a rezar con todas aquellas bocas... a rezar a ese viejo dios de debajo del suelo. No sé de dónde saqué la idea de cómo rezaba: pegando sus bocas al suelo. Tal vez porque vi el limo verde. ¿O es que lo presencié en realidad? Nunca volví a aquel lugar a mirar. Tal vez no eran más que figuraciones mías, la historia de los druidas y ellos y la voz que decía «shoggoth» y todo lo demás. Pero entonces, ¿dónde estaban Primo Osborne y Tío Fred? ¿Y qué asustó al caballo para venir de esa manera y morir al día siguiente?

Los pensamientos me seguían dando vueltas y más vueltas en la cabeza, cada uno expulsando al otro, pero todo lo que sabía era que no estaríamos aquí la noche del 31 de octubre, víspera de Todos los Santos. Porque la noche del 31 de octubre caía en jueves, y Cap Pritchett vendría y podríamos irnos al pueblo con él. La noche antes hice que Tía Lucy recogiera unas cuantas cosas y lo dejamos todo preparado, y entonces me eché a dormir. No hubo ruidos, y por primera vez me sentí un poco mejor. Sólo que volvieron los sueños. Soñé que un puñado de hombres venían en la noche y entraban por la ventana de la habitación donde dormía Tía Lucy y la cogían. La ataban y se la llevaban en silencio, a oscuras, porque tenían ojos de gato y no necesitaban luz para ver. El sueño me asustó tanto que me desperté cuando ya despuntaba el día. Bajé corriendo a buscar a Tía Lucy.

Había desaparecido. La ventana estaba abierta de par en par, como en mi sueño, y había algunas mantas desgarradas. El suelo estaba duro, fuera de la ventana, y no vi huellas de pies ni nada. Pero había desaparecido. Creo que grité entonces. Es difícil recordar lo que hice a continuación. No quise desayunar. Salí gritando «Tía Lucy» sin esperar ninguna respuesta. Fui al granero y encontré la puerta abierta, y que las vacas habían desaparecido. Vi una huella o dos que se dirigían al camino, pero no me pareció prudente seguirlas.

Poco después fui al pozo y entonces grité otra vez, porque el agua estaba verdosa de limo en el nuevo, igual que el agua del viejo. Cuando vi aquello supe que estaba en lo cierto. Debieron de venir ellos por la noche y ya no trataron de ocultar sus fechorías. Porque estaban seguros de las cosas. Esta era la noche del 31 de octubre, víspera de Todos los Santos. Tenía que marcharme de aquí. Si ellos vigilaban y esperaban, y no podía confiar en que Cap Pritchett apareciera esta tarde. Tenía que intentar bajar al camino, así que era mejor que me fuera ahora, por la mañana, mientras había luz para llegar al pueblo. Con que me puse a revolver y encontré un poco de dinero en el cajón de la mesa de Tío Fred y la carta de Primo Osborne, con el remite de Kingsport, desde donde escribió. Ahí es adonde yo habría ido después de contar a la gente lo sucedido. Debo tener familia allí. Me preguntaba si me creerían en el pueblo cuando les contara la forma en que Tío Fred había desaparecido, y Tía Lucy, y el robo del ganado para un sacrificio y lo del limo verde en el pozo donde algún animal se había parado a beber. Me preguntaba si se enterarían de los tambores, y las fogatas que habría en los montes esta noche y si formarían una partida y vendrían esta noche para tratar de cogerlos a todos ellos y a lo que se proponían hacer salir de la tierra. Me preguntaba si sabrían qué era un «shoggoth».

Bueno, tanto si iban a venir como si no, yo no iba a quedarme a averiguarlo. Así que hice mi pequeña maleta y me dispuse a marcharme. Debía ser alrededor de mediodía y todo estaba tranquilo. Fui a la puerta y salí sin molestarme en cerrarla con llave después. ¿Para qué, si no había nadie en muchos kilómetros a la redonda? Entonces oí el ruido abajo en el camino. Era ruido de pasos. Alguien venía por el camino, exactamente por la curva. Me quedé quieto un minuto, esperando a ver, esperando para echar a correr. Entonces apareció.

Era alto y delgado, y se parecía un poco a Tío Fred, sólo que mucho más joven y sin barba, y vestía una especie de traje elegante como de ciudad y un sombrero de copa. Sonrió al verme y vino hacia mí como si me conociera.

-Hola, Willie -dijo.

Yo no dije nada, estaba muy confundido.

-¿No me conoces? -dijo-. Soy Primo Osborne. Tu primo Frank -me tendió la mano para estrecharme-. Pero supongo que no te acuerdas de mí, ¿verdad? La última vez que te vi eras sólo un bebé.

-Pero yo creía que tenías que venir la semana pasada -dije-. Te esperábamos el 25.

-¿No recibisteis mi telegrama? -preguntó-. Tuve que hacer.

Negué con la cabeza.

-Nosotros no recibimos nada, aparte del correo que nos traen los jueves. A lo mejor está en la estación.

Primo Osborne hizo una mueca.

-Estáis bastante lejos del bullicio, desde luego. Este mediodía no había nadie en la estación. He esperado a Fred para que me recogiera en su calesa, así no me habría dado la caminata, pero no he tenido suerte.

-¿Has venido a pie todo el trayecto? -pregunté.

-Desde luego.

-¿Y has venido en tren?

Primo Osborne asintió.

-Entonces, ¿dónde está tu maleta?

-La he dejado en el apeadero -me dijo-. Está demasiado lejos para traerla en la mano. Pensé que Fred me puede llevar en su calesa para recogerla -notó mi equipaje por primera vez-. Pero, un momento, ¿adónde vas con esa maletita, hijo?

Bueno, no me quedaba otro remedio que contarle todo lo que había sucedido. Así que le dije que fuéramos a la casa a sentarnos, y se lo explicaría. Volvimos y él preparó un poco de café y yo hice un par de bocadillos y comimos, y entonces le conté que Tío Fred había ido al apeadero y no había vuelto, y lo del caballo, y lo que le ocurrió luego a Tía Lucy. Me callé lo que me pasó a mí en el bosque, naturalmente, y ni siquiera le insinué lo de ellos. Pero le dije que estaba asustado y que me disponía a irme hoy mismo antes de que oscureciese. Primo Osborne me escuchaba, asentía y no decía nada ni me interrumpía.

-Así que por eso, tenemos que irnos de aquí.

Primo Osborne se levantó.

-Puede que tengas razón, Willie -dijo-. Pero no dejes correr demasiado la imaginación, hijo. Trata de separar los hechos de las fantasías. Tus tíos han desaparecido. Eso es un hecho. Pero esa otra tontería sobre unos seres de los bosques que vienen por ti... eso es fantasía. Me recuerda todas aquellas estupideces que contaban en casa, en Arkham. Y por alguna razón, me lo recuerdan más en este tiempo, ya que es 31 de octubre. Porque, cuando me marché...

-Perdona, Primo Osborne -dije-. Pero ¿no vives en Kingsport?

-Pues claro -me contestó-. Pero antes vivía en Arkham, y conozco a la gente de por aquí. No me extraña que te asusten los bosques y que imagines cosas. De hecho, admiro tu valentía. Para tus doce años, te has portado con mucha sensatez.

-Entonces pongámonos en camino -dije-. Son casi las dos, y lo más prudente es que nos vayamos si queremos llegar al pueblo antes de la puesta del sol.

-Aún no, hijo -dijo Primo Osborne-. No me iré tranquilo sin echar antes una ojeada y ver qué podemos averiguar sobre este misterio. Al fin y al cabo, debes comprender que no podemos marcharnos al pueblo y contarle al sheriff cualquier disparate sobre extrañas criaturas de los bosques que vinieron y se llevaron a tus tíos. La gente sensata no cree en esas cosas. Podrían pensar que estoy mintiendo y se reirían de mí. Podrían creer que has tenido algo que ver con... bueno, con la desaparición de tus tíos.

-Por favor -dije-. Vámonos ahora mismo.

Negó con la cabeza. No dije nada más. Podía haberle dicho un montón de cosas, lo que había

soñado y oído y visto y lo que sabía... pero pensé que no serviría de nada. Además, había cosas que yo no quería decirle ahora que había hablado con él. Me sentía asustado otra vez. Primero dijo que era de Arkham y luego, cuando le pregunté me dijo que era de Kingsport pero a mí me sonaba a mentira. Luego dijo algo sobre que yo tenía miedo en los bosques, pero ¿cómo podía saber eso él? Yo no le había contado ese detalle. Si queréis saber qué es lo que yo pensaba de verdad, pensaba que tal vez no era Primo Osborne. Y si no era él, entonces ¿quién era?

Me puse de pie y me dirigí al vestíbulo.

-¿Adónde vas, hijo? -preguntó.

-Afuera.

-Iré contigo.

Con toda seguridad, me vigilaba. No iba a perderme de vista. Vino a mí y me cogió del brazo amistosamente... pero yo no podía soltarme. No, se pegó a mi lado. Sabía que yo me proponía echar a correr. ¿Qué podía hacer? Estaba a solas en la casa del bosque con este hombre, y de cara a la noche, víspera de Todos los Santos, y ellos aguardando fuera. Salimos, y noté que ya empezaba a oscurecer, aun en plena tarde. Las nubes habían ocultado el sol, y el viento agitaba los árboles de forma que alargaban las ramas como si trataran de retenerme. Hacían un ruido susurrante, como si cuchichearan cosas sobre mí, y él levantó la vista como para mirarlos y escucharlos. A lo mejor comprendía lo que decían. A lo mejor le estaban dando órdenes. Luego casi me eché a reír, porque se puso a escuchar algo, y yo lo oí también. Era un golpear en el camino.

-Cap Pritchett -dije-. Es el cartero. Ahora podremos irnos al pueblo en su calesa.

-Deja que hable con él -dijo-. Y sobre tus tíos, no hay por qué alarmarle y no vamos a armar escándalo, ¿no te parece? Corre adentro.

-Pero, Primo Osborne -dije-. Tenemos que decir la verdad.

-Pues claro que sí, hijo. Pero eso es cosa de mayores. Ahora corre. Ya te llamaré.

Hablaba con mucha amabilidad y hasta sonrió, pero de todos modos me llevó a la fuerza hasta el porche y me metió en la casa y cerró con un portazo. Me quedé en el vestíbulo a oscuras y pude oír a Cap Pritchett y llamarle, y que él subía a la calesa y hablaba, y luego oí un murmullo muy bajo. Miré por una raja de la puerta y los vi. Cap Pritchett le hablaba amistosamente, con humor, y no pasaba nada. Después, al cabo de un minuto o dos, Cap Pritchett hizo un gesto de despedida y cogió las riendas, ¡y la calesa se puso en marcha otra vez! Entonces me di cuenta de lo que tenía que hacer, pasara lo que pasase. Abrí la puerta y eché a correr, con la maletita y todo, sendero abajo, y luego por el camino, detrás de la calesa. Primo Osborne trató de cogerme cuando pasé por su lado, pero lo esquivé y grité:

-¡Espéreme, Cap, quiero irme, lléveme al pueblo!

Cap se detuvo y miró hacia atrás, realmente desconcertado.

-¡Willie! -dijo-. Creía que te habías ido. El me ha dicho que te habías marchado con Fred y con Lucy.

-No le haga caso -dije-. No quería que me fuera. Lléveme al pueblo. Tengo que contarle lo que ha pasado. Por favor, Cap, tiene que llevarme.

-Claro que sí, Willie. Sube.

Salté arriba. Primo Osborne vino en seguida a la calesa.

-Baja ahora mismo -dijo con astucia-. No puedes marcharte así como así. Te lo prohíbo. Estás bajo mi custodia.

-No le escuche -supliqué-. Lléveme, Cap. ¡Por favor!

-Muy bien -dijo Primo Osborne-. Si insistes en no ser razonable, iremos todos. No puedo consentir que te vayas solo.

Sonrió a Cap.

-Como ve, el chico está trastornado -dijo-. Espero que no le molesten sus desvaríos. El vivir aquí como él... bueno, usted me comprende, no es el mismo. Se lo explicaré todo camino del pueblo.

Se encogió de hombros e hizo un gesto como de golpearse la cabeza con los dedos. Luego sonrió otra vez, y se dispuso a subir y tomar asiento junto a nosotros. Pero Cap no le correspondió.

-No, usted, no -dijo-. Este chico, Willie, es un buen chico. Yo lo conozco. A usted no le conozco. Parece que ya me ha explicado bastante, señor, al decirme que Willie se había ido.

-Pero sólo quería evitar que hablase; escuche, me han llamado como médico para que atienda al muchacho... está mentalmente desequilibrado.

-¡Maldita sea! -Cap disparó un escupitajo de jugo de tabaco a los pies de Primo Osborne-. Nos vamos.

Primo Osborne dejó de sonreír.

-Entonces insisto en que me lleve con usted -dijo y trató de subir a la calesa.

Cap se metió la mano en la chaqueta y cuando la sacó otra vez, tenía una enorme pistola en ella.

-¡Baje! -gritó-. Señor, está hablando con el Correo de los Estados Unidos, y usted no manda en el Gobierno, ¿entiende? Ahora baje, si no quiere que le esparza los sesos en el camino.

Primo Osborne arrugó el ceño, pero se apartó en seguida de la calesa. Me miró a mí y encogió los hombros.

-Cometes una gran equivocación, Willie -dijo.

Yo no le miré siquiera. Cap dijo: «Vamos», y salimos al camino. Las ruedas de la calesa rodaron más y más de prisa, y no tardamos en perder de vista la casa y Cap se guardó la pistola y me palmeó en el hombro.

-Deja de temblar, Willie -dijo-. Ahora estás a salvo. Nadie te molestará. Dentro de una hora o así estaremos en el pueblo. Ahora sosiégate y cuéntale al viejo Cap todo lo que ha pasado.

Se lo conté. Tardé mucho tiempo. Corríamos a través de los bosques, y antes de que me diera cuenta, casi había oscurecido. El sol se deslizó furtivamente detrás de los montes. La oscuridad empezaba a invadir los bosques a ambos lados del camino, y los árboles empezaban a susurrar, diciéndoles a las sombras que nos siguiesen. El caballo corría y brincaba y muy pronto oímos otros ruidos a lo lejos. Podían ser truenos o podían ser otra cosa. Pero lo que era seguro es que se avecinaba la noche y que era víspera de Todos los Santos. La carretera cruzaba entre los montes ahora, y no veías adónde te iba a llevar la siguiente curva. Además, oscurecía muy de prisa.

-Sospecho que nos va a caer un chaparrón -dijo Cap, mirando hacia el cielo-. Eso son truenos, creo.

-Tambores -dije yo.

-¿Tambores?

-Por la noche pueden oírse en los montes -dije-. Los he oído todo este mes. Son ellos, se están preparando para el sabbath.

-¿El sabbath? -Cap me miró-. ¿Dónde has oído hablar del sabbath?

Entonces le conté algo más sobre lo que había ocurrido. Le conté todo lo demás. No dijo nada, y al poco tiempo no pudo haber contestado tampoco porque los truenos sonaban alrededor nuestro, y la lluvia azotaba la calesa, la carretera, todo. Ahora había oscurecido completamente, y sólo podíamos ver cuando surgía algún relámpago. Tenía que gritar para hacerme oír, contarle a voces los seres que se habían apoderado de Tío Fred y habían venido por Tía Lucy, los que se habían llevado nuestro ganado y luego enviaron a Primo Osborne por mí. Le conté a gritos también lo que había oído en el bosque. A la luz de los relámpagos pude ver la cara de Cap. Sonreía o arrugaba el ceño... parecía que me creía. Y noté que había sacado otra vez la pistola y que sostenía las riendas con una mano a pesar de que corríamos muy de prisa. El caballo estaba tan asustado que no necesitaba que lo

fustigaran para mantenerse al galope. La vieja calesa saltaba y daba bandazos y la lluvia silbaba en el viento y era todo como un sueño espantoso, pero real. Era real cuando le conté a gritos a Cap Pritchett lo que oí aquella vez en el bosque.

-Shoggoth -grité-. ¿Qué es un shoggoth?

Cap me cogió el brazo, y luego surgió un relámpago y pude ver su cara con la boca abierta. Pero no me miraba a mí. Miraba el camino y lo que teníamos delante. Los árboles se habían como juntado cubriendo la siguiente curva, y en la oscuridad parecía como si estuviesen vivos... se movían y se inclinaban y se retorcían para cerrarnos el paso. Surgió un relámpago y pude verlos con claridad, y también algo más. Era algo negro que estaba en el camino, algo que no era árbol. Algo negro y enorme, agachado, esperando con unos brazos como cuerdas extendiéndose y contorsionándose.

-¡Shoggoth! -gritó Cap. Pero yo apenas le oí porque los truenos retumbaban ahora y el caballo soltó un relincho y sentí un tirón de la calesa hacia un lado y el caballo se encabritó y casi caímos sobre aquello negro. Pude notar un olor espantoso, y Cap apuntó con la pistola y soltó un disparo casi tan fuerte como el trueno y casi tan ruidoso como el estampido que se produjo cuando herimos a aquella negra monstruosidad.

Entonces sucedió todo en un momento. El trueno, la caída del caballo, el tiro, y nuestro choque al pasar la calesa por encima. Cap debía llevar las riendas atadas alrededor de su brazo, porque cuando cayó el caballo y se volcó la calesa salió de cabeza por encima del guardafango y fue a parar sobre la agitada confusión que era el caballo... y la monstruosidad negra que lo había atrapado. Yo sentía que salía despedido hacia la oscuridad, y luego que aterrizaba en el barro y la grava del camino. Hubo truenos y gritos y otro ruido que yo había oído antes una vez, en los bosques... un zumbido como de una voz. Por eso no miré hacia atrás. Por eso ni se me ocurrió pensar en el daño que me había hecho al caer... me puse de pie y eché a correr por la carretera lo más de prisa que podía, en medio de la tormenta y la oscuridad, mientras los árboles se contorsionaban y retorcían y agitaban sus cabezas y me apuntaban con sus ramas y se reían. Por encima de los truenos oí el relincho del caballo y oí el alarido de Cap, también, pero no me volví a mirar. Los relámpagos se sucedían a intervalos, y yo corría entre los árboles ahora porque el camino no era más que un cenagal que me sujetaba y me sorbía las piernas. Al cabo de un rato comencé a gritar yo también, pero no podía ni oírme yo mismo debido a los truenos. Y más que truenos. Oía tambores.

De repente, salí del bosque y llegué a los montes. Corrí hacia arriba y el rumor de los tambores se hizo más fuerte, y no tardé en ver un poco medianamente, aunque no ya por los relámpagos. Porque había fogatas encendidas en el monte; y el percutir de los tambores venía de allí. Me extravié en el ruido; el viento gemía y los árboles se reían y los tambores palpitaban. Pero me detuve a tiempo. Me detuve cuando vi con claridad las fogatas; eran unos fuegos rojos y verdes que ardían aun con toda la lluvia. Vi una gran piedra blanca en el centro de un claro que había en lo alto de una colina. Había fuegos rojos y verdes detrás y a su alrededor, de modo que todo se recortaba contra las llamas. Había hombres junto al altar, hombres de largas barbas grises y rostros arrugados, hombres que echaban al fuego unos polvos que olían espantosamente mal y hacían las llamas rojas y verdes. Y tenían cuchillos en las manos, y podía oírles aullar por encima de la tormenta. De espaldas, acucillados en el suelo, había más hombres que hacían sonar los tambores. Poco después llegó algo más a la loma: dos hombres conduciendo ganado. Podría asegurar que eran nuestras vacas lo que conducían y las llevaron derecho al altar y luego los hombres de los cuchillos las degollaron como sacrificio.

Todo esto lo pude ver por los relámpagos y las llamas de las hogueras, y yo me agazapé en el suelo de modo que no me pudieran descubrir. Pero en seguida dejé de ver bien, debido a la forma de echar polvos en el fuego. Se levantó un humo muy espeso. Cuando este humo se lebantó los hombres

empezaron a cantar y a rezar más alto. Yo no podía oír las palabras, pero sonaba como lo que escuché en los bosques la otra vez. No podía ver muy bien, pero sabía lo que iba a pasar. Dos hombres que habían conducido el ganado bajaron por el otro lado de la loma y cuando volvieron a subir traían nuevas víctimas para el sacrificio. El humo no me dejaba ver bien, pero las víctimas tenían dos piernas, no cuatro patas. Tal vez hubiera podido ver mejor en ese momento, pero me tapé la cara cuando las arrastraron ante el altar blanco y levantaron los cuchillos y el fuego y el humo se avivaron de pronto y los tambores resonaron y cantaron todos y llamaron en voz muy alta a alguien que aguardaba en el otro lado de la loma. El suelo empezó a estremecerse. Creció la tormenta y redoblaron los relámpagos y los truenos y el fuego y el humo y los cánticos y yo estaba medio muerto de miedo, pero una cosa podría jurar: que el suelo empezó a estremecerse. Se sacudió y tembló, y ellos llamaron a alguien y ese alguien acudió como al cabo de un minuto.

Acudió arrastrándose cuesta arriba hasta el altar y el sacrificio, y era negro como aquella monstruosidad de mis sueños, como aquella cosa negra con cuerdas y en forma de árbol y con una gelatina verdosa de los bosques. Y subió con sus pezuñas y bocas y brazos serpeantes. Y los hombres se inclinaron y retrocedieron y entonces aquello se acercó al altar donde había algo que se retorció encima, que se retorció y chillaba. La monstruosidad negra se inclinó sobre el altar y entonces oí un zumbido por encima de los gritos al agacharse. Sólo miré un minuto, pero en este tiempo la negra monstruosidad empezó a inflarse y a crecer. Eso pudo conmigo. Perdí todo sentido de la prudencia. Tenía que correr. Me levanté y corrí y corrí y corrí, gritando a voz en cuello sin importarme que me oyeran.

Seguí corriendo y gritando en medio de los bosques y la tormenta y huyendo de aquella loma y aquel altar y entonces de repente supe dónde estaba y que había vuelto aquí a la casa de mis tíos. Sí, eso es lo que había hecho: correr en círculo y regresar. Pero ya no podía continuar, no podía seguir soportando la noche y la tormenta. Así que corrí adentro. Al principio, después de cerrar la puerta me dejé caer en el suelo, cansado de tanto correr y gritar. Pero al cabo de un rato me levanté y busqué clavos y un martillo y unas tablas de Tío Fred que no estuvieran hechas astillas. Primero clavé la puerta y luego todas las ventanas. Hasta la última. Creo que estuve trabajando varias horas. Al terminar, la tormenta se había disipado y todo quedó tranquilo. Lo bastante tranquilo como para poderme echar en la cama y quedarme dormido. Me he despertado hace un par de horas. Era de día. He podido ver la luz a través de las rajaduras. Por la forma de entrar el sol, he comprendido que ya es por la tarde. He dormido toda la mañana y no ha venido nadie.

Calculaba que tal vez podía abrir y marcharme a pie al pueblo como había planeado ayer. Pero calculaba mal. Antes de ponerme a quitar los clavos, le he oído. Era Primo Osborne, naturalmente. El hombre que dijo que era Primo Osborne quiero decir. Ha entrado en el cercado gritando. «¡Willie!» Pero yo no he contestado. Luego ha intentado abrir la puerta y después las ventanas. Le he oído golpear y maldecir. Eso ha estado mal. Pero entonces se ha puesto a murmurar, y eso ha sido peor. Porque significaba que no estaba solo. He echado una ojeada por una raja, pero se habían ido a la parte de atrás de la casa, así que no he visto quiénes estaban con él. Creo que da lo mismo, porque si estoy en lo cierto, es mejor no berlos.

Ya es bastante desagradable oírlos. Oír ese ronco croar, y luego oírle a él hablar y después croar otra vez. El olor es un olor espantoso, como el limo verde de los bosques y del pozo. El pozo... han ido al pozo de atrás. Y he oído a Primo Osborne decir algo así como: «Esperad hasta que oscurezca. Podemos utilizar el pozo si encontráis la entrada. Buscad la entrada.»

Ahora ya sé lo que significa. El pozo debe de ser una especie de entrada al lugar que tienen bajo tierra, que es donde esos druidas viven. Y esa monstruosidad negra. He estado escribiendo de un tirón y ya la tarde se va yendo. Miro por las rajaduras y veo que está oscureciendo otra vez. Ahora es cuando vendrán por mí; cuando oscurezca.

Romperán la puertas y las ventanas y entrarán y me cogerán. Me bajarán al pozo, me llevarán a los negros lugares donde están los shoggoths. Debe de haber todo un mundo debajo de los montes, un mundo donde se ocultan y esperan para salir por más víctimas, por más sacrificios. No quieren que haya seres humanos por aquí, salvo los que necesitan para los sacrificios.

Yo vi lo que esa monstruosidad negra hizo en el altar. Sé lo que me va a pasar. Tal vez echen de menos a Primo Osborne en su casa y envíen a alguien a averiguar qué le ha pasado. Puede que las gentes del pueblo echen de menos a Cap Pritchett y vengan a buscarle. Puede que vengan y me encuentren. Pero si no vienen pronto, será demasiado tarde.

Por eso he escrito esto. Es verdad lo que digo, con la mano sobre el corazón, cada palabra. Y si alguien encuentra este cuaderno donde yo lo escondo, que vaya y se asome al pozo. Al pozo viejo, que está detrás. Que recuerde lo que he dicho de ellos. Que ciegue el pozo y seque las charcas. No tiene sentido que me busquen... si no estoy aquí. Quisiera no estar tan asustado. No lo estoy tanto por mí como por otras gentes; los que pueden venir a vivir por aquí, y les pase lo mismo... o peor. Tenéis que creerme. Id a los bosques, si no. Id a la loma. A la loma donde ellos hicieron los sacrificios. Puede que ya no estén las manchas y la lluvia haya borrado las huellas. Puede que no encontréis ningún rastro de fuego. Pero la piedra del altar tiene que estar allí. Y si está, sabréis la verdad. Debe haber unas manchas redondas y grandes en esa piedra. Manchas de medio metro de anchas.

No he hablado de ellas. Al final, miré hacia atrás. Vi a la monstruosidad negra aquella que era un shoggoth. La vi cómo se hinchaba y crecía. Creo que he dicho ya que podía cambiar de forma, y que se hacía enorme. Pero no podéis ni imaginar el tamaño ni la forma y yo no lo quiero decir. Lo único que digo es que miréis. Que miréis y veréis lo que se esconde debajo de la tierra en estos montes, esperando salir para celebrar su festín y matar a alguien más. Esperad. Ya vienen. Se está haciendo de noche y puedo oír sus pasos. Y otros ruidos. Voces. Y otros ruidos. Están aporreando la puerta. Y estoy seguro de que deben tener un tronco o tablón para derribarla. Toda la casa se estremece. Oigo hablar a voces a Primo Osborne, y también ese zumbido. El olor es espantoso. Me estoy poniendo enfermo, y dentro de un minuto...

Mirad el altar. Luego comprenderéis qué estoy tratando de decir. Mirad las grandes manchas redondas, de medio metro de anchas, a cada lado. Es donde la enorme monstruosidad negra se agarró. Mirad las marcas, y sabréis lo que vi, lo que me da miedo, lo que espera para atraparos, a menos que lo sepultéis para siempre bajo tierra. Marcas negras de medio metro de anchas. Pero no son manchas. En realidad, son ¡huellas de dedos!

Han derribado la puerta d...

UNA CUESTIÓN DE IDENTIDAD.

Mis miembros eran de plomo. Mi corazón era como un reloj que pulsaba en vez de latir, muy lentamente. Mis pulmones eran como esponjas de metal, mi cabeza un cuenco de bronce lleno de lava fundida que se movía como mercurio, atrás y adelante, en ardientes oleadas. Atrás y adelante... mientras la conciencia y el inconsciente jugaban entremezclados contra un fondo de lento y sordo dolor. Sentía eso, nada más. Tenía corazón, pulmones, y cuerpo... pero no sentía nada externo; mi cuerpo no "tocaba" nada. No estaba sentado, ni de pie, andando o tendido, ni haciendo nada que pudiera sentir. Sólo tenía corazón, pulmones, cuerpo y cabeza en las tinieblas que estaban llenas de la pulsación de una muda agonía. Esto era yo.

Pero, ¿quién era yo?

Me asaltó la idea: la primera idea real, ya que antes sólo había estado enterado de existir. Me pregunté cuál sería la naturaleza de mi ser. ¿Quién era yo? Era un hombre. La palabra "hombre" evocó ciertas asociaciones que lucharon por surgir de entre el dolor, de entre la pulsación del corazón y la sensación jadeante de los pulmones. Si era un hombre, ¿qué estaba haciendo? ¿Y dónde estaba yo?

Como respuesta a la idea, mi conocimiento aumentó. Yo poseía un cuerpo, por tanto, tenía manos, orejas, ojos. Debía pues, tratar de sentir, oír y ver. Pero no podía. Mis brazos estaban agarrotados como masas de hierro inamovibles. Mis oídos sólo captaban el sonido del silencio y la pulsación que resonaba dentro de mi torturado cuerpo. Mis ojos estaban sellados por el peso plúmbeo de mis enormes párpados. Comprendí esto y sentí pánico. ¿Qué había sucedido? ¿Qué me pasaba? ¿Por qué no podía sentir, ver y oír? Había sufrido un accidente y me hallaba tendido en un lecho de hospital bajo los efectos del éter. Esta era una explicación. Tal vez estuviese tullido: ciego, sordo, mutilado. Sólo mi alma existía débilmente, como el susurro de las ráfagas de viento por entre las ruinas de una casa muy antigua.

¿Pero qué accidente? ¿Dónde me hallaba antes del mismo? Claro, debía haber vivido. ¿Cuál debía ser mi nombre? Me resigné a la oscuridad mientras forcejeaba por aclarar estos enigmas, y la oscuridad era grata. Mi cuerpo y la oscuridad parecían hallarse igualmente separadas, pero mezclándose entre sí. Era sosegado... demasiado sosegado para los pensamientos que zumbaban en mi cerebro. Los pensamientos luchaban y gritaban, y finalmente atronaron mi mente hasta que me desperté. Sentí la sensación que recordaba vagamente de tener "un pie dormido". Pero ahora esta sensación se extendía por todo mi cuerpo, de forma que una ligera picazón me dio la sensación, poco a poco, de tener unos brazos, unas manos, un pecho y unas piernas y pies. Sus líneas fueron "emergiendo", quedando definidas por aquella picazón. Algo taladró mi espinazo, como si la broca del dentista la estuviese atravesando. Simultáneamente, tuve conocimiento de que mi corazón era un tambor congoleño dentro de mi pecho, mis pulmones hinchadas calabazas que se elevaban y descendían a un ritmo frenético. Me gocé en el dolor, ya que por él sentía. La sensación de separación desapareció y comprendí que yo, completo, intacto, yacía sobre algo blando. Pero ¿dónde?

Esta fue la pregunta siguiente y de súbito tuve las suficientes energías como para solucionar el problema. Abrí los ojos. No vieron nada más que la continuación de la negrura que se agitaba tras mis entornados párpados. Si acaso, una oscuridad más profunda, más mórbida. No podía divisar nada de mi cuerpo y, sin embargo, tenía los ojos abiertos. ¿Estaba ciego? Mis oídos no captaban otro sonido que el de la misteriosa inspiración de mis pulmones. Mis manos se movieron tan lentamente en mis costados, rozando una tela, que me dijeron que mis miembros estaban arropados, pero no abrigados. Unos centímetros... Mis manos tropezaron con superficies sólidas, seguras, a cada lado. Alcé las manos hacia arriba, impulsado por el temor. Veinte centímetros y otra sólida superficie de madera. Extendí los pies y a través de las puntas de los zapatos toqué madera. Abrí la boca y surgió un sonido. Fue sólo un estertor, aunque yo había querido gritar. Por entre mis ideas giraba vertiginosamente un nombre..., un nombre que se abrió paso a través de la bruma y se elevó como un símbolo de mi irrazonable miedo. Yo sabía un nombre y quise proclamarlo.

"Edgar Alan Poe".

Entonces, mi ronca voz susurró lo que yo temía estaba en relación con este nombre:
-¡El entierro prematuro! -susurré-. Poe lo escribió. ¡Yo soy... un ser vivo!

Estaba en un ataúd de madera, con el aire viciado de mi propia corrupción penetrando en mis pulmones, quemándolos, a través de mi olfato. Me hallaba en un ataúd, enterrado en la tierra y, sin

embargo, estaba vivo. Entonces hallé fuerzas. Mis manos comenzaron a arañar y empujar frenéticamente la superficie que tenía sobre mi cabeza. Logré aferrar los costados de mi prisión y empujé con todas mis fuerzas, en tanto mis pies golpeaban el extremo inferior de la caja. Pegué puntapiés, vigorosos puntapiés. Una nueva fuerza, la fuerza de los locos, penetró en mi sangre. Con salvaje frenesí, en una agonía nacida del hecho de no poder gritar y darle expresión, golpeé con ambos pies el extremo del ataúd, y por fin sentí cómo cedía la madera, astillándose. Los lados también crujieron, mis ensangrentados dedos se aferraron a la tierra y rodé sobre mi mismo, escarbando la húmeda y blanda tierra. Seguí escarbando hacia arriba, en una especie de desesperación y anhelo incontenibles mientras trabajaba. Sólo el instinto combatía el insano horror que se había apoderado de mi ser y lo transformaba en la actividad que sólo podía salvarme.

Debieron enterrarme apresuradamente, ya que había poca tierra sobre mi tumba. Medio asfixiado y sofocado, me abrí camino hacia arriba después de interminables siglos de delirio, durante los cuales el polvo de mi sepultura me cubrió, en tanto yo me escurría como un gusano hacia la superficie. Mis manos lograron por fin formar una cavidad. Ascendí vigorosamente y salí al exterior. Me arrastré a la luz de la luna que inundaba un mundo compuesto de hongos de mármol, que surgían abundantemente de los montones de hierba que me rodeaban. Algunas de las fantásticas losas tenían forma de cruz, otras lucían cabezas o grandes bocas como urnas. Eran las lápidas de las sepulturas, naturalmente, pero sólo las veía como hongos, gordos, bajos, de una palidez mortal, que extendían sus raíces bajo tierra para buscar su alimento. Me quedé tendido, mirándolo todo, así como el pozo por el que acababa de pasar de la muerte a la vida nuevamente.

No podía, no quería pensar. Las palabras "Edgar Allan Poe" y Entierro prematuro, habían asaltado imprevisiblemente mi cerebro y ahora, por un desconocido motivo, empecé a susurrar con una voz ronca, rasposa, que por fin sonó más clara:

-¡Lázaro, Lázaro, Lázaro...!

Gradualmente, mi jadeo cesó y logré aspirar grandes bocanadas de aire fresco que cantó al hundirse en mis agotados pulmones. Volví a contemplar la sepultura..., mi sepultura. No tenía lápida. Era una tumba miserable, en un sector miserable del cementerio. Probablemente un Campo de Alfarero. Estaba cerca de los límites de la necrópolis, y la maleza asediaba aquellas míseras tumbas. No había lápidas, lo cual me recordó mi pregunta. ¿Quién era yo?

Era un problema único. Antes de morir yo había sido alguien, pero ¿quién? Seguramente se trataba de un nuevo caso de amnesia. El retorno a una nueva vida en el verdadero sentido de la frase. ¿Quién era yo? Era gracioso que pudiese recordar palabras como "amnesia" y, sin embargo, no pudiese asociarlas con algo personal de mi pasado. Mi mente estaba completamente en blanco. ¿Era el resultado de la muerte? ¿Era algo permanente o mi mente despertaría al cabo de unas horas, lo mismo que había sucedido con mi cuerpo? De lo contrario, me vería en un terrible apuro... Ignoraba mi nombre, mi estado, lo que había sido. A través de mi cerebro pasaron alocadamente los nombres de diversas ciudades: Chicago, Milwaukee, Los Angeles, Washington, Bombay, Shangai, Cleveland, Chichen Itzá, Pernambuco, Angkor Wat, Roma, Omks, Cartago... No pude asociar ni una sola conmigo, ni explicar cómo conocía tales nombres. Recordé calles: Mariposa Boulevard y Michigan Avenue, Broadway, Center Street, Park Lane y Champs Elisées. Nada significaban para mí. Pensé nombres propios: Felix Kennaston, Ben Blue, Ralph Waldo Emerson, Studs Lonigan, Arthur Gordon Pym, James Gordon Bennet, Samuel Butler, Igor Stravinsky... y no forjaron ninguna imagen en mi cerebro. Podía ver todas las calles, visualizar a toda la gente, imaginarme todas las ciudades, pero no podía asociarme con ninguno de tales nombres.

Comedia, tragedia, drama: era una triste escena para ser interpretada en un cementerio a la caída de la noche. Me había escurrido de una tumba sin lápida, y lo único que sabía era que yo era un hombre. Pero ¿quién? Mis ojos se pasearon por mi persona, tendida en la hierba. Bajo el barro y el

polvo distinguí un traje oscuro, desgarrado en varios lugares, y descolorido. Cubría el cuerpo de un hombre de alta estatura; un cuerpo delgado, poco musculado y un pecho aplastado. Mis manos, al recorrer mi persona, eran largas y extrañamente delgadas; no eran manos de campesino. No pude saber nada de mi cara, aunque pasé mis manos por todas sus facciones. De una cosa estaba seguro: fuese cual fuese la causa de mi aparente muerte, yo no estaba físicamente mutilado. La fuerza me impulsó a levantarme. Me puse de pie y me tambaleé sobre la hierba. Durante unos minutos sentí la ebria sensación de flotar, pero gradualmente el terreno se tomó sólido bajo mis pies, y trabé conocimiento con la frialdad de la noche y del viento que azotaba mi frente, al tiempo que escuchaba con indecible gozo el chirrido de los grillos en un próximo lodazal. Di una vuelta por las tumbas, contemplé el encapotado cielo y sentí caer el rocío y la humedad.

Pero mi cerebro estaba solo, separado, luchando con los invisibles demonios de la duda. ¿Quién era yo? ¿Qué iba a hacer? No podía vagar por las calles en mi desordenado estado físico. Si me presentaba a las autoridades me encerrarían por loco. Además, no quería ver a nadie. De pronto comprendí esto. No quería ver luces ni gente. Yo era... diferente.

"Tenía en mi la sensación de la muerte". ¿Estaría aún...?

Incapaz de soportar esta idea, busqué pistas frenéticamente. Traté por todos los medios de despertar mi dormida memoria. Caminando incansablemente durante la noche, combatiendo el caos y la confusión, batallando contra las nubes tenebrosas que rodeaban mi cerebro, anduve arriba y abajo por los más apartados rincones del cementerio. Exhausto, miré el iluminado cielo. Y entonces mis ideas se alejaron, y también mi confusión. Sólo estaba seguro de una cosa, de la necesidad de descansar, de tener paz, olvido. "¿Era un deseo de muerte? ¿Había salido de la tumba sólo para volver a ella?"

No lo supe ni me importaba. Movido por un impulso tan inexplicable como arrollador, me arrastré hacia las ruinas de mi sepultura, entré, envolviéndome en las tinieblas como un agradecido gusano, y la tierra me cayó encima. Había suficiente aire para permitirme respirar mientras estuviese tendido en mi ataúd. Mi cabeza cayó hacia atrás y me instalé en mi ataúd para dormir...

Los rumores y ruidos de mis sueños murieron sin poder recordarlos. Se alejaron de mis sueños y volví a la realidad hasta que me incorporé y empecé a empujar la tierra que me oprimía. ¡Estaba en la tumba! Otra vez el terror. Había albergado la esperanza de que todo fuese un sueño, y que el despertar me traería a la bella realidad. Pero estaba en la tumba, y la tormenta reinaba en lo alto. Me arrastré al exterior. Todavía era de noche, o más bien, el instinto me hizo comprender que volvía a ser de noche. Debí dormir todo el día. Esta tormenta mantenía a la gente lejos del cementerio y por esto no habían podido darse cuenta del estado de mi tumba. Me icé a la superficie y la lluvia me azotó desde el cielo con inusitada furia. Y sin embargo me sentí feliz; feliz por la vida que ya conocía. Bebí la lluvia; el trueno me maravilló como si fuese una sinfonía. Me admiró la esmeraldina belleza del relámpago. ¡Yo estaba vivo!

A mi alrededor, los cadáveres corrompidos y putrefactos no podían, a pesar del furor desencadenado de todos los elementos, alimentar una chispa de existencia o de memoria. Mis pobres pensamientos, mi pobre vida, eran infinitamente preciosos en comparación con aquellos desdichados. Yo había engañado a los gusanos y las larvas. ¡Que aullara la tormenta! Yo aullaría con ella, compartiendo aquella cósmica majestad. Vitalizado en el verdadero sentido de la palabra, eché a andar. La lluvia se llevaba las manchas de mis ropas y mi cuerpo. Singularmente, no sentía frío ni la humedad que me rodeaba. Estaba enterado de todo ello, pero no penetraban en mi cuerpo. Por primera vez comprendí otra cosa extraña: no estaba hambriento ni tenía sed. Al menos, no parecía tenerlos. ¿Habría muerto mi apetito con mi memoria? Reflexioné. Memoria..., el problema de la identidad todavía me apremiaba. Seguí andando, impulsado por la tormenta. Aún meditando, los pies me

condujeron más allá de los confines del cementerio. La galerna parecía guiar mis pasos por la acera de una calle desierta. Anduve, casi sin darme cuenta.

¿Quién era yo? ¿Cómo había fallecido? ¿Cómo podía revivir? Anduve bajo la lluvia, por la oscura calle, solo en el mojado terciopelo de la noche. ¿Quién era yo? ¿Cómo había fallecido? ¿Cómo podía revivir?

Atravesé una calle, penetré en otra más estrecha, aún empujado por el viento y la risotada de los truenos que se burlaban de mi asombro. ¿Quién era...? Lo sabía. Mi nombre... la calle me lo dijo. Summit Street. ¿Quién vivía en Summit Street? Arthur Derwin, de Summit Street. Yo era Arthur Derwin. Era... algo que no podía recordar. Había vivido muchos años y, sin embargo, sólo conseguía recordar mi nombre. ¿Cómo había muerto?

Había acudido a una sesión espiritista; se apagaron las luces y la señora Price invocó a alguien. Dijo algo sobre las influencias del mal y las luces se encendieron.

Pero no se encendieron.

Y debían de haberse encendido.

Sí, estaban encendidas, pero no para mí.

Yo había muerto. Muerto en la oscuridad de la sesión. ¿Qué me mató? ¿Tal vez el espanto? ¿Qué sucedió después? La señora Price había callado. Yo vivía solo en la ciudad; me habían enterrado apresuradamente en una tumba de pobre.

-Un ataque al corazón -sentenció el coroner. Nada más.

Esto fue todo. Y, sin embargo, yo era Arthur Derwin, y seguramente a alguien le habría importado mi muerte. "Bramin Street", anunció la enseña de la calle a la luz del relámpago. Bramin Street... A alguien le habría importado: a Viola. Viola era mi prometida. Habla amado a Arthur Derwin. ¿Cuál era su apellido? ¿Dónde la conocí? ¿Cómo era?

"Bramin Street".

Otra vez la enseña. Inconscientemente, mis pies continuaron su camino. Estaba recorriendo Bramin Street sin pensar en la tormenta. Bien. Dejé que mis pies me guiasen. No quería pensar. Mis pies me conducirían, por costumbre, a casa de Viola... Allí sabría... Bien, no debía pensar. Sólo andar en medio de la tormenta. Anduve, con los ojos cerrados ante las tinieblas que azotaba el trueno. Me alejaba de la muerte y ahora tenía hambre. Tenía hambre y sed en la noche, hambre de ver a Viola y sed de sus labios. Por ella regresaba de la muerte..., ¿o era esto demasiado poético?

Salí de la tumba y volví a dormir en ella y de nuevo me levanté y sondeé el mundo sin memoria. Era algo grotesco, fúnebre, macabro. Yo fallecí en la sesión. Mis pies iban chapoteando en la calle inundada por la lluvia. No sentía frío ni la humedad. Por dentro estaba ardiendo, ardiendo con el recuerdo de Viola, de sus labios, de su cabello. Era rubia. Tenía una cabellera como la luz del sol, ojos azules y tan profundos como el mar, y una tez con la blancura de los flancos de un unicornio. Recordé habérselo dicho mientras la tenía entre mis brazos. Sabía que su boca era como una hendidura escarlata que producía el éxtasis. Ella era el hambre que yo sentía, ella el ardiente deseo que me conducía a su puerta a través de las nieblas de mi memoria. Jadeaba, pero sin saberlo. Dentro de mí giraba como una rueda que había sido antaño mi cerebro y ahora era sólo un volante verde que giraba dejándome ver imágenes caleidoscópicas de Viola, de la tumba, de una sesión de espiritismo, de presencias perversas y de una muerte inexplicable. Viola estaba interesada en el misticismo. Fuimos juntos a la sesión. La señora Price era una médium famosa. Yo me morí en la sesión y me desperté en la tumba. Y ahora regresaba para ver a Viola. Regresaba para averiguar algo de mí mismo. Ahora sabía quién era yo y cómo había muerto. ¿Pero cómo revivía?

"Cómo revivía". "Bramin Street». Mis pies chapoteaban.

Luego, el instinto me condujo hacia el porche. Fue el instinto el que hizo que mi mano se dirigiese al familiar picaporte sin llamar, y el instinto quien me hizo cruzar el umbral. Me quedé en el pasillo, un pasillo desierto. Había un espejo y por primera vez iba a poder verme. Tal vez me asombraría mi completo reconocimiento, mi completo recuerdo. Me contemplé, pero el espejo se tornó borroso ante mi mirada. Me sentí debilitado, mareado. Pero esto se debía al hambre que me atenazaba, el hambre que me consumía. Era tarde. Viola nn estaría abajo, sino arriba, en su dormitorio. Subí la escalera, goteando a cada paso y andando silenciosamente, apartándome de los diminutos charcos de agua que mis ropas iban dejando. De repente me abandonó la debilidad y volví a sentirme vigoroso. Tuve la sensación de estar ascendiendo por la escalinata del Destino. Como si al llegar a lo alto fuese a conocer la verdad de mi futuro.

Algo me había traído desde la tumba a casa de Viola. Algo se movía detrás de esta misteriosa resurrección. La respuesta estaba arriba. Llegué a lo alto y me interné por el oscuro y familiar pasillo. La puerta del dormitorio se abrió a la presión de mi mano. Junto a la cama ardía una vela, nada más. Entonces divisé a Viola tendida en su lecho. Dormía, como una encarnada belleza. Dormía. Era muy joven y adorable en aquel momento. Me apiadé de ella, por lo que sabría al despertar. Llamé suavemente:

-Viola...

Repetí el nombre suavemente, mientras mi cerebro daba vueltas a la última de mis tres acuciantes preguntas.

"¿Cómo revives?", preguntaba mi cerebro.

-¡Viola! -gritó mi voz.

Abrió los ojos y la vida los inundó. Me vio.

-¡Arthur...! -jadeó-. ¡Estás muerto!

Por fin chilló.

-Sí -dije en voz baja.

¿Por qué contesté "sí"?

"¿Cómo revives?", volvió a insistir mi cerebro.

La joven se incorporó, temblando.

-¡Estás muerto! ¡Eres un fantasma! Nosotros te enterramos. La señora Price tenía miedo. Falleciste en la sesión. ¡Vete, Arthur, vete...! ¡Estás muerto!

Gimió una y otra vez. Miré su beldad y sentí hambre. Mil recuerdos de la última noche me asaltaron de golpe. La sesión, y la señora Price invocando a los espíritus del mal; la frialdad que se apoderó de mi en la oscuridad y mi súbito hundimiento en el olvido. Después mi despertar y mi búsqueda en pos de Viola para que apaciguase mi hambre. No de comida. No de bebida. No de amor. Un nuevo apetito. Un nuevo apetito que sólo conocía de noche. Un nuevo apetito que me hacía evitar a los hombres y olvidarme de mí mismo. Un nuevo apetito que odiaba los espejos.

Apetito... de Viola.

Avancé hacia ella lentamente, y mis mojadas prendas susurraron cuando extendí mis brazos tranquilizadamente y la cogí entre mis brazos. Por un instante lo sentí por ella, pero el apetito se presentó más agudo e incliné la cabeza. La última pregunta volvió a cruzar fugazmente por mí cerebro.

"¿Cómo revives?"

La sesión, la amenaza de los malos espíritus, contestaron a esta pregunta. La contesté yo mismo. Ya sabía por qué me había levantado de la tumba, quién y qué era, cuando cogí en brazos a Viola. Sí, la cogí entre mis brazos y clavé mis colmillos en su garganta. Esto contestó la pregunta.

Yo era un vampiro.

EL HOMÚNCULO - The Mannikin

Háganse a la idea de que no puedo jurar que mi historia sea cierta. Pudiera haber sido un sueño; o peor aún, un síntoma de algún severo desorden mental. Pero yo creo que es cierta. Después de todo, ¿Cómo podemos estar seguros de todas las cosas que hay sobre la tierra? Aún existen monstruosidades extrañas, y espantosas e increíbles perversiones. Cada año que pasa, cada nuevo descubrimiento geográfico o científico, saca a la luz algún nuevo fragmento de la macabra evidencia de que el mundo no es, exactamente, el lugar que imaginamos. En ocasiones ocurren incidentes peculiares, que rozan la locura más absoluta.

¿Cómo podemos estar seguros de la validez de nuestras patéticas concepciones de la realidad? A cada hombre entre un millón, le es revelado un espantoso conocimiento, y el resto de nosotros permanecemos piadosamente ignorantes. Ha habido viajeros que jamás regresaron, y trabajadores de minería que desaparecieron. Y algunos de los que regresaron, fueron considerados locos, debido a lo que contaron, y otros prefirieron ocultar la sabiduría que tan horriblemente les había sido revelada. Ciegos como somos, sabemos muy poco de aquello que acecha más allá de nuestra vida normal. Ha habido relatos sobre serpientes marinas y criaturas de las profundidades; leyendas de enanos y gigantes; informes de raros horres médicos y partos antinaturales. Asombrosas pesadillas de la personalidad humana, han salido a la luz bajo el espantoso estímulo de la guerra, de la plaga o de la hambruna. Ha habido caníbales, necrófilos, y gules, ritos impíos de adoración y sacrificio; maniacos homicidas, y crímenes blasfemos. Y cuando pienso, entonces, en lo que he visto y oído, y lo comparo con otras grotescas e increíbles realidades, comienzo a temer por mi razón.

Pero si existe alguna explicación cuerda de este asunto, le imploro a Dios que se me diga, antes de que sea demasiado tarde. El Doctor Pierce me dice que debo calmarme; me aconsejó que escribiera esta narración con el fin de mitigar mi aprensión. Pero no estoy calmado, y nunca me calmaré hasta que sepa la verdad de una vez por todas; hasta que esté enteramente convencido de que mis miedos no están fundados en una espantosa realidad.

Ya era un hombre nervioso, cuando acudí a descansar a Bridgetown. Había sido una dura prueba, aquel año en la escuela, y me hallaba muy feliz de apartarme de la tediosa rutina de las clases. El éxito de mis cursos de lectura aseguraban mi puesto en la facultad para el próximo año, y en consecuencia, aparté de mi mente cualquier especulación académica, cuando decidí tomarme unas vacaciones. Elegí ir a Bridgetown debido a las excelentes posibilidades que el lago me brindaba para la pesca de trucha. Las instalaciones que elegí, de entre toda la voluminosa literatura sobre hoteles, consistían en un lugar tranquilo y pacífico, según anunciaba el sencillo folleto. No ofrecía un campo de golf, un paseo, o una piscina cubierta. No hacía mención de ningún enorme salón de bolos, una orquesta de dieciocho piezas, o una cena formal. Y lo mejor de todo, el anuncio ni siquiera ensalzaba la grandeza escénica del lago y el bosque. No proclamaba, polisilábicamente, que el Lago Kane era "Un eterno paraíso de la Naturaleza, en el que cerúleos cielos y frondosa vegetación impelen al gozoso visitante a saborear los gozos de la juventud". Por aquel motivo, hice la reserva, llené mi maleta, preparé un par de pipas y salí.

Quedé más que satisfecho con el lugar, cuando llegué. Bridgetown es un pueblo pequeño y rústico; un apartado superviviente de días más antiguos y sencillos. Situado en el mismo Lago Kane, se

halla por completo rodeado de bosques, y de suaves prados bañados por el sol en los que la gente de las granjas vive en serena felicidad. El peso de la civilización moderna ha caído muy débilmente sobre esta gente y sus maneras tranquilas. Son pocos los automóviles, tractores y demás. Hay algunos teléfonos, y a unas cinco millas de distancia, la Autovía del Estado proporciona un cómodo acceso al pueblo. Eso es todo. Las casas son viejas, las calles rectas. Los artistas, diletantes suburbanos y ascetas profesionales aún no han invadido aquel bucólico escenario. El número de veraneantes es pequeño y selecto. Unos cuantos cazadores y aficionados a la pesca, pero nada de ese gentío ordinario que sale a cazar por placer. Las familias de por allí no comparten esos gustos; ignorantes y poco sofisticados como son, reconocen fácilmente la vulgaridad.

Así que mi entorno era ideal. El lugar en el que me hospedaba era un hostel de tres plantas junto al mismo lago -la Casa Kane, regentada por Absolom Gates. Era un personaje de la vieja escuela; un vigoroso y encanecido veterano cuyo padre se había dedicado a la pesca hasta finales de los sesenta. Él mismo era un apasionado de todo lo referente a la pesca; pero sólo desde la ventana del salón Waltonian. Su instalación era algo así como la Meca de los pescadores. Las habitaciones eran grandes y aireadas; la comida abundante y excelentemente preparada por la hermana viuda de Gates. Tras mi primera inspección, me preparé a disfrutar de una estancia notablemente placentera.

Entonces, en mi primera visita al pueblo, me topé con Simon Maglore por la calle.

Conocí por primera vez a Simon Maglore durante mi segundo curso como instructor en la Escuela. Incluso entonces, me había impresionado enormemente. Y no sólo debido a sus características físicas, aunque eran bastante inusuales. Era alto y delgado, con unos hombros enormemente grandes, y la espalda ligeramente inclinada. No se trataba de una joroba, en el sentido habitual de la palabra, pero parecía sufrir un peculiar abultamiento tumoroso junto a su hombro izquierdo. Intentaba disimular aquel bulto, con gran vergüenza, pero su prominencia hacía que dichos intentos resultaran estériles. De todos modos, aparte de su desafortunada deformidad, Maglore había sido un tipo muy bien parecido. De cabello negro, ojos grises, piel suave, parecía ser un fino espécimen de hombre inteligente. Y fue esa inteligencia lo que tanto me había impresionado de él. Su trabajo en clase era rotundamente brillante, y en ocasiones alcanzaba calidades que rondaban el puro genio. Pese al deje peculiarmente mórbido de su trabajo en poesía y ensayo, era imposible ignorar el poder y la imaginación que podían producir tan salvajes escenarios y delirantes colores. Uno de sus poemas -La Bruja está Ahorcada -le hizo merecedor del Premio Edsworth Memorial de aquel año, y algunas de sus obras principales, fueron reeditadas en ciertas antologías privadas.

Desde el principio, sentí un gran interés hacia ese joven y su inusual talento. Al principio, no había respondido a mis intentos por llegar a él; me supuse que era un alma solitaria. Hasta qué punto era ésto debido a su peculiaridad física o a su actitud mental, es algo que no puedo decir. Había vivido solo en el pueblo, y se decía que tenía grandes metas. No se mezclaba con los demás estudiantes, aunque le habrían aceptado de buena gana, por su ánimo dispuesto, su encantadora disposición, y su vasto conocimiento del arte y la literatura. De cualquier modo, gradualmente, conseguí imponerme a su natural reticencia, y me ganó su amistad. Me invitó a sus habitaciones, y hablamos.

Y fue entonces cuando averigüé sus firmes creencias en lo oculto y esotérico. Me habló de sus antepasados en Italia, y del interés que habían mostrado por la brujería. Uno de ellos había sido agente de los Medici. Habían emigrado a América en épocas tempranas, debido a ciertos cargos lanzados contra ellos por la Santa Inquisición. También me habló de sus propios estudios en los reinos de lo desconocido. Sus habitaciones estaban plagadas de extraños dibujos que había confeccionado a partir de sueños, e imágenes de arcilla, aún más extrañas. Sus estanterías contenían multitud de libros raros y antiguos. Observé la obra de Ranfts, "De Masticatione Mortuorum in Tumulis" (1734); la valiosísima "Cábala de Saboth" (traducción griega, circa 1686); los "Comentarios sobre la Brujería", de Mycroft; y el infame "Los Misterios del Gusano", de Ludvig

Prinn.

Realicé numerosas visitas a sus apartamentos, antes de que Maglore abandonara la Escuela, repentinamente, en el otoño del año 33. La muerte de sus padres le hizo acudir al Este, y partió sin despedirse. Pero en el fondo, había aprendido a respetarle bastante, y sentía un profundo interés por sus planes futuros, que incluían un libro sobre la historia de la pervivencia de los cultos de brujas en América, y una novela que trataba sobre el efecto psicológico de la superstición sobre la mente. Nunca me escribió, y no volví a saber nada más de él hasta este encuentro casual en la calle del pueblo.

Me reconoció. Dudo mucho que yo hubiera sido capaz de identificarle a él. Había cambiado. Mientras nos estrechábamos la mano, noté su apariencia desastrada y poco cuidada. Parecía más viejo. Su rostro era más delgado, y mucho más pálido. Tenía oscuras sombras en torno a sus ojos -y en ellos. Sus manos temblaban; su rostro forzaba una sonrisa sin vida. Su voz era más profunda al hablar, pero preguntó por mi salud del mismo modo encantador que siempre lo había hecho. Rápidamente le expliqué el motivo de mi presencia allí, y comencé a preguntarle.

Me informó de que vivía allí, en la pequeña ciudad; había vivido allí desde la muerte de sus padres. Estaba trabajando de lleno en sus libros, pero sentía que el resultado de su labor justificaba de sobra cualquier inconveniente físico que pudiera sufrir. Se disculpó por su desaseado aspecto y sus maneras cansadas. Deseaba tener una larga charla conmigo alguna de estas noches, pero iba a estar muy atareado durante los próximos días. Posiblemente, a la semana siguiente, podría ir a visitarme al hotel -en aquel momento había salido a comprar papel al colmado del pueblo y se disponía a regresar a su casa. Con una precipitada despedida, me volvió la espalda y se alejó.

Y al hacerlo, recibí otro sobresalto. El bulto de su espalda había crecido. Ahora era virtualmente el doble de grande de lo que era cuando le conocí, y no había ya posibilidad alguna de ocultarlo. Indudablemente, el trabajo duro se había cobrado un precio severo en las energías de Maglore. Pensé en un sarcoma, y me estremecí. Caminando de vuelta al hotel, estuve dándole vueltas a la cabeza. La apariencia de Simon me preocupaba. No era saludable para él, el trabajar tan duro, y la elección de sus temas puede que no fuera la adecuada. El constante aislamiento y la tensión nerviosa se habían combinado para minar su constitución de un modo alarmante, y tomé la determinación de ofrecerme como mentor de sus actos. Resolví visitarle a la menor oportunidad, sin esperar a una invitación formal. Algo tenía que hacer.

A mi llegada al hotel se me ocurrió otra idea. Le preguntaría a Gates qué era lo que sabía sobre Simon y su trabajo. Quizás hubiera algo interesante aparte de su actividad, que pudiera explicar su curiosa transformación. De modo que busqué al entrañable caballero y le expuse la cuestión.

Lo que aprendí de él me dejó perplejo. Por lo visto, a los habitantes no le gustaban ni el Amo Simon, ni su familia. Sus antepasados habían sido bastante adinerados, pero su nombre había sido enturbiado por una dudosa reputación, incluso desde los primeros días. Brujas y hechiceros, tanto unos como otros, constituían su árbol genealógico. Sus oscuras actividades habían sido cuidadosamente ocultadas al principio, pero la gente de su entorno podía atestiguarlo. Por lo visto, casi todos los Maglore habían poseído ciertas malformaciones físicas que les habían hecho sospechosos. Algunos habían nacido con velos en los ojos; otros con pies palmeados. Uno o dos habían sido enanos, y todos ellos habían sido acusados, en algún momento, de poseer el popular "mal de ojo". Algunos de ellos habían sido nictálopes, podían ver en la oscuridad. Simon no era, por lo visto, el primer jorobado de la familia. Su abuelo lo había sido, y antes que él, su tatarabuelo.

Había también, muchos indicios de endogamia y de ser un clan cerrado. Eso, en opinión de Gates y de su gente, apuntaba claramente a una cosa... Brujería. Y tampoco era la única evidencia. ¿Acaso

los Maglore no evitaban el pueblo y permanecían recluidos en su vieja casa de las colinas? Además, ninguno de ellos iba a la iglesia. ¿No se sabía de ellos, además, que daban largos paseos al ponerse el sol, y de noche, cuando toda la gente decente y respetable estaba durmiendo? Probablemente, tenían sus buenas razones para no mostrarse sociables. Quizás tenían cosas que deseaban ocultar en su vieja casa, y puede que tuvieran miedo de que esas cosas se supieran por allí. La gente sabía que aquel lugar estaba repleto de libros embrujados e impíos, y había una vieja historia que decía que toda la familia era fugitiva de algún lugar del extranjero, debido a algo que habían hecho. Después de todo, ¿Quién podía decirlo? Parecían sospechosos; actuaban de un modo raro; quizás lo eran. Desde luego, nadie podía decirlo a ciencia cierta. La histeria en masa de la quema de brujas y los rumores de posesiones satánicas no habían penetrado hasta esta parte de la región. No había indicios de altares en los bosques, ni las espectrales presencias forestales de los mitos indios. Ninguna desaparición -bovina o humana- podía ser imputada a la familia Maglore. Legalmente, su historial estaba limpio. Pero la gente les temía. Y éste último -Simon- era el peor.

Nunca se había comportado como es debido. Su madre murió al nacer él. Habían tenido que traerse a un doctor de fuera del pueblo -ningún hombre de la localidad habría tratado un caso así. El bebé, además, había nacido casi muerto. Durante algunos años nadie le había visto. Su padre y su tío habían dedicado todo su tiempo a cuidar de él. Cuando tenía siete años, el muchacho había sido enviado a una escuela privada. Regresó una vez, cuando tenía casi doce años. Fue cuando murió su tío. Se volvió loco, o algo así. En cualquier caso, tuvo una especie de ataque, que acabó desembocando en una hemorragia cerebral, según dijo el doctor.

Simon era por entonces, un muchacho muy apuesto -excepto por la giba, claro está. Pero no parecía estar muy desarrollada en aquel tiempo -de hecho, era bastante pequeña. Se quedó algunas semanas, y luego regresó de nuevo a la escuela. No había vuelto a aparecer hasta la muerte de su padre, hacía dos años. El anciano había muerto a solas en su gran casa, y el cuerpo no había sido descubierto hasta varias semanas después. Un vendedor ambulante había llamado; entró en el abierto vestíbulo, y encontró al viejo Jeffrey Maglore muerto en su gran butacón. Sus ojos estaban abiertos, y velados por una mirada de espantoso temor. Ante él, había un gran libro de hierro, cubierto de extraños e indescifrables caracteres.

Un médico, convocado apresuradamente, pronunció que su muerte se debía a un fallo cardíaco. Pero el vendedor, tras escrutar aquellos ojos cubiertos de pavor, y mirando las grotescas e inquietantes figuras del libro, no estaba tan seguro de ello. No tuvo oportunidad de curiosear por allí, de todos modos, pues aquella noche llegó el hijo. La gente le miró de un modo extraño cuando vino, pues aún no se le había enviado aviso alguno sobre la muerte de su padre. Callaron, también, cuando él les mostró una carta de hacía dos semanas, con la escritura del viejo, que anunciaba una premonición de muerte inminente, y aconsejaba al joven que regresara a casa. Las cuidadosas y contenidas frases de aquella carta, parecían tener un significado secreto; pues el joven nunca llegó a preguntar sobre las circunstancias de la muerte de su padre. El funeral fue privado; y el consiguiente entierro tuvo lugar en la cripta familiar, junto a la casa.

Los insólitos y peculiares eventos que rodearon el regreso al hogar de Simon Maglore, pusieron inmediatamente en guardia a la gente. Tampoco ocurrió nada que alterara su opinión original acerca del muchacho. Permanecía solo todo el tiempo, en aquella casa silenciosa. No tenía criados, y no hizo amigos. Sus poco frecuentes viajes al pueblo, los hacía con el único propósito de obtener vituallas. Se las llevaba él mismo, en su coche. Compraba una buena cantidad de carne y pescado. De vez en cuando paraba por la farmacia, donde compraba sedantes. No parecía nada comunicativo, y contestaba a todas las preguntas con monosílabos. Aún así, era obviamente, una persona bien educada. En general, se rumoreaba que estaba escribiendo un libro. Gradualmente, sus visitas se hicieron cada vez menos frecuentes.

Entonces, la gente empezó a comentar su cambio de apariencia. De un modo sutil, pero evidente, se había alterado inquietantemente. En primer lugar, se notó que su deformidad se había incrementado. Se veía obligado a llevar un amplio gabán para ocultar su volumen. Caminaba con una ligera inclinación, como si su peso le diera problemas. Además, no iba nunca al médico, y nadie, de entre la gente del pueblo, tenía el valor de hacerle comentario alguno, o preguntarle sobre su estado. También estaba envejeciendo. Comenzaba a parecerse a su tío Richard, y sus ojos habían adoptado ese guiño especial que denotaba un poder nictalópico. Todo aquello excitaba los rumores entre la gente, para quien la familia Maglore había sido tema para interesantes conjeturas durante generaciones.

Más tarde, dichas especulaciones se habían basado en hechos más tangibles. Pues recientemente, Simon había aparecido por varias de las granjas aisladas de la región, paseando furtivamente. Preguntaba sobre todo a la gente de edad avanzada. Estaba escribiendo un libro, según les decía, acerca del folklore. Deseaba preguntarles sobre las antiguas leyendas de los alrededores. Preguntaba si alguno de ellos, había oído alguna vez relatos concernientes a cultos locales, o rumores sobre rituales en el bosque. ¿Había alguna casa encantada o lugar embrujado en la espesura? ¿Habían oído alguna vez el nombre "Nyarlathotep", o referencias a "Shub-Niggurath" o al "Mensajero Negro"? ¿Podían recordar algo de los antiguos mitos de los Indios Pasquantog, acerca de los "hombres-bestia", o recordaban alguna historia sobre oscuros encapuchados que sacrificaban terneros en las montañas? Estas y otras preguntas similares, pusieron en guardia a los granjeros, ya de por sí suspicaces por naturaleza. Si hubieran poseído tales conocimientos, éstos habrían sido de una naturaleza decididamente impía, y no se habrían atrevido a revelarlos a aquel forastero tan pagado de sí mismo. Algunos de ellos, sabían algo de esas cosas, debido a antiguos relatos que les habían llegado desde la costa, más al norte, y otros habían escuchado pesadillas susurradas por reclusos, acerca de las montañas del este. Había un montón de cosas en torno a esas materias, que ellos, francamente, no sabían, y que sospechaban que ningún forastero debería escuchar. Fuera donde fuera, Maglore se encontraba con evasivas o con reacciones escandalizadas, y partía tras haber dado una impresión decididamente mala.

Las historias sobre sus visitas comenzaron a multiplicarse. Adoptaron el tópico de una elaborada discusión. Un anciano lugareño en particular... un granjero llamado Thatcherton, que vivía solo en una pequeña parcela al oeste del lago, por debajo de la autovía... tenía una historia singularmente interesante que contar. Maglore había aparecido una noche, alrededor de las ocho, y llamó a la puerta. Persuadió a su anfitrión para que dialogara con él, y entonces intentó engatusarle, prometiendo revelar cierta información concerniente a la presencia de un cementerio abandonado, que se rumoreaba existía en algún lugar de los alrededores.

El granjero contó que su invitado estaba en un estado próximo a la histeria, que afirmaba con la cabeza una y otra vez, del modo más melodramático, y hacía frecuentes alusiones a un montón de estupideces mitológicas sobre "los secretos de la tumba", "el decimotercer servidor", "la Fiesta de Ulder", y "los cantos de los Dholes". También hablaba de "el ritual del Padre Yig", y ciertos nombres que pronunció, relacionados con raras ceremonias en el bosque, que decía tenían lugar cerca de aquel cementerio. Maglore preguntó si le había desaparecido algún ternero, y si su anfitrión había escuchado alguna vez "voces en el bosque, haciéndole proposiciones". El hombre dijo que no, a todas aquellas cosas, y se negó a permitir que su invitado regresara a inspeccionar la zona por el día. En aquel momento, el inesperado visitante se mostró muy enfadado, y estaba a punto de objetar acaloradamente, cuando ocurrió algo muy extraño. Maglore empalideció de repente, y pidió que se le excusara. Parecía estar sufriendo fuertes dolores internos, pues se inclinó hacia delante y se dirigió a trompicones hasta la puerta. Y mientras lo hacía, ¡Thatcherton recibió la enloquecedora impresión de que la joroba de su espalda se estaba moviendo! Parecía agitarse, y agarrarse a los hombros de Maglore, ¡como si éste tuviera un animal escondido bajo su gabán! En aquella situación, Maglore se giró bruscamente, y se dirigió de espaldas hacia la salida, como

intentando ocultar aquel inusual fenómeno. Salió rápidamente, sin mediar palabra, y corrió por el camino en dirección a su coche. Corrió como un mono, se introdujo frenéticamente en el interior del coche, y lo puso en marcha precipitadamente, haciendo que las ruedas rechinaran, mientras se alejaba del patio a toda prisa. Desapareció en la noche, dejando detrás a un hombre entristecido e intrigado, que no tardó en difundir entre sus amigos, el relato de su fantástico visitante.

Desde entonces, sus paseos habían cesado bruscamente, y hasta aquella misma tarde, Maglore no había vuelto a aparecer en el pueblo. Pero la gente seguía hablando, y no era bienvenido. Le hacían el vacío a ese hombre, fuera lo que fuera. Ésta era, en resumen, la historia de mi amigo Gates. Cuando terminó, me retiré a mi alcoba sin hacer comentarios, para meditar sobre el relato. No me inclinaba a apoyar las supersticiones locales. Mi larga experiencia en tales materias me hacían desacreditar automáticamente la mayoría de sus detalles. Sabía lo bastante de la psicología rural como para darme cuenta de que cualquier cosa fuera de lo ordinario es mirada siempre con sospecha. Supongamos que la familia Maglore vivía recluida: ¿Y qué? Cualquier grupo de procedencia extranjera tendería a vivir apartado. Parecía garantizada una predisposición racial a la deformidad... lo cual no les convertía en brujos. La masa ha perseguido a mucha gente acusándoles de brujería, cuando su único crimen consistía en poseer algún defecto físico. Incluso la endogamia era algo fácil de esperar cuando se sufría de ostracismo social. Pero ¿Qué había de mágico en todo aquello? Esas cosas son bastante comunes entre la gente del campo, no sólo entre los extranjeros. Además. ¿Libros raros? Seguramente. ¿Nictalopía? Era algo bastante común en todo el mundo. ¿Locura? Quizás... una mente solitaria suele degenerar. Simon era brillante, de todos modos. Desafortunadamente, su atracción hacia lo místico y lo desconocido le estaban conduciendo a la abstracción. Había sido una mala idea el buscar información para su libro entre la analfabeta población de aquel sitio. Naturalmente, eran intolerantes y desconfiados. Y su paupérrima condición física conseguía una importancia exagerada ante los ojos de aquellos crédulos pueblerinos.

Aún así, probablemente había la suficiente verdad en aquella narración distorsionada como para hacer que fuera imperativo el hablar al momento con Maglore. Debía salir de aquella atmósfera insana, y ver a un médico eficiente. Su genio no debía ser malgastado o destruido por tal obstáculo ambiental. Le asfixiaba, mental y físicamente. Me decidí a visitarle a la mañana siguiente. Tras aquella resolución, bajé a cenar, di un corto paso por el embarcadero del lago, a la luz de la luna, y me retiré a dormir.

A la tarde siguiente, me dispuse a cumplir mi propósito. La Mansión Maglore se alzaba en una explanada a una media milla de Bridgetown, y se reflejaba fantasmalmente sobre el lago. No era un lugar agradable; era demasiado viejo, y demasiado descuidado. Imaginé el aspecto que tendrían sus destartaladas ventanas en una noche sin luna, y me estremecí. Aquellas aberturas vacías me recordaban a un murciélago ciego. El tejado a dos aguas parecía su embozada cabeza, y las amplias habitaciones laterales, coronadas con torrecillas, bien podían servir de alas. Cuando me percaté del camino que seguían mis pensamientos me sentí sorprendido e inquieto. Mientras caminaba por el largo paseo, a la sombra de los árboles, me esforcé en reprimir mi imaginación. Estaba allí por un motivo concreto.

Me hallaba casi calmado cuando llamé al timbre. Su espectral sonido arrancó ecos por los serpenteantes corredores del interior. Sonaron pasos débiles y vacilantes, y entonces, con un chasquido, la puerta se abrió. Allí, recortado contra el umbral, estaba Simon Maglore. Maglore se asomaba al crepúsculo gris, y la distorsionada forma de su cuerpo quedaba piadosamente sumergida en una oleada de sombras. Había algo siniestro en el repelente ángulo que adoptaba al inclinarse así, y no me atreví a mirar fijamente a su abultada espalda o a sus brazos, que colgaban lacios a los lados. Tan sólo su rostro resultaba visible por completo. Era una máscara mortuoria de cera, con una expresión vacía que parecía no reconocerme.

Sólo sus ojos estaban vivos. Sus pupilas dilatadas brillaban en la oscuridad con una intensidad felina. Le observé, intentando dominar la inexplicable repulsión que surgía en mi interior.

-Simon,-le dije, -He venido a...

Sus labios se apretaron. ¿Fue una ilusión debida a la luz, o sus labios me parecieron gusanos blancos que se arrastraban por su rostro? ¿Fue una ilusión o su boca me pareció una negra caverna de la cual surgieron sus palabras?

No pude saberlo. No tuve certeza de nada, excepto de una cosa; la voz que se arrastró débilmente hasta mis oídos no era la voz del Simon Maglore que yo conocía. Era más débil, chillona, y cargada de una oculta sorna.

-Vete. No puedo verte hoy -susurró.

-Pero quería ayudarte. Yo...

-Vete, estúpido... ¡Vete!

La puerta se cerró con un portazo ante mi atónita cara, y me encontré solo. Pero no estuve solo en mi camino de vuelta al pueblo. Mis pensamientos se hallaban hechizados por la presencia de otro... aquella presencia agresiva, ajena, que una vez fue mi amigo, Simon Maglore.

Aún me hallaba aturdido cuando regresé al pueblo. Pero después de llegar a mi cuarto del hotel, comencé a razonar conmigo mismo. Mi romántica imaginación me había jugado una mala pasada. El pobre Maglore estaba enfermo... probablemente era víctima de algún severo trastorno nervioso. Recordé que acostumbraba a comprar sedantes en la farmacia local. En mi estúpido arranque emotivo, había confundido tristemente su desafortunada dolencia. ¡Qué crío había sido! Debía regresar al día siguiente y disculparme. Después, Maglore debía ser persuadido para marcharse, y volver de nuevo a su ser original. Parecía estar francamente mal, y además, su temperamento le estaba dominando. ¡Cómo había cambiado ese hombre!

Aquella noche dormí poco. Por la mañana temprano volví a salir. En esta ocasión evité cuidadosamente las inquietantes imágenes mentales que la vieja casa sugería a mi susceptible cerebro. En ello estaba cuando toqué el timbre. Fue un Maglore diferente el que me recibió. También él había cambiado para bien. Parecía viejo y enfermo, pero había una luz normal en sus ojos y una sana entonación en su voz mientras me hacía entrar cortésmente, y se disculpaba por su delirante espasmo del día anterior. Era víctima de frecuentes ataques, según dijo, y planeaba marcharse en breve y tomarse unas largas vacaciones. Estaba ansioso por terminar su libro... ya le quedaba muy poco... y regresar al trabajo de la Universidad. Y de aquel asunto, cambió abruptamente la conversación a una serie de nostálgicos interludios. Recordaba nuestra mutua asociación en el campus, cuando nos sentábamos a charlar, y parecía ansioso por enterarse de los asuntos de la Escuela. Durante casi una hora, virtualmente monopolizó la conversación y la mantuvo de ese modo, para así evitar cualquier pregunta directa de naturaleza personal por mi parte.

De cualquier modo, me resultó fácil ver que estaba muy lejos de encontrarse bien. Parecía estar trabajando bajo una intensa presión; sus palabras parecían forzadas, su actitud tensa. Una vez más, noté lo pálido que estaba; como desprovisto de sangre. Su malformada espalda parecía inmensa; y su cuerpo, en consecuencia, parecía encogido. Recordé mis temores sobre un tumor canceroso, y me pregunté si no sería el caso. Mientras tanto, se agitaba, obviamente incómodo. Su charla parecía casi vacía; las estanterías estaban desordenadas, y los espacios vacíos estaban cubiertos de polvo. No había papeles ni manuscritos visibles sobre la mesa. Una araña había construido su tela en el techo. Durante una pausa en su conversación, le pregunté por su trabajo. Respondió vagamente que era muy absorbente, y que le estaba robando casi todo su tiempo. De todos modos, había realizado

algunos descubrimientos sorprendentes, que resultaban un pago generoso por sus esfuerzos. Le resultaría emocionalmente agotador, en su actual estado, entrar en detalles sobre lo que estaba haciendo, pero podía anticiparme que ya sólo sus hallazgos en el campo de la brujería abrirían nuevos capítulos a la historia antropológica y metafísica. Estaba particularmente interesado en la vieja tradición acerca de los "familiares"... las diminutas criaturas que se decía que eran los emisarios del diablo, y que se suponía que ayudaban a la bruja o el hechicero bajo la forma de un pequeño animal... una rata, un gato, un ave o un reptil. En ocasiones se representaban como pertenecientes al cuerpo del mismo brujo, o nutriéndose de él. La idea de una "tetilla del diablo" en los cuerpos de las brujas, allí donde sus familiares succionaban los nutrientes de su sangre, quedaba plenamente iluminada por los hallazgos de Maglore. Su libro tenía también un aspecto médico; tenía la firme convicción de presentar tales hechos sobre bases científicas. Los efectos de desórdenes glandulares en los casos denominados de "posesión demoniaca" eran también estudiados.

Y con aquello, Maglore terminó abruptamente. Se sentía muy cansado, me dijo, y necesitaba algo de reposo. Pero confiaba en ver terminado en breve su trabajo, y entonces le gustaría marcharse para un largo descanso. No era saludable para él, el vivir solo en aquella vieja casa, y en ocasiones le asaltaban pensamientos extraños, y tenía raros lapsus de memoria. De todos modos, no tenía alternativa en aquellos momentos, dado que la naturaleza de sus investigaciones demandaban tanto privacidad como soledad. En ocasiones, sus experimentos requerían de ciertas vías y cursos para los que era mejor no ser molestado, y no estaba muy seguro de cuánto tiempo podría seguir aguantando la presión. De todos modos, lo llevaba en la sangre... probablemente yo ya estaba al corriente de que procedía de una larga saga de necromantes. Pero basta de tales cosas. Me rogó que me fuera al momento. Volvería a escucharle de nuevo, a primeros de la semana siguiente.

Mientras me levantaba, noté de nuevo lo débil y agitado que parecía Simon. Ahora caminaba con una excesiva inclinación, y la presión sobre su espalda debía de ser enorme. Me condujo por el largo vestíbulo hasta la puerta, y mientras guiaba el camino, noté el temblor de su cuerpo, mientras se delimitaba contra el llameante crepúsculo que penetraba a través de los paños de las ventanas. Sus hombros se movían con una lenta y suave ondulación, como si la giba de su espalda estuviera latiendo de vida. Recordé el relato de Thatcherton, el viejo granjero, que clamaba haber visto realmente tal movimiento. Durante un momento, me asaltó una poderosa náusea; entonces me di cuenta de que la menguante luz estaba creando una ilusión óptica de lo más común.

Al alcanzar la puerta, Maglore se esforzó por despedirme apresuradamente. Ni siquiera extendió su mano para un apretón de despedida, sino que se limitó a murmurar un breve "buenas noches", con voz tensa y dubitativa. Le observé en silencio unos instantes cuán desmejorado parecía su rostro, antaño apuesto, incluso ante la luz de rubí del ocaso. Entonces, mientras observaba, una sombra reptó por su cara. Parecía ser púrpura y oscura, en una súbita y escalofriante metamorfosis. El oscurecimiento aquel, se hizo más pronunciado, y leí el pánico en sus ojos. Incluso mientras me forzaba a mí mismo a responder a su despedida, el horror se arrastró hasta su rostro. Su cuerpo cayó en aquella peculiar y encogida postura que ya antes había notado, y sus labios se curvaron en una macabra expresión. Por un momento, pensé de verdad que aquel hombre estaba a punto de atacarme. En lugar de ello, se rió... una risa chillona, aguda, que ascendió oscuramente hasta mi cerebro. Abrí la boca para hablar, pero él retrocedió hacia la oscuridad del vestíbulo y cerró la puerta.

Me quedé estupefacto por la sorpresa, no del todo desprovista de miedo. ¿Estaría enfermo Maglore, o en realidad era un demente? Cosas así de grotescas no parecían posibles en un hombre normal. Me apresuré, avanzando en el brillante crepúsculo. Mi mente, embrujada, estaba inmersa en profundas deliberaciones, y el distante sonido de los cuervos se mezclaba con mis pensamientos, como una letanía malvada.

A la mañana siguiente, tras una noche de turbulentas deliberaciones, tomé una decisión. Funcionara o no, Maglore debía marcharse, y al momento. Estaba a punto de sufrir un serio colapso físico y mental. Sabiendo lo inútil que me iba a resultar, el regresar allí y discutir con él, decidí que podía emplear algunos métodos más fuertes para hacerle ver la luz. De modo que, aquella tarde, me entrevisté con el Doctor Carstairs, el médico local, y le conté todo lo que sabía. Enfatiqué particularmente, el inquietante suceso de la tarde anterior, y le dije con franqueza lo que sospechaba. Tras una larga discusión, Carstairs accedió a acompañarme al momento hasta la casa de los Maglore, y allí tomar las medidas que fueran necesarias para sacarle de allí. En respuesta a mi petición, el doctor trajo consigo los materiales necesarios para un completo examen físico. Una vez que pudiera persuadir a Simon para que se sometiera a un diagnóstico médico, estaba seguro de que vería que los resultados hacían necesario que se pusiera en tratamiento al instante.

El sol se ocultaba cuando me acomodé en el asiento del copiloto del Ford del Doctor Carstairs y nos dirigimos a las afueras de Bridgetown por la carretera del sur, donde los cuervos emitían sus peculiares sonidos. Nos movíamos lentamente, y en silencio. De modo que fuimos capaces de escuchar claramente aquel singular y agudo alarido desde la vieja casa de la colina. Agarré el brazo del doctor sin mediar palabra, y un segundo más tarde abandonábamos la carretera y nos introducíamos en el patio de entrada. "Dese prisa", musité mientras recorría a toda prisa el paseo y me disponía a subir de un salto los escalones hasta la cerrada puerta principal.

Golpeamos la madera con el puño, inútilmente, y entonces nos dirigimos a las ventanas del ala izquierda. La luz del ocaso menguaba en una tensa y expectante oscuridad, mientras trepábamos por la abertura y nos dejábamos caer sobre el suelo del interior. El Doctor Carstairs accionó una linterna de bolsillo, y nos pusimos de pie. El corazón me retumbaba en el pecho, pero ningún otro sonido rompió el silencio sepulcral mientras abríamos la puerta de la estancia y avanzábamos por el oscuro vestíbulo hasta el estudio. A nuestro alrededor, sentí una horrible Presencia; un demonio al acecho que vigilaba nuestro avance con ojos de insana burla, y cuya maligna alma se agitó con una risa infernal mientras abríamos la puerta del estudio y descubríamos lo que yacía en su interior.

Entonces, ambos gritamos. Simon Maglore yacía a nuestros pies, con la cabeza girada, y sus apretados hombros descansando sobre un pequeño lago de cálida sangre fresca. Estaba boca abajo, y se había quitado la ropa de cintura para arriba, de modo que toda su espalda era visible. Cuando vimos lo que allí descansaba, casi enloquecimos, y entonces comenzamos a hacer lo que debíamos, intentando apartar nuestra mirada, en la medida de lo posible, de aquella cosa absolutamente monstruosa del suelo.

No me pidan que lo describa con detalle. No puedo hacerlo. Hay ocasiones en las que los sentidos se nublan piadosamente, debido a que una completa percepción podría ser fatal. Incluso ahora, hay ciertas cosas que desconozco acerca de aquella abominación, y no me atrevo a permitirme recordarlas. Tampoco les hablaré sobre los libros que encontramos en aquella habitación, o sobre el terrible documento que había sobre la mesa, y que constituía la Obra Maestra inacabada de Simon Maglore. Lo quemamos todo en la chimenea antes de llamar al pueblo solicitando un forense; y si el doctor se hubiera salido con la suya, también habríamos destruido a la Cosa. Y fue entonces, cuando apareció el forense para hacer su examen, cuando los tres juramos guardar silencio en lo concerniente al modo exacto en el que Simon Maglore había hallado la muerte. Entonces nos fuimos, pero antes de que yo hubiera quemado el otro documento... la carta dirigida a mí, que Maglore se hallaba escribiendo en el momento de morir.

Y así, como ven, nadie lo supo jamás. Más tarde me encontré con que la propiedad me había sido donada, y la casa está siendo demolida mientras escribo estas líneas. Pero debo hablar, aunque sólo sea para aliviar mi propio tormento. No me atrevo a reproducir la carta por entero; pero sí puedo

incluir una parte de aquella increíble blasfemia:

"...y por ello, claro está, es por lo que comencé a estudiar brujería. Aquello me impelía a hacerlo. ¡Dios, si sólo pudiera hacer que comprendieras ese horror! El nacer de este modo... con esta cosa, este homúnculo, ¡ese monstruo! Al principio era pequeño; todos los doctores decían que era un siamés no desarrollado. ¡Pero estaba vivo! Tenía un rostro y dos manos, pero con unas piernas se adentraban en mi carne, y que le conectaban a mi cuerpo..."

"Durante tres años lo mantuvieron bajo sigiloso estudio. Yacía con el rostro inclinado hacia abajo, apoyado en mi espalda, y sus manos se agarraban a mis hombros. Los hombres decían que contaba con su propio par de diminutos pulmones, pero que carecía de estómago y de sistema digestivo. Aparentemente, obtenía sus nutrientes a través del tubo carnoso que lo unía a mi cuerpo. ¡Y crecía! Pronto, abrió los ojos, y comenzó a desarrollar unos pequeños dientes. En una ocasión, mordió en la mano a uno de los doctores... De modo que decidieron mandarme de nuevo a casa. Era obvio que no podía ser extirpado. Juré mantener en secreto todo el asunto, y ni siquiera mi padre lo supo, casi hasta el final. Vestía ropas anchas, y aquello no crecía demasiado, al menos hasta que regresé... ¡Entonces se produjo aquel cambio infernal!"

"Me hablaba, te digo, ¡Me hablaba!... aquel rostro pequeño y arrugado, como el de un monito... el modo en que movía aquellos diminutos ojos rojizos... esa vocecita chillona decía "más sangre, Simon... Quiero más"... y entonces crecía; debía alimentarle dos veces al día, y cortar las uñas de sus pequeñas manos negras..."

"Pero nunca predije esto; ¡Jamás me dí cuenta de que estaba tomando el control! Antes me habría suicidado. ¡Lo juro! El año pasado comenzó a darse a conocer durante algunas horas y a darme algunos datos. Dirigía la redacción de mi libro, y en ocasiones me obligaba a salir de noche en extraños vagabundeos... Tomaba cada vez más y más sangre, y yo me debilitaba más y más. Cuando volvía en mí, intentaba combatirlo. Busqué todo aquel material sobre las leyendas de los familiares, e investigué, intentando zafarme de su dominio. Pero fue en vano. Y mientras tanto, él crecía y crecía; se hizo más fuerte, más atrevido y más sabio. Ahora hablaba conmigo, y en ocasiones me tanteaba. Supe que deseaba que le escuchara y obedeciera todo el tiempo. ¡Las promesas que me hizo aquella horrible boquita! Convocaría al Oscuro y me uniría a un Culto. Entonces tendríamos poder para mandar, y para llamar a la tierra a una nueva Maldad."

"No deseaba obedecer... ya lo sabes. Pero me estaba volviendo loco, y perdía tanta sangre... ahora, Eso tomaba el control casi todo el tiempo, y ello hizo que yo temiera volver a la ciudad, porque esta Cosa diabólica podría pensar que yo estaba intentando escapar, y podría moverse en mi espalda y asustar a la gente... Cuando tenía los lapsus, y Eso controlaba mi mente, escribía sin parar... y entonces viniste."

"Sé que quieres que me vaya, pero Eso no me dejará. Es demasiado tozudo para permitirlo. Incluso mientras intento escribir estas líneas, puedo sentirle, lanzando órdenes a mi mente para que me detenga. Pero no me detendré. Te lo contaré todo, mientras aún tenga oportunidad; antes de que me domine para siempre y cumpla su negra voluntad con mi pobre cuerpo, y domine mi alma indefensa. Deseo que sepas dónde se halla mi libro, para que puedas destruirlo si algo ocurriera. Quiero decirte cómo disponer de esos espantosos volúmenes viejos de la librería. Y por encima de todo. Deseo que me mates, si llegaras a ver que el homúnculo ha ganado el control absoluto. ¡Dios sabe lo que intentará hacer cuando me haya doblegado!... ¡Qué duro me está resultando luchar, pues en todo momento me está ordenando que baje mi pluma y queme esta hoja! Pero le combatiré... debo hacerlo, hasta que pueda contarte qué fue lo que me dijo la criatura... lo que planea dejar suelto por el mundo cuando me tenga totalmente esclavizado... Te lo diré... No puedo pensar... Lo escribiré, ¡Maldito seas! ¡Para!... ¡No! ¡No hagas eso! Mantén tus manos....."

Eso es todo. Maglore se detuvo allí, debido a su muerte; porque aquella Cosa no deseaba que se revelara su secreto. Es espantoso pensar en aquel horror, propio de una pesadilla, pero ese pensamiento no es el peor. Lo que me turba es lo que vi cuando abrimos aquella puerta... la imagen que explicaba cómo había muerto Maglore.

Allí estaba Maglore, en el suelo, cubierto de sangre. Estaba desnudo hasta la cintura, como ya he dicho; y yacía boca abajo. Pero en su espalda estaba aquella Cosa, tal como la había descrito. ¡Y fue aquel pequeño monstruo, temiendo que sus secretos fueran revelados, quien trepó un poco más alto por la espalda de Simon Maglore, y quien, apretando sus diminutas zarpas negras en torno a su desprotegido cuello, las hundió en la carne hasta matarle!

EL DEMONIO EN LA TIERRA-Hell on Earth

I. El Instituto.

—Permita que le haga una pregunta —me espetó mi visitante—. ¿Quisiera ir usted al infierno por diez mil dólares?

—Amigo mío, enséñeme el dinero y dígame cuándo sale el primer tren —repliqué.

—Hablo en serio —repuso con gravedad el profesor Keith.

Al cabo de un instante cerré la boca, que había abierto de par en par.

—Un momento —pedí—. Usted no posee pezuñas ni se aparece entre nubes de azufre, ni está loco ni toma drogas. Usted es el profesor Phillips Keith, director asociado del Instituto Rocklynn. Y me ofrece diez mil dólares por ir al infierno.

El hombrecillo que estaba ante mí se ajustó los lentes y sonrió. Su aspecto era de obispo apacible.

—Si alguien ha de ir al infierno en mi lugar, deseo que sea usted —declaró muy solemne.

—Muy amable, profesor y le agradezco la deferencia. Pero quisiera que se explicara mejor y entonces tal vez me decidiese. Un hombre no recibe este ofrecimiento todos los días.

Por toda respuesta me tendió un recorte de periódico.

—Lea esto.

INSTITUTO CIENTÍFICO A PUNTO DE CONVERTIRSE EN UN ANTRO DE BRUJERÍA

El mundialmente famoso Instituto Rocklynn se transformará en un lugar de reunión de demonios y duendes, según los proyectos de Thomas M. Considine, el famoso filántropo. Considine ha donado cincuenta mil dólares para que se utilicen en lo que él califica de "estudio científico de la hechicería y la magia negra". El profesor Phillips Keith ha anunciado hoy que el Instituto Rocklynn se propone estudiar seriamente las posibilidades del proyecto. Las bases científicas de los miagas antiguos son Los vendedores de gatos negros, sapos disecados y filtros de amor, hallarán muy ventajoso entablar relaciones con el Instituto Rocklynn.

—¡Es repugnante que hablen así del Instituto! —exclamé, devolviendo el recorte a Keith—. Ahora, cuénteme la verdad.

Keith se puso de pie.

—¿Por qué no me acompaña y lo averigua por sí mismo?

—Encantado.

Salimos de mi casa y, subiendo al coche del profesor, nos internamos entre el tráfico callejero.

—Por lo visto, no se trata de ninguna exageración periodística —comenté—. ¿De veras proyecta semejante experimento?

—Nunca he pensado nada con mayor seriedad —replicó el profesor—. Yo fui quien convenció a Considine para que donase ese dinero. Durante muchos años ha sido mi ambición llevar a cabo un experimento de esa clase. Lamento que los periódicos se hayan enterado del asunto; pero, de ahora en adelante, ya no habrá más publicidad. Nadie debe saber que el Instituto Rocklynn intenta resucitar lo muerto y conjurar a los demonios en la ciudad más moderna de la tierra.

—Bien —quise saber—, ¿cuál es mi papel en este asunto?

—Muy sencillo. Me citaron su nombre como el de un escritor de novelas terroríficas o fantásticas. Por tanto, pensé que usted se hallaría más capacitado que otros para comprender esas verdades.

—Pero yo no creo en esas patrañas —objeté.

—Naturalmente. A eso voy. Usted se halla capacitado para comprender lo que intentamos; pero es escéptico; no cree en lo que escribe; por ello se le ha elegido como testigo oficial e historiador de nuestros experimentos. O sea que le contratamos como testigo.

—¿Quiere decir que me pagarán diez mil dólares por verles hacer brujerías? ¿Por acompañarles montado en una escoba?

Keith se echó a reír.

—Es usted demasiado incrédulo. Venga, necesita un ejemplo inmediatamente.

Entramos en el rascacielos, subimos en el ascensor particular, cruzamos el vestíbulo del Instituto Rocklynn, situado en el ático, y atravesamos una puerta señalada como "Privado". Si alguna vez esta palabra ha estado bien empleada era en esta ocasión, pues era la simple barrera que separaba la cordura de la demencia. Una demencia negra en una habitación tapizada enteramente de negro. Iluminada por las rojas llamas de un brasero, cuyas ascuas eran como parpadeantes ojos infernales y llena de perfumes de especias, humedad y tumba. Era una estancia que pertenecía al siglo XV, arrancada a los sueños de los hechiceros y alquimistas. Ciertamente que las mesas y estantes eran modernos, pero gemían bajo el peso de viejos horrores.

Una hilera de tubos de ensayo, de moderno cristal Pyrex, pero con etiquetas tan infernales como éstas: "Sangre de murciélago", "Raíz de mandrágora", "Polvo de momio", "Grasa de cadáver", y aún otras peores. En un rincón se veían unas neveras modernísimas, que contenían innumerables cuerpos. Junto a un fuego de leña, sobre unos trébedes, veíanse extraños calderos. Un estante contenía instrumentos de alquimia. Frascos con hierbas se hallaban junto a otros que contenían huesos pulverizados. El suelo estaba cruzado por dibujos pentagonales y signos del zodiaco, hechos con pintura azul fosforescente, y alguna otra materia que emitía radiaciones rojizas.

Una pared estaba cubierta de libros. La luz se reflejaba en polvorientos y reseco volúmenes, que en un tiempo estuvieron en contacto con las manos de las brujas y los nigromantes. Por un momento, permanecí junto al profesor Keith, en tanto la férrea puerta que acabábamos de cruzar se cerraba detrás de nosotros. Unos ojos, de pronto, se fijaron en los dibujos y horrores de aquella habitación. De repente algo se movió en un extremo de la estancia y avanzó hacia mí. De momento, sólo era una sombra blanca, pero luego... Di un salto que por poco me obliga a chocar mi cabeza con el techo.

—Le presento al doctor Ross —le presentó el profesor.

—¡Ejem! —carraspeé.

El ovalado rostro del doctor Ross se inclinó hacia delante. Una fina mano estrechó la mía y, con deliciosa voz, el doctor declaró:

—Tengo un gran placer en conocerle.

—¡Ejem! —repetí.

—¿Sólo sabe decir "ejem"? —preguntó muy curioso el doctor Ross.

—Creo que también usted perdería la voz si le metiesen en un cuarto lleno de horrores, y cuando esperase encontrarse delante de un fantasma viese avanzar hacia usted a la muchacha más hermosa...

Me interrumpí. Sin embargo, no me arrepentía de mi desliz, pues el doctor Ross era en realidad la doctora Ross, una joven bellísima. Su cabello rubio no estaba oculto por ninguna gorrita médica y sus atractivas facciones estaban debidamente maquilladas, y su cuerpo esbelto quedaba bien modelado por la bata blanca.

—Muchas gracias —dijo la doctora Ross sin ningún embarazo—. Bien venido al Instituto Rocklynn. Supongo qué se interesa por la magia negra ¿verdad?

—Si todas las brujas son como usted...

—Lily Ross no es ninguna Circe —me interrumpió el profesor Keith—, y a usted no se le contrata para que la piropée. Hay mucho trabajo que hacer. Esta tarde invocaremos a un demonio.

—¡Demonio! —exclamé en broma—. ¿Habla en serio?

Keith sacó del bolsillo unos papeles y los colocó sobre la mesa, junto a un crucifijo invertido en el que estaba clavado un murciélago, cabeza abajo. Sacando una pluma estilográfica me lo tendió.

—Firme.

—¿Qué he de firmar?

—El contrato que compromete sus servicios por tres meses. Diez mil dólares. Cinco mil ahora y otros cinco mil al término de nuestro ¡experimento. ¿Conforme?

—Desde luego —asentí.

Con mano temblorosa firmé el contrato, recibiendo del profesor Keith el cheque extendido por él mismo.

—Bien —sonrió Keith, guardando los documentos—. ¿Podemos empezar ya, Lily?

—Todo está dispuesto, profesor —replicó la joven.

—Entonces, trace el pentagrama —murmuró Keith—. En la nevera encontrará la sangre perfectamente conservada. Recite la invocación y encienda los fuegos. Yo la protegeré con los revólveres. Si ocurriese algo dispararía a matar.

Con una amable sonrisa, Keith sacó dos revólveres que llevaba en sus fundas sobaqueras y los empuñó fuertemente.

II. La Aparición.

—Están cargados con balas de plata —me explicó el profesor—. Son excelentes contra los vampiros, los hombres-lobo y los vrykolas. No sé lo eficaces que puedan ser contra los dracónibus...

—¿Qué?

—Un dracónibu es un cacodemonio de la noche. Una especie de ícubo. Si el abate Richalmus no se engaña. Empleamos su invocación del libro *Liber revelatonium de insidiatē versutiis daemonum adversus homines*. Dice que esos seres son negros, escamosos, de aspecto casi humano, aparte de las alas y los colmillos, pero de un orden inferior de inteligencia. Son algo semejantes a los elementales. Si las balas nada pueden contra ellos, siempre queda el pentagrama. Ya sabe qué es:

una estrella de cinco puntas, que representa a Satanás, el macho cabrío del sábado.

—Oiga ¿está loco? —le pregunté a mi pesar.

—Un momento —se enojó Keith—. Desde el principio aclaremos una cosa: nada me importa su escepticismo. Y le ruego que no dude de mi buen juicio ni de la sinceridad de mis actos.

—¡Pero todo esto es demasiado pueril y absurdo! —me quejé—. ¡Mezclar la ciencia con la brujería!

—¿Por qué no? —inquirió Keith—. La magia de ayer es la ciencia de hoy. Los brujos de los siglos precedentes al nuestro trataban de alejar los demonios del cuerpo humano de que se habían apoderado. Actualmente, los psiquiatras curan la locura mediante el hipnotismo, casi de igual forma. Hubo un tiempo en que los alquimistas trataban de convertir en oro otros metales más bajos. Actualmente, ese mismo esfuerzo se continúa sobre la base de las mismas investigaciones. ¿No intentan en la actualidad los médicos obtener el elixir de larga vida empleando sangre humana y animal, como antes hacían los magos? ¿No se quiebran los cascos nuestros sabios con los vitales problemas de la Vida y la Muerte? ¿No conservan, vivas, cabezas de perros y gallinas a pesar de haber sido ya cercenadas? En otras épocas, esos trabajos costaban la hoguera. Aquellos sabios morían por enfrentarse con los problemas que hoy atacan abiertamente nuestros hombres de ciencia. Pero estoy convencido de que los sabios de antaño obtuvieron en algunos casos un éxito mayor que los de ahora.

—Entonces ¿cree que los hechiceros consiguieron resucitar a los muertos e invocar los espíritus elementales?

—Quiero decir que lo intentaron y que tal vez tuvieron éxito. Que sus teorías no eran erróneas, pero que quizás lo fueron sus sistemas y métodos de trabajo. Y opino que la ciencia moderna puede hacerse con las mismas teorías, aplicar los 'debidos métodos y obtener un éxito mayor. Y eso es lo que me dispongo a hacer.

—Pero...

—Observe.

Obedecí. Observé. La grácil figura de Lily Ross iba de un lado a otro de la estancia. Sus dedos, al acercarse al brasero, parecían poblarse de llamas. De una bolsa que llevaba a la cintura sacó unos polvos que derramó sobre las ascuas, de las cuales se elevaron unas llamas verdes, azules y purpúreas. Un calidoscopio de diabólica luminosidad inundó la amplia estancia. Rojas llamas brotaban de las velas y saltaban de los pabilos a la oscuridad. Lily inclinóse al suelo y trazó un dibujo plateado. Una estrella de cinco puntas. El espacio interior de la estrella se llenó con un líquido rojo.

—Sangre —susurró Keith—. Sangre tipo B.

—¿Cómo?

—Sí, tipo B. ¿No le he contado que utilizábamos métodos científicos modernos? El hechicero de la Edad Media era casi un charlatán. Algunos rondaban por las cortes de los nobles o príncipes, pasando por astrólogos, por lectores quirománticos y halagando en todo a sus amos. Otros no hacían más que solicitar dinero para conseguir la transmutación del plomo en oro, lograr el elixir de la juventud o encontrar la piedra filosofal. Charlatanes y sólo charlatanes. Otra clase de vividores eran los que vendían filtros de amor, prometían echar mal de ojo a los enemigos de sus clientes y pretendían curar los males, desde la epilepsia al cólera. Mezclados entre esos impostores se hallaban los psicópatas. Los demonomaníacos que danzaban desnudos en los cerros y colinas durante el Walpurgis, afirmando cabalgar sobre escobas voladoras, conversar con los muertos y tener amantes infernales. Pero siempre existieron hombres que tomaron en serio los estudios de esa ciencia. De sus escritos, de sus hechizos e invocaciones, nos valemos ahora.

Keith hizo una pausa para indicar las estancias.

—Me costó largo tiempo reunir esta colección. Manuscritos, pergaminos, fragmentos de tratados, documentos secretos de todos los países y edades. Valiosos incunables que cuestan una fortuna.

Pero la valen.

—¿Y no están llenos de las mismas necedades que los demás? —quise saber—. He leído algunos de tales libros y más parecen obra de algunos locos.

—Entre las solemnes necedades puede haber verdades enormes. Se descubren fácilmente. Algunas invocadas están equivocadas, otras son auténticas.

—¿O sea que si lee un conjuro aparecerá un demonio, un vampiro o un fantasma?

—Sí, si se lee correctamente —asintió Keith—. Ésa es la base. Ahí es donde interviene la ciencia.

En muchos casos, por temor, no se ha escrito la invocación completa. En otros el conjuro tiene palabras cambiadas debido a una traducción incorrecta. La Iglesia quemó tolos los manuscritos y libros de esa clase que pudo hallar. Lo hizo durante varios siglos. Y tuvimos que emplear varios meses en los preparativos, seleccionando lo bueno entre lo malo, uniendo fragmentos sueltos, estudiando las fuentes de origen. Ha sido un trabajo muy arduo para la doctora Ross y para mí. No obstante, podemos hoy asegurar que poseemos en nuestras manos casi un centenar de conjuros legítimos para la invocación de las fuerzas sobrenaturales. Si se recitan como es debido, se obtiene, como con las oraciones corrientes, un resultado inmediato. Además, algunas de las invocaciones exigen ceremonias como ésta. Hemos gastado una enorme cantidad de dinero para reunir el instrumental y los materiales necesarios para estos experimentos. Cuesta mucho encontrar sangre de mandril y obtener los cadáveres necesarios. Es repulsivo, bien lo sé, pero imprescindible.

—Pero sangre del tipo B... —repetí, encogiéndome de hombros.

—Es una simple demostración de lo cuidado de nuestro método de trabajo. Atacaremos lo natural con métodos modernos. Tenga en cuenta los fracasos de nuestros antecesores. Ya he dicho que la mayoría de los hechiceros eran unos farsantes. Los que trabajaban seriamente utilizaban, a veces, traducciones equivocadas, como ya he demostrado. Como es natural, no triunfaban. Otras veces, carecían de los materiales debidos. Si el conjuro exigía el empleo de sangre de mandril, ellos utilizaban otra clase de sangre y, por simple reacción química, el conjuro quedaba destruido. Al utilizar sangre humana hay que tener en cuenta la cantidad tan variada de tipos existentes y, por consiguiente, un hechizo que surtiría efecto empleando la sangre debida, puede fracasar con el uso de otra sangre. Si ahora nos hallamos con una receta que exige el empleo de polvos de cuerno de unicornio, la echamos al cesto de los papeles pues sabemos que es un fraude. En fin, tal vez a usted todo eso le parezcan detalles sin valor, pero en ellos puede residir el triunfo, como resultado de un razonamiento científico. Hemos repasado bien nuestros hechizos e invocaciones, hemos comprobado las fórmulas, reuniendo los ingredientes más auténticos. En tales condiciones no podemos fracasar, si existe alguna verdad en las historias sobrenaturales que han privado en el mundo durante las edades anteriores a la nuestra. Hoy, empleando la sangre de tipo B, vamos a poner en práctica la invocación de Richalmus para evocar un dracónibus. La doctora Ross ha trazado el pentagrama y ha alimentado los fuegos con los tres colores. Ahora leerá la invocación en su original latino. Si las condiciones se producen exactamente como está mandado, pronto veremos al alado demonio de la noche que el buen abad describió tan gráficamente. Quizás lo podamos capturar y lo ofrezcamos como prueba viviente al mundo.

—¿Quiere capturarlo? —murmuré. Keith sonrió.

—¿Por qué no? Esa es la prueba que necesitamos para confundir a los escépticos. El mismo Tom Considine, cuando me dio el dinero, se rió de mí. Me gustaría ver su expresión cuando le enviase el dracónibus.

Keith soltó una carcajada y señaló al techo.

—Si la cosa aparece y es peligrosa, tengo siempre a mano las balas de plata para dominarlo, pero preferiría mucho más capturarla viva. Hay que tener en cuenta la importancia científica.

Miré hacia donde señalaba con el dedo. Suspendida por cadenas, en el techo, se veía como una cabina de cristal. Pendía directamente encima del espacio en que se veía el pentagrama.

—Fíjese en la palanca que se ve junto a la puerta —indicó Keith—. Sólo hay que moverla para que la jaula caiga sobre el ser que aparezca en este lugar.

—Pero el demonio romperá el cristal —objeté.

—En absoluto —sonrió el profesor—. Dentro del cristal hay una cantidad muy grande de cruces nada agradables para el demonio. Las juntas del cristal están protegidas por tubos de agua bendita y otro tubo penetra al interior para dar paso al aire y, en caso de necesidad, para descargar el suficiente monóxido de carbono que convierta la jaula en una cámara letal. Por tanto, si ocurre algo mueva la palanca.

Las palabras de Keith me impresionaron fuertemente. Parecían las palabras de un loco, pero el loco era nada menos que el profesor Keith del Instituto Rocklynn. El aire estaba lleno del hedor de las velas hechas con grasa de cadáver. La sangre manchaba el viejo símbolo trazado en el suelo. El silencio y la oscuridad se poblaban de rumores. Lily Ross, con un viejo pergamino en la mano, dio un paso hacia el azulado brasero. Permaneció allí, como una estatua, como una bruja blanca, pronunciando las primeras palabras de la invocación. Su boca era como una flor escarlata de la que emanase corrupción. Sus labios parecían el cielo; pero su voz era el infierno. Veíase una hermosa joven y escuchaba a una vieja repulsiva y bruja.

Pronunciaba las palabras en latín, pero más que palabras eran sonidos, una invocación. La voz de la joven era el instrumento. Entonces comprendí el inmenso poder de la palabra como plegaria y corno invocación del diablo. El rumor de la voz se mezclaba con la oscuridad que, a su vez, se confundía con las luces y los fuegos. El pentagrama comenzó a vibrar. Las llamas corrían por el suelo. Las sombras se poblaban de zumbidos.

De pronto, se oyó un fuerte latido, las paredes se estremecían; adquirieron luego el compás de las palabras de la joven, el estruendo se confundió con ellas y como tomando energías, resonó más fuerte. El humo brotó de los braseros a la vez que un viento impetuoso soplaba en la habitación. Me estremecí bajo la helada ráfaga que no era de aire. Una blanca figura inclinóse hacia el suelo. De pronto, sentí que me sacudían violentamente y una voz gritó:

—¡Despierte! Se ha dormido de pie. No soplaba ya viento. No se oía rumor alguno. Lily Ross estaba delante de mí, inmóvil, abatida.

—¡Hemos fracasado! —refunfuñó Keith.

—Sin embargo, yo noté...

—Autosugestión. No dio resultado. Déjeme ver esa copia de la invocación —le pidió a Lily. Tomó el papel y lo leyó atentamente.

—¡Maldición!

Lily abrió mucho los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Aquí tenemos un ejemplo perfecto de lo que intentaba explicarle. Se ha cometido un error. No es la invocación que necesitábamos. No es la invocación de Richalmus sino otra muy parecida. Es la invocación del demonio, recopilada por Georgioso.

—¿Cómo puede haber ocurrido? —se apuró la joven—. Yo juraría que...

—Por error ha recitado la invocación al demonio —respondió Keith—. No me extraña que no ocurriese nada.

Volvióse de nuevo hacia mí, mas no pude decir nada, porque los ruidos y los zumbidos se habían reanudado. Y esta vez no cabía pensar en la autosugestión. La habitación se estremeció como si todo el edificio fuese conmovido por un terremoto. Lily y el profesor Keith vacilaban junto a mí. Los braseros ardían con potentes llamas. Un rugido de tormenta llenaba nuestros cerebros. A

nuestros pies el pentagrama dibujado ardía materialmente. Dentro de él una negra sombra iba tomando consistencia: la figura del Macho Cabrío del Sábado. Por el rabillo del ojo vi a Lily Ross avanzar con manos temblorosas y dejar caer el pergamino en el que había leído la invocación equivocada. ¡La que llamaba al demonio a este mundo! ¡Y ahora, dentro de los límites del trazado ¡pentagonal, envuelto en llamas rugientes, que danzaban, proyectando sus sombras contra los muros, donde parecían bailar una danza macabra, se veía ya una sombra más densa que las demás!

III. El Diablo.

Ninguno de los tres que allí nos encontrábamos tenía fuerzas para mover un solo dedo. Mientras tanto, la presencia permanecía acurrucada en el centro del dibujo cabalístico, con su negra cara de macho cabrío iluminada por los fuegos. La peluda cabeza, los retorcidos cuernos, el diabólico y familiar rostro, todo fue cobrando forma y vida. Era, un cuadro, fruto de un sueño infernal. De pronto, la figura entró en acción. Movi6 los brazos y los pies y comenzó a avanzar. De un salto, obedeciendo más al instinto que a la voluntad, llegué a la puerta y accioné la palanca. Oyóse el chirriar de cadenas y, con fuerte estrépito, la jaula de cristal inastillable cayó sobre la figura, aprisionando en su interior a Satanás, Príncipe de las Tinieblas. Aquel monstruo saltó contra los muros de cristal y retrocedió rápidamente.

—¡Dios mío! —exclamó en aquel momento Keith, que había recuperado el habla.

Me eché a reír. No pude evitarlo.

—¿Qué le ocurre? —susurró Lily.

—He luchado contra el propio Satanás y le he vencido —me envanecí.

—Es para volverse loco —musitó la joven—. Tenemos a Satanás encerrado en la habitación de un rascacielos.

—¿Sigue incrédulo? —preguntó Keith.

—Los incrédulos no sudan —repliqué, secándome la frente—, pero si no soy incrédulo, al menos soy práctico. ¿Qué hacemos ahora?

—Ante todo, encender la luz.

Keith fue hacia el interruptor y la estancia se llenó de prosaicas luces, convirtiendo la habitación en una estancia completamente vulgar... a no ser por la figura que había dentro de la jaula de cristal. A oscuras, aquella visión era desagradable, pero a plena luz resultaba infinitamente peor. El satánico prisionero nos contemplaba orgullosamente erguido. La luz ponía de manifiesto todos los detalles. Demasiados detalles. Su piel negra relucía de manera opaca.

—Es tal como lo había imaginado —murmuró el profesor—. La perilla, el monóculo, la roja epidermis...

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Dice que su piel es roja? ¡Es negra!

—Es escamosa —declaró Lily.

—¡Nada de escamas! —protesté—. ¿Qué dicen? ¿Y el monóculo donde está? ¡Si parece un macho cabrío negro!

—¿Está loco? —se irritó Keith—. Se ve claramente que es un hombre vestido de etiqueta, de cara roja, con un monóculo.

—¿Y su cola ahorquillada? —exclamó Lily—. ¡Eso es lo peor!

—¡No tiene cola! —grité—. Ninguno de ustedes lo ve bien.

Keith dio un paso atrás.

—Un momento —pidió—. Estudiemos eso. Usted cree ver un macho cabrío, negro, con facciones humanas ¿verdad? —me preguntó.

Asentí con el gesto.

—¿Y usted, Lily?

—Yo veo un ser escamoso, de cola ahorquillada. Parecido a un lagarto gris.

—Bien, yo veo a un hombre vestido de etiqueta, de cara roja —terminó el profesor—. Y todos tenemos razón.

—No entiendo.

—En realidad, nadie sabe cuál es el verdadero aspecto del diablo. Cada uno de nosotros se ha formado su imagen mental extraída de las ilustraciones de los libros consultados. Los adoradores y los enemigos de Satanás lo han pintado de distintas maneras. Para unos era el macho cabrío de las bacanales sabáticas; para otros era la encarnación de la tentadora serpiente. Para los modernos es un caballero rojo. Cada cual lo ve a su manera por lo que nosotros vemos una misma figura de tres formas distintas. Y no podemos dilucidar cuál es su aspecto verdadero. Puede ser gas, luz, o simplemente llama; pero nuestro cerebro le da forma material.

—Quizá tenga razón —se avino Lily.

—Todo esto es muy interesante —intervine—, pero ¿qué hacemos ahora? ¿Avisar a la prensa?

—¿Se burla? ¿Sabe qué ocurriría si el mundo se enterase de que lo tenemos prisionero en esta habitación? ¿No comprende la locura y el pánico que se desencadenaría sobre la tierra? Además, tenemos que realizar experimentos. Sí, ésta es nuestra oportunidad. La Providencia debió de guiarnos al cometer aquel error.

—¿Está seguro de que fue la Providencia? —gimió Lily—. Tengo la impresión de que este regalo no nos viene del cielo.

—No se excite —le rogó el profesor—. Piense en lo que tenemos entre manos. ¡Es lo más grande que se ha logrado jamás!

—Keith, esto es peligroso —aduje—. No me gusta. Aparentemente, nuestro visitante está embotellado bajo esa campana de cristal, pero ¿y si fuerza la salida?

—No puede huir —declaró el profesor—. ¿Tiene usted miedo? ¿No se da cuenta de que en esta habitación tenemos la prueba de la existencia del demonio y de todo lo sobrenatural?

—Al demonio prefiero tenerlo lo más lejos posible —mascullé.

—Habla usted como un hombre miedoso.

—Es posible que los miedosos estén más en lo cierto que los científicos. Llevamos muchos siglos luchando contra ese ser y es posible que su inteligencia sea superior a la de ustedes. Sobre todo, en este caso.

—Examinaremos al demonio con todos los medios de investigación a nuestro alcance —declaró el profesor—. Lo someteremos a análisis de sangre, a rayos X... Volví la cabeza, disgustado ante tanta locura.

—Quizás ese ser pueda hablar —dijo Lily, a quien me había yo vuelto en busca de un poco de normalidad—. Impresionaremos fotografías...

—¡Es el éxito... el verdadero triunfo de la ciencia! —blasonó el profesor—. Haremos un estudio científico de todo lo diabólico. La potencia que el hombre temió desde los primeros días de la creación está ahora en nuestras manos. ¡El gran dios Pan! ¡La serpiente! ¡El Ángel Caído! ¡Satanás! ¡Lucifer! ¡Luzbel! ¡Belcebú! ¡Azriel! ¡Asmodeo! ¡Sammael! ¡Zamiel! ¡El Príncipe de las Tinieblas! ¡El Macho Cabrío negro del Sábado! Ariman, Malik, Mefistófeles, el arquetipo del mal conocido por los hombres con infinidad de nombres.

Sentí deseos de soltar una nerviosa carcajada. ¡Era demasiado! Lily me salvó.

—Salgamos de aquí —propuso—. En seguida. Mañana podremos discutir sobre esto y convencernos de que no estamos locos.

—Sí, es mejor —asintió Keith—. Aquí está seguro. No puede escapar. La puerta se cierra automáticamente y nadie podrá entrar sin nuestro consentimiento.

El profesor fue hacia la puerta y yo le seguí, pero antes de salir me volví, tropezando con la mirada

de unos ojos terribles que brillaban al otro lado del cristal. ¡Los mismos ojos que viera Fausto!

IV. El Fausto Suelto.

—Esta es mi historia —concluí—. Ahora cuénteme la suya.

Lily Ross levantó su vaso, en el que tintineaba el hielo.

—Sólo un poco de bioquímica —sonrió—. Un empleo en el Instituto Rocklynn, como ayudante del profesor Keith.

—No se burle de mí. Ahora es usted- una mujer bellísima ataviada con un traje de baile, color verde, que le sienta a maravilla. No sabe nada de química y sólo desea bailar. Deseaba bailar, pero cuando volvimos a nuestra mesa observé que estaba muy preocupada.

—Estoy inquieta por el profesor Keith —susurró—. Tiene los nervios destrozados. No sé si mañana estará bien para los experimentos. Marchóse a casa para acostarse al momento.

—No se apure por él —reí—. Lo peor que puede ocurrirle es un fuerte dolor de cabeza, a consecuencia de una buena borrachera.

—¿Por qué dice esto? —se extrañó la joven.

—Eche una mirada hacia la mesa próxima a la orquestina. Si Keith pensaba acostarse es indudable que ha cambiado de opinión.

Lily miró hacia donde yo le indicaba y sus ojos se desorbitaron.

—¡Está ahí! —exclamó—. ¡Con una mujer!

—¡Y vaya mujer! —comenté—. Es Eva Vernon, la cantante. No lo hubiera creído un hombre tan de mundo.

—¡No lo es! —protestó Lily—. Jamás va a ninguna parte. No he sabido de él que acompañase nunca a una mujer. Y bebe champán...

—Vivir para ver —sonreí—. Está tranquilizando sus nervios. ¿Quiere que nos sentemos a su mesa?

—No, se disgustaría. Además, esto lo encuentro muy raro.

Me encogí de hombros, pero al cabo de un rato empecé a inquietarme. Keith se había bebido él solo una botella de champán, cantaba como un borracho y estaba colorado como un tomate.

—¡Es... es repugnante! —proclamó Lily, al salir del local.

—Olvidelo —le aconsejé.

Nos separamos a la puerta de su domicilio y a la mañana siguiente, cuando llegué al Instituto la encontré esperando.

—¿Dónde está el profesor? —pregunté viendo que estaba sola.

—No ha venido.

—Estará durmiendo el champán ingerido anoche. ¿Le ha telefoneado?

—Sí, y su ama de llaves afirma que no ha vuelto a casa.

—Es raro, ¿Qué hacemos?

—Vayamos al laboratorio y aguardemos. Podemos echar una mirada a nuestro prisionero.

Lily fue hacia la puerta. Sacó una llave y al insertarla en la cerradura, exclamó:

—¡Está abierto!

Entramos. La estancia se hallaba a oscuras. Sólo ardía un brasero. Un solo brasero y los ojos dentro de la jaula de cristal. Delante de la jaula había un cuerpo tendido.

—¡Keith!

Lo sacudí. Trabajosamente se puso de pie.

—Oh, debí quedarme dormido. He pasado aquí toda la noche. Observando lo que hacía...

El profesor tenía el rostro demacrado. Y farfullaba, como si estuviese medio dormido.

—Vale más que se vaya a casa y duerma un poco —le recomendó Lily—. Nosotros nos quedaremos aquí. Si más tarde se encuentra bien trazaremos nuestros planes.

—Nada de eso —replicó el profesor, haciendo un esfuerzo como sacudiendo la fatiga de su cuerpo

—. Estoy perfectamente bien. Lo que tengo que hacer es buscar a Considine. Necesito más dinero.

Ustedes quédense aquí y vigilen. Nos veremos esta noche en el baile del Tubo de Ensayo.

Dispondré allí un encuentro con Considine y otros amigos.

Salió precipitadamente de la habitación, dejándome a Lily y a mí mudos de asombro.

—¿El baile del Tubo de Ensayo? —repetí.

—Sí, es un baile que celebramos anualmente los protectores del Instituto Rocklynn. Sirve para allegar fondos. Mas no entiendo qué hará allí el profesor. Nunca le ha gustado asistir a esta clase de fiestas.

—Olvida lo de anoche.

—Pues no, no puedo olvidarlo. Estoy segura de que el profesor no se encuentra bien. Algo le ha ocurrido.

—No es él único que no se encuentra bien —repliqué—. Mire hacia la jaula.

Satanás se hallaba acurrucado en el suelo. Y sus ojos rojos brillaban cada vez con menos intensidad.

—¿Está enfermo? —inquirió Lily.

—No tiene aire ni comida —contesté—. ¿Qué debe comer Su Majestad Infernal?

Iba a seguir hablando, pero algo en el aspecto" del cautivo me detuvo.

—¡Ojalá Keith estuviera aquí! —exclamó Lily—. Deberíamos de hacer algo.

De pronto, Satanás se incorporó, avanzó lentamente hacia la barrera de cristal y nos miró. En sus ojos no brillaba el odio sino la comprensión. Su gesto era de súplica.

—Quiere hablarnos —murmuró Lily. Los labios del monstruo se movían, dejando ver sus colmillos.

—Si pudiésemos entender su mensaje —dije, observando los gestos del cautivo.

Todo inútil. De repente, aquel extraño ser se inclinó hacia el suelo y cogió algo que allí había. Era un fragmento de yeso fosforescente, del que se habían servido para trazar el pentagrama. ¡Y el demonio empezó a escribir! ¡Con letras de fuego! Pronto, deténganle antes de que sea demasiado tarde. Se ha introducido dentro de mí esta mañana y sé lo que piensa hacer. Al pie de este horrible escrito había una firma en letras de fosforescencia plateada: Phillips Keith. Junto a mí, Lily temblaba convulsivamente.

—Vamos —dije.

—¿Adonde?

—En busca del profesor. Al baile del Tubo de Ensayo.

V. El Diablo Baila.

Hacia diez minutos que aguardábamos en el baile cuando por fin llegó el profesor Keith. Iba disfrazado de Mefistófeles. Barba postiza, capa roja, rostro teñido de escarlata. Era su concepto de Satanás. Jamás me había parecido tan alto. Alto, y delgado. Su disfraz era perfecto. No fuimos los únicos en fijarnos en él. La orquesta acaba de interpretar una pieza y la concurrida sala constituía un excelente marco para su entrada en escena. Recordé a Lon Chaney en su caracterización de la

Muerte Roja, en El Fantasma de la Ópera.

—¡Qué disfraz!

—Perfecto.

—Hasta renquea.

En efecto, Keith al andar cojeaba marcadamente. Keith avanzó orgullosamente por entre las circunstancias. Le vi saludar a un hombre disfrazado de pirata.

—Es Considine —susurró Lily.

Considine parecía reírse del disfraz del profesor. Otro de los invitados reunióse con ellos. La orquesta inició la interpretación de otra pieza. Los tres hombres desaparecieron.

—Démonos prisa —apremié a Lily—. Va a ocurrir algo.

Llegamos a la calle en el instante en que el coche negro en que iban los dos hombres y el demonio se ponía en marcha. La suerte nos deparó en seguida otro taxi. Hice subir a Lily y le ordené al chofer:

—Siga a ese auto... —me interrumpí—. ¡No! Sé adonde van. Llévenos al Instituto Rocklynn.

Parecíamos vivir en otro mundo, mientras cruzábamos las calles persiguiendo al demonio, y mientras ascendíamos en el ascensor por el rascacielos. Cuando nos detuvimos frente a la puerta del laboratorio oímos una voz. Se parecía a la del profesor. Era una voz que utilizaba la boca y la laringe de Keith, pero en la que había unas notas que nada tenían de humanas.

—Ya ven lo que he conseguido, caballeros —decía—. Ni usted, señor Considine, ni usted, señor Wintergreen, pueden dudar ya de la evidencia de sus sentidos...

—¡Es espantoso! —se horrorizó Considine—. ¡El diablo en una cárcel de cristal!

—¿Espantoso? ¡Glorioso! ¿No ve las posibilidades que eso ofrece?

—Sí, desde el punto de vista científico el interés debe ser muy grande, pero prácticamente ¿qué ventaja nos ofrece? ¿Lo exhibirá por las ferias?

—Habla usted como un necio, Considine —replicó la voz ronca que era la de Keith—. ¿No comprende que ahí tenemos algo que puede convertirse en la fuerza más grande de la tierra?

—¿Fuerza? —preguntó Wintergreen.

—Sí, una fuerza todopoderosa. Piensen, por un momento, lo que para nosotros puede significar este cautivo. Durante siglos, los hombres han rendido pleitesía al demonio. Convencidos de que el Reino de los Cielos está regido por Dios, afirman que la tierra está gobernada por Satanás. Por eso le han adorado. Si les concede la felicidad en la tierra, están dispuestos a ceder su dicha celestial.

—¡Qué locura!

—Sí —prosiguió burlona la voz ¡del profesor—, se reunían en lugares ocultos, en bodegas de casas viejas, en criptas de iglesias ruinosas, en la noche de Walpurgis. Velas fabricadas con grasa de niños no bautizados iluminaban las ceremonias, que se celebraban sobre el altar formado por el cuerpo de una doncella. Todos los fieles proclamaban en alta voz sus pecados y confesaban, arrepentidos, las buenas acciones.

—No hable así —intervino Wintergreen—. No somos niños para asustarnos con esas tonterías.

—Tampoco lo son los miles de satanistas que llevan a cabo esos ritos. Sin embargo, la mayoría de ellos son engañados por unos farsantes. Yo, en cambio, les ofrezco la representación física de Lucifer. Con su dinero 'pude disponer lo necesario para atraerlo a la tierra. Ahora pueden aprovechar su inversión. Tenemos el poder y la riqueza al alcance de la mano. Somos los dueños de Satanás, de lo que hasta ahora se consideraba un cuento infantil o una conseja de viejas, y con ello

construiremos un imperio. Podremos dominar a las naciones, al mundo entero.

—¿Se ha vuelto loco, Keith? —balbuceó tembloroso Considine—. Primero se presenta con ese, disfraz y luego nos habla de locuras, nos enseña ese monstruo y nos está convenciendo de su locura.

—Sí —añadió Wintergreen, débilmente—, yo me marchó.

—¡No! ¡No saldrán de aquí! Conocen mi secreto y no permitiré que lo divulguen. Ninguno de ustedes saldrá de aquí hasta que hayan aceptado mis condiciones.

Yo no sabía exactamente qué hacer, pero aquel era el mejor momento para irrumpir en la habitación. Abrí, pues, la puerta y penetré en la negra estancia, acompañado de Lily. Considine y Wintergreen nos contemplaron boquiabiertos. En la cárcel de cristal, la figura apresada agitaba frenéticamente los brazos. Keith se abalanzó contra mí, pero antes de que me alcanzase saqué del bolsillo un frasco, lo destapé y eché su contenido al rostro del profesor. Un hedor insoportable llenó la estancia. Densas nubes de humo brotaron de la carne rojiza. Cuando aquel ser cayó al suelo, me precipité sobre él y le obligué a tragarse el resto del líquido. La lucha concluyó al instante.

—Creí que iba a matarle —exclamó Lily—. Cuando usted le arrojó el ácido...

—No era ningún ácido —le informé—. Era agua bendita.

VI. La Amenaza de Satanás.

En la figura tendida en el suelo se había verificado un cambio absoluto. Desapareció el tinte rojo y el rostro de Keith recobró su aspecto normal. Un momento después se incorporó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con voz débil. Le conté todo lo sucedido.

—El agua bendita me ha salvado. Oh —añadió—, estuvo usted muy inspirado.

—Muy desesperado —le corregí.

—¿De qué están hablando? —se interesó Considine.

—Que el demonio se apoderó de mí.

—¿Cree eso?

—Usted mismo lo vio. No se trata de una novedad. La Biblia nos habla de ello. No sé cómo pudo ocurrir. Sin duda, la emoción debilitó mis defensas, y el mal halló fácil acceso dentro de mí. Por la noche regresé, ese ser que tenemos ahí dentro me hipnotizó y aunque no perdí totalmente la noción de las cosas, roe sentí empujado por una euforia y una ansias desconocidas.

Volvímos la vista hacia la jaula de cristal. Satanás estaba de nuevo dentro de ella, pero resultaba evidente que su poder transpasaba las frágiles barreras.

—Puede apoderarse de un cuerpo humano —advirtió el profesor—, y caminar por el mundo.

—Es necesario deshacernos de él —observé—. Que vuelva a su infierno.

—¡Hacerle volver! —repitió el profesor.

—No hay manera —objetó Lily—. No se conoce ningún medio para alejar al demonio.

Volví la cabeza hacia la cárcel. ¿Por qué no enviarle de nuevo al infierno? Examiné la figura que se encontraba allí prisionera. La examiné y sonreí. Luego, mi sonrisa se trocó en una carcajada. ¿Aquello era el fabuloso Lucifer? ¡Era demasiado cómico para ser verdad! Me sentía más fuerte que él. Al fin y al cabo, le había vencido. Le dominé en la lucha cuerpo a cuerpo. ¡Yo era su amo! ¡El amo de Lucifer! Sentía que unas inmensas energías penetraban en mi interior. ¡Yo era el amo!

—Ya sé —exclamé de repente.

—¿Sabe cómo hacerle volver al infierno? —preguntaron Lily y Keith.

—No, no es preciso. Soy más fuerte que Satanás. Lo he dominado. Lo seguiré dominando y emplearé ese poder.

Vi el espanto reflejado en todos los rostros.

—¿Por qué desprendernos de esa fuerza? —continué seguro de mí mismo—. ¿Por qué no ha de dominar Satanás en el mundo? ¿Por qué no he de ser yo el amo de todo? Luché contra Dios y me venció, pero ahora...

De pronto, lo comprendí todo. Había dicho "luché contra Dios". Pero fue Luzbel el que se rebeló contra el Todopoderoso. Y yo creía haber sido yo mismo. ¡Yo! ¡El demonio! Keith y los demás me miraban aterrados. Contemplaban mi rostro. Y yo advertía el cambio que se verificaba en él. Lily me tendió un espejo. Comprendí la horrible verdad. Lo que le había sucedido al profesor me estaba ocurriendo a mí. Satanás se apoderaba de mi cuerpo. ¡Yo era Satanás!

El espejo cayó al suelo y se hizo añicos. Sentía horror y alegría. Examiné mis manos. Eran ya unas garras negras... Cuando sus manos buscaron las culatas de sus dos revólveres cargados con balas de plata, adiviné la intención del profesor. Estaban ambas armas sobre una mesa y yo llegué allí antes que él.

—¡Quieto! —ordené ferozmente, apuntándole yo a él y haciendo frente a todos los presentes—. Si alguien ha de disparar, ese alguien será yo. ¡Soy el amo! ¡El dueño, dispensador de todos los males, de todos los pecados! ¡El señor absoluto de la tierra!

—¡Dios mío! —gimió Lily.

Sentí como un trallazo en pleno rostro. El nombre del Señor abrasaba mis oídos. Luego, Lily empezó a avanzar hacia mí, con las manos tendidas en actitud suplicante.

—¡Quieta o disparo! —le grité.

Ella continuó avanzando. En su mirada no había odio alguno, y sus labios murmuraban unas plegarias que me abrasaban el cuerpo y, sobre todo, el rostro, aquel rostro rojo, los cuernos que ya apuntaban, mi pelo leonado, crespo, hirsuto. Mis manos, convertidas en garras negras...

¡Tenía que terminar con aquel fuego que me abrasaba! ¡Debía matar a Lily! Pero cuando por fin me decidí a disparar, lo hice con el cañón del arma que empuñaba con la mano derecha, aplicado a mi propia sien.

VII. La Caída de Lucifer.

—¡Cuidado! —exclamé—. ¡Cuidado!

—Lo siento —se excusó Keith—. Aunque sea una bala de plata existe el peligro de la infección.

—¿Se ha marchado? —pregunte, sin citar al ser cuya huida deseaba.

—Sí —contestó Lily—. En, cuanto usted disparó el revólver, la campana de cristal quedó vacía. No se vio ni humo ni fuego. Desapareció como una luz que se apaga.

—Fue un tiro muy afortunado —declaró Keith—. Rozó la carne y se perdió en el techo. Pero pudo haber sido fatal.

—No entiendo por qué me pegue el tiro ni por qué desapareció Satanás.

—Es la eterna verdad —replicó el profesor—. La virtud triunfando sobre el mal. Aunque usted no se dio cuenta, su conciencia luchó contra el diablo... y le venció.

—Es difícil no creer que todo ha sido un sueño. Lily apoyó una mano sobre mi hombro.

—Olvidémoslo.

Los demás se mostraron de acuerdo.

—¿Y cómo? —quise saber.

—Si no está demasiado enfermo—sonrió Lily.
—¿Enfermo? Me encuentro perfectamente.
—Entonces, vayamos a celebrar nuestra victoria —propuso Considine.
—¡Oh, no! —protesté—. La celebración la haremos nosotros dos solos ¿verdad, doctora Ross?

Lily tardó unos instantes en contestar con su más encantadora sonrisa:

—Verdad... pero no está bien abandonar a nuestros buenos amigos...
—¿No? ¿Por qué no? —protesté. Y dejándome llevar de mi indignación, exclamé—: ¡Que se vayan al diablo!

EL BESO SINIESTRO - The Black Kiss

Surgen vestidos con túnicas
verdes, bramando, de los
verdes infiernos del mar, donde
hay cielos caídos, y clamores
malignos, y criaturas sin ojos.
G.K. Chesterton: Lepanto.

I. El Ser de las Aguas.

Graham Dean aplastó nerviosamente su cigarrillo y se encontró con los ojos intrigados del doctor Hedwig.

—Nunca estuve tan preocupado anteriormente —dijo—. Estos sueños son tan extrañamente persistentes. No son como las pesadillas comunes y casuales. Parecen —sé que suena un tanto ridículo— parecen estar planeados.

—¿Sueños planeados? Tonterías —el doctor Hedwig lanzó una mirada desdeñosa—. Usted, señor Dean, es un artista, y por naturaleza, de temperamento impresionable. Esta casa de San Pedro es nueva para usted, y dice que oyó relatos extravagantes. Los sueños se deben a la imaginación y al exceso de trabajo.

Dean miró por la ventana hacia afuera, con el ceño fruncido en su rostro desusadamente pálido.

—Espero que tenga usted razón —dijo en voz baja—. Pero no puede atribuirse este semblante a los sueños. ¿O sí?

Señaló con un gesto las grandes ojeras azules que había debajo de los ojos del joven artista. Las manos señalaron la exangüe palidez de sus delgadas mejillas.

—Eso se debe al exceso de trabajo, señor Dean. Sé lo que le pasa mejor que usted mismo.

El canoso médico tomó una hoja cubierta con sus propias y casi indescifrables notas, y la examinó repasando lo que había escrito.

—Usted heredó esta casa en San Pedro hace pocos meses, ¿no? Y se mudó a ella solo para trabajar un poco.

—Sí. La costa del mar tiene aquí unos paisajes maravillosos. —Durante un momento el rostro de Dean adquirió un aspecto juvenil, al avivar el entusiasmo sus fuegos casi extinguidos. Entonces continuó, con el ceño fruncido en gesto preocupado—: Pero últimamente no he podido pintar, ni

siquiera marinas; de cualquier modo es muy extraño. Mis bocetos ya no parecen estar enteramente correctos. Parece haber en ellos un poder que yo no pongo allí...

—¿Un poder, dijo?

—Sí, un poder de malignidad, si puedo llamarlo con esa palabra. Es algo que no se puede definir. Algo que hay detrás del cuadro le extrae toda su belleza. Y en estas últimas semanas no he estado trabajando en exceso, doctor Hedwig.

El doctor echó otra mirada al papel que tenía en la mano.

—Bueno, en eso no estoy de acuerdo con usted. Usted podría no ser consciente del esfuerzo que realiza. Esos sueños con el mar que parecen preocuparlo carecen de significado, excepto como indicio de su estado nervioso.

—Está equivocado. —Dean se levantó repentinamente. Su voz era estridente—. Eso es lo terrible del caso. Los sueños no carecen de significado. Parecen ser acumulativos; acumulativos y planeados. Se vuelven cada noche más vívidos, y cada vez veo más: de ese lugar verde y brillante situado debajo del mar. Me voy acercando cada vez más a esas sombras negras que nadan allí; esas sombras de las que yo sé que no son sombras, sino algo peor. Cada noche veo más. Es como si fuera completando un boceto, agregando gradualmente cada vez más hasta que...

Hedwig observaba agudamente a su paciente. Insinuó:

—¿Hasta?

Pero el tenso rostro de Dean se relajó. Se había detenido justo a tiempo.

—No, doctor Hedwig. Usted debe tener razón. Es exceso de trabajo y nervios, como usted dice. Si creyera lo que me dijeron los mejicanos sobre Morella Godolfo... Bueno, estaría loco y sería un tonto.

—¿Quién es esa tal Morella Godolfo? ¿Alguna mujer que ha estado llenándole la cabeza de cuentos disparatados?

Dean sonrió.

—No tiene que preocuparse por Morella. Fue mi tía tatarabuela. Vivía en la casa de San Pedro e inició las leyendas, creo.

Hedwig había estado garabateando algo en un papel.

—Y bien, ¡ya entiendo, joven! Usted escuchó esas leyendas; su imaginación voló; usted soñó. Esta receta lo pondrá bien.

—Gracias.

Dean tomó el papel, levantó su sombrero de la mesa, y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo en el vano, sonriendo torcidamente.

—Pero usted no está en lo cierto al pensar que las leyendas me hicieron soñar, doctor. Empecé a soñar antes de haber oído la historia de la casa.

Y una vez dicho eso, salió.

Mientras conducía de regreso a San Pedro, Dean trató de comprender qué le había ocurrido. Pero siempre se estrellaba contra el muro de la imposibilidad. Cualquier explicación lógica se perdía en

la maraña de la fantasía. Lo único que no podía explicar —y que el doctor Hedwig no había podido explicar— eran los sueños. Los sueños comenzaron al poco tiempo de haber entrado en posesión de su heredad: esta antigua casa al norte de San Pedro, que había permanecido desierta durante tanto tiempo. El lugar era de una pintoresca antigüedad, y eso atrajo a Dean desde el principio. Había sido construida por uno de sus antepasados cuando los españoles aún gobernaban California. Uno de estos Dean —entonces el apellido era Dena— había ido a España y había regresado con una novia. Su nombre era Morella Godolfo, y alrededor de esta mujer, desaparecida tanto tiempo atrás, giraban todas las leyendas posteriores. Todavía había en San Pedro mejicanos arrugados y desdentados, que murmuraban increíbles relatos sobre Morella Godolfo, la que nunca había envejecido, y tenía un poder sobrenaturalmente maligno sobre el mar. Los Godolfo se habían contado entre las más orgullosas familias de Granada; pero furtivas leyendas se referían a su relación con los terribles hechiceros y nigromantes moriscos. Según esos mismos horrores insinuados, Morella había aprendido misteriosos secretos en las tétricas torres de la España morisca, y cuando Dena la trajo como novia al otro lado del mar, ella ya había sellado un pacto con las fuerzas del mal y había experimentado un cambio.

Así decían los relatos, y decían aún más cosas sobre la vida de Morella en la antigua casa de San Pedro. Su esposo había vivido durante diez o más años después del matrimonio; pero los rumores decían que ya no poseía un alma. Es cierto que su muerte fue mantenida en secreto, en forma muy misteriosa, por Morella Godolfo, que siguió viviendo sola en la gran casa situada junto al mar. Las murmuraciones de los peones crecieron monstruosamente a partir de entonces. Se referían al cambio sufrido por Morella Godolfo; ese cambio operado por medio de la hechicería, que le llevaba a nadar mar adentro en las noches de luna, de modo que los que la observaban veían su cuerpo blanco que fulguraba entre la espuma. Hombres lo suficientemente audaces como para contemplarla desde los acantilados podían vislumbrar de modo fugaz su figura, jugando con extrañas criaturas marinas que saltaban a su alrededor en las negras aguas, frotando su cuerpo con sus cabezas espantosamente deformes. Estas criaturas no eran focas, ni tampoco ninguna forma conocida de vida submarina, según se afirmaba; aunque a veces podían oírse las carcajadas de una risa ahogada y cloqueante. Se dice que Morella Godolfo se alejó nadando una noche, para no regresar jamás. Pero a partir de entonces las risas eran más fuertes a la distancia, y los juegos entre las negras rocas continuaron, de modo que los relatos de los primeros peones se habían ido transmitiendo hasta el presente.

Tales eran las leyendas que Dean conocía. Los hechos eran dispersos y poco convincentes. La antigua casa se había venido deteriorando, y en el transcurso de los años sólo había sido arrendada ocasionalmente. Esos arrendamientos habían sido tan cortos como infrecuentes. No pasaba nada definitivamente malo en la casa situada entre Punta White y Punta Fermín, pero los que allí habían vivido decían que el fragor de las olas sonaba en una forma sutilmente diferente cuando era escuchado desde las ventanas que dominaban el mar, y, además, ellos tenían sueños desagradables. A veces, los ocasionales arrendatarios habían mencionado con particular horror las noches de luna, cuando todo el mar se volvía claramente visible. De cualquier modo, los ocupantes por lo general abandonaban la casa de manera precipitada.

Dean se había trasladado a la casa inmediatamente después de heredarla, porque había pensado que sería el lugar ideal para pintar los paisajes que amaba. Se había enterado de la leyenda de los hechos relacionados a ella con posterioridad, y por ese entonces habían comenzado sus sueños. Al principio habían sido bastante convencionales, aunque, extrañamente todos giraban en torno del mar que él tanto amaba. Pero no era el mar que él amaba el que veía en sus sueños. Las Gorgonas poblaban sus sueños. Escila se retorció horriblemente en las aguas oscuras y embravecidas, donde huían aullando las arpías. Criaturas horripilantes emergían lentamente de las profundidades negras como la tinta donde habitaban bestias marinas hinchadas y desprovistas de ojos. Terribles y gigantescos leviatanes saltaban y se sumergían mientras monstruosas serpientes trepaban en extraña obediencia

a una falsa luna. Horrores ocultos e inmundos de las profundidades del mar lo tragaban en sueños.

Esto ya era bastante malo, pero sólo fue un prelude. Los sueños empezaron a cambiar. Era casi como si los primeros de ellos formaran un marco definido para horrores aún mayores por venir. De las imágenes míticas de antiguos dioses del mar emergía otra visión. Sólo incipiente al principio, fue tomando una forma y un significado definidos muy lentamente, en un período de varias semanas. Y era éste el sueño que Dean temía ahora. Había ocurrido por lo general justo antes de despertarse: la visión de una luz verde y translúcida, en la que nadaban lentamente unas sombras tenebrosas. Noche tras noche, el límpido resplandor esmeralda se fue volviendo más claro, y las sombras se transformaron en un horror más visible. Éstas no se veían nunca con claridad, aunque sus cabezas amorfas tenían una cualidad extrañamente repulsiva que Dean podía reconocer. Pronto, en este sueño suyo, las sombrías criaturas se apartaban como para permitir el paso de otra. Nadando a través de la bruma verde, se acercaba una forma enroscada, que Dean no podía asegurar si era similar a las demás o no, porque su sueño siempre terminaba allí. La proximidad de esta última forma lo hacía despertar siempre en un paroxismo de terror de pesadilla.

Soñaba que estaba en alguna parte debajo del mar, en medio de sombras con cabezas deformes que nadaban; y cada noche una sombra, en particular, se iba acercando cada vez más. Ahora, todos los días, cuando se despertaba con el frío viento marino del temprano amanecer que soplabá por las ventanas, permanecía acostado con el ánimo lánguido y perezoso hasta mucho después de la salida del sol. Cuando en aquellos días se levantaba se sentía inexplicablemente cansado y no podía pintar. En esa mañana en particular, el aspecto de su rostro ojeroso al mirarse en el espejo lo había impulsado a visitar al médico. Pero el doctor Hedwig no había resultado útil. Sin embargo, Dean hizo preparar la receta en el camino de regreso a su casa. Un trago del tónico pardusco y amargo lo hizo sentir un poco más fuerte; pero, al estacionar el coche, el sentimiento de depresión volvió instalarse en él. Caminó hasta la casa, aún confundido y presa de un extraño temor.

Debajo de la puerta había un telegrama. Dean lo leyó perplejo, con el ceño fruncido:

RECIEN ENTERADO USTED ESTA VIVIENDO CASA SAN PEDRO STOP ES DE VITAL
IMPORTANCIA QUE DESALOJE INMEDIATAMENTE STOP MUESTRE ESTE CABLE AL
DOCTOR MAKOTO YAMADA 17 BUENA STREET SAN PEDRO STOP VUELVO VIA AEREA
STOP VEA A YAMADA HOY.
MICHAEL LEIGH.

Dean volvió a leer el mensaje, y un recuerdo relampagueó en su mente. Michael Leigh era su tío, pero no lo había visto en años. Leigh había sido un enigma para la familia; era un ocultista y pasaba la mayor parte del tiempo investigando en lejanos rincones de la tierra. Desaparecía ocasionalmente durante largos períodos. El cable que tenía Dean había sido enviado desde Calcuta, y supuso que Leigh había salido recientemente de algún lugar del interior de la India para entonces enterarse de la herencia de Dean. Dean buscó en su mente. Ahora recordaba que había habido alguna disputa familiar sobre esta misma casa, años atrás. No recordaba exactamente los detalles; pero sí recordaba que Leigh había pedido que la casa de San Pedro fuera demolida. Leigh no había alegado motivos valederos, y cuando la petición fue denegada había desaparecido durante algún tiempo. Y ahora llegaba este inexplicable telegrama.

Dean estaba cansado después de su largo viaje en coche; y la insatisfactoria entrevista con el doctor lo había irritado más de lo que había pensado. Tampoco tenía ánimo para cumplir el pedido efectuado por el tío en su telegrama, y para emprender el largo viaje hasta Buena Street, que estaba a varias millas de distancia. La somnolencia que sentía era empero un saludable agotamiento normal, a diferencia de la languidez de las últimas semanas. El tónico que había tomado había servido para algo, después de todo. Se dejó caer en su silla favorita, junto la ventana que dominaba

el mar, deshabilitándose para observar los llameantes colores de la puesta de sol. Pronto el sol desapareció debajo del horizonte, y la oscuridad gris se fue acercando. Aparecieron las estrellas, y muy lejos, hacia el norte, pudo ver las borrosas luces de los barcos de juego frente a Venice. Las montañas le impedían ver San Pedro, pero un pálido y difuso resplandor en esa dirección le indicaba que los nuevos bárbaros despertaban a una vida rugiente y agitada. La superficie del Pacífico se fue aclarando lentamente. La luna llena estaba saliendo por encima de las colinas de San Pedro. Durante un largo rato Dean permaneció sentado junto a la ventana, con la pipa olvidada en la mano, y la vista fija en las lentas ondas del océano, que parecían latir con una vida poderosa y extraña. Gradualmente aumentó la somnolencia, y lo venció. De inmediato, antes de caer en el abismo del sueño, pasó por su mente el dicho de da Vinci: "Las dos cosas más maravillosas del mundo son la sonrisa de una mujer y el movimiento de las poderosas aguas".

Soñó, y esta vez tuvo un sueño diferente. Primero sólo había oscuridad, y un bramido y estrépito como de mares agitados, y, extrañamente mezclado con esto, el confuso pensamiento en una sonrisa de mujer... y en unos labios de mujer... labios que hacían un mohín, seductores; pero, cosa extraña, los labios no eran rojos, ¡no! Eran muy pálidos, exangües, como los labios de algo que ha permanecido durante mucho tiempo debajo del mar... La brumosa visión se transformó y durante un brevísimo instante, Dean creyó ver el verde y silencioso lugar de sus visiones anteriores. Las sombrías formas negras se movían con mayor rapidez detrás del velo, pero este cuadro no duró más que un segundo. Cruzó por su mente como un relámpago y desapareció, y Dean se quedó solo en una playa; una playa que reconoció en sueños: la arenosa ensenada situada debajo de la casa. La brisa salina le acarició fríamente la cara, y el mar resplandeció como la plata a la luz de la luna. Un débil chapoteo le reveló que algo en el mar hendía la superficie de las aguas. Hacia el norte, el mar bañaba la abrupta cara del acantilado, obstruido y sembrado de sombras tenebrosas. Dean sintió el impulso súbito e inexplicable de moverse en aquella dirección. Cedió a él.

Mientras trepaba por las rocas fue súbitamente consciente de una extraña sensación, como si unos penetrantes ojos estuvieran clavados en él: ¡unos ojos que lo observaban y le advertían! Vagamente surgió en su mente el delgado rostro de su tío, Michael Leigh, con sus profundos ojos que lo miraban de manera amenazadora. Pero esto desapareció velozmente, y se encontró ante una oscura cavidad más profunda en la cara del acantilado. Supo que debía entrar allí. Se deslizó entre dos salientes puntas rocosas y se encontró en una completa y lúgubre oscuridad. Sin embargo, de algún modo tenía conciencia de que estaba en una cueva, y podía oír el ruido que hacía el agua muy cerca. Todo lo que sentía era un mohoso olor salado a putrefacción marina, el olor fétido de las cuevas no utilizadas del océano, y de las bodegas de los antiguos barcos. Caminó hacia adelante, y al inclinarse el piso abruptamente hacia abajo, tropezó y cayó de cabeza en el agua helada y poco profunda. Sintió, antes que vio, el revoloteo de un rápido movimiento, y entonces, de golpe, unos cálidos labios se apretaron contra los suyos.

Labios humanos, pensó Dean al principio.

Se apoyó sobre el costado en el agua helada, con sus labios apretados contra esos otros que le correspondían. No podía ver nada, porque todo se perdía en la oscuridad de la cueva. La tentación sobrenatural de esos labios invisibles lo hizo estremecer de pies a cabeza. Les respondió, apretándolos con fuerza; les dio aquello que estaban deseando ávidamente. Las aguas invisibles golpearon contra las rocas, murmurando advertencias. Y en aquel beso lo inundó la extrañeza. Sintió que lo recorrían una conmoción y un hormigueo, luego un estremecimiento de súbito éxtasis, e inmediatamente después vino el horror. Una negra y repugnante pestilencia pareció inundar su cerebro, en una forma indescriptible pero horriblemente real, haciéndolo estremecer de repugnancia. Era como si una indecible malignidad se estuviera volcando en su cuerpo, en su mente, en su propia alma, a través de aquel beso blasfemo sobre sus labios. Se sintió asqueado, contaminado. Retrocedió. Se puso de pie de un salto. Y Dean vio, por primera vez, la cosa horrible que había

besado, en momentos en que la luna que se ponía enviaba una pálida saeta de luminosidad por la boca de la cueva. Porque algo se irguió ante él, un bulto serpentino y semejante a una foca, que se enroscaba, y serpenteaba, y se movió hacia él, cubierto de un pestilente fango que brillaba; y Dean gritó y se dio a la fuga, con un terror de pesadilla desgarrándole el cerebro, escuchando a sus espaldas un leve chapoteo, como si alguna pesada criatura se hubiera echado nuevamente al agua...

II. Una visita del doctor Yamada.

Se despertó. Se encontraba aún en la silla junto a la ventana, y la luna palidecía ante la luz grisácea del amanecer. Estaba estremecido por las náuseas, enfermo y tembloroso por el espantoso realismo del sueño. Sus ropas estaban empapadas por la transpiración, y el corazón le latía violentamente. Parecía agobiarlo un inmenso letargo y tuvo que hacer un intenso esfuerzo para levantarse de la silla y dirigirse tambaleándose hasta un sofá, en el que se tiró para dormir de a ratos durante varias horas. Lo despertó un agudo repiqueteo de la campanilla de la puerta. Se sentía aún débil y aturdido; pero el temible letargo había disminuido un tanto. Cuando Dean abrió la puerta, un japonés parado en el porche inició una leve inclinación de saludo, gesto que se detuvo abruptamente cuando los penetrantes ojos negros se clavaron en el rostro de Dean. Del visitante llegó un corto silbido de inspiración. Dean dijo con irritación:

—¿Y bien? ¿Quiere usted verme?

El otro aún lo estaba mirando. con su delgado rostro amarillento debajo del tieso cabello gris. Era un hombre pequeño, delgado, con el rostro cubierto de una sutil red de arrugas. Después de una pausa dijo:

—Soy el doctor Yamada.

Dean frunció el ceño, perplejo. Súbitamente recordó el cable de su tío del día anterior. En su interior comenzó a crecer una extraña e irracional irritación, y dijo, con más brusquedad de lo que hubiera querido:

—Espero que esta no sea una visita profesional. Yo ya...

—Su tío, ¿es usted el señor Dean?, me envió un cable. Estaba bastante preocupado. —El doctor Yamada echó casi furtivamente una mirada a su alrededor.

Dean sintió que el fastidio bullía en su interior, y su irritación aumentó.

—Me temo que mi tío es un tanto excéntrico. Él no tiene nada de qué preocuparse. Lamento que usted haya hecho el viaje para nada.

El doctor Yamada no pareció ofenderse por la actitud de Dean. Por el contrario, una extraña expresión de simpatía cruzó durante un instante su pequeño rostro.

—¿Le importa si paso? —preguntó y se adelantó con confianza.

Lejos de cerrarle el paso, Dean no encontró forma de detenerlo, y descortésmente condujo a su visita a la habitación en que había pasado la noche, indicándole que se sentara en una silla, mientras él se ocupaba de la cafetera. Yamada se sentó inmóvil, observando silenciosamente a Dean. Entonces dijo sin preámbulos:

—Su tío es un gran hombre, señor Dean.

Dean hizo un gesto evasivo.

—Sólo lo he visto una vez.

—Es uno de los más grandes ocultistas del momento. Yo también he estudiado las ciencias de la psiquis; pero al lado de su tío soy un principiante.

Dean dijo:

—Él es un excéntrico. El ocultismo, como usted lo llama, nunca me interesó.

El pequeño japonés lo contempló impasiblemente.

—Usted cae en un frecuente error, señor Dean. Usted considera al ocultismo como un pasatiempo para maniáticos. No —alzó una delgada mano—, la incredulidad está pintada en su rostro. Bien, es comprensible. Es un anacronismo, una actitud transmitida desde las épocas más antiguas, cuando los científicos eran llamados alquimistas y los hechiceros eran quemados por haber hecho pactos con el diablo. Pero en realidad no hay hechiceros, no hay brujos. No en el sentido en que el hombre comprende estos términos. Existen hombres y mujeres que han logrado el dominio de ciertas ciencias que no están totalmente sujetas a leyes físicas terrenales.

En el rostro de Dean había una leve sonrisa de incredulidad. Yamada continuó tranquilamente:

—Usted no cree porque no entiende. No hay muchos que puedan comprender, o que deseen comprender esa ciencia mayor que no está sujeta a leyes terrenales. Pero aquí tiene usted un problema, señor Dean —una pequeña chispa de ironía se asomó en los ojos negros—. ¿Puede explicarme cómo es que yo sé que usted ha estado sufriendo de pesadillas recientemente?

Dean dio un respingo y se quedó mirando. Luego sonrió.

—Sucede que conozco la respuesta, doctor Yamada. Ustedes, los médicos, tienen una forma de ayudarse mutuamente, y debo haber dejado que algo se me escapara ayer con el doctor Hedwig. — Su tono era ofensivo, pero Yamada se limitó a encogerse levemente de hombros.

—¿Conoce usted a su Homero? —preguntó, saliéndose aparentemente del tema y ante la sorprendida seña afirmativa de Dean continuó: —¿Y a Proteo? ¿Usted recuerda al Viejo del Mar que tenía el poder de cambiar de forma? No deseo forzar su incredulidad, señor Dean; pero desde hace mucho tiempo los que estudian el saber oculto saben que detrás de esa leyenda existe una verdad muy espantosa. Todos los relatos sobre posesión por espíritus, sobre reencarnación y hasta los comparativamente inocentes experimentos de transmisión de pensamiento, apuntan a la verdad. ¿Por qué supone usted que el folklore abunda en relatos de hombres que pueden transformarse en bestias, hombres-lobos, hienas, tigres, el hombre-foca de los esquimales? ¡Porque esos relatos están basados en la verdad!

»No quiero decir con esto —prosiguió— que sea posible la metamorfosis real del cuerpo, hasta donde sabemos. Pero desde hace mucho se sabe que la inteligencia —la mente— de un adepto puede ser transferida al cerebro y al cuerpo de un sujeto satisfactorio. Los cerebros de los animales son débiles, y carecen del poder de resistencia. Pero los hombres son diferentes, a menos que se den ciertas circunstancias...

Ante su vacilación, Dean ofreció al japonés una taza de café —en esos días había generalmente café haciéndose en la cafetera— y Yamada lo aceptó con una leve inclinación formal de agradecimiento. Dean bebió su café en tres rápidos sorbos, y se sirvió más. Yamada, después de un sorbo de cortesía, apartó la taza y se inclinó hacia adelante con seriedad.

—Debo pedirle que ponga su mente en estado receptivo, señor Dean. No se deje influir por sus ideas convencionales sobre la vida en esta cuestión. Es fundamental, para su conveniencia, que usted me escuche con cuidado, y comprenda. Entonces... quizás...

Vaciló, y volvió a echar una mirada extrañamente furtiva a la ventana.

—La vida ha seguido en el mar rumbos diferentes de la vida en la tierra. La evolución ha seguido un curso diferente. En las grandes profundidades del océano, se ha descubierto vida completamente extraña a la nuestra: criaturas luminosas que estallan al ser expuestas a la más ligera presión del aire; y en sus inmensos abismos se han desarrollado formas de vida completamente inhumanas, formas de vida que la mente no iniciada puede creer imposibles. En Japón, un país insular, hemos tenido noticia de esos habitantes del mar desde hace generaciones. El escritor inglés de ustedes, Arthur Machen, dijo una gran verdad cuando afirmó que el hombre, temeroso de esos extraños seres, les ha atribuido formas hermosas o simpáticamente grotescas que en realidad no poseen. Tenemos así las nereidas y las oceánicas; pero, a pesar de todo, el hombre no pudo ocultar totalmente el carácter en verdad repugnante de esas criaturas. Están como consecuencia las leyendas de las Gorgonas, de Escila y de las arpías, y, significativamente, de las sirenas y su maldad. Sin duda usted conoce el cuento de las sirenas: cómo ansiaban robar el alma de un hombre, cómo la extraían por medio de su beso.

Dean estaba ahora en la ventana, dando la espalda al japonés. Cuando Yamada se detuvo, dijo inexpresivamente:

—Prosiga.

—Tengo razones para creer —prosiguió Yamada con gran tranquilidad— que Morella Godolfo, la mujer de la Alhambra, no era completamente... humana. No dejó descendencia. Esos seres nunca tienen hijos: no pueden.

—¿Qué está queriendo decir usted? —Dean se había dado vuelta, y estaba de frente al japonés, con el rostro terriblemente pálido, y las sombras que tenía debajo de los ojos horrorosas y lívidas.

Repitió con aspereza—: ¿Qué está queriendo decir usted? No puede asustarme con sus cuentos, si eso es lo que está tratando de hacer. Usted... mi tío quiere que me vaya de esta casa, por alguna razón particular de él. Usted está utilizando estos medios para que me vaya, ¿no es así? ¿Eh?

—Usted debe irse de esta casa —dijo Yamada—. Su tío está en camino, pero puede que no llegue a tiempo. Escúcheme: esas criaturas —las que habitan en mar— envidian al hombre. La luz del sol, y los cálidos juegos, y los campos de la tierra, cosas que los que habitan en el mar no pueden normalmente poseer. Esas cosas y el amor. Recuerde lo que dije sobre la transferencia de la mente, la posesión de un cerebro por una inteligencia extraña. Para estos seres, éste es el único medio de obtener aquello que desean y de conocer el amor de un hombre o de una mujer. A veces —no con mucha frecuencia— una de estas criaturas logra apoderarse de un cuerpo humano. Siempre están al acecho. Cuando hay un naufragio, allí van, como buitres a un festín. Pueden nadar a una velocidad extraordinaria. Cuando un hombre se está ahogando, las defensas de su mente están bajas, y de este modo, los habitantes del mar pueden a veces adquirir un cuerpo humano. Hay relatos sobre hombres salvados de naufragios que a partir de entonces sufrieron un extraño cambio.

»¿Morella Godolfo era una de esas criaturas! Los Godolfo conocían gran parte del saber oculto pero lo usaban con fines malignos, la llamada magia negra. Y según creo, a través de esto aquel habitante del mar obtuvo poder para usurpar el cerebro y el cuerpo de la mujer. Tuvo lugar una transferencia. La mente del habitante del mar tomó posesión del cuerpo de Morella Godolfo, y la inteligencia de la verdadera Morella fue introducida en la horrible forma de aquella criatura de las profundidades del mar. Eventualmente, el cuerpo humano de la mujer murió, y la mente usurpadora regresó a su envoltura original. Entonces, la inteligencia de Morella Godolfo fue arrojada de su prisión temporaria y quedó sin hogar. Esa es la verdadera muerte.

Dean sacudió con lentitud la cabeza como si estuviera negando, pero no habló. E inexorablemente Yamada continuó.

—Desde entonces, durante años y generaciones ella ha habitado en el mar, esperando. Su poder es

muy fuerte en este lugar, donde ella alguna vez vivió. Pero, como le dije, esta transferencia sólo puede verificarse en circunstancias muy excepcionales. Los moradores de esta casa podían ser perturbados por sueños, pero nada más. El ser maligno no tiene poder para robar sus cuerpos. Su tío sabía eso, de lo contrario habría insistido para que el lugar fuera destruido inmediatamente. Él no previó que usted viviría aquí alguna vez.

El pequeño japonés se inclinó hacia adelante, y sus ojos eran dos puntos de luz negra.

—No tiene que decirme lo que padeció en el mes pasado. Lo sé. El habitante del mar tiene poder sobre usted. Y eso se debe a una cosa: existen lazos de sangre, aun cuando usted no desciende directamente de ella. Y su amor por el océano: su tío habló de eso. Usted vive aquí solo con sus pinturas y las fantasías de su imaginación; no ve a nadie más. Usted es una víctima ideal, y a ese horror marino le fue fácil entrar en rapport con usted. Incluso usted ya muestra los estigmas. Dean estaba en silencio con el rostro como una pálida sombra entre las sombras más oscuras de los rincones de la habitación. ¿Qué estaba tratando de decirle este hombre? ¿Adónde conducían esos indicios?

—Recuerde lo que dije. —La voz del doctor Yamada era fanáticamente grave—. Esa criatura lo quiere a usted por su juventud, por su alma. Lo ha atraído a usted en sueños, con visiones de Poseidonia, las sombrías grutas en el fondo del mar. Le ha enviado al principio visiones engañosas, para ocultar lo que hacía. Esa criatura le ha extraído sus fuerzas y ha debilitado sus resistencias, esperando el momento en que ella estará lo suficientemente fuerte como para tomar posesión de su cerebro. Le he dicho lo que ella quiere, lo que pretenden todos esos horrores híbridos. A su tiempo, ella misma se le revelará a usted, y cuando la voluntad de ella lo domine en el sueño, usted cumplirá lo que ella mande. Lo arrastrará al fondo del mar, y le mostrará los abismos infestados de kraken donde habitan esos seres. Usted irá voluntariamente, y ésa será su perdición. Ella puede atraerlo a los banquetes que allí realizan, los banquetes que celebran con los ahogados que encuentran flotando, procedentes de barcos naufragados. Y usted pasará por semejante locura en su sueño porque ella lo domina. Y entonces, entonces, cuando usted se haya vuelto lo suficientemente débil, logrará su anhelo. El ser del mar usurpará su cuerpo y volverá a caminar sobre la tierra. Y usted descenderá a la oscuridad donde habitó una vez en sueños, para siempre. Al menos que yo esté equivocado, usted ya ha visto lo suficiente como para saber que lo que digo es verdad. Creo que ese terrible momento no está tan lejos, y le advierto que usted no puede tener la esperanza de resistir solo el mal. Sólo con la ayuda de su tío y yo ...

El doctor Yamada se puso de pie. Se adelantó y se colocó frente a frente ante el aturdido joven. En voz baja preguntó:

—En sus sueños, ¿lo ha besado ese ser?

Durante un brevísimo instante, no más largo que un latido del corazón, hubo un completo silencio. Cuando Dean abrió la boca para hablar una pequeña y curiosa señal de advertencia pareció resonar en su cerebro. Ascendió, como el sordo bramido de una caracola, y se sintió invadido por una vaga náusea. Casi involuntariamente, se oyó decir a sí mismo:

—No.

De manera confusa, como desde una distancia increíblemente remota, oyó que Yamada contenía el aliento, como si estuviera sorprendido. Entonces el japonés dijo:

—Eso es bueno. Muy bueno. Ahora escuche: su tío estará pronto aquí. Ha fletado especialmente un aeroplano. ¿Quiere usted ser mi huésped hasta que él llegue?

La habitación pareció oscurecerse ante los ojos de Dean. La figura del japonés se alejaba, disminuyendo de tamaño. Por la ventana llegó el fragoroso ruido de las olas, y sus ondas resonaron en el cerebro de Dean. Dentro del estruendo penetró un susurro débil y persistente.

—Acepta —murmuraba—. ¡Acepta!

Y Dean escuchó que su propia voz aceptaba la invitación de Yamada. Parecía incapaz de pensar en forma coherente. Este último sueño lo perseguía... y ahora la inquietante historia del doctor Yamada... Estaba enfermo... ¡Eso es!, muy enfermo. Necesitaba dormir mucho, ahora. Le pareció que lo inundaba y lo trataba una oleada de oscuridad. Dejó gustosamente que recorriera su fatigada cabeza. Sólo existían la oscuridad y el incesante susurro de aguas agitadas. Sin embargo le pareció que sabía, de algún modo extraño, que aún se encontraba —alguna parte externa de él— consciente. Extrañamente se dio cuenta de que el doctor Yamada y él habían dejado la casa, entraban a un coche, y recorrían una larga distancia. Se encontraba —con ese otro yo, extraño y externo— charlando en tono casual con el doctor; entraba a su casa de San Pedro; bebía; comía. Y mientras tanto su alma, su verdadero ser, era sepultado en las olas de la oscuridad. Por fin, una cama. Desde abajo, parecía que el oleaje se fundía con la oscuridad que inundaba su cerebro. Ahora le hablaba a él, mientras se levantaba a hurtadillas y descolgaba por la ventana. La caída hizo vibrar considerablemente a su yo externo: pero se encontró sobre el suelo, ileso. Se mantuvo en las sombras mientras bajaba arrastrándose hasta la playa, en las negras y ávidas sombras que eran como la oscuridad que se agitaba en su alma.

III. Tres horas terribles.

De golpe, volvió a ser él mismo, completamente. El agua fría lo había logrado; el agua en que se encontró nadando. Estaba en el océano, llevado por olas de un color tan plateado como un relámpago que de vez en cuando fulguraba en lo alto. Oyó el trueno, y sintió las gotas de lluvia. Sin estar sorprendido por la súbita transición, siguió nadando, como si estuviera totalmente enterado de alguna meta planeada. Por primera vez en más de un mes se sentía enteramente vivo, realmente él mismo. Había en él una oleada de alocado júbilo que desafiaba los hechos; ya no parecían preocuparle su reciente enfermedad, las terribles advertencias de su tío y el doctor Yamada, ni la oscuridad innatural que anteriormente había oscurecido su mente. En realidad, ya no tenía que pensar: era como si lo estuvieran dirigiendo en todos sus movimientos.

Ahora estaba nadando paralelamente a la playa, y observó con curiosa indiferencia que la tormenta se había calmado. Un brillo pálido y brumoso se cernía sobre las rompientes olas, y parecía estar haciendo señas. El aire estaba frío, lo mismo que el agua, y las olas altas; sin embargo, Dean no sentía ni frío ni fatiga. Y cuando vio los seres que lo estaban esperando en la playa rocosa que se encontraba delante de él perdió toda percepción de sí mismo, en medio de una creciente alegría. Esto era algo inexplicable, porque se trataba de las criaturas de sus últimas y más extravagantes pesadillas. Incluso ahora no los vio simplemente mientras jugaban en las olas, sino que había en sus tenebrosos perfiles oscuros indicios de un pasado horror. Eran unos seres semejantes a focas; monstruos grandes, hinchados, parecidos a peces, con cabezas carnosas y disformes. Estas cabezas descansaban sobre cuellos alargados que ondulaban con una facilidad serpentina, y observó, sin otra sensación que la de una curiosa familiaridad, que las cabezas y los cuerpos de las criaturas eran de un blanco descolorido por el mar.

Pronto estuvo nadando entre ellos, nadando con una extraordinaria e inquietante naturalidad. Se admiró interiormente, con un resto de su sensibilidad anterior, de que ahora las bestias marinas no lo horrorizaran en lo más mínimo. En cambio, casi con un sentimiento de parentesco, escuchó sus extraños y graves gruñidos y cacareos; escuchó y comprendió. Supo lo que decían, y no se asombró. Lo que escuchaba no le daba miedo, aunque, de haber sido dichas en los sueños anteriores, las palabras le habrían producido en el alma un horror abismal. Supo adónde iban y qué se proponían

hacer cuando todo el grupo se internara nadando en el agua una vez más, y sin embargo, no tuvo miedo. Por el contrario, sintió una extraña hambre ante el pensamiento de lo que iba a suceder, un hambre que lo impulsó a adelantarse mientras los seres, con ondulante rapidez, se deslizaban por las aguas oscuras como la tinta, hacia el norte. Nadaban a una velocidad increíble; sin embargo pasaron horas antes de que apareciera una costa entre las tinieblas, iluminada por un fulgor luminoso enceguecedor que venía de la costa. El crepúsculo se ensombrecía sobre las aguas hasta volverse verdadera oscuridad, pero la luz cercana a la costa ardía brillantemente. Parecía venir de una enorme nave naufragada que se hallaba en las olas frente a la costa, un gran casco que flotaba en las aguas como una bestia encogida. Había botes reunidos a su alrededor, y brillantes luces flotantes que revelaban la escena.

Como por obra de un instinto, Dean, con la manada detrás de él, se dirigió hacia el lugar. Se movieron rápida y silenciosamente, con sus viscosas cabezas confundidas en las sombras en las que se mantenían mientras daban vueltas alrededor de los botes y nadaban hacia la gran forma encogida. Ahora ésta se destacaba por encima de él, y pudo ver brazos que se movían desesperadamente mientras los hombres se hundían, uno tras otro, bajo la superficie. La masa colosal de la que saltaban era una nave naufragada de vigas retorcidas, en la que pudo descubrir el contorno combado de una forma vagamente familiar. Y ahora, con curiosa indiferencia, nadó por allí perezosamente, evitando las luces que oscilaban sobre el agua, mientras observaba lo que hacían sus compañeros. Estaban cazando a sus víctimas. Los ávidos hocicos se abrían para tomar a los ahogados, y las hambrientas garras traían cadáveres de la oscuridad. Cada vez que vislumbraban a un hombre en sombras aún no invadidas por los botes de socorro, uno de los seres marinos cazaba astutamente a su víctima.

Al poco rato se volvieron y con lentitud se alejaron nadando. Pero ahora muchas de las criaturas estrechaban un siniestro trofeo contra sus pechos escamosos. Los miembros de los ahogados, de un color blanco pálido, se arrastraban en el agua al ser llevados hacia las tinieblas por sus captores. Con el acompañamiento de risas graves y repugnantes, las bestias nadaron alejándose, de regreso, lejos de la costa. Dean nadó con los demás. Su mente estaba confusa nuevamente. Sabía qué era eso que estaba en el agua, y sin embargo no podía recordar su nombre. Había observado cómo esos aborrecibles horrores cazaban hombres perdidos y los arrastraban hacia el fondo; empero, no había intervenido. ¿Qué estaba pasando? En ese mismo momento, mientras nadaba con asombrosa agilidad, sintió un llamado que no pudo comprender totalmente, un llamado al que su cuerpo estaba obedeciendo.

Los seres híbridos se estaban dispersando de manera gradual. Con un pavoroso chapoteo desaparecían bajo la superficie de las gélidas aguas negras, arrastrando consigo los cadáveres terriblemente blandos de los hombres, arrastrándolos hacia la oscuridad que se encontraba debajo. Estaban hambrientos. Dean lo supo sin tener que pensarlo. Siguió nadando, a lo largo de la costa, impulsado por su curioso instinto. Eso es; estaba hambriento. Y ahora iba en busca de comida. Durante horas nadó constantemente hacia el sur. Entonces llegó a la playa familiar, y sobre ella, una casa iluminada que Dean reconoció; su propia casa en el acantilado. Unas formas estaban bajando la pendiente; dos hombres con antorchas estaban descendiendo a la playa. No tenía que dejar que lo vieran; por qué, no lo sabía; pero no tenían que verlo. Se arrastró por la playa, manteniéndose próximo a la orilla del agua. Aun así, le parecía que se movía con gran rapidez. Los hombres con las antorchas se encontraban ahora a cierta distancia detrás de él. Adelante se asomaba otro contorno familiar: una cueva. Había trepado antes por esas rocas, al parecer. Conocía los sombríos agujeros que salpicaban la roca del acantilado, y conocía el estrecho pasadizo de piedra por el cual logró hacer pasar su postrado cuerpo.

¿Había sido eso el grito de alguien, a lo lejos? Vio oscuridad, y un charco de agua susurrante. Se arrastró hacia adelante, y sintió cómo las heladas aguas resbalaban sobre su cuerpo. Apagado por la

distancia, llegó un persistente grito desde el exterior de la cueva.

—¡Graham! ¡Graham Dean!

Entonces sintió en las ventanas de la nariz el olor a húmeda pestilencia marina, un olor agradable y familiar. Ahora sabía adónde estaba. Era la cueva donde, en sueños, había besado al ser marino. Era la cueva en la cual...

Ahora recordaba. La mancha negra se disipó en su cerebro, y recordó todo. Su mente llenó el vacío, y recordó una vez más haber venido a ese lugar antes, esa misma noche, antes de haberse encontrado en el agua. Morella Godolfo lo había llamado allí; hasta allí lo habían conducido sus siniestros susurros en la penumbra, cuando había venido desde la cama de la casa del doctor Yamada. Era el canto de sirena de la criatura marina que lo había atraído en sueños. Recordó cómo ella se había enroscado a sus pies cuando él entró, y cómo había abandonado su cuerpo descolorido por el mar, hasta que su cabeza inhumana se había acercado a la de él. Y entonces los ardientes labios carnosos se habían apretado contra los suyos, los labios viscosos y repugnantes lo habían besado otra vez. ¡Un beso húmedo, horriblemente ávido! Sus sentidos se habían sumergido en la malignidad de éste, porque supo que este segundo beso significaba la perdición.

«El habitante del mar tomará su cuerpo», había dicho el doctor Yamada... Y el segundo beso significaba la perdición.

¡Y todo eso había sucedido horas atrás!

Dean se movió por la cámara rocosa para no mojarse en el charco. Al hacerlo, contempló su cuerpo por primera vez en aquella noche; contempló con un cuello ondulante el aspecto que había tenido durante las tres horas pasadas en el mar. Vio las escamas semejantes a las de los peces, la áspera blancura de su piel viscosa; vio las venosas branquias. Entonces contempló fijamente las aguas del charco, para que el reflejo de su rostro fuera visible a la borrosa luz de la luna que se filtraba a través de las grietas de las rocas.

Lo vio todo...

Su cabeza descansaba sobre el largo cuello de reptil. Era una cabeza antropeide de contornos lisos monstruosamente inhumanos. Los ojos eran blancos y salientes; sobresalían con la mirada vidriosa de un ahogado. No había nariz, y el centro del rostro estaba cubierto por una maraña de tentáculos azules semejantes a gusanos. Lo peor de todo era la boca. Dean vio pálidos labios blancos en un rostro muerto, labios humanos. Labios que habían besado a los suyos. Y que ahora ¡eran los suyos!

Estaba en el cuerpo del maligno ser marino; ¡el maligno ser marino que había contenido una vez el alma de Morella Godolfo! En ese momento Dean hubiera querido de buena gana morir, ya que el completo y blasfemo horror de su descubrimiento era demasiado grande como para soportarlo. Ahora supo lo de sus sueños, y las leyendas; había llegado a saber la verdad, y había pagado un espantoso precio. Recordó, vívidamente, cómo había recobrado el sentido en el agua y cómo había nadado hasta encontrarse con aquellos otros. Recordó el gran casco negro del que habían sido rescatados en botes hombres que se estaban ahogando, la nave naufragada, destrozada en el agua. ¿Qué era lo que le había dicho Yamada? Cuando hay un naufragio, allí van como buitres a un festín. Y ahora, finalmente, recordó lo que se había sustraído a su memoria esa noche, qué era esa forma familiar sobre las aguas. Era un zeppelin que había caído. Él había ido nadando hasta los restos del naufragio con aquellos seres, y ellos se habían llevado hombres... Tres horas —¡por Dios!—. Dean deseó profundamente morir. Estaba en el cuerpo marino de Morella Godolfo, y esto era demasiado malo como para seguir viviendo.

¡Morella Godolfo! ¿Dónde estaba ella? ¿Y su propio cuerpo, el cuerpo de Graham Dean? Un crujido en la sombría caverna, detrás de él, anunció la respuesta. Graham Dean se vio a sí mismo a la luz de la luna, vio su cuerpo, línea por línea, que avanzaba furtivamente del otro lado del charco en un intento de deslizarse hacia afuera sin ser advertido. Las aletas de foca de Dean se movieron rápidamente. Su propio cuerpo se volvió. Fue algo horrible para Dean verse reflejado donde no existía ningún espejo; y más horrible aún ver que en el rostro ya no estaban sus ojos. La mirada astuta y burlona de la criatura del mar se clavó en él desde atrás de su máscara de carne, y eran unos ojos antiguos, malignos. El pseudo-humano gruñó al verlo y trató de escabullirse en la oscuridad. Dean fue detrás de él, en cuatro patas.

Supo lo que tenía que hacer. Ese ser marino —Morella— se había apoderado de su cuerpo durante ese último beso siniestro, al mismo tiempo que él era introducido en el de ella. Pero ella aún no se había recuperado lo suficiente como para salir al mundo. Esa era la razón por la cual la había encontrado aún en la cueva. Ahora, sin embargo, ella se iría, y su tío Michael nunca lo sabría. El mundo nunca sabría, tampoco, qué clase de horror acechaba en su superficie, hasta que fuese demasiado tarde. Dean, odiando ahora su propia forma trágica, supo lo que tenía que hacer. Con toda intención arrinconó al falso cuerpo de sí mismo en un rincón rocoso. Hubo una mirada de terror en esos gélidos ojos... Un sonido hizo que Dean se volviera, girado su cuello de reptil. A través de sus vidriosos ojos de pescado vio los rostros de Michael Leigh y del doctor Yamada. Antorchas en mano, estaban entrando en la cueva.

Dean supo lo que haría, y dejó de preocuparse. Estrechó el cuerpo humano que albergaba el alma de la bestia marina; lo estrechó en las aletas batientes de la bestia; lo tomó con sus propias patas y lo amenazó con sus propios dientes, cerca del blanco cuello humano de la criatura. Desde atrás de él oyó gritos y alaridos a sus propias espaldas; pero Dean no les hizo caso. Tenía un deber que cumplir; algo que cumplir. Por el rabillo del ojo, vio que relucía el cañón de un revólver en la mano de Yamada.

Entonces se sucedieron dos tiros de hiriente llamarada, y el olvido que Dean deseaba. Pero murió feliz, porque se había cobrado el beso siniestro. Mientras se hundía en la muerte, Graham Dean había mordido con dientes animales su propia garganta, y su corazón se llenó de paz cuando, al morir, se vio morir a sí mismo...

Su alma se confundió en el tercer beso siniestro de la Muerte.

LA CAPA - The cloak

Estaba poniéndose el sol y el viento del atardecer arremolinaba las hojas secas y las impulsaba a lo largo de la estrecha calle, como si quisiera llevarlas hacia el oeste, para que asistiera al entierro del astro del día.

—¡Tonterías! —murmuró Henderson.

Y procuró apartar de su mente las ideas que habían estado inquietándole. Tal vez se debiesen a que aquel día era la víspera de la festividad de los Difuntos, y a que pronto caería la noche, la noche tan temida, antaño; porque se creía que con las primeras sombras empezaban a oírse los lúgubres lamentos de las almas en pena...

—¡Tonterías! —repitió Henderson, con aire tozudo.

Aquella noche no sería otra cosa que una más del otoño. Y la verdad era que ya iba siendo hora de

que la llegada de esa noche recobrar su significado, o adquiriese uno nuevo. Que significase algo importante, en suma. En la Europa medieval, invadida por la superstición, millones de puertas se cerraban aquella noche para impedir la entrada de los espíritus y millones de plegarias eran musitadas por las almas de los difuntos, al par que se encendían millones de velas. En aquellos tiempos, pensaba Henderson, la llegada de la festividad resultaba impresionante. Los europeos de entonces vivían en un ambiente de terror, en un mundo poblado por demonios y vampiros. En aquellos tiempos, el alma de un ser humano tenía valor para sus semejantes. En cambio, el escepticismo de la época moderna la había despojado de ese valor, porque los hombres de los nuevos tiempos no concedían ya atención a los asuntos de su alma.

—¡Tonterías! —volvió a decir Henderson.

Pero no dejó de reconocer la vaciedad del comentario expresado, tan corriente en estos días de indiferencia total hacia los problemas anímicos. No obstante, y como hijo de su época, admitió que los tiempos habían cambiado, y se concentró en la idea que en aquel momento tenía más importancia para él: la de localizar la tienda de disfraces cuya dirección había encontrado en la guía telefónica, pues deseaba comprar una máscara para asistir al baile de aquella noche. Por eso siguió mirando atentamente los números de las puertas de la calle, hasta que los rojizos rayos del sol poniente, reflejándose en la fachada de un alto edificio, le mostraron el amplio cristal de un escaparate.

De pronto, Henderson notó que un escalofrío le recorría la espalda. Por supuesto que se encontraba frente a la tienda que buscaba y no ante la entrada del infierno. Entonces, ¿a qué se debía aquel rojizo resplandor que iluminaba todo el interior del local? Un resplandor siniestro, que prestaba horrenda apariencia a las caretas alineadas sobre el mostrador.

—El sol del atardecer —tranquilizóse, sonriendo levemente.

Y después de abrir la puerta avanzó hasta el fondo del local, sumido en profundo silencio. Notábase ese inconfundible olor que se percibe en recintos largo tiempo cerrados y mal ventilados; como debía de ser el de los sepulcros y...

—Tonterías —tornó a murmurar Henderson.

Y pensó que lo que su olfato percibía era el ambiente propio de un vulgar comercio poco frecuentado: naftalina, pieles viejas, cartón, polvo... Allá en los días de su niñez, Henderson había participado en funciones teatrales escolares y recordaba que había representado el papel de «Hamlet», viéndose obligado a sostener en sus manos una calavera. Pues bien, el recuerdo le sugirió una idea apropiada para la fiesta de aquella noche. Puesto que era la víspera de la Festividad de los Difuntos, no se disfrazaría de rajá ni de pirata ni de ninguna otra cosa por el estilo, sino de fiera, brujo, hombre-lobo... ¡Eso era lo que habría de hacer! Causar una tremenda impresión al «snob» de Lindstrom y a los cursis de sus invitados. Sonrió entonces, al figurarse las expresiones de horror y sorpresa que provocaría, cuando entrase en aquella casa vestido como un monstruo. Y un tanto impaciente, golpeó con los nudillos sobre el mostrador.

—¡Eh! ¿No hay nadie que atienda a los clientes?

Al pronto, no recibió respuesta. Luego, un apagado rumor sonó a sus espaldas y volvióse en redondo, mientras que pensaba que bien podrían encender la luz antes de que acabase de caer la noche. Acto seguido, Henderson abrió la boca y los ojos, en expresión de gran asombro, al ver un oscuro bulto que iba ascendiendo desde el suelo, envuelto en un rojizo resplandor...

—Tonterías —dijo una vez más.

Desde luego, la aparición no tenía nada de sobrenatural. No era más que el dueño de la tienda, un anciano de pálida faz, que subía por la escalera del sótano.

—Buenas noches —saludó el tendero—. Creo que me quedé dormido, ahí abajo. ¿Quería usted algo?

—Sí. He venido a buscar un disfraz para el baile de esta noche.

—Ya. ¿Qué desearía?

—Nada de particular, lo corriente en estos casos. Creo que en vista del carácter de la fiesta, me convendría comprar un disfraz de monstruo. ¿Tiene algo que se le parezca?

—Puedo enseñarle las máscaras.

—No, no. Yo me refiero a un disfraz completo, ¿comprende usted? Un disfraz de lobo humano, o algo semejante, pero quiero que sea auténtico.

—Exactamente, sí, señor —respondió el viejo tendero—. Au-tén-ti-co.

Henderson se preguntó por qué habría tenido que recalcar aquel viejo imbécil la última palabra.

—Creo que tengo lo que usted necesita —añadió el comerciante, con ligera sonrisa—, un disfraz adecuado para la fiesta de los difuntos.

—¿De qué se trata?

—Hum... ¿No ha considerado la oportunidad de disfrazarse hoy de vampiro?

—¿Como Drácula?

—Eso es, algo así como Drácula.

—No es mala idea, aunque, ¿cree que tengo tipo adecuado para ese disfraz?

El viejo observó por un instante al cliente y luego contestó:

—Los vampiros pueden tener cualquier aspecto, según tengo entendido. Y el suyo no está mal, para ese disfraz.

—Gracias por el cumplido —repuso Henderson, en tono burlón—. De todos modos, ¿cómo es el disfraz?

—¿Disfraz? No es más que un traje de etiqueta, o lo que quiera llevar puesto. Yo le suministraré la capa, una capa au-tén-ti-ca.

—¿Nada más que una capa?

—Nada más, pero se usa como un sudario. Es una mortaja, en realidad. Espere, ahora mismo se la enseñaré.

Se dirigió a la parte trasera del local, para bajar por la escalera del sótano. Al cabo de un par de minutos volvió a aparecer por la puerta-trampa y después de sacudir el polvo que la cubría, mostróle la capa, diciendo:

—Ésta es. ¡La auténtica!

—¿Auténtica?

—Efectivamente. Permítame que se la ponga. Obrará maravillas, ya lo verá.

Henderson notó el contacto del pesado paño en torno a sus hombros, antes de dar unos pasos para plantarse frente al espejo. Tal como había indicado el viejo comerciante, aquella prenda cambiaba notablemente su apariencia. Sus mejillas aparecían más prominentes, en contraste con el resto de su rostro, y sus ojos brillaban con extraño fulgor, sobre el fondo claro de su pálida tez, pero lo que más le impresionó fue la súbita sensación de frío que había experimentado al ponerle la capa el dueño de la tienda.

—Me la llevaré —dijo—. ¿Cuánto es?
—Se divertirá con ella, se lo aseguro.
—Así lo espero. ¿Cuánto cuesta el alquiler de esta capa?
—¿Qué le parecen cinco dólares?
—Bien.

El viejo recogió el dinero y retiró la capa de los hombros de Henderson, que volvió a sentir entonces calor en su cuerpo. Era muy posible que hiciera mucho frío en el sótano, porque la tela de aquella prenda estaba helada. Cuando el tendero le entregó el paquete, Henderson prometió:

—Mañana se la devolveré.
—¡Oh! No hace falta. La ha comprado usted. Ahora es suya.
—¿Mía? Pero...
—Es que voy a retirarme de los negocios, ¿sabe usted? Quédese con ella. Seguro que le servirá para otras cosas.

Henderson se encogió de hombros y salió de la tienda con el paquete bajo un brazo, un tanto inquieto por la fija mirada de aquel anciano, cuyos ojos no parpadeaban en ningún momento. Y lo raro fue que su inquietud no sólo no se disipó, sino que iba en aumento, hasta el punto de que al llegar las ocho, a punto estuvo de telefonar a Lindstrom para decirle que no podría asistir a la fiesta. Después de unos cuantos tragos de licor, Henderson se sintió más animado. Para ensayar su papel dio unos pasos por la habitación, se envolvió en la capa y puso varias veces expresión feroz ante el espejo. Y al fin, complacido con su terrorífico aspecto, bajó a la calle y detuvo un taxi, cuyo conductor se quedó mirándole con aire de asombro.

—Escuche bien la dirección que voy a indicarle —dijo Henderson, mientras se acomodaba en el asiento posterior.
El taxista, visiblemente impresionado y con trémula voz murmuró:
—Ssss... sí, señor.

En cuanto hubo oído las señas, el chófer puso el coche en marcha y empezó a recorrer las calles de la ciudad a gran velocidad. Divertido, el pasajero emitió una risita, pues no había dejado de advertir el efecto producido por su disfraz. Luego reparó en que el conductor no le perdía de vista, observándole por el retrovisor. «Buena señal —se dijo—. Cuando llegue a casa de Lindstrom voy a dar el golpe.» Y sin darse cuenta, profirió una burlona carcajada, que sonó con acento sepulcral. El impresionable taxista apretó el acelerador a fondo y no paró hasta que hubo llegado a su destino. Sólo se detuvo el tiempo preciso para cerrar la portezuela cuando se apeó el pasajero, y partió veloz, sin cobrar el importe del trayecto.

Al entrar en el ascensor, Henderson encontró a otros cuatro invitados y ninguno pareció reconocerle, a pesar de haber hablado con ellos en otras ocasiones. Tal circunstancia le satisfizo sobremanera y le indujo a sonreír torvamente. Resultábale curioso el afán de la gente de adoptar disfraces según sus reprimidos deseos. Las mujeres procuraban acentuar su figura, en tanto que los hombres se esforzaban por destacar su masculinidad, como por ejemplo, el que se vestía de torero. En el fondo, era triste que tantos seres humanos aprovecharan un baile de máscaras para imaginarse que eran lo que no habían sido nunca.

Los que iban en el ascensor eran hombres y mujeres de aspecto saludable. Henderson se sorprendió al darse cuenta de que estaba mirando intensamente uno de los sonrosados y regordetes brazos de la dama que se hallaba a su lado. Y acto seguido advirtió que los demás se habían apiñado en un ángulo, como si quisieran apartarse de él, como si les amedrentase su siniestra apariencia. «¿Qué

diantres estará sucediendo? —preguntóse—. Primero, el taxista, y ahora, estos tontos, que incluso han dejado de hablar.» No tuvo tiempo de buscar una explicación razonable, porque en aquel momento se detuvo el ascensor. Abrióse la puerta y salieron todos al rellano, donde el propio Lindstrom recibió a los visitantes y les hizo pasar al vestíbulo en un lujoso departamento. Volvióse hacia Henderson y en tono de amigable sorpresa, exclamó:

—¡Vaya! ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Era obvio que el dueño de la casa había bebido ya bastante, y añadió:

—¡Tómame una copa, Henderson! Yo la tomaré de la misma botella. Estás impresionante con ese disfraz. ¿De dónde has sacado un maquillaje tan...?

—¿Maquillaje? No me he maquillado.

—¿Ah, no? Bueno... claro, claro. Perdona, soy un tonto.

Henderson se preguntó si su amigo se habría vuelto loco. ¿Sería verdad, o se lo habría parecido solamente, que Lindstrom acababa de dar un paso atrás? ¿Y aquella mirada tan recelosa? Tal vez estuviese completamente borracho.

—Bueno —murmuró Lindstrom—. Te... te veré más tarde.

Y girando sobre sus talones, se alejó rápidamente en dirección al salón, de donde provenía un confuso rumor de música, risa y conversaciones en voz alta. Henderson se quedó con la vista fija en el abultado y rojizo cuello de su amigo, de su aterrorizado amigo. Porque no cabía duda que Lindstrom estaba temblando de miedo. Intrigado, Henderson se bebió de un solo trago el contenido de su copa, e inmediatamente fue a mirarse al espejo que adornaba un rincón del vestíbulo, pero no vio nada. Absolutamente nada. ¡La superficie del espejo no reflejaba su imagen!

Debo de haber bebido de más —se dijo, con aviesa sonrisa—. Allá en casa cuatro o cinco vasos de whisky, y ahora, este ron... Eso es lo que ocurre, que estoy tan borracho que no veo. O mejor dicho, veo visiones, como la de este ángel que ha llegado junto a mí.» Y volviéndose a medias, saludó:

—Hola, ángel.

—Hola —respondióle la bella y rubia joven que acababa de detenerse a su lado.

Henderson advirtió que tenía ojos muy azules y labios muy rojos. En tono serio le preguntó:

—¿Eres un ángel de verdad o se trata de una aparición?

—Es una aparición que se llama Sheila Darryly —respondió la joven—, y que le agradecerá que se aparte un momento del espejo, pues necesita empolvase la nariz.

—Con muchísimo gusto se aparta Stephen Henderson —dijo, sonriendo.

La joven le dedicó un picaresco guiño antes de comenzar a empolvase, pero al notar que la observaba con curiosidad, inquirió:

—¿No ha visto nunca cómo se ponen los polvos de tocador?

—No sabía que los ángeles los emplearan —contestóle Henderson—, pero no es raro. Hay muchas cosas que ignoro, con respecto a los ángeles. De ahora en adelante procuraré informarme convenientemente. No le extrañe que la siga por todas partes con una libreta de notas, para tomar apuntes y...

—¿Apuntes, un vampiro?

—¡Bueno! Pero soy un vampiro inteligente, no uno de aquellos monstruos de Transilvania que... Estoy seguro de que le agrada mi compañía.

—No lo dudo. Y desde luego que tiene usted tipo de vampiro. Claro que un ángel y un vampiro formarían una absurda pareja, ¿no cree?

—¡Oh! Podríamos reformarnos mutuamente. Por otra parte, tengo la sospecha de que es usted un

poco diabólica. Con esa capa negra encima de su manto angelical... No será usted un ángel de las tinieblas, ¿verdad que no? Porque en lugar de haber bajado del cielo, podría provenir de mis sombrías mansiones.

Pese a su desparpajo, Henderson se sentía aturdido. Recordaba muchas de sus cínicas observaciones referentes al «flechazo», al enamoramiento instantáneo, así como su concepto de que el amor no existía, de que la gente no hacía más que imitar a los personajes de las novelas o películas cinematográficas en que se presentaban idilios, para actuar en consecuencia y fingir unos sentimientos que no experimentaban. Y he aquí que en aquel momento se sentía enamorado, perdidamente enamorado de un ángel de rubios cabellos y mirada arrobadora. Por lo visto, la chica notó lo que estaba sucediendo, pues con ligero retintín le preguntó:

—Espero que le satisfaga lo que ve.

—Tiene usted una intuición maravillosa, pero hay algo interesante que querría saber acerca de los ángeles: si saben bailar.

—Buena muestra de tacto, para proceder de un vampiro. ¿Pasamos al salón?

Tomados del brazo entraron los dos en la vasta estancia, donde los presentes charlaban animadamente y bebían, pero nadie bailaba. Algunas parejas se paseaban, en tanto que unos invitados disfrazados de gangsters simulaban atracos con risa y jarana. En suma, la clase de ambiente que tanto detestaba Henderson, por lo que reaccionando de súbito se envolvió en su negra capa e imprimió a sus facciones una torva expresión, mientras echaba a andar en ominoso silencio. A su paso, interrumpíanse las conversaciones y se oían algunos susurros:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Has visto qué ojos?

—Es un vampiro...

El dueño de la casa, cada vez más embriagado, estaba junto a una llamativa morena disfrazada de Cleopatra. Henderson era amigo de Lindstrom y le agradaba su compañía, pero no podía soportarlo en fiestas como aquélla, a causa de su incorrecto comportamiento en lo tocante a la bebida.

—¡Oh, Dracula! —exclamó Lindstrom, alzando un brazo—. Perrrmíteme que te prresente a una esstupenda be-beldad. Y tú... beldad... te prrsentó a un buen amigo mío... El conde Drácula, que viene con su hija. También invité a su abuela; pero esta noche se encuentra atareada. Está celebrando una Ceremonia Negra... En... Hola, conde, ¿qué tal?

La morena abrió los ojos desmesuradamente y con fingido horror exclamó:

—¡Ooooh, Drácula! ¡Qué cara más espantosa! ¡Qué largos y afilados dientes!...

Lindstrom se dirigió a toda la concurrencia, para anunciar:

—¡Queridos amigos! ¡Aquí está el único vampiro real que queda en cautividad! ¡Drácula Henderson, el único vampiro con dentadura postiza!

En otras circunstancias, Henderson habría aplicado un potente y eficiente directo a la mandíbula de su amigo, pero entonces, con Sheila a su lado y en medio de una festiva reunión... Sería preferible soportar las bromas y mostrar buen talante. Y como no le faltaba correa, ¿por qué no podía seguir la corriente y actuar como un verdadero vampiro? Miró entonces a su bella acompañante y le dedicó una sonrisa. Luego se irguió tiesamente y entreabrió su capa, que continuaba tan fría como horas atrás, cuando la había comprado, y abrió los ojos, para fijar su penetrante mirada en el grueso cuello de Lindstrom. Como en sueños, notó que sus manos salían proyectadas hacia delante, en dirección a aquel carnoso cuello, cuyo dueño lanzó un alarido de espanto, como el chillido de una rata, de una

rata gorda y repleta de sangre, como la sangre que sirve de alimento a los vampiros... sangre de aquella rata... del cuello de aquella rata que seguía chillando... con la cabeza caída hacia un costado, mientras los dientes de Henderson se acercaban a su cuello...

—¡Basta ya!

Había sido la seca y fría voz de Sheila. Y también fueron los dedos de la joven los que apretaron fuertemente un brazo de Henderson, que se volvió a mirarla, estupefacto. Lindstrom se había desplomado sobre una butaca y estaba enjugándose el sudor, mientras los demás contemplaban la escena con estupor.

—Muy bien hecho —murmuró la chica—. Que le sirva de lección.

Henderson exhaló un suspiro antes de encararse con los presentes, para decirles jocosamente:

—Señoras y caballeros, lo que acabo de hacer no ha sido más que una demostración de lo que ha afirmado nuestro querido amigo Lindstrom. Soy, en efecto, un vampiro. Y ahora que están ustedes advertidos, creo que no correrán peligro. Si hay un médico entre ustedes, podríamos arreglarnos con una transfusión de sangre, porque la verdad es que estoy desfallecido y necesito alimento.

La salida provocó risa general. Deshecha la tensión, todos reanudaron sus interrumpidas charlas. Y uno de los asistentes, que había bajado a la portería en busca de un periódico, aprovechó la oportunidad para imitar a un vendedor callejero y empezó a pregonar:

—¡Extra! ¡Con el siniestro de la Noche de Difuntos! ¡Extra!

Muchos de los invitados se precipitaron a su encuentro para arrebatarse diarios de las manos.

—¡Extra! ¡Con las últimas noticias sobre el incendio de la tienda de disfraces! ¡Lean el extra de esta noche, con información completa!

—Hasta luego, vampiro —dijo Sheila.

—Hasta luego —murmuró Henderson, prendido en sus bellos ojos.

Pero en seguida se estremeció. ¿Qué era lo que estaba anunciando aquel hombre? Un incendio en una tienda de disfraces. «Alrededor de las ocho de esta noche, los bomberos tuvieron que acudir a un establecimiento de la calle... no pudo dominarse el incendio... completamene destruido... se encontró un esqueleto en una...»

—¡No! —exclamó.

Pero siguió leyendo el resto de la información. Aquel esqueleto había aparecido en una caja que estaba debajo del establecimiento. Era un ataúd. También se encontraron otras dos cajas, vacías. El esqueleto estaba envuelto en una capa negra, que no fue dañada por las llamas. Seguían relatos de testigos presenciales, de vecinos que afirmaban que en aquella casa se habían verificado extraños ritos, que de vez en cuando entraban allí algunos individuos de aspecto sospechoso para comprar objetos raros, como filtros de amor, encantamientos y disfraces endemoniados.

La auténctia capa, recordó Henderson. Eso era lo que había dicho aquel viejo. Y también: «Voy a retirarme de los negocios... Tal vez le sirva para otras cosas.» Presa de honda desazón, encaminóse al vestíbulo, para detenerse ante el espejo. Consternado, se llevó una mano a la cara, a fin de resguardarse de la mirada reflejada que no podía ver. Porque los vampiros no se reflejan en los espejos. No era extraño que asustara tanto a la gente. Ni que sus manos se sintiesen atraídas hacia los cuellos de las personas, como sucedió con Lindstrom. ¿Qué era lo que le había ocurrido?

¡La capa! Aquella capa, que había estado en un féretro, de donde la sacó el viejo cuando bajó al sótano para buscarla. Aquella capa helada con el frío de la muerte le había transmitido sentimiento de un verdadero vampiro. Y estaba maldita, por haber amortajado el cuerpo de un monstruo condenado.

—Hola, querido amigo.

Sheila. Allí estaba Sheila, mirándole con expresión invitadora. Henderson notó una oleada de calor en el rostro, al par que se sentía invadido por una inefable sensación, mezcla de amor, de deseo... y de hambre; hambre suscitada por aquella nacarada piel, por aquellos labios tentadores. ¡Nunca! ¡Jamás haría semejante cosa! Su amor debía triunfar sobre cualquier nefanda pasión. Con brusco e instintivo movimiento, se despojó de la capa e inmediatamente se sintió aliviado, libre de negros pensamientos. La joven sonrió levemente y se quitó la suya, en tanto comentaba:

—¿Qué? ¿Cansado del disfraz?

—Ángel... —susurró él.

—Diablo —respondió Sheila, con tonillo burlón.

Un momento después estaban estrechamente abrazados. Henderson había recogido la negra capa de la chica y la llevaba al brazo, junto con la suya. Cuando dejaron de besarse, Henderson, mientras llevaba a Sheila hacia el ascensor, propuso:

—¿Y si saliéramos a respirar un poco?

—¿Adónde? ¿A la calle?

—No. No quiero que vayamos a mis mansiones, sino a las tuyas.

—¿A la azotea?

—Exactamente, mi ángel. Quiero hablarte allí, sobre el fondo de tu propio cielo. Quiero besarte cerca de las nubes y de las estrellas.

En la alta terraza Henderson enlazó a la chica por el talle y la condujo hasta el parapeto.

—Un ángel y un diablo —murmuró la joven—. ¡Qué pareja! ¿Cómo saldrán nuestros chicos? ¿Con halos o con cuernos?

—Con las dos cosas, quizás.

Abajo quedaron Lindstrom y sus bulliciosos invitados. En cambio, allí, en la azotea, reinaba la templada noche del otoño, sin música estridente, sin bebidas ni charla insustancial. Una noche como tantas otras, hecha para el amor y presidida por el disco de la Luna. No obstante, la brisa que soplaba no resultaba muy agradable, y la joven se estremeció levemente.

—Tengo frío —dijo—. ¿Me das la capa?

Henderson recogió la prenda del borde del parapeto, donde la había colgado, y la deslizó sobre los hombros de su amada, a la que volvió a abrazar.

—Tu también tienes frío —advirtió Sheila—. Ponte la tuya.

«Ponerse otra vez aquella maldición...» Henderson dio un paso atrás, aterrado con el simple pensamiento de revestirse nuevamente con la aborrecible prenda, pero la chica tornó a pasarle los brazos alrededor del cuello y con mimosa entonación insistió:

—Póntela, no vayas a resfriarte.

Frío... Eso era lo que volvía a sentir Henderson en todo su cuerpo. El extraño frío que había percibido mientras llevaba puesta aquella capa. Bajó la vista hasta los labios de la chica, y otra vez le acometió el insensato deseo de mordérselos, de beber su sangre. No debía hacer eso. Amaba a Sheila como nunca habría supuesto que fuera capaz de amar. Y su amor tenía que vencer aquel incomprensible impulso. Por tanto, haciendo un esfuerzo la apartó de sí.

—Sheila —balbuceó—. Tengo que... tengo que decirte una cosa.

—Dime, querido.

—Sheila, por favor. Tú has leído la edición extra de esta noche...

—Sí —repuso la joven, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Pues bien, yo... yo compré allí mi capa, ¿sabes? Y ya has visto lo que sucedió con Lindstrom. No era ficción, sino realidad. Yo quería, realmente, chuparle la sangre. No puedo explicarte a qué se debió eso ni... Creo que esa capa es la culpable de tan extraña reacción.

Sheila seguía mirándole con expresión de intenso cariño, sin inmutarse en absoluto por lo que acababa de escuchar. ¿Es que no le creía? ¿O se figurarla, tal vez, que estaba bromeando?

—Yo te quiero, Sheila. Créeme. Estoy loco por ti.

—Ya lo sé.

—Por eso quiero demostrártelo, y demostrármelo a mí mismo, que lo que siento por ti es verdadero amor. Para convencerme necesito volver a ponerme esa capa. Si mi amor es tan inmenso como yo creo, vencerá a todo otro impulso y te besaré, pero en caso de que la maldición fuera más potente y yo... y yo empezara a morderte, ¡apártate en seguida y huye, cariño mío! ¿Comprendes el significado de este experimento? Quiero comprobar que te quiero más allá de cualquier posible influjo maligno, que te querré eternamente. ¿Tie... tienes miedo?

—No.

—Seguro que creerás que estoy loco.

—Tampoco.

—Entonces.

La impasible actitud de la joven desconcertaba a Henderson, que se quedó mirándola en silencio, hasta que Sheila soltó una risita y se abrazó a él, acariciándole suavemente la nuca y susurrando:

—Ya lo sabía, querido. Lo supe en cuanto te miré por el espejo, la primera vez. Entonces me di cuenta de que tenías una capa igual que la mía... porque yo compré la mía en el mismo comercio.

Henderson se sorprendió al ver que los labios de Sheila eludían los suyos cuando intentó besarla. Luego notó el agudo contacto de los dientes de la chica en su garganta, seguido por una sensación de debilidad... y por el negro abismo de la completa inconsciencia.

LOS OJOS DE LA MOMIA

Egipto me ha fascinado siempre; Egipto, tierra de antiguos y misteriosos secretos. Había leído historias de pirámides y reyes; había soñado en vastos imperios, tan muertos ahora como los ojos vacíos de la esfinge. Durante los últimos años había escrito acerca de Egipto, ya que sus fantásticas creencias y cultos lo convertían para mí en el paraíso de todas las extravagancias. Y no es que yo creyera en las grotescas leyendas de las épocas antiguas; no concedía el menor crédito a la fe en dioses antropomorfos, con las cabezas y los atributos de animales. Sin embargo, detrás de los mitos de Bast, Anubis, Set y Thot, captaba las implicaciones alegóricas de verdades olvidadas. Las leyendas de hombres-animales son conocidas en el mundo entero, en la erudición racial de todos los climas. La leyenda del hombre-lobo, por ejemplo, es universal y no ha cambiado desde las tímidas sugerencias de la época de Plinio. En consecuencia, y dado mi interés por lo sobrenatural, Egipto me proporcionaba una clave para el conocimiento de la antigüedad. Pero en realidad no creía en la existencia de tales seres o animales en la época de esplendor de Egipto. Lo único que admitía, a lo sumo, era que tal vez las leyendas de aquella época procedían de otras épocas mucho más remotas, cuando la primitiva tierra podía albergar tales monstruosidades, producidas por las mutaciones de la evolución. Luego, una noche de carnaval en Nueva Orleans, descubrí una espantosa comprobación de mis teorías. Participé, en el hogar del excéntrico Henricus Vanning, en un extraña ceremonia

sobre el cadáver de un sacerdote de Sebek, el dios con cabeza de cocodrilo. Weildan, el arqueólogo, había traído la momia desde Egipto, y la examinamos, a pesar de las advertencias que nos habían hecho. Confieso que aquel día había bebido un poco más de la cuenta, y aún ahora no estoy completamente seguro de lo que ocurrió, exactamente. Los acontecimientos se precipitaron como en una pesadilla. La momia llevaba una máscara de cocodrilo. Cuando salí corriendo de la casa, Vanning habla muerto a manos del sacerdote..., o a garras del sacerdote, unas garras adheridas a la máscara (si es que era una máscara). No puedo garantizar la autenticidad de los hechos; mejor dicho, no me atrevo. Conté la historia, y luego decidí abandonar para siempre el escribir acerca de Egipto y de sus antiguas tradiciones. Me he atenido escrupulosamente a aquella decisión, hasta que esta noche una terrible experiencia me ha inducido a revelar lo que creo que debe de ser contado.

Ése es el motivo de este relato. Los hechos preliminares son simples; pero todos ellos parecen señalar que estoy unido a alguna espantosa cadena de experiencias relacionadas entre sí, elaboradas por un monstruoso dios egipcio del Destino. Como si los antiguos estuvieran enojados conmigo por mi curiosidad acerca de ellos, y quisieran castigarla empujándome inexorablemente hacia un horrible final.

Así lo creo, ya que después de mi experiencia de Nueva Orleans, después de mi regreso a casa decidido a abandonar para siempre las investigaciones en torno a la mitología egipcia, me vi atrapado de nuevo.

El profesor Weildan vino a visitarme. Weildan había pasado de contrabando la momia del sacerdote de Sebek que yo había visto en Nueva Orleans; le había conocido aquella increíble noche en que un dios enojado, o su emisario, había descendido aparentemente a la tierra, para vengarse. El profesor estaba enterado de mi curiosidad, y me había hablado muy seriamente de los peligros que le acechan al que se dedica a escarbar en el pasado.

Era un hombre bajito, barbudo, con aspecto de gnomo. Confieso que su visita me desagradó, ya que su presencia me traía recuerdos de cosas que me había propuesto olvidar de un modo definitivo. Pero no podía negarme a recibirle. A pesar de mis tentativas por conducir la conversación a un terreno más amplio, insistió en hablar de nuestro primer encuentro. Me contó que a consecuencia de la muerte del recluso Vanning resultó disuelto el pequeño grupo de ocultistas que aquella noche había conocido alrededor de la momia.

Pero él, Weildan, no había renunciado a sus investigaciones acerca de la leyenda de Sebek. Éste, me informo, era el motivo de su visita. Ninguno de sus antiguos asociados le ayudaría en el proyecto que tenía entre manos. Tal vez yo estuviera interesado. Me negué en redondo a hacer algo que tuviera relación con la egiptología.

Weildan se echó a reír. Comprendía perfectamente mi actitud, dijo, pero tenía que permitirle que se explicara. Su actual proyecto no tenía nada que ver con la brujería ni con las artes mánticas. Se trataba, sencillamente, de una oportunidad para ajustar cuentas con los Poderes de las Tinieblas, si es que yo era tan ingenuo como para aplicarles ese nombre. Se explicó. En resumen, quería que le acompañara a Egipto, a una expedición particular. No tenía que preocuparme por los gastos; necesitaba a un hombre joven como ayudante, y no podía confiar en ningún arqueólogo profesional, por motivos especiales. En los últimos años, sus estudios se habían concentrado exclusivamente en las leyendas del Culto del Cocodrilo, y había dedicado todos sus esfuerzos a descubrir las tumbas secretas de los sacerdotes de Sebek. Ahora, por fuentes dignas de crédito, conocía el emplazamiento de una tumba subterránea en la cual reposaba la momia de un adorador de Sebek. No iba a malgastar palabras dándome más detalles; lo esencial del asunto era que la momia podía ser extraída fácilmente de la tumba, sin necesidad de efectuar trabajos de excavación, y que no existía el menor peligro de maldiciones o de venganzas. Por lo tanto podíamos ir hasta allí solos, en el mayor secreto. Y nuestra visita sería provechosa. No sólo se apoderaría de la momia sin ninguna intervención oficial, sino que, además, su fuente de información -la cual podía garantizar con su reputación personal- le había revelado que la momia estaba enterrada con un montón de joyas

sagradas. Lo que me ofrecía, pues, era una oportunidad única, segura y secreta para hacerme rico. Tengo que admitir que la perspectiva no me desagradó. A pesar de mis anteriores experiencias, estaba dispuesto a correr un riesgo a cambio de una adecuada compensación. Y, además, aunque estaba decidido a evitar toda relación con el misticismo, el asunto tenía un aspecto de aventura que me atraía.

Weildan explotó hábilmente mis sentimientos; ahora me doy cuenta. Habló conmigo por espacio de varias horas, y volvió al día siguiente, hasta que obtuvo mi asentimiento.

Embarcamos en el mes de marzo, y llegamos a El Cairo tres semanas más tarde, después de una breve escala en Londres. La excitación del viaje nubla los recuerdos de mis contactos personales con el profesor; sé que se mostró muy obsequioso y tranquilizador en todo momento, insistiendo en que nuestra pequeña expedición era completamente inofensiva. Disipó por completo mis escrúpulos acerca de la inmoralidad que representaba el saquear una tumba; cuidó de nuestros visados, e inventó no sé qué historia para que nos permitieran viajar al interior. Desde El Cairo fuimos en tren hasta Karthum. Allí era donde el profesor Weildan proyectaba reunirse con su «fuente de información»: un guía nativo, que no era más que un espía al servicio del arqueólogo. La revelación no me afectó tanto como podía haberme afectado en parajes más vulgares. La atmósfera del desierto parecía un fondo adecuado para la intriga y la conspiración, y por primera vez comprendí la psicología del vagabundo y del aventurero. Resultó muy emocionante vagar por las retorcidas callejas del barrio árabe la noche en que visitarnos la choza del espía. Weildan y yo entramos en un patio oscuro y silencioso, y fuimos introducidos en una lóbrega habitación por un beduino alto, de nariz de halcón. El hombre acogió calurosamente al profesor. Unos billetes cambiaron de dueño. Luego, el árabe y mi compañero se retiraron a una habitación interior. Oí el leve susurro de sus voces: la excitada de Weildan, en tono interrogante, mezclándose con el gutural inglés del indígena. Permanecí sentado en la oscuridad, esperando. Las voces subieron de tono, como si discutieran. Parecía como si Weildan tratara de aplacar o tranquilizar, en tanto que la voz del guía tenía una nota de advertencia y de temor. Luego oí pasos.

La puerta de la habitación interior se abrió, y apareció el indígena en el umbral. Su rostro tenía una expresión suplicante cuando me miró, y de sus labios brotó un torrente de palabras incomprensibles, como si en sus excitados esfuerzos para advertirme hubiera recurrido inconscientemente a su idioma natal. Ya que me estaba advirtiéndome contra algo, indudablemente. La cosa duró unos segundos; luego, la mano de Weildan cayó sobre su hombro, obligándole a girar en redondo. La puerta volvió a cerrarse, y se oyó de nuevo la voz del árabe, subiendo de tono, hasta convertirse en un grito. Weildan gruñó algo ininteligible; a continuación se oyó el rumor de una pelea, un ahogado estampido, luego silencio. Transcurrieron varios minutos antes de que la puerta se abriera y apareciera Weildan, secándose la frente. Sus ojos evitaron los míos.

-Ese tipo ha armado una trifulca por la recompensa -explicó, mirando al suelo-. Pero tengo la información. Quería más dinero. Y ha salido a pedírselo a usted. Me he visto obligado a disparar un tiro para asustarle; estos indígenas son muy excitables.

Cuando nos marchamos de allí no dije nada, ni hice ningún comentario ante la actitud apresurada y furtiva de Weildan mientras regresábamos a nuestro hotel a través de las oscuras callejas.

Asimismo, fingí estar distraído cuando mi compañero se secó las manos con su pañuelo y volvió a meterse éste apresuradamente en el bolsillo.

Pensé que podía resultarle embarazoso explicar la presencia de aquellas manchas rojas...

Debí sospechar entonces, debí abandonar el proyecto inmediatamente. Pero no podía saber, cuando a la mañana siguiente Weildan propuso que diéramos un paseo a caballo a través del desierto, que nuestro punto de destino era la tumba.

Los preparativos fueron de lo más inocente. Dos caballos, con un ligero almuerzo en las alforjas; una pequeña tienda «contra el calor del mediodía», dijo Weildan; y emprendimos la marcha, solos. Como si saliéramos de merienda al campo. Weildan no liquidó la cuenta del hotel ni dijo una palabra a nadie. Salimos de la ciudad y cabalgamos por la llanura arenosa que se extendía bajo un

cielo intensamente azul. Cabalgamos por espacio de una hora. Weildan parecía estar preocupado; no cesaba de escrutar el monótono horizonte, como si buscara algo; pero ni por un instante sospeché sus verdaderos propósitos.

Casi tropezamos con las piedras antes de que yo las viera; un gran montón de rocas blancas surgiendo del centro de una pequeña duna. Su forma parecía indicar que las rocas visibles formaban un fragmento infinitesimal de las piedras ocultas debajo de la arena; aunque ni en su tamaño ni en su forma había nada anormal. Surgían de la duna, semejantes a una docena de otros montones de rocas que habíamos visto antes. Weildan sugirió que desmontáramos, plantáramos la pequeña tienda y almorzáramos. Clavamos las estacas en el suelo arenoso, arrastramos unas cuantas piedras planas al interior de la tienda para que nos sirvieran de mesa y de asientos, y nos dispusimos a almorzar. Entonces, mientras comíamos, Weildan hizo estallar la bomba. Las rocas situadas delante de nuestra tienda, dijo, ocultaban la entrada a la tumba. La arena, el viento y el polvo del desierto habían realizado su tarea a la perfección, ocultando el santuario a los intrusos. Su cómplice indígena, guiado por suposiciones y rumores, había descubierto el lugar de un modo que no había querido explicar. Pero la tumba estaba allí. Ciertos manuscritos y pergaminos atestiguaban el hecho de que no estaba sujeta a vigilancia. Lo único que temamos que hacer era apartar las piedras que bloqueaban la entrada y descender. Weildan volvió a subrayar el hecho de que yo no corría el menor peligro.

Me había cansado de representar el papel de tonto. Interrogué a Weildan estrechamente ¿Por qué había de estar enterrado en un lugar tan solitario un sacerdote de Sebek?

Porque, afirmó Weildan, él y los suyos huían probablemente hacia el sur en el momento de producirse su muerte. Quizás había sido expulsado de su templo por un nuevo faraón; en aquella época, además, los sacerdotes eran también magos y brujos, y a menudo se veían perseguidos o expulsados de las ciudades por los enfurecidos ciudadanos. Al huír, había muerto y le habían enterrado allí. Éste, explicó Weildan, era el motivo de la escasez de tales momias. Habitualmente, el corrompido culto de Sebek enterraba a sus sacerdotes bajo las bóvedas secretas de sus propios templos ciudadanos. Aquellos santuarios habían sido destruidos hacía muchísimo tiempo. Por lo tanto, sólo en circunstancias especiales como ésta, un sacerdote expulsado era enterrado secretamente en un lugar donde su momia difícilmente podía ser localizada.

-Pero, ¿y las joyas? -insistí.

Los sacerdotes eran ricos. Un brujo fugitivo llevaría encima sus riquezas. Y al morir era enterrado con ellas, naturalmente. Era una peculiaridad de ciertos sacerdotes renegados la de ser momificados con los órganos vitales intactos, debido a que tenían alguna superstición acerca de la resurrección terrenal. Ese era el motivo de que sus momias resultaran tan difíciles de descubrir. Probablemente, la cámara mortuoria no era más que un agujero del tamaño de la caja que contenía la momia excavado en la pared de piedra. Podíamos entrar con toda tranquilidad. En el séquito de tales sacerdotes había siempre varios expertos artífices capaces de embalsamar adecuadamente el cadáver; hacer un buen trabajo sin extraer los órganos vitales exigía mucha habilidad, y los principios religiosos hacían indispensable aquella operación final. Por lo tanto, no teníamos por qué preocuparnos: encontraríamos a la momia en buenas condiciones. Weildan se mostró muy locuaz. Demasiado locuaz. Me explicó la facilidad con que pasaríamos subrepticamente la caja con la momia envuelta en la tela de nuestra tienda de campaña; cómo se las arreglaría para sacar la momia y las joyas del país, con la ayuda de una empresa de exportación indígena. Redujo a polvo cada una de las objeciones que formulé; y sabiendo que, al margen de su carácter personal como hombre, era un reputado arqueólogo, me vi obligado a admitir su autoridad en la materia. Había un solo punto que me preocupaba vagamente: su accidental referencia a alguna superstición relativa a la resurrección terrenal. El entierro de una momia con los órganos intactos parecía una extravagancia. Sabiendo lo que sabía acerca de las actividades de los sacerdotes en relación con los ritos de nigromancia y brujería, quería evitar la más leve de las posibilidades de

atraer la desgracia sobre mi cabeza.

Sin embargo, Weildan acabó por convencerme, y después de almorzar abandonamos la tienda. Las rocas que ocultaban la entrada de la tumba no nos causaron grandes dificultades. Habían sido colocadas hábilmente, de modo que parecía que formaban un solo cuerpo con las rocas del terreno, pero nosotros descubrimos las intersecciones. Tuvimos que apirtar cuatro grandes piedras que formaban un bloque delante de una negra abertura que descendía hacia las entrañas de la tierra.

¡Habíamos encontrado la tumba! A la vista de aquel oscuro agujero, recordé todo lo que sabía acerca del corrompido culto de Sebek, con su mezcla de mito, fábula y espantosa realidad. Pensé en los ritos subterráneos bajo templos que ahora se habían convertido en polvo; en la espantosa adoración de grandes ídolos de oro: ídolos con cuerpo de hombre y cabeza de cocodrilo. Recordé las historias sobre adoraciones paralelas, con una relación entre sí equivalente a la del satanismo respecto al cristianismo; sacerdotes que invocaban a dioses con cabeza de animal que más parecían demonios que deidades benéficas. Sebek era un dios dual, y sus sacerdotes le habían dado a beber sangre. En algunos templos había criptas, y en aquellas criptas se encontraban ídolos del dios en forma de cocodrilo de oro. El animal tenía unas mandíbulas provistas de colmillos, y en sus fauces eran introducidas muchachas vírgenes. A continuación las mandíbulas eran cerradas, y los colmillos de marfil llevaban a cabo el sacrificio, de modo que la sangre se deslizara por la garganta de oro y el dios quedara apaciguado. No era extraño que aquellos sacerdotes hubieran sido expulsados de sus templos y que aquellos santuarios del pecado hubieran sido destruidos. Uno de aquellos sacerdotes había huido hasta aquí y había muerto. Ahora reposaba en su tumba, debajo de mis pies, protegido por la cólera de su antigua divinidad. La idea no resultaba tranquilizadora, ni mucho menos.

Tampoco resultaban tranquilizadoras las emanaciones que ahora surgían de la abertura en la roca. No era el vaho de la descomposición, sino el casi palpable olor de una increíble antigüedad.

Weildan se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo, y yo le imité.

A continuación encendió su lámpara de bolsillo y penetró en la tumba. Su tranquilizadora sonrisa se desvaneció en la oscuridad a medida que descendía por el suelo de piedra que conducía al pasadizo interior.

Le seguí, dejando que abriera el camino. Si habla alguna trampa, algún artificio para castigar a los intrusos, era justo que se cebara en Weildan, y no en mí. Además, de este modo podía mirar hacia atrás y ver el tranquilizador espacio de cielo azul recortado por la abertura rocosa. Pero no por mucho tiempo. El pasadizo formaba una curva a medida que descendía. No tardamos en vernos rodeados de profundas sombras que se espesaban alrededor de la débil claridad proyectada por la linterna.

Weildan había acertado en su suposición; el lugar era simplemente una larga caverna rocosa que conducía a una cámara interior apresuradamente excavada. Allí encontramos las losas que cubrían el féretro. El rostro de Weildan tenía una expresión de triunfo cuando se volvió hacia mí gesticulando excitadamente.

Había sido fácil..., demasiado fácil, ahora me doy cuenta. Pero en aquel momento no sospechamos nada. Incluso yo estaba empezando a desechar mis recelos iniciales. Después de todo, el asunto resultaba de lo más vulgar; el único elemento enervante era la oscuridad..., pero en una galería excavada en la roca no cabía esperar otra cosa. Finalmente, perdí todo temor. Weildan y yo apartamos las losas y contemplamos el bello féretro que había debajo. Lo sacamos y lo colocamos de pie contra la pared. El profesor se inclinó para examinar la abertura en la roca que había contenido el sarcófago. Estaba vacía.

-¡Qué raro! -murmuró-. ¡No hay ninguna joya! Deben de estar en el ataúd.

Colocamos la pesada caja de madera en el suelo. El profesor empezó a trabajar. Operaba lenta, cuidadosamente, rompiendo los sellos y el encerado exterior. El dibujo que adornaba el féretro era muy complicado, y estaba realizado a base de láminas de oro y plata. Había numerosas

inscripciones y jeroglíficos, que el arqueólogo no se entretuvo en descifrar.

-Esto puede esperar -dijo-. Veamos primero lo que hay dentro.

Transcurrió algún tiempo antes de que consiguiera levantar la primera tapadera. Weildan trabajaba delicada y cuidadosamente. La linterna empezaba a perder su potencia: la pila se estaba consumiendo.

La segunda tapadera era un duplicado más pequeño de la primera, pero el rostro que aparecía dibujado en ella era más detallado. Parecía un intento de reproducir más concienzudamente los verdaderos rasgos del sacerdote momificado.

-La hicieron en el templo -explicó Weildan-. Se la llevaron en la huída.

Nos inclinamos sobre la tapadera, examinando aquel rostro a la mortecina claridad de la linterna. Bruscamente, y casi al mismo tiempo, hicimos un extraño descubrimiento. ¡El rostro carecía de ojos!

-Era ciego -comenté.

Weildan asintió, luego miró el rostro más de cerca.

-No -dijo-. El sacerdote no era ciego, si este retrato es exacto. ¡Le arrancaron los ojos!

Examiné las cuencas, que estaban vacías, confirmando aquella espantosa verdad. Weildan señaló excitadamente una hilera de figuras jeroglíficas que adornaban los lados del féretro. Mostraban al sacerdote en los estertores de la muerte. Dos esclavos armados con unas pinzas estaban inclinados sobre él.

Una segunda escena mostraba a los esclavos arrancando los ojos del muerto. En una tercera, los esclavos insertaban unos objetos brillantes en las cuencas ahora vacías. El resto de la serie eran escenas de las ceremonias fúnebres, con una espantosa figura con cabeza de cocodrilo en último término: el dios Sebek.

-Extraordinario -fue el comentario de Weildan-. ¿Comprende el significado de esos dibujos? Fueron hechos antes de la muerte del sacerdote. Demuestran que había decidido que le arrancaran los ojos antes de morir, y que en su lugar colocaran esos objetos brillantes. ¿Por qué se sometió voluntariamente a semejante tortura? ¿Qué son esas cosas brillantes?

-La respuesta debe de estar dentro -contesté.

Sin hacer más comentarios, Weildan reanudó su trabajo. Sacó la segunda tapadera. La linterna se estaba apagando. En una oscuridad casi absoluta, el profesor se enfrentó con la tercera tapadera. Finalmente, consiguió levantarla.

El féretro quedó abierto. A la mortecina claridad de la linterna, vimos la momia.

Una ola de vapor surgió del ataúd: un horrible olor a especias y a gases que traspasó los pañuelos anudados alrededor de la nariz y garganta. El poder de conservación de aquellas emanaciones gaseosas era evidentemente enorme, ya que la momia no estaba vendada ni amortajada. Ante nuestros ojos apareció un cadáver desnudo y moreno, en un sorprendente estado de conservación. Inmediatamente, concentramos nuestra atención en sus ojos..., o en el lugar donde habían estado.

Dos grandes discos amarillos ardían hacia nosotros a través de la oscuridad. No eran diamantes, ni zafiros, ni ópalos, ni ninguna piedra conocida; su enorme tamaño descartaba toda posibilidad de incluirlas en una categoría corriente. No estaban cortadas ni talladas, y sin embargo cegaban con su brillo: un centelleo que hería nuestras retinas como fuego. Aquéllas eran las joyas que habíamos venido a buscar..., y valía la pena haberlo hecho. Me disponía a arrancarlas, pero la voz de Weildan me contuvo.

-No lo haga -me advirtió-. Las sacaremos más tarde, sin dañar la momia.

Oí su voz como si llegara de muy lejos. No tuve conciencia de volver a incorporarme. En realidad, permanecí inclinado sobre aquellas centelleantes piedras. Contemplándolas fijamente. Parecían estar creciendo hasta convertirse en dos lunas amarillas. El contemplarlas me fascinaba: todos mis sentidos parecían concentrados en su belleza. Y ellas, a su vez, concentraban su fuego sobre mí,

bañando mi cerebro en un calor que me aturdí y me debilitaba insensiblemente. Mí cabeza ardía. No podía apartar la mirada, aunque tampoco deseaba hacerlo. Aquellas gemas eran fascinantes. Hasta mis oídos llegó débilmente la voz de Weildan. Me pareció notar que palmeaba mi hombro. -¡No mire! -Su voz sonaba absurdamente excitada-. No son..., piedras naturales. Son un presente de los dioses..., por eso el sacerdote quiso que sustituyeran a sus ojos cuando muriera. Son hipnóticas..., aquella teoría de la resurrección...

Apenas me di cuenta de que rechazaba bruscamente al profesor. Pero aquellas piedras dominaban mis sentidos, obligándome a rendirme. ¿Hipnóticas? Desde luego que lo eran; podía sentir el cálido fuego amarillo inundando mi sangre, latiendo en mis sienes, deslizándose hacia mi cerebro. La linterna se había apagado definitivamente, lo sabía, y sin embargo la cámara estaba bañada en la radiante claridad amarilla que despedían aquellos deslumbrantes ojos. ¿Amarilla? No..., ahora era roja; una brillante luminosidad escarlata, en la cual leí un mensaje. ¡Las piedras estaban pensando! Poseían una mente, o, mejor dicho, una voluntad. Una voluntad que anulaba mis sentidos. Una voluntad que me hacía olvidar mi cuerpo y mi cerebro, en un esfuerzo para perderme a mí mismo en el éxtasis rojo de su ardiente belleza. Deseaba ahogarme en el fuego; en el fuego que me estaba conduciendo fuera de mí mismo, hasta el punto que experimenté la sensación de precipitarme hacia las piedras..., de penetrar en ellas..., en otro cuerpo...

Y luego quedé libre. Libre, y ciego en la oscuridad. Con un repentino sobresalto, me di cuenta de que debía de haberme desmayado. Por lo menos me había caído, ya que ahora estaba tendido de espaldas contra el suelo de piedra de la caverna. ¿Contra el suelo de piedra? No..., contra un suelo de madera.

Era muy raro. Podía notar la madera al tacto. La momia reposaba sobre madera. No podía ver. La momia estaba ciega.

Noté el contacto de mi piel seca, escamosa, leprosa y desconchada.

Mi boca se abrió. Una voz -una voz que era la mía pero que no era la mía- gritó:

-¡Dios mío! ¡Estoy dentro del cuerpo de la momia!

Oí una exclamación y el ruido de un cuerpo chocando contra el suelo. Weildan.

Pero, ¿qué era aquel otro sonido crujiente? ¿Quién tenía mi forma?

Aquel maldito sacerdote, soportando la tortura para que sus cuencas pudieran contener las piedras hipnóticas, presentes de los dioses como prenda de resurrección eterna..., enterrado con fácil acceso a la tumba... Las piedras me habían hipnotizado, habíamos cambiado de formas, y ahora él andaba.

El supremo éxtasis de horror fue lo único que me salvó. Me incorporé a ciegas sobre unos miembros marchitos, y unos brazos en descomposición ascendieron hasta mi frente, buscando lo que yo sabía que tenía que haber allí. Mis dedos muertos arrancaron las piedras de mis ojos.

Luego me desmayé.

El despertar fue espantoso, ya que yo ignoraba lo que iba a encontrar. Temía adquirir conciencia de mí mismo..., de mi cuerpo. Pero mi alma se albergaba de nuevo en carne cálida, y mis ojos podían ver a través de la amarillenta oscuridad. La momia estaba tendida en su féretro, y resultaba espantoso contemplar las cuencas vacías; la cambiada posición de sus miembros era una horrible confirmación de lo sucedido.

Weildan estaba en el mismo lugar en que había caído, con el rostro amoratado por la muerte. La impresión había sido demasiado fuerte.

Junto a él estaban las fuentes de la luminosidad amarilla: la diabólica llama de las piedras gemelas. Aquello fue lo que me salvó: el arrancar aquellos monstruosos instrumentos de transferencia de mis sienes. Sin la voluntad de la momia detrás de ellos, era evidente que no conservaban su permanente poder. Me estremecí al pensar en semejante transferencia al aire libre, donde el cuerpo de la momia se hubiera descompuesto rápidamente, sin ser capaz de arrancar las piedras. Entonces, el alma del sacerdote de Sebek, metida en mi cuerpo, hubiera regresado a la tierra, realizándose así la resurrección. Era una idea horrible.

Recogí apresuradamente las gemas y las envolví en mi pañuelo. Luego me marché de allí, dejando a Weildan y a la momia tal como estaban, y regresando a la superficie con la ayuda de la claridad proporcionada por unas cerillas.

Fue muy agradable contemplar el cielo nocturno de Egipto, ya que por entonces había oscurecido. Cuando vi aquella limpia oscuridad, la pesadilla de mi reciente experiencia en la diabólica negrura de la tumba me sacudió de nuevo, y eché a correr como un loco a través de la arena hacia la pequeña tienda.

En las alforjas había whisky; me serví una dosis generosa y di gracias al cielo por la lámpara de petróleo que acababa de encontrar. Luego colgué un espejo de la pared de la tienda y permanecí más de tres minutos contemplándome a mí mismo, asegurándome de mi propia identidad. Después saqué la máquina de escribir portátil y la coloqué sobre la mesa de piedra.

Sólo entonces me di cuenta de mi subconsciente propósito de manifestar la verdad por escrito.

Durante algún tiempo luché conmigo mismo..., pero aquella noche no podía pensar en dormir, ni en regresar a través del desierto. Al final, recobré la serenidad.

Escribí el presente relato.

Ahora, ya he contado la historia. Mañana abandonaré Egipto para siempre..., abandonaré aquella tumba, después de cubrir la entrada de modo que nadie pueda penetrar nunca en aquella subterránea cámara de horror.

Mientras escribo, me siento agradecido a la luz que borra el recuerdo de la silenciosa oscuridad y del sonido sombrío. Agradecido, también, a la tranquilizadora imagen del espejo que desvanece la idea de aquellos terribles instantes en que las gemas que el sacerdote de Sebek tenía por ojos me contemplaron fijamente y yo cambié. ¡A Dios gracias, las arranqué a tiempo! Tengo una teoría acerca de aquellas gemas: eran una trampa. Resultaba espantoso creer en la capacidad de hipnosis de un cerebro muerto hace tres mil años. Pero no cabe otra explicación. Cuando al sacerdote moribundo le arrancaban los ojos, para colocar en su lugar las piedras preciosas, su mente estaba concentrada en una sola idea: vivir, usurpar de nuevo la carne. Aquella idea, transmitida a las gemas, fue conservada por ellas a través de los siglos hasta que los ojos de un descubridor se posaran en su hipnótico brillo. Entonces, el sacerdote muerto asumió la forma del hombre, y la conciencia del hombre penetró en el cuerpo de la momia. ¡Y pensar que el hombre en cuestión era yo! Las gemas están en mi poder; tengo que examinarlas. Quizá las autoridades arqueológicas de El Cairo puedan clasificarlas; en cualquiera de los casos, son bastante valiosas. Pero, Weildan está muerto; no debo hablar de la tumba... ¿Cómo puedo explicar el asunto? Las dos gemas son tan raras, que van a despertar la natural curiosidad. Hay algo extraordinario en ellas, aunque la suposición del pobre Weildan en el sentido de que eran un presente del dios Sebek es completamente absurda. Sin embargo, el cambio de color que se produce en ellas no es normal; como tampoco es normal el brillo hipnótico que poseen...

¡Acabo de efectuar un sorprendente descubrimiento! He sacado las gemas de mi pañuelo y las he mirado. ¡Parecen estar aún vivas!

Su brillo no ha cambiado..., su luminosidad es tan intensa aquí como lo era en la oscuridad de tumba; como lo era en las cuencas vacías de la momia. Son amarillas, y al mirarlas percibo aquella misma presciencia de vida interior...

¿Amarillas? No..., ahora están enrojeciendo..., enrojeciendo. No debo mirarlas; me recuerdan demasiado aquella otra vez. Pero son, tienen que ser, hipnóticas.

Ahora, el rojo es vivísimo, y arde furiosamente. Al contemplarlas, me siento bañado en un fuego que no quema tanto como acaricia. Ahora ya no me importa; es una sensación agradable. No tengo por qué apartar la mirada.

No tengo por qué apartarla..., a menos que...

¿Conservarán las gemas su poder incluso sin estar en las cuencas de los ojos de la momia?

Vuelvo a sentirlo..., deben de conservarlo... No quiero volver al cuerpo de la momia..., ahora no

podría arrancar las piedras y volver a adquirir mi propia forma..., al arrancarlas aprisioné la idea en las gemas.

Tengo que apartar la mirada. Puedo escribir, puedo pensar..., pero esos ojos delante de mí..., crecen y crecen hasta convertirse en lunas amarillas..., apartar la mirada.

¡No puedo! Más rojas..., más rojas..., tengo que luchar contra ellas, evitar que me dominen. Mi cabeza está ardiendo..., no experimento ninguna sensación..., tengo que luchar..., tengo que luchar... Ahora puedo apartar la mirada. He vencido a las gemas. Me encuentro perfectamente. Puedo apartar la mirada... pero no puedo ver. ¡Estoy ciego! Ciego..., las gemas no están ya en las cuencas..., la momia está ciega.

¿Qué es lo que me ha sucedido? Estoy sentado en la oscuridad, escribiendo a máquina a ciegas.

¡Ciego, como la momia! Tengo la sensación de que ha sucedido algo; una sensación muy rara. Mi cuerpo parece más ligero.

Ahora lo sé.

Estoy en el cuerpo de la momia. Lo sé. Las gemas..., la idea que conservaban..., y ahora, algo está saliendo de aquella tumba abierta.

Está andando hacia el mundo de los hombres. Lleva mi cuerpo, y buscará presas y sangre para ofrecerlas en acción de gracias por la resurrección.

Y yo estoy ciego. ¡Ciego... y desmenuzándome!

El aire..., ésta es la causa de la desintegración. Los órganos vitales intactos, dijo Weildan, pero yo no puedo respirar. No puedo ver. Tengo que escribir..., avisar. Quienquiera que vea esto debe enterarse de la verdad. Avisar. El cuerpo se desintegra rápidamente. Ahora no puedo levantarme.

Maldita magia egipcia ¡Aquellas gemas! Alguien tiene que matar a la cosa que salió de la tumba.

Los dedos..., apenas puedo golpear las teclas. Se niegan a funcionar. Se están desmenuzando.

Despacio. Tengo que avisar. No puedo hacer retroceder el carro... ahora no puedo pulsar la tecla de las mayúsculas. los dedos se van desintegrando. desmenuzándose a causa del aire. los dedos tengo que avisar contra la magia de sebek los dedos apenas puedo escribir con los nudillos

maldito sebek sebek sebek sebek sebek sebek sebek sebek se s s ssssss s s s

ATENTAMENTE SUYO, JACK EL DESTRIPIADOR

Miré al diplomático inglés. Él me miró a mí.

-¿Sir Guy Hollis? -pregunté.

-En efecto. ¿Tengo el placer de hablar con John Carmody, el psiquiatra?

Asentí. Mis ojos examinaron disimuladamente a mi distinguido visitante. Alto, delgado, con el pelo rojizo y el tradicional bigote. Y el traje de mezclilla. Sospeché la existencia de un monóculo en el bolsillo de pecho de la americana, y me pregunté si se habría dejado el paraguas en la oficina exterior.

Pero, más que eso, me pregunte qué diablos habría impulsado a Sir Guy Hollis, de la Embajada británica, a ponerse en contacto con un forastero aquí, en Chicago.

Sir Guy no me ayudó lo más mínimo mientras tomaba asiento. Se aclaró la garganta, miró nerviosamente a su alrededor y golpeó su pipa contra el borde del escritorio. Luego abrió la boca.

-Mr. Carmody -dijo-, ¿ha oído usted hablar de... Jack el Destripador?

-¿El asesino? -pregunté.

-Exactamente. El más monstruoso de todos. Peor que Landrú. Jack el Destripador. Jack el Rojo.

-He oído hablar de él -dije.

-¿Conoce usted su historia?

-Escuche, Sir Guy -murmuré-. No creo que nos sirva de nada desempolvar antiguos cuentos de viejas acerca de famosos criminales de la historia.

Sir Guy me miró fijamente.

-Esto no es ningún cuento de viejas. Es un asunto de vida o muerte.

Estaba tan obsesionado, que incluso hablaba en tono melodramático. Bueno, estaba dispuesto a escucharle. A los psiquiatras nos pagan para que escuchemos.

-Adelante -le dije-. Oigamos la historia.

Sir Guy encendió un cigarrillo y empezó a hablar.

-Londres, 1888 -empezó-. Finales de verano y comienzos de otoño. Ésa fue la época. Surgida de ninguna parte, apareció la sombría figura de Jack el Destripador... una sombra furtiva con un cuchillo, vagabundeando por el East End de Londres. Acechando a las escuálidas divas de Whitechapel. Nadie sabe de dónde llegó. Pero trajo la muerte. La muerte en un cuchillo.

»Aquel cuchillo descendió seis veces para hundirse en las gargantas y en los cuerpos de mujeres de Londres. Busconas. El 7 de agosto fue la fecha del primer asesinato. Encontraron el cadáver de la mujer con treinta y nueve cuchilladas. Un crimen horroroso. El 31 de agosto, otra víctima. La prensa empezó a interesarse por el asunto. Los habitantes de los suburbios se interesaron todavía más.

»¿Quién era aquel desconocido asesino que vagabundeaba por allí y mataba a capricho en las desiertas calles de sus barrios? Y, lo que era más importante: ¿cuándo entraría de nuevo en acción?

»La fecha fue el 8 de septiembre. Scotland Yard nombró comisionados especiales. Los rumores iban y venían. La espantosa naturaleza de los asesinatos era tema de las más descabelladas especulaciones.

»El asesino utilizaba un cuchillo... con gran pericia. Seccionaba gargantas y cortaba... ciertas partes de los cadáveres después de la muerte. Escogía víctimas y lugares con diabólica premeditación. Nadie le vio ni le oyó. Pero los guardias, al hacer su ronda al amanecer, tropezaban con la desdichada víctima del Destripador.

»¿Quién era? ¿Qué era? ¿Un cirujano loco? ¿Un carnicero? ¿Un científico demente? ¿Un enfermo mental escapado de un manicomio? ¿Un noble psicopático? ¿Un miembro de la policía londinense?

»Luego apareció el poema en los periódicos. El poema anónimo, destinado a poner fin a las especulaciones... pero que sólo consiguió aumentar hasta el frenesí el interés público. Una burlona cuarteta:

No soy un carnicero, ni tampoco un mendigo,
ni un médico demente, ni un loco matador:

soy su sincero amigo,

atentamente suyo: Jack el Destripador.

»Y el 30 de septiembre, fueron cercenadas otras dos gargantas.

Interrumpí un momento a Sir Guy.

-Muy interesante -comenté. Temo que el tono de mi voz dejó traslucir cierto sarcasmo.

Sir Guy dio un respingo, pero no interrumpió su relato.

-A continuación, el silencio cayó sobre Londres durante una temporada. El silencio, y un indescriptible temor. ¿Cuándo atacaría de nuevo Jack el Rojo? Esperaron hasta octubre. Cada jirón de niebla ocultaba su fantasmal presencia. La ocultaba perfectamente, ya que no pudo averiguarse nada acerca de la identidad del Destripador, ni acerca de sus propósitos. Las rameras de Londres se estremecían con cada ráfaga nocturna del viento de noviembre. Se estremecían, y saludaban agradecidas la aparición del sol, a la mañana siguiente.

»9 de noviembre. La encontraron en su cuarto. Estaba tendida sobre la cama, con los brazos y las piernas extendidos, sin el menor desorden. Y a su lado reposaban su cabeza y su corazón. Esta vez, el Destripador se había superado a sí mismo en la ejecución.

»Luego, pánico. Pero pánico inútil. Ya que a pesar de que la prensa, la policía y la población esperaban con mortal terror, Jack el Destripador no volvió a atacar.

»Transcurrieron los meses. Un año. El interés inmediato murió, pero no el recuerdo. Dijeron que Jack se había marchado a América. Que se había suicidado. Dijeron... y escribieron. Han estado escribiendo desde entonces. Teorías, hipótesis, argumentos, suposiciones. Pero, hasta la fecha, nadie

sabe quién fue Jack el Destripador. Ni por qué asesinaba. Ni por qué dejó de matar.

Sir Guy se calló. Evidentemente, esperaba que yo hiciera algún comentario.

-Cuenta usted la historia muy bien -observé-. Aunque con una leve tendencia emotiva.

-He reunido todos los documentos -dijo Sir Guy Hollis-. Poseo una colección de los datos existentes, y los he estudiado a fondo.

Me puse en pie.

-Bien -bostecé-. Su relato me ha complacido muchísimo, Sir Guy. Ha sido muy amable al abandonar sus obligaciones en la Embajada británica para obsequiar a un pobre psiquiatra con sus anécdotas.

El tono sarcástico siempre producía el efecto deseado.

-Supongo que querrá saber por qué estoy interesado en esto -dijo Sir Guy.

-Sí. Eso es exactamente lo que me gustaría saber. ¿Por qué está usted interesado?

-Porque -dijo Sir Guy Hollis- en estos momentos estoy sobre la pista de Jack el Destripador. ¡Creo que está aquí... en Chicago!

Volví a sentarme. Me había quedado de una pieza.

-¡Re... repita eso! -tartamudeé.

-Jack el Destripador está vivo, en Chicago, y voy a localizarle.

-¡Un momento! -dije-. ¡Un momento!

Sir Guy no sonreía. No era una broma.

-Vamos a ver -dije-. ¿En qué fecha se cometieron aquellos asesinatos?

-De agosto a noviembre de 1888.

-¿1888? Pero, si Jack el Destripador era ya un hombre formado en 1888, lo más probable es que haya muerto... Suponiendo que hubiera nacido aquel mismo año, en la actualidad habría cumplido los cincuenta y siete.

-¿De veras? ¿Sería un hombre de cincuenta y siete años? -sonrió Sir Guy Hollis-. ¿O una mujer de cincuenta y siete años? Porque Jack el Destripador podía ser una mujer...

-Sir Guy -dije-. Cuando vino usted a verme, acudió a la persona más indicada. Porque es evidente que necesita usted los servicios de un psiquiatra.

-Quizá. Dígame, Mr. Carmody, ¿cree usted que estoy loco?

Le miré y me encogí de hombros. Pero tenía que darle una respuesta sincera.

-Sinceramente..., no.

-Entonces, puede usted escuchar los motivos que tengo para creer que Jack el Destripador está vivo.

-Desde luego.

-He estudiado el caso durante más de treinta años. He visitado los lugares donde se produjeron los crímenes. He hablado con policías, y con amigos y conocidos de las desdichadas mujeres que fueron asesinadas. He interrogado a hombres y mujeres de la vecindad. He reunido toda una biblioteca de material relativo a Jack el Destripador. He analizado cuidadosamente todas las teorías, por descabelladas que fueran.

»He aprendido algo. No mucho, pero algo. No voy a importunarle con mis conclusiones. Pero existía otro campo de investigación que me dio mejores frutos. He estudiado los crímenes sin resolver. Asesinatos.

»Puedo enseñarle recortes de los periódicos de las grandes ciudades de todo el mundo. San Francisco, Shanghai, Calcuta, Omsk, París, Berlín, Pretoria, El Cairo, Milán, Adelaida...

»La pista está allí. Crímenes sin resolver. Mujeres con la garganta cercenada. Con las peculiares desfiguraciones y amputaciones. Sí, he seguido una pista de sangre. Desde Nueva York hacia el Oeste, a través de todo el continente. Luego hasta el Pacífico. Desde allí a Africa. Durante la Guerra Mundial de 1914-1918 fue Europa. Después, América del Sur. Y desde 1930, otra vez los Estados Unidos. Ochenta y siete asesinatos que llevaban la marca del Destripador.

»Recientemente, se produjeron los llamados descuartizamientos de Cleveland. ¿Los recuerda? Una impresionante serie. Y, finalmente, dos muertes recientes en Chicago. En los últimos seis meses. Una en Deaborn. Otra en Halsted. El mismo tipo de asesinato, la misma técnica. Le digo a usted que en todos esos casos hay la huella inequívoca de la mano de Jack el Destripador. Sonreí.

-Una teoría muy arriesgada -dije-. Sin embargo, no voy a poner en duda sus deducciones. Usted es el criminólogo, y tengo que aceptar su autoridad en la materia. Pero me gustaría hacer una pequeña objeción.

-Adelante -dijo Sir Guy.

-Ésta: ¿cómo podría un hombre de... digamos ochenta y cinco años, cometer esos crímenes? Ya que si Jack el Destripador tenía alrededor de treinta años en 1888, en la actualidad tendría ochenta y cinco.

Sir Guy permaneció silencioso unos instantes. Acusó el impacto. Pero...

-Suponga que Jack el Destripador no ha envejecido -susurró.

-¿Qué?

-Suponga que Jack el Destripador no ha envejecido. Suponga que sigue siendo un hombre joven...

-De acuerdo -dije-. Lo supongo por un momento. Luego dejo de suponer, y llamo a mi enfermera para que le encierren.

-Estoy hablando en serio -dijo Sir Guy.

-Todos hablan en serio -repliqué-. Es lo más lamentable de todo, ¿verdad? Todos saben que oyen voces y que ven demonios. Pero eso no impide que les encerremos.

Era una crueldad, pero dio resultado. Sir Guy se puso en pie y se encaró conmigo.

-Es una teoría descabellada, de acuerdo -dijo-. Todas las teorías acerca del Destripador son descabelladas. La idea de que era un médico. O un maníaco. O una mujer. Los motivos en favor de tales hipótesis son bastante endeble. No resisten un análisis a fondo. ¿Por qué tendría que ser peor la mía?

-Porque la gente envejece -argüí-. Médicos, maniacos y mujeres.

-¿Y qué me dice de los... brujos?

-¿Brujos?

-Nigrománticos. Hechiceros. Practicantes de la Magia Negra.

-¿De qué está usted hablando?

-Lo he estudiado todo -dijo Sir Guy-. Incluso las fechas de los asesinatos. El ritmo que siguen esas fechas. El ritmo solar, lunar, estelar. El aspecto sideral. El significado astrológico.

Estaba loco. Pero seguí escuchando.

-Suponga que Jack el Destripador no mataba por el solo placer de matar. Suponga que deseara hacer un... sacrificio.

-¿Qué clase de sacrificio?

Sir Guy se encogió de hombros.

-Dicen que si se ofrece sangre a los dioses malignos, éstos conceden ciertas gracias. Sí, cuando el sacrificio se ofrece en la época apropiada... cuando la luna y las estrellas se encuentran en la posición correcta... y con el adecuado ceremonial... conceden ciertas gracias.

-¡Eso es absurdo!

-No. Eso es... Jack el Destripador.

Me puse en pie.

-Una teoría muy interesante -dije-. Pero, Sir Guy, hay otra cosa que me interesa más. ¿Por qué ha venido a contarme todo eso a mí? No soy una autoridad en hechicería. No soy criminólogo ni funcionario de la policía. Soy un simple psiquiatra. ¿Cuál es la relación?

-Entonces, ¿está usted interesado?

-Sí, lo estoy, lo reconozco.

-Bien. Antes de hablarle de mi plan, quería asegurarme de su interés.

-¿A qué plan se refiere?

Sir Guy me dirigió una prolongada mirada. Luego habló.

-John Carmody -dijo-, usted y yo vamos a capturar a Jack el Destripador.

2

Así fue como sucedió. He reproducido aquella primera entrevista en todo su prolijo y tal vez enojoso detalle, porque creo que es importante. Ayuda a proyectar cierta claridad sobre el carácter y la actitud de Sir Guy. Y en vista de lo que ocurrió después de aquello...

Pero no adelantemos los acontecimientos.

La idea de Sir Guy era sencilla. Ni siquiera era una idea. Un simple presentimiento.

-Usted conoce a la gente aquí -me dijo-. He investigado, y como resultado de mis investigaciones he llegado a la conclusión de que usted es el hombre ideal para lo que me propongo. Tiene usted relación con muchos escritores, pintores y poetas. Con los intelectuales, en una palabra. Con los bohemios.

»Por motivos que ahora no interesan, he deducido que Jack el Destripador pertenece a aquel grupo social. Y tengo la impresión de que si usted me introduce en aquel medio, podré localizarle.

-Por mi parte no hay inconveniente -dije-. Pero ¿cómo espera localizarle? Como usted ha dicho, puede ser cualquiera, estar en cualquier parte. Y usted no tiene la menor idea de su aspecto. Puede ser joven o viejo. Rico, pobre, vagabundo, ladrón, médico, abogado... ¿Cómo podrá averiguarlo?

-Veremos -suspiró Sir Guy-. Pero tengo que encontrarle. En seguida.

-¿Por qué tanta prisa?

Sir Guy suspiró de nuevo.

-Porque dentro de dos días volverá a matar.

-¿Está usted seguro?

-Segurísimo. Fíjese en este mapa. Todos los asesinatos corresponden a un determinado ritmo astrológico. Si, como sospecho, ofrece un sacrificio de sangre para renovar su juventud, tiene que matar dentro de dos días. Fíjese en la pauta de sus primeros crímenes en Londres. 7 de agosto. 31 de agosto. 8 de septiembre. 30 de septiembre. 9 de noviembre. Intervalos de 24 días, 9 días, 22 días -en esta ocasión dos asesinatos-, y luego 40 días. Desde luego, hubo otros crímenes intercalados Pero no fueron descubiertos o no le fueron atribuidos.

»De todos modos, he trazado una pauta para él, basada en los datos que poseo. Y digo que dentro de dos días matará. De manera que debemos localizarle antes de que transcurran esos dos días.

-Continúo preguntándome qué es lo que desea que haga yo.

-Permitirme que le acompañe -dijo Sir Guy-. Presentarme a sus amigos. Llevarme a las reuniones.

-Pero ¿por dónde vamos a empezar? Que yo sepa, mis amigos artistas, a pesar de sus excentricidades, son personas completamente normales.

-Lo mismo que el Destripador. Es completamente normal. Excepto en determinadas noches...

Entonces se convierte en un monstruo implacable, obligado a matar.

-De acuerdo -dije-. De acuerdo. Le llevaré a las reuniones, Sir Guy.

Hicimos nuestros planes. Y aquella misma noche le llevé al estudio de Lester Baston.

Mientras subíamos al ático en el ascensor, aproveché la ocasión para advertir a Sir Guy.

-Baston es un hombre muy extravagante -le dije-. Lo mismo que sus huéspedes. Prepárese para lo mejor y para lo peor.

-Lo estoy.

Introdujo la mano en un bolsillo de sus pantalones y volvió a sacarla empuñando un revólver.

-¿Qué diablos...? -empecé.

-Si veo a Jack el Destripador, estaré preparado -dijo Sir Guy.

Hablaba completamente en serio.

-Pero no puede usted presentarse en una reunión con un revólver cargado en el bolsillo -protesté.

-No se preocupe, no cometeré ninguna imprudencia.

Desde luego, Sir Guy Hollis no era un hombre normal.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la puerta del apartamento de Baston.

-A propósito -murmuré-, ¿cómo quiere usted que le presente? ¿Diciéndoles quién es usted y a quién está buscando?

-Me tiene sin cuidado. Tal vez sea preferible decir la verdad.

-Pero ¿no cree que el Destripador -si por algún milagro está presente- se pondrá inmediatamente sobre aviso?

-Creo que la impresión de la noticia de que estoy buscando al Destripador provocará en él algún gesto comprometedor -dijo Sir Guy.

-Sería usted un buen psiquiatra -admití-. La teoría no es mala. Pero le advierto que va a enfrentarse usted con más dificultades de las que parece esperar.

Sir Guy sonrió.

-Estoy preparado -dijo-. He ideado un pequeño plan. No se sorprenda por nada de lo que haga.

Asentí y llamé a la puerta.

Acudió a abrir el propio Baston. Tenía los ojos enrojecidos. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás, mientras nos contemplaba con expresión solemne. Bizqueó ante el bigote de Sir Guy y mi bombín.

-¡Ajá! -exclamó-. La morsa y el carpintero.

Le presenté a Sir Guy.

-Bienvenido -dijo Baston, invitándonos a entrar con exagerados ademanes de cortesía. Nos siguió, tambaleándose, hasta el llamado saloncito.

Contemplé el grupo que se movía incansablemente a través de la niebla que formaba el humo de los cigarrillos.

La reunión estaba en su apogeo. Cada mano sostenía un vaso. Todos los rostros mostraban un rumor alcohólico. En un rincón, el piano sonaba a toda presión, pero las notas marciales de la Marcha de El Amor de las Tres Naranjas no conseguía ahogar el ruido profano de los dados procedente del otro rincón.

Prokofieff no tenía ninguna posibilidad contra el inventor del «seven-sleven».

Sir Guy se quitó rápidamente el monóculo. Vio a LaVerne Gonnister, la poetisa, golpear a Himye Kralik en el ojo. Vio a Himye sentarse en el suelo, gritando, hasta que Dick Pool aterrizó accidentalmente sobre su estómago cuando se dirigía a la cocina en busca de más bebida.

Oyó a Nadia Vilinoff, la artista comercial, decirle a Johnny Odcutt que opinaba que su tatuaje era de un horroroso mal gusto, y vio a Barclay Melton arrastrarse bajo la mesa del comedor con la esposa de Johnny Odcutt.

Sus observaciones zoológicas podían haber continuado indefinidamente si Lester Baston no se hubiese parado en el centro de la habitación y reclamado silencio rompiendo un vaso contra el suelo.

-Esta noche, nuestra humilde reunión se ve honrada con la presencia de dos distinguidos visitantes -rugió Lester, extendiendo el brazo en nuestra dirección-. Nada menos que la Morsa y el Carpintero.

La Morsa es Sir Guy Hollis, un no-sé-qué de la Embajada británica. El Carpintero, como todos ustedes saben, es nuestro propio John Carmody, el eminente dispensador de linimento para los cerebros.

Se volvió y agarró a Sir Guy por el brazo, arrastrándolo hasta el centro de la alfombra. Por un instante creí que Hollis iba a protestar, pero un rápido guiño me tranquilizó. Sir Guy estaba preparado.

-Tenemos la costumbre, Sir Guy -dijo Baston en voz alta-, de someter a nuestros nuevos amigos a un pequeño examen. Un simple formulismo, desde luego. ¿Está usted preparado para contestar a mis preguntas?

Sir Guy asintió, sonriendo.

-Muy bien -murmuró Baston-. Amigos... acabo de recibir este paquete de Inglaterra. Voy a abrirlo en vuestra presencia, para ver lo que contiene.

Empezó el interrogatorio. Yo quería escuchar, pero en aquel momento Lydia Dare me vio y me arrastró al vestíbulo para una de aquellas rutinarias Querido-he-estado-esperando-todos-los-días-que-me-llamaras.

Cuando pude librarme de ella y regresar al salón, el examen de Sir Guy se encontraba en su punto culminante. A juzgar por la actitud de los presentes, deducí que Sir Guy no necesitaba abogados que le defendieran.

De pronto, Baston formuló una pregunta que me hizo contener la respiración.

-¿Puedo preguntarle qué le ha traído aquí esta noche? ¿Cuál es su misión, oh Morsa?

-Estoy buscando a Jack el Destripador.

Nadie rió.

Tal vez les sorprendió como me había sorprendido a mí. Miré a mis vecinos y empecé a hacerme preguntas.

LaVerne Gonnister. Hymie Kralik. Inofensivos. Dick Pool. Nadia Vilinoff. Johnny Odcutt y su esposa. Barclay Melton. Lydia Dare. Todos inofensivos.

Pero ¡qué sonrisa más forzada en el rostro de Dick Pool! ¡Y qué decir de la actitud huidiza de Barclay Melton!

¡Oh! Era absurdo, de acuerdo. Pero por primera vez vi a aquellas personas a una nueva luz. Me interrogué acerca de sus vidas... sus vidas secretas, más allá del escenario de las reuniones.

¿Cuántos de ellos estaban representando una comedia, ocultando algo?

¿Cuál de ellos podía adorar a los horribles dioses malignos y ofrecerle un sacrificio de sangre?

Incluso Lester Baston podía estar fingiendo.

Una rara inquietud planeó sobre todos nosotros, por unos instantes. Vi preguntas que revoloteaban por el círculo de ojos alrededor de la habitación.

Sir Guy estaba de pie en el centro de la estancia, y puedo jurar que tenía plena conciencia de la situación que había creado, y que gozaba con ella.

Me pregunté vagamente qué era lo que en él no funcionaba como era debido. Por qué tenía aquella extraña obsesión acerca de Jack el Destripador. Tal vez estaba ocultando, también, algún terrible secreto...

Baston, como de costumbre, disipó la inquietud. Tomó la cosa por el lado cómico.

-La Morsa no está bromeando, amigos -dijo. Palmeó la espalda de Sir Guy mientras hablaba-

Nuestro primo inglés se encuentra realmente sobre la pista del fabuloso Jack el Destripador.

Supongo que todos ustedes recuerdan a Jack el Destripador. Fue un personaje que dejó huellas imborrables de su paso por la tierra.

»La Morsa tiene la idea de que el Destripador está vivo, probablemente aquí, en Chicago, y que se pasea por la ciudad con un cuchillo de explorador. En realidad... -Baston hizo una pausa melodramática-. En realidad, tiene motivos para creer que Jack el Destripador puede encontrarse esta noche aquí, entre nosotros.

Se produjo la esperada reacción de exclamaciones jocosas. Baston se dirigió a Lydia Dare en tono de reproche.

-El llevar faldas no las autoriza a reírse, muchachas. Jack el Destripador podía ser una mujer, también. Una especie de Jill la Destripadora.

-¿Quiere usted decir que sospecha realmente de uno de nosotros? -intervino LaVerne Gonnister, dirigiéndose a Sir Guy-. Jack el Destripador desapareció hace muchísimos años. En 1888...

-¡Ajá! -la interrumpió Baston-. ¿Cómo es que está tan enterada de los detalles, jovencita? ¡Resulta muy sospechoso! Mírela bien, Sir Guy... es posible que no sea tan joven como parece. Estas poetisas suelen tener pasados muy oscuros.

La tensión había desaparecido, y todo el asunto se estaba convirtiendo en una vulgar broma de reunión. El hombre que había interpretado la Marcha estaba contemplando el piano con un brillo de Scherzo en sus ojos que no auguraba nada bueno para Prokofieff. Lydia Dare estaba mirando ansiosamente en dirección a la cocina, esperando que terminara aquello para ir en busca de otro

trago.

En aquel momento, Baston lo cogió.

-¿A que no lo adivinan? -aulló-. La Morsa tiene un revólver.

Al abrazar a Sir Guy, su mano se había deslizado hacia abajo hasta tropezar con el revólver que se encontraba en el bolsillo de la americana de su huésped. Lo sacó antes de que Hollis pudiera evitarlo.

Me quedé mirando a Sir Guy, preguntándome si la cosa no estaría llegando demasiado lejos. Pero él me hizo un guiño tranquilizador, y recordé que me había dicho que no me alarmara por nada.

De modo que esperé, mientras a Baston se le ocurría una idea muy propia de él.

-Vamos a jugar limpio con nuestro amigo Morsa -gritó-. Ha viajado hasta aquí desde Inglaterra para cumplir una misión. Si ninguno de ustedes está dispuesto a confesar, sugiero que le concedamos la oportunidad de descubrirlo por sí mismo.

-¿Cómo? -preguntó Johnny Odcutt.

-Voy a apagar todas las luces durante un minuto. Sir Guy permanecerá aquí con su revólver. Si alguien de los que se encuentran en esta habitación es el Destripador, puede huir, o aprovechar la ocasión para..., bueno, para eliminar a su perseguidor. ¿Qué les parece?

Era completamente absurdo, pero cautivó a la imaginación popular. Las protestas de Sir Guy quedaron ahogadas en el mar de exclamaciones que levantó la propuesta de Baston. Éste se encontraba ya junto al interruptor de la luz.

-Que nadie se mueva -advirtió, con fingida solemnidad-. Por espacio de un minuto, permaneceremos a oscuras... quizás a merced de un asesino. Transcurrido ese tiempo, volveré a encender las luces y buscaremos los cadáveres. Escojan su pareja, damas y caballeros.

Las luces se apagaron.

Alguien se rió entre dientes.

Oí pasos en la oscuridad. Murmullos.

Una mano rozó mi rostro.

En mi muñeca, el reloj latió violentamente. Pero sus latidos quedaron ahogados por otros más violentos: los de mi corazón.

Absurdo. Permanecer a oscuras con un grupo de estúpidos bromistas. Y, sin embargo, la ola de terror, deslizándose a través de la aterciopelada oscuridad, era completamente real.

Jack el Destripador vagabundeaba en una oscuridad semejante a ésta. Y Jack el Destripador llevaba un cuchillo. Jack el Destripador tenía un cerebro desequilibrado y unos propósitos siniestros.

Pero Jack el Destripador estaba muerto, muerto y enterrado hacía muchos años... según todas las leyes humanas.

Sólo que no existen leyes humanas cuando se permanece en la oscuridad, cuando la oscuridad oculta y protege, y la máscara exterior cae del rostro y se siente algo en lo más profundo del ser, un propósito sin forma definida que es hermano de las tinieblas.

Sir Guy Hollis lanzó un grito.

Se oyó el ruido de un cuerpo al caer.

Baston encendió las luces.

Todo el mundo empezó a chillar.

Sir Guy Hollis estaba tendido en el suelo, en el centro de la habitación. Continuaba empuñando el revólver.

Contemplé los rostros que me rodeaban, maravillándome de la variedad de expresiones que los seres humanos pueden adoptar cuando se enfrentan con el terror.

Todos los rostros estaban presentes en el círculo. Nadie había huido. Y, sin embargo, Guy Hollis estaba tendido en el suelo...

LaVerne Gonnister sollozaba, cubriéndose el rostro con las manos.

-Perfectamente.

Sir Guy se puso en pie de un salto. Estaba sonriendo.

-Ha sido un simple experimento, ¿saben? Si Jack el Destripador hubiese estado entre ustedes, y a mí me hubieran asesinado, se habría traicionado a sí mismo de algún modo al encenderse las luces y

verme tendido en el suelo.

»Estoy convencido de su inocencia, individual y colectiva. Todo ha sido una broma, amigos.

Hollis contempló al asombrado Baston y a sus compañeros, agrupados detrás de él.

-¿Nos vamos ya, John? -me dijo Sir Guy a continuación-. Creo que se está haciendo un poco tarde.

Dando media vuelta, se encaminó hacia la puerta. Le seguí. Nadie dijo una sola palabra.

Después de aquello, la reunión se convirtió en una especie de funeral.

3

Tal como habíamos convenido, a la noche siguiente me reuní con Sir Guy en la confluencia de las calles 29 y South Halsted.

Después de lo que había sucedido la noche anterior, yo estaba preparado para casi todo. Pero Sir Guy tenía un aspecto completamente vulgar mientras paseaba lentamente por la acera, esperando mi aparición.

-¡Bu! -exclamé, dando un repentino salto.

Sir Guy sonrió. Sólo el revelador gesto de su mano izquierda indicó que había buscado instintivamente su revólver cuando le sorprendí.

-¿Preparado para iniciar la caza? -pregunté.

-Sí -respondió-. Me alegro de que consintiera en acompañarme sin hacer preguntas. Ello demuestra que confía en mi criterio.

Me cogió del brazo y echamos a andar lentamente.

-Esta noche hay mucha niebla, John -dijo Sir Guy Hollis-. Como en Londres.

Asentí.

-Y hace frío, también, para esta época del año.

Asentí de nuevo.

-Es curioso -murmuró Sir Guy-. Niebla londinense y noviembre. El ambiente y la época de los asesinatos del Destripador.

Sonreí a través de la oscuridad.

-Permítame recordarle, Sir Guy, que esto no es Londres, sino Chicago. Y no estamos en noviembre de 1888. Han pasado más de cincuenta años.

Sir Guy me devolvió la sonrisa, aunque sin la menor alegría.

-Yo no estoy tan seguro -murmuró-. Mire a su alrededor. Parece que estemos en el East End. Y este barrio tiene más de cincuenta años de antigüedad.

-Estamos en el barrio negro -observé-. Y todavía no sé por qué me ha traído usted aquí.

-Es un presentimiento -admitió Sir Guy-. Sólo un presentimiento por mi parte, John. Quiero dar una vuelta por aquí. Estas calles tienen la misma configuración geográfica que las de los barrios donde el Destripador vagabundó y asesinó. Aquí es donde le encontraremos, John. No entre las brillantes luces del barrio bohemio, sino aquí, en medio de la oscuridad. La oscuridad que le oculta y le protege.

-¿Por eso se ha traído usted un revólver? -pregunté. Fui incapaz de evitar que mi voz revelara cierto sarcástico nerviosismo. Aquella conversación, la incesante obsesión de Jack el Destripador, estaban afectando a mis nervios más de lo que me atrevía a admitir.

-Puede hacernos falta -dijo Sir Guy en tono grave-. Después de todo, esta noche es la noche señalada.

Suspiré. Vagamos a través de las desiertas calles, invadidas por la niebla. Aquí y allá, ardía una luz mortecina encima de la puerta de una taberna. Aparte de aquellas luces ocasionales, todo era oscuridad y sombras. Nos deslizábamos a través de la niebla, solos y silenciosos, como dos diminutos gusanos arrastrándose dentro de una madriguera subterránea.

Cuando me asaltó esa idea, me estremecí. La atmósfera empezaba a actuar también sobre mí. Si no procuraba dominarme, acabaría tan chiflado como Sir Guy.

-¿No se da usted cuenta de que por estas calles no pasa un alma? -dijo, tirando impacientemente de su americana.

-Tiene que acudir aquí -dijo Sir Guy-. Esto es lo que he estado buscando. Un genius loci. Un lugar diabólico que atrae al diablo. Cuando ha atacado, siempre lo ha hecho en los suburbios.

»Ésa es una de sus debilidades. Se siente fascinado por la inmundicia. Además, las mujeres que necesita para su sacrificio son más fáciles de encontrar en los barrios miserables de una gran ciudad. Sonreí.

-Bueno, entremos en algún tugurio -sugerí-. Tengo frío. Necesito un trago. Esta maldita niebla se le mete a uno en los huesos. Ustedes, los ingleses, la resisten bien, pero yo prefiero el calor seco.

A través de las blancas nubes de niebla, distinguí una mortecina luz azulada, una bombilla colgada encima del letrero de una taberna.

-Vamos a probar -dije-. Estoy temblando.

-Como quiera -dijo Sir Guy.

Nos detuvimos ante la puerta de la taberna.

-¿Qué es lo que espera? -me preguntó Hollis.

-Estaba echando un vistazo -respondí-. Éste es un barrio poco recomendable, Sir Guy. Y en algunas de estas tabernas los clientes blancos no son bien recibidos.

-Buena idea, John.

Terminé mi inspección a través de la puerta encristalada.

-Parece vacía -murmuré-. Entremos.

La taberna estaba pésimamente iluminada. Una bombilla colgada encima del mostrador esparcía una débil claridad que no llegaba a la lóbrega trastienda.

Detrás del mostrador había un negro gigantesco, con una mandíbula de acusado prognatismo y un torso de gorila. Cuando entramos no se movió, pero sus ojos parpadearon rápidamente y me di cuenta de que había notado nuestra presencia y nos estaba juzgando.

-Buenas noches -dije.

El negro tardó unos instantes en contestar. No había terminado su evaluación. Finalmente, sonrió.

-Buenos noches, amigos. ¿Qué van a tomar?

-Ginebra -dije-. Dos ginebras. La noche está fría.

-Desde luego.

Llenó nuestros vasos, pagué y no perdimos tiempo: nos bebimos la ginebra de un solo trago. El ardiente licor puso fuego en nuestras venas.

Me incliné sobre el mostrador y cogí la botella. Sir Guy y yo nos servimos otro vaso. El gigante negro no se movió, controlando con los ojos entreabiertos nuestros movimientos.

El reloj que había sobre la estantería dio las horas. En el exterior había empezado a soplar un fuerte viento, desgarrando la niebla en jirones. Sir Guy y yo saboreamos nuestra segunda ginebra.

Sir Guy empezó a hablar, y las sombras se espesaron a nuestro alrededor para escuchar.

Sir Guy divagaba incansablemente. Repitió todo lo que me había dicho cuando se presentó a mi consulta, como si yo no lo hubiese oído ya. Los que padecen una obsesión son así.

Escuché pacientemente. Le serví otra ginebra. Y otra.

Pero el licor no hizo más que aumentar su locuacidad. Habló de la Magia negra, de los sacrificios cruentos y de la prolongación de la vida por medios sobrenaturales. Y, desde luego, de su inquebrantable convicción de que el Destripador andaba suelto aquella noche.

Supongo que me hice culpable de aguijonearle.

-Perfectamente -dije, incapaz de disimular la impaciencia que me dominaba-. Vamos a aceptar que su teoría es correcta, aunque para ello tengamos que desestimar todas las leyes naturales y tragarnos un montón de supersticiones.

»Pero vamos a aceptar, por un momento, que está usted en lo cierto. Jack el Destripador era un hombre que descubrió el modo de prolongar su propia vida ofreciendo sacrificios humanos. Y ahora se encuentra aquí, en Chicago, planeando un nuevo asesinato. En otras palabras: supongamos que todo lo que usted imagina es absolutamente cierto. ¿Y qué?

-¿Qué significa ese «y qué»? -inquirió Sir Guy.

-Significa: ¿Y qué? -respondí-. Si todo eso es verdad, no comprendo qué es lo que estamos haciendo aquí. ¿Cree que Jack el Destripador va a entrar de un momento a otro en esta taberna, para

que usted le mate o le entregue a la policía? Y, a propósito, todavía ignoro lo que piensa usted hacer con él si le encuentra.

Sir Guy apuró el contenido de su vaso.

-Capturaré al sanguinario asesino -dijo-. Le capturaré y le entregaré al gobierno, junto con todas las pruebas documentales que he reunido contra él durante todos estos años. ¡He gastado una fortuna investigando este asunto, una fortuna! Estoy convencido de que su captura significará la solución de centenares de crímenes impunes.

»¡Hay un asesino loco que anda suelto por nuestro mundo! ¡Un asesino sin edad, eterno, que ofrece sacrificios a los dioses malignos!

In vino veritas. ¿O se trataba simplemente de los efectos de un exceso de ginebra? Daba lo mismo.

Sir Guy Hollis volvió a llenar su vaso. Me pregunté qué haría con él. Estaba encaminándose rápidamente a un clima de histérica embriaguez.

-Dígame una cosa -inquirí, más para evitar que la conversación fuera un interminable monólogo que con la esperanza de obtener información-. Todavía no me ha explicado usted en qué basa su seguridad de dar con el Destripador.

-Está por estos alrededores -dijo Sir Guy-. Tengo un sexto sentido. Lo sé.

Sir Guy no tenía un sexto sentido. Estaba chiflado.

El asunto empezaba a fastidiarme. Llevábamos una hora sentados en la taberna, y durante todo ese tiempo me había visto obligado a hacer de niñera y a escuchar a un imbécil charlatán. Después de todo, Sir Guy no era paciente mío.

-Basta de ginebra -dije, agarrando la mano de Sir Guy cuando trataba de coger la botella medio vacía-. Ya ha bebido usted demasiado. Ahora, escúcheme. Voy a buscar un taxi y nos marcharemos de aquí. Se está haciendo tarde, y no parece que su amigo tenga muchos deseos de aparecer. En su lugar, yo esperaré a mañana y acudiré al F.B.I. con todos los documentos y pruebas que posee. Si está tan convencido de la veracidad de su descabellada teoría, el F.B.I. dispone de medios para efectuar una minuciosa investigación y localizar a su hombre.

-No -dijo Sir Guy, con la obstinación de la embriaguez-. Nada de taxis.

-Bueno, salgamos de aquí, por lo menos -dije, consultando mi reloj-. Son más de las doce.

Suspiró, se encogió de hombros y se levantó pesadamente. Mientras se dirigía hacia la puerta, sacó el revólver del bolsillo...

-¡Deme eso! -susurré-. No puede usted andar por la calle esgrimiendo un revólver.

Cogí el arma y la introduje en uno de mis bolsillos. Luego agarré a Sir Guy del brazo y le saqué a la calle. El negro no alzó la mirada cuando nos marchamos.

Nos detuvimos en la acera, temblando. La niebla se había espesado. Desde el lugar donde nos encontrábamos no pude ver el extremo de la calle. Hacia frío. Humedad. Un ligero viento susurraba secretos a las sombras, a nuestras espaldas.

El aire fresco tuvo sobre Sir Guy el efecto que yo había esperado. La niebla y los vapores de la ginebra no hacen buenas migas. Avanzó dando traspies mientras yo le guiaba lentamente a través de la oscuridad.

Sir Guy, a pesar de su estado, continuaba dirigiendo aprensivas miradas a su alrededor, como si esperase ver acercarse a una figura.

No pude contenerme por más tiempo.

-¡Basta de chiquilladas! -exclamé-. ¡Jack el Destripador! La diversión ha llegado demasiado lejos.

-¿Diversión? -Sir Guy se encaró conmigo. A través de la niebla pude ver su contraído rostro-. ¿Se atreve usted a llamarlo una diversión?

-Bueno, ¿qué otro nombre puede dársele? -gruñí-. ¿Por qué habría usted de estar tan interesado en seguir el rastro a un asesino mítico?

Mi brazo no soltaba el suyo. Pero su mirada no me soltó a mí.

-En 1888... -susurró-, en Londres... una de aquellas busconas asesinadas por el Destripador... era mi madre.

-¿Qué?

-Más tarde fui reconocido por mi padre y legitimado. Juramos dedicar nuestras vidas a descubrir al Destripador. Mi padre fue el primero en encontrar el rastro. Murió en Hollywood en 1926. Dijeron que había sido apuñalado por un agresor desconocido en una riña. Pero yo sé quién fue el agresor. »De modo que pasé a ocupar el puesto de mi padre. ¿Lo comprende ahora, John? Y no me daré por vencido hasta que le encuentre y le mate con mis propias manos.

»Él asesinó a mi madre y a centenares de personas para prolongar su propia existencia. Como un vampiro, se alimenta de sangre. Es astuto, diabólicamente astuto. ¡Pero no descansaré hasta encontrarle!

Entonces le creí. No estaba fanfarroneando. No era ya un borracho charlatán. Era un fanático implacable, tan fanático y tan implacable como el propio Destripador.

Mañana estaría sobrio. Continuaría sus investigaciones. Quizá se decidiera a seguir mi consejo y entregaría al F.B.I. los documentos y las pruebas que poseía. Más pronto o más tarde, con su implacable determinación -y con el motivo que le impulsaba- alcanzaría el éxito.

Desde el primer momento me había dado cuenta de que detrás de su actitud y de su obstinación, se ocultaba un poderoso motivo personal.

-Vámonos de aquí -dijo, tirando de su brazo.

-Espere un momento -dijo Sir Guy Hollis-. Devuélvame mi revólver. -Se tambaleó ligeramente-. Me sentiré más tranquilo si llevo el revólver encima.

Me empujó hacia las oscuras sombras de un lóbrego soportal. Traté de disuadirle, pero no dio su brazo a torcer.

-Devuélvame el revólver, John -repitió.

-De acuerdo -dije.

Introduje la mano en un bolsillo de mi americana, volví a sacarla.

Sir Guy Hollis clavó en mi rostro unos ojos abiertos por el asombro.

-Pero... eso no es un revólver -protestó-. Eso es un cuchillo.

-Lo sé.

Le cogí por las solapas de la americana y me incliné rápidamente sobre él.

-¡John! -gritó.

-Deje de llamarme John -susurré, alzando el cuchillo-. Llámeme... Jack.

LOS ESCARABAJOS

Cuando Hartley regresó de Egipto, sus amigos lo encontraron muy cambiado, pero resultó difícil definir la naturaleza del cambio, por la sencilla razón de que ninguna de sus relaciones tuvo tiempo suficiente para examinarle a fondo, ya que sólo apareció en una sola ocasión por su club, antes de recluirse en su domicilio, como si no quisiera tratos con sus antiguas amistades. A pesar de las apariencias, la actitud de Hartley no tenía nada de hostil, sino que más bien parecía insociable; pero sus amigos y conocidos, molestos porque se excusaba continuamente y se negaba a recibirles, optaron por dejarle de lado.

Todos los que habían conocido a Arthur Hartley en los tiempos anteriores a su expedición a Egipto se sentían intrigados por la notable transformación operada en su forma de ser, ya que Hartley, aparte su reconocida solvencia en cuestiones arqueológicas, era también un hombre afable y con mucho sentido del humor. Por lo demás, sus relaciones le apreciaban, entre otros motivos, porque no obstante su indudable erudición sobre asuntos referentes a su carrera, jamás hacía gala de sus conocimientos ni los sacaba inoportunamente a colación, sino que, antes al contrario, ridiculizaba la pedantería de algunos de sus colegas, pero siempre de modo amigable, como corresponde a un perfecto caballero.

Calcúlese, por tanto, la sorpresa de todos sus amigos, al verle tan distinto a como había sido. Lo

único que se sabía era que había pasado ocho meses de estudio e investigaciones en el Sudán, y que a su regreso había interrumpido todo contacto con el instituto científico al que pertenecía. En cuanto a lo que podía haberle sucedido durante aquel viaje, nadie estaba en condiciones de suministrar una opinión aceptable, pero era indudable que algo extraño debía de haberle ocurrido. Prueba de ello fue la breve visita que efectuó a nuestro club.

Hartley era, o mejor dicho, había sido un joven de elevada estatura y buena presencia, cuyo carácter dinámico se revelaba siempre en cualquier circunstancia, en sus modales, en su modo de hablar y moverse y hasta en la forma de entrar en una estancia. Pues bien, aquella vez, Hartley había entrado en el salón del club de modo muy discreto, en silencio, despaciosamente, sin que ninguno de los que allí estábamos advirtiésemos su llegada. Sí; iba vestido de etiqueta, como de costumbre, pero la chaqueta le caía flojamente de los hombros, sus cabellos mostraban bastantes canas y su tez, pese al bronceado adquirido bajo los soles de África, no lograba disimular el aspecto enfermizo de aquel rostro, que normalmente nos habría saludado con afectuosa sonrisa.

Sin dirigirnos ni un gesto de reconocimiento, se sentó solo, en una mesa aparte. Como era lógico, todos los que le conocíamos nos apresuramos a acercarnos a él para darle nuestra efusiva bienvenida, pero no nos invitó a que nos sentáramos junto a su mesa. Con extraña reacción, ninguno de nosotros insistió en acompañarle. Tras unas frases de saludo, volvimos a nuestros sitios y, naturalmente, empezamos a formular comentarios sobre tan singular proceder. Algunos de los presentes aventuraron el parecer de que el recién llegado debía haber contraído una enfermedad tropical en Egipto, y que por eso se hallaba tan decaído. Pero no creo que estuviesen completamente convencidos de lo que decían. Lo único cierto era que Arthur Hartley parecía un extraño, un hombre al que acabábamos de ver por vez primera, que había hablado con trémula vocecilla al contestar a las preguntas que se le dirigieron y que daba la impresión de no reconocer a los que le saludaban. Porque, ¿qué otra cosa puede decirse de un antiguo amigo que nos mira inexpresivamente cuando le hablamos y cuyos ojos revelan cierto atisbo de miedo?

Esto era lo más intrigante de la actitud de Hartley, porque no cabía duda de que se sentía atemorizado. Y su miedo se notaba en sus furtivas miradas, en el temblor de su voz, en su aire medroso, propio de un ser perseguido. Cuando me informaron acerca de esto último, decidí ir a verle a su casa, de donde no salía en ningún momento. Según datos aportados por amigos comunes, todo parecía indicar que había desconectado su teléfono. Por eso adopté el propósito de visitarle cuanto antes, y no sólo por mi condición de amigo suyo, sino espoleado, también, por la curiosidad.

Nadie contestó a mi llamada, tras haber apretado el botón del timbre por espacio de más de un minuto. Como la puerta de la calle estaba entornada, la empujé y pasé al vestíbulo, donde me sentía asaltado por súbita aprensión. En efecto, el silencio que reinaba en toda la casa me indujo a pensar en la posibilidad de un suicidio, pero inmediatamente rechacé tal idea por considerarla absurda, a pesar de los informes recibidos sobre la inquietante actitud de Hartley. Al cabo de un rato, y más como simple rutina que con esperanzas de obtener positivos resultados, subí a tocar el timbre de la puerta del departamento. Luego, con un encogimiento de hombros, bajé por la escalera, y al atravesar el penumbroso vestíbulo...

Confieso que me llevé una sorpresa al tropezarme allí con Hartley. Acababa de entrar procedente de la calle y llevaba un paquete en la mano, semioculto por su amplio y raído abrigo. También se sorprendió él cuando oyó que le saludaba y le llamaba por su nombre, pero una vez repuesto de la impresión, me invitó a subir a su piso. Sin decir nada, le acompañé escaleras arriba. Abrió la puerta con su llavín, para cerrarla seguidamente y atrancarla con doble cerrojo, precaución que no pudo por menos que asombrarme, ya que Hartley había tenido siempre su puerta abierta, en todo sentido de la palabra. Desde luego, por más que sus estudios le retuvieran en el laboratorio hasta bastante tarde cualquier amigo suyo podía entrar y acomodarse en su casa con entera libertad. Y he aquí que

en aquel momento cerraba la entrada como si temiera que...

Eché un vistazo a mi alrededor, sin saber qué era lo que podría interesarme, a fin de descubrir el origen de aquel misterio. No vi nada de particular. El mismo mobiliario de siempre, los mismos cuadros en las paredes, las estanterías repletas de libros...

Hartley había entrado en el dormitorio para dejar allí su abrigo. Al volver a la sala adonde me había invitado a pasar, fue hasta la chimenea y encendió una cerilla ante una estatuilla de bronce que representaba al dios egipcio Horus, el dios del día, que tenía cabeza de halcón. Inmediatamente se levó una nubecilla de humo gris, mientras que un intenso perfume a incienso se expendía por toda la habitación.

—Es para que se disipe el olor —dijo mi amigo.

No le pregunté «qué olor», ni tampoco empecé a interrogarle acerca de su viaje, ni sobre las causas que le indujeron a no contestarme cuando le escribí a Kartum, ni por lo tocante a su incomprensible renuencia a hablar con los amigos desde su llegada de Egipto. En cierta forma, me sentía como un detective que anda a la caza de indicios, o quizá debiera decir como un psiquiatra que trata de averiguar las tendencias psiconeuróticas de un paciente.

Al principio nuestra conversación versó sobre temas triviales. Luego, Hartley me dijo que había renunciado a su profesión y que era posible que tuviese que marcharse muy pronto de la ciudad, para volver con su familia, que residía en el campo. Había estado enfermo, se sentía defraudado por las limitaciones que presentaba la egiptología, no le gustaba la oscuridad... la plaga de langosta había aumentado en Kansas...

Aquellas divagaciones indicaban, a las claras, un desequilibrio mental. Resultaba obvio que el pobre Hartley estaba trastornado. Las «limitaciones» de la egiptología. «Detesto la oscuridad.» «La langosta que está asolando los campos de Kansas»... No obstante, me abstuve de hacer comentarios. Encendió una serie de velas situadas en distintos puntos de la habitación, para volver a sentarse frente a mí, fija la vista en el suelo, cual si estuviera luchando consigo mismo, a fin de resistir el impulso de franquearse conmigo... Pero el impulso fue más fuerte que su voluntad.

—Tú eres amigo mío, ¿verdad?

Más bien que una pregunta, era una afirmación. Asentí en silencio, y prosiguió:

—Sí. Tú eres un amigo. Por eso voy a decirte... ¿Sabes lo que hay en ese bulto que traía de la calle?

—No.

—Insecticida. Nada más que eso, un vulgar líquido insecticida.

En tono más animado, siguió diciendo:

—No había salido de esta casa desde hacía una semana. No... no quería propagar esa plaga. Porque me siguen, ¿sabes? Por todas partes. Y hoy pensé que podría utilizar insecticida, y fui a comprarlo. Un producto líquido, más mortífero que el arsénico. Ya lo ves, un procedimiento de lo más elemental, pero su misma sencillez puede contrarrestar a las fuerzas del mal.

Asentí otra vez, como un tonto que no entiende ni jota, pero quiere demostrar que está al corriente

de lo que le hablan, mientras que me proponía hacer lo que pudiera por sacar a mi amigo de aquella casa, y aquella misma noche. Era posible que el doctor Sherman pudiese diagnosticar fácilmente alguna dolencia, para...

—Y ahora —continuó Hartley—, ¡que vengan, si quieren! Es mi última oportunidad. El incienso no les causa ningún efecto, y las velas, aunque las tenga encendidas constantemente, no sirven para nada, porque se arrastran por los rincones adonde no llega la luz y... Es curioso que el suelo de madera resista tanto. Debería estar ya completamente agujereado. ¡Convertido en una criba!

Al parecer, mi amigo advirtió mi expresión de estupefacción, pues se apresuró a decir:

—Bueno... me había olvidado de que no sabías nada de esto, de la plaga, quiero decir, y de la maldición. Te advierto que antes me burlaba de estas cosas, pero la arqueología no es una ocupación muy conveniente para los supersticiosos. Hay que introducirse muchas veces en recintos oscuros, bajo las ruinas. De todos modos, nunca me habían impresionado los anatemas escritos en vasijas de arcilla o en estatuas antiguas, pero la egiptología, eso es diferente. Allí encuentra uno cuerpos humanos, momificados, sí, pero no por ello menos humanos. Los egipcios fueron muy importantes. Era una gran raza. Tenían secretos científicos que todavía no hemos podido desentrañar. Y por supuesto, no estamos en condiciones de comprender, siquiera someramente, sus conceptos sobre el misticismo.

«Ésta es la clave de la cuestión», me dije. Y seguí escuchando atentamente lo que Hartley con gran detalle me explicaba:

—Muchas cosas he aprendido en este último viaje. ¡Oh! Conozco bastantes mitos egipcios: la leyenda de Bubastis, la teoría de la resurrección, referente a Isis... los nombres de Ra, la alegoría de Set... Esta vez descubrimos cosas muy interesantes en aquellas tumbas excavadas río arriba. Pudimos retirar vajilla, muebles, bajorrelieves... Pronto podrás leer en la Prensa la información completa del hallazgo. Lo peor fue que también encontramos momias. Momias maldecidas. Y yo fui un insensato, al hacer lo que hice. No debería haber hecho aquello y no sólo por razones de ética, sino por otras más importantes, unas razones que pueden costarme la vida... y el alma.

En aquel momento tuve que realizar un esfuerzo para mantenerme callado, para recordar que el que hablaba estaba trastornado y que su acento convincente no era más que un claro síntoma de su desequilibrio mental. De Otro modo, en aquel ambiente, con el resplandor de las velas que ardían a nuestro alrededor, y con tantas historias sobre asuntos de la antigüedad, podría haber quedado fácilmente persuadido de que el estado de extenuación en que se encontraba mi amigo era debido al influjo de un maléfico poder.

—Pero yo no resistí la tentación —continuó Hartley—. ¡A pesar de haber leído la Maldición del Escarabajo Sagrado! No sospeché, siquiera, que aquellas palabras pudieran ser verídicas. Ya te dije que era un escéptico. Todos lo somos, en cierta forma, hasta que nos sucede algo grave. Y esas cosas son como el fenómeno de la muerte. Sabemos que les ocurre a otras personas; pero no comprendemos que pueda sucedernos también a nosotros. Y la Maldición del Escarabajo es algo por el estilo. En fin, en el viaje de regreso comprobé lo que estaba ocurriéndome. Entonces los vi por primera vez, arrastrándose por el suelo de mi camarote, todas las noches, todas las noches... Cada vez que encendía la luz, se apresuraban a refugiarse en las sombras que proyectaban la litera, las cortinas y otros objetos, pero cuando me disponía a conciliar el sueño... entonces volvían, para trepar hasta mí y... Al principio quemé incienso, con intención de ahuyentarlos. Luego me cambié de camarote, pero fue inútil, porque me siguieron, me seguían a todas partes.

Hartley exhaló un suspiro y bajó la voz al seguir diciendo:

—No me atreví a comunicar a nadie este secreto, por temor a que el pasaje se burlase de mí. No me habrían creído. Y los otros miembros de la expedición no habrían podido ayudarme. Sin contar con que yo no podía confesar mi delito. Por eso decidí soportar a solas mi situación. Una noche en que estaba cenando en el comedor, vi una de esas negras maldiciones en el momento en que caminaba sobre la comida de mi plato. A partir de entonces, comí a solas en mi camarote, de donde procuraba no apartarme más que en los pocos momentos imprescindibles. No quería que los demás se dieran cuenta de lo que estaba sucediéndome. Porque me seguían por donde quiera que yo fuese. ¡Es terrible! Te lo aseguro. Lo único que los mantenía alejados de mí era la luz, fuese la del sol o la de una llama. No sé... no puedo explicarme cómo consiguieron subir al barco. Por eso no te extrañe que en cuanto hube desembarcado me faltó tiempo ir al instituto y presentar mi dimisión. De todas maneras, habría de haberla presentado igualmente, cuando la verdad se hubiera descubierto. Que se descubrirá, no te quepa duda, tarde o temprano. Y hace unas noches, al entrar en el club, con el deseo de saludaros a todos... No sabes cómo me sentía. Apenas me senté junto a aquella mesa, vi que uno de esos malditos se arrastraba por la alfombra, hacia mí. ¡Y tuve que esforzarme por no chillar como un condenado! Tengo que vencer a la maldición. Es lo único que me queda que hacer, vencerla... o morir.

A punto estuve entonces de intercalar una frase de consuelo o de ánimo, pero me detuvo con un ademán y excitadamente prosiguió:

—No; no puedo huir. Me han seguido a través del océano, me siguen por la calle. ¡Aunque me encerrase, llegarían hasta mí! Tú no sabes... Todas las noches se acercan a mi cama. Suben por las patas y se arrastran hasta mi cara. Tengo que dormir. Tengo que conciliar el sueño, de alguna forma, porque de lo contrario me volveré loco. Porque no cesan de despertarme, arrastrándose sobre mi cara, todas las noches, ¡todas las noches!

Resultaba impresionante asistir a aquella demostración de voluntad, por parte de un hombre inteligente que no quería sucumbir a la locura; que pugnaba por dominar sus nervios y no echarlo todo a rodar. ¿O se trataría, quizá, de un verdadero estado demencial?

—Es posible que el insecticida surta buenos efectos —añadió, con sorda entonación—. Debería haberseme ocurrido antes este recurso, pero estaba tan trastornado... Resulta ridículo, ¿verdad? Emplear insecticida contra una maldición secular.

—Son escarabajos, ¿no es cierto? —inquirí, al fin, al ofrecérsese una ocasión de hablar.

—En efecto —asintió Hartley—, escarabajos sagrados. Y como las momias colocadas bajo su protección no podrán ser violadas sin que... Bueno, ya conoces la maldición.

—Sí que la conozco. Una de las más antiguas de la historia. Lo que no comprendo en absoluto, es cómo puede afectarte a ti.

Al cabo de corta pausa, respondió:

—Porque yo robé una momia. Robé la momia de una virgen del templo. Debo de haber estado loco para hacer eso. A veces, el sol del desierto le ablanda los sesos a más de uno. La, caja de la momia contenía, además, oro, joyas y ornamentos religiosos, y también... la maldición escrita, pero yo me lo llevé todo. ¿Comprendes ahora por qué no podía continuar en mi puesto? Robé una momia... y estoy maldito. No lo creí, al principio. Luego, cuando aparecieron los escarabajos, supe que se estaba cumpliendo la maldición. También supuse que eso sería todo, verme perseguido por los

escarabajos... de modo que no pudiera relacionarme con la gente. Pero desde hace unos días estoy pensando que no se reducirá a eso. Ahora creo... ¡ahora creo que son mensajeros de la venganza y que me matarán!

—¿Y la momia?

—No me he atrevido a abrir la caja desde entonces. Temo volver a leer esa inscripción. La tengo aquí, en casa, pero está cerrada y no te la enseñaré. Querría quemarla, destruirla definitivamente, pero, por otra parte, conviene que esté aquí... para que sirva como prueba, en caso de que algo me sucediese. Y si llegan a matarme...

—¡Suéltalo ya de una vez! —exclamé entonces, incapaz de continuar dominándome. Acto seguido, le hablé rudamente, de modo alentador, para infundirle confianza en sí mismo, con el deseo de excitar un poco su espíritu y devolverle a la realidad, pero cuando hube terminado, sonrió con aire triste y movió la cabeza, mientras que, como un obseso, insistía:

—No son figuraciones más, por desdicha. Son reales, auténticos. Y no sé de dónde pueden provenir, porque la verdad es que no hay ninguna grieta en el entarimado ni en las paredes. Sin embargo, es así, todas las noches aparecen en mi dormitorio, millares y más millares... No muerden, desde luego. Se limitan a caminar por ahí arrastrándose sobre la alfombra, trepando a la cama, sin dejarme conciliar el sueño... Nunca he podido atrapar a uno solo de ellos. Se mueven muy ágilmente, como si adivinasen mis intenciones... o como si el poder que los dirige supiera lo que intento hacer. Y esto no puede durar mucho tiempo más. Alguna noche, tarde o temprano, me quedaré dormido, rendido de fatiga, y entonces... De súbito se puso en pie y extendió un brazo, gritando:

—¡Allí! ¡Fíjate! ¡Allí, en aquel rincón!

Las sombras proyectadas por las velas se movían por las paredes y el suelo del aposento. Y de pronto, me pareció que algo se movía por allí, además de las sombras. Me levanté entonces y fui a encender la luz eléctrica. Y al no ver ni el más mínimo indicio de la presencia de un insecto, me volví hacia Hartley, que había abatido la cabeza entre las manos y estaba murmurando palabras ininteligibles.

Eso fue lo que me decidió a marcharme en seguida, en busca del doctor Sherman.

El doctor Sherman no hizo más que confirmar el diagnóstico que yo había previsto: fobia, acompañada de alucinaciones. Hartley se sentía abatido por el convencimiento de su culpabilidad en el robo de la momia y consecuentemente «veía» escarabajos. A continuación, el médico telefoneó al instituto científico donde mi amigo había trabajado y obtuvo la verificación de la historia, al menos por lo tocante al robo de la momia.

Aquella misma noche, horas después de mi conversación con Hartley, el doctor Sherman y yo nos encaminamos a casa del desdichado egiptólogo. Temía yo que mi amigo, agotada su resistencia nerviosa, acudiera al suicidio para liberarse de su imaginaria persecución. Y no me costó convencer al facultativo de la necesidad de intervenir con urgencia, a fin de prevenir una desgracia.

A eso de las once tocamos el timbre y aguardamos un momento, sin recibir respuesta. Acto seguido, forzamos la puerta y entramos en el vestíbulo, para dirigirnos a toda prisa al dormitorio. Allí estaba Arthur Hartley. Y sólo nos bastó una mirada para comprender que había dejado de vivir.

Un extraño olor impresionó entonces mi olfato: olor a incienso, mezclado con el procedente de un

fuerte insecticida, pero además también se notaba otro, más acre, casi pestilente.

—Quédese aquí —me dijo entonces el médico—, mientras voy a telefonar a la policía. El aparato de aquí está estropeado.

En cuanto se hubo marchado, me sentí incapaz de permanecer a solas junto al cuerpo de mi pobre amigo y pasé al vestíbulo, pero en seguida me venció la curiosidad. ¿A qué se debería aquel extraño olor? Con objeto de averiguarlo eché a andar por las habitaciones de la casa, pasando de una a otra, hasta que llegué al segundo dormitorio, de donde surgía el olor con mayor intensidad que de los otros cuartos. Abrí la puerta y me quedé inmóvil, fija la vista en la caja de la momia que estaba sobre la cama. Hartley había dicho que la tenía cerrada; pero fácilmente se advertía que la tapa se hallaba entreabierta.

Obrando por puro impulso, sin reflexionar, me acerqué a la caja y alcé la tapa, en cuya parte interior había unas inscripciones, pero no me detuve a examinarlas. Mi atención la atraía la amortajada figura que allí yacía, envuelta en tiras de lienzo. Una figura reseca que presentaba una cavidad en lugar donde había tenido el estómago. Al forzar la mirada, pude notar un ligero movimiento en la cavidad. Y entonces...

Entonces vi unos cuantos bultitos oscuros, provistos de cuernecillos, que se movían rápidamente en el interior del vacío abdomen de la momia... y me convencí de lo acertado que había andado mi amigo con su temor a la maldición. Porque aquellos bultitos eran escarabajos, efectivamente. Oí en aquel momento el rumor de unos pasos por la escalera, pero no pude contener mi excitación. Sin dudar ni un instante, corrí al cuarto en que estaba el cadáver de mi amigo, dispuesto a averiguar la causa de aquella extraña muerte. Pronto sabría si ésta había sido provocada por un colapso, por suicidio o... o por lo que hubiera sido.

Los pasos que se oían en la escalera sonaban cada vez más cerca. Con apresurados movimientos pasé mis brazos bajo el cuerpo de Hartley y lo levanté, para examinarlo por todas partes, mas sin descubrir ni una sola huella de sangre. Así, pues, pensé, aliviado, no se trataba de muerte violenta, ya que tampoco había indicios de envenenamiento. Con un suspiro, volví a dejarlo sobre la cama y me aparté un paso, satisfecho por haber comprobado lo absurdo de mis temores. Porque era evidente que no había por allí ni un solo escarabajo. Y, sin embargo...

Hartley temía a estos coleópteros, a los «mensajeros de la venganza», que brotaban del vientre de la momia. Según su relato, salían de allí todas las noches, para arrastrarse por el suelo de su dormitorio y trepar por las patas de la cama... y para caminar sobre su rostro, impidiéndole dormir. ¿Dónde estarían en aquel momento? Habían salido del cuerpo momificado de la virgen del templo egipcio... y Hartley estaba muerto. ¿Dónde se habrían ocultado?

De pronto, volví a mirar al cadáver de mi amigo, y recordé que al levantarlo en mis brazos me había parecido extraordinariamente ligero, para un hombre de la contextura de Hartley. Mientras lo observaba, noté un extraño fenómeno... y me estremecí, porque los músculos de su cuello estaban moviéndose convulsivamente y su pecho se hinchaba y deshinchaba, como si estuviera respirando... como si estuviera vivo... ¡o como si algo viviente se agitara en su interior! Y cuando también se movió su rostro, cuando empezó a abrir la boca...

Entonces se agotó mi resistencia y lancé un grito de horror. Acababa de comprender por qué había muerto Hartley, y qué era lo que lo había matado, así como la forma en que se verificaba la venganza del escarabajo Sagrado. Aquellos millares de coleópteros habrán salido de la momia, para trepar hasta él e introducirse en su cuerpo; en aquel cuerpo que se agitaba trémulamente, repleto de negros escarabajos, ejecutores de la milenaria maldición.

LOS CREADORES DE FANTASÍAS

Podría comenzar este relato con el consabido tópico de que Hollywood es una ciudad extravagante, llena de gente absurda, y donde ocurren las cosas más desatinadas del mundo. Podría conferirle a este cuento un matiz acorde con dicho tópico; pero existiría para ello una dificultad; una sola.

Y es que no se trata de un cuento, sino de un suceso verídico, del que yo fui testigo.

Empecemos, por tanto, en el momento en que yo me sentaba ante el volante de mi coche y partía en dirección a un lugar denominado Restlawn, en cumplimiento de una nueva comisión. La revista Filmdom quería publicar una serie de reportajes acerca de los «Grandes Veteranos de la Pantalla», y yo era el hombre más indicado para realizarlos; el más indicado y el más decidido. Porque sólo contaba con ese trabajo para seguir comiendo.

Después de rebasar el Miracle Mile, atravesé Beverly Hills y continué por la carretera que lleva a Restlawn, mientras pensaba en la naturaleza de mi cometido, un cometido que no me gustaba absolutamente nada. Los «Grandes Veteranos»... De sobra sabía cómo habría de terminar: husmeando en el Hogar del Actor y en el Reparto Central, antes de seguir unas pistas que me conducirían a unas baratas pensiones y... y al arroyo, que eran los sitios en donde estaban casi todos los «Ilustres e Ínclitos Veteranos Fundadores de la Industria Cinematográfica», hombres y mujeres que habían ido creciendo, desarrollándose con dicha industria..., hasta que ésta se desarrolló más que ellos.

Sí; ya sabemos que la Pickford, Cooper, Gable y algunos otros no tuvieron que preocuparse demasiado, pues se retiraron con todos los honores para vivir de sus ahorros. Tampoco se preocuparon Valentino, Chaney y Fairbanks, porque murieron cuando estaban en la cumbre del éxito; pero... ¿y los que no tuvieron la suerte de morir cuando aún eran famosos —Griffith, Langdon, Barrymore...— y hubieron de prolongar su lucha por la vida hasta que la parca les cortó las alas? ¿Y los que no han muerto todavía, como Sennett, Lloyd, Gish y tantos otros? También habrán de ser considerados como «Ilustres Veteranos de la Pantalla».

Exhalé un suspiro, y doblé por una esquina de Wilshire, para internarme en las zonas limítrofes de Westwood Village. Estaba enterado de ciertos pormenores relativos a los «Grandes Veteranos», a quienes se otorgaban un día «premios especiales» en el curso de un banquete en la Academia... y se les daba al siguiente con la puerta en las narices; de los humillantes «papeles secundarios» que se les concedía en alguna película retrospectiva y ocasional; de la exagerada propaganda que anunciaba su vuelta a la pantalla... en una sola producción, y que luego se esfumaba, para dejarlos caer nuevamente en el olvido. Iba ser muy triste para ellos, que un periodista fuese a interrogarles. Y también resultaría una tarea muy ingrata para mí; pero como todos tenemos que comer y soñar...

A causa de mis sueños, de mi fantasía, nunca consideraré como «Grandes Veteranos» a los citados actores, los cuales me regalaron esos sueños treinta años atrás. Como mis sueños continúan con vida, lo mismo pienso de sus creadores. Y al enfilarse la autopista de Santa Mónica, recordé una de aquellas grandes ilusiones, que más bien fue una pesadilla.

Fue en una templada noche del otoño, de 1925, allá en Maywood, estado de Illinois. Yo me sentía muy excitado. Tenía entonces ocho años, e iba a ir al «Lido», completamente solo, como una persona mayor. Y aunque al día siguiente debía asistir a las clases de la escuela, había logrado convencer a mi madre para que me dejara ir al «Lido», prometiéndole que no volvería tarde a casa, que era sólo por una vez, y que además, estaba tan ilusionado...

Ocho manzanas había que recorrer para llegar a aquel lugar; ocho cruces de calles, todas ellas

oscuras en la noche otoñal, mientras yo avanzaba, trémulo de entusiasmo, con el dinero para la entrada en la mano derecha y la moneda para la barra de caramelo en la izquierda. El «Lido» era un palacio; un auténtico palacio con columnas de mármol de treinta metros de altura a ambos lados de la puerta principal; pero uno no entraba allí en seguida. Había que pararse antes, a fin de mirar los anuncios que se exhibían en el exterior; los anuncios grandes, de varios colores, y los pequeños, que parecían fotografías. Allí vi aquella noche la imagen de una bella mujer de larga cabellera, y la de un hombre enmascarado. Luego, la misma mujer, de pie sobre la cúspide de un elevado edificio, y al lado de otro hombre, vestido con uniforme militar y que llevaba bigote; el héroe, quizás. Y de nuevo, el de la máscara, espiándolos o los dos. No se le vela la cara; y no obstante, se adivinaba que era un malvado. «Éste debe de ser él», supuse entonces.

Eran ya casi las siete, y el espectáculo estaba a punto de empezar. Me acerqué a la taquilla y le entregué el importe de la entrada a la atractiva joven que allí se encontraba; y ella sonrió afectuosamente y apretó la palanca de una máquina, para sacar el trocito rectangular de cartulina que me franquearía el paso al sugestivo recinto. Había comprado ya la barra de caramelo en una tienda vecina, y lo único que me faltaba por hacer era darle la entrada al hombre que guardaba la puerta de acceso al salón. También sonrió el hombre. Y así quedaron cumplidos todos los requisitos.

¡Qué hermoso era el «Lido»...! Hasta el vestíbulo era verdaderamente maravilloso, con sus alfombras de color granate y aquellas sillas tapizadas... Y sobre todo, con aquel surtidor del que manaba agua constantemente, al contrario de lo que sucedía en casa, donde había que cerrar los grifos, después de usarlos, para que no subiera la cuenta del agua. Mas hermoso, incluso, era el «Lido» por dentro. Debía de haber allí un millar de butacas para escoger, todas blandas y tapizadas de felpa. Lo primero que hacía uno, al acomodarse en una de ellas, era mirar a las filas de delante y de atrás, para ver si había allí algún otro chico de la escuela que nos viera solos, con aire de persona mayor. Entonces se afectaba actitud indiferente y se miraba al techo.

¡Menudo techo tenía el «Lido»! Un techo con apariencia de firmamento, tan azul como el de una noche despejada, y cuajado de estrellas que titilaban como las de verdad. A lo largo de las paredes había estatuas tenuemente iluminadas. Y el conjunto de esculturas, bajo aquel cielo artificial, tenía un aspecto admirable; más portentoso que el de cualquier otro palacio del mundo.

Aquella noche... Empezaron a apagarse las luces, lentamente, como de costumbre, al tiempo que una bella mujer de dorados cabellos comenzaba a interpretar una dulce melodía en el órgano que estaba situado a la izquierda del escenario. En aquellos momentos se arrellanaba uno en su butaca y contemplaba el cielo azul, con sus brillantes estrellas, mientras disfrutaba con la música y pensaba que aquel órgano debía de ser el mejor instrumento que existía en el mundo, pues con él podía tocarse cualquier pieza: Valencia, Cielo Azul, Avalon, y esa otra canción titulada Collegiate, que tocaban cuando Harold Lloyd aparecía en «The Freshman».

Al cabo de un rato, todas las luces se habían apagado, con excepción de la que iluminaba el teclado del órgano, del que brotaron entonces unos compases rápidos, al tiempo que las cortinas que ocultaban el telón iban corriéndose a los lados...

La primera película se titulaba «Temas del Día», y era una serie de chistes sucesivos que hacían reír a los mayores, en tanto que el órgano emitía notas muy finas, en unas melodías improvisadas y juguetonas, pero que no resultaban tan interesantes como la proyección. Luego dieron una del gato Félix, en la que intervenía un ratoncito y aquel viejo granjero de la barba y la calva. La parte más divertida era aquella en la que Félix perseguía al granjero con un horcón a través del almiar. El granjero se caía a un pozo; y al salir, soltaba una buchada de agua, y un pececillo saltaba de su boca.

A continuación, el film preliminar, en el que actuaba Billy Dooley con su uniforme de marino. Billy

Dooley era uno de los mejores actores de aquellos tiempos; mejor que Bobby Vernon y Al St. John, aunque no tanto como Lloyd Hamilton, Larry Semon o Lupino Lane. La película era bastante buena y divertió a todo el público; sobre todo, en aquellas escenas en que Billy Dooley daba brincos y pataleaba tres veces en el aire antes de tocar el suelo. ¿Cómo podría hacer eso?

Al terminar esta película, se encendieron algunas luces, para iluminar tenuemente la sala, en espera de la gran obra: la que tanto ansiaba ver. Al cabo de un minuto, de nuevo la oscuridad; y allá, en la pantalla, el hombre enmascarado, que quiere apoderarse de la chica y cuelga al otro personaje masculino de una viga del sótano. Luego apresaa a la muchacha y se la lleva a su secreto escondrijo, donde toca el órgano y tiene un ataúd para dormir. Ahora está sentado ante el órgano, tocando una melodía; y la chica se le acerca silenciosamente por detrás, despacito, despacito...

Yo sabía lo que iba a suceder, y estaba tenso de emoción, aguardando el impresionante momento. Y cuando ella le quitó a aquel hombre la máscara, él se volvió... y su cara fue agrandándose cada vez más, hasta que ocupó toda la pantalla, hasta que lo único que para mí existía en el mundo, en aquel instante, era aquella cara monstruosa, aquellos salientes colmillos y aquellos ojos llameantes, un horrendo rostro con el que habría de soñar toda la noche... y que no olvidaría jamás.

Ésa era la clase de sueños que le inspiraba a uno Lon Chaney.

Desde luego que en aquella época sabían inspirar buenos sueños, fantásticos desvaríos. No ha vuelto a existir otro monstruo comparable con Lon Chaney, ni un malvado tan arrogante como Stroheim, ni una heroína tan adorable como Barbara La Marr, ni un héroe tan «duro» y resuelto como William S. Hart.

Aquellos recuerdos parecían provenir de muy remota antigüedad. Y de pronto, se esfumaron en mi memoria... y allí estaba yo otra vez, conduciendo mi coche a lo largo de Caprice Drive, a la clara luz del sol, el mismo sol que arrancaba destellos del letrero del asilo de Restlawn. Tras haber estacionado el coche, fui a apretar el botón del timbre de la entrada. La mujer que acudió a recibirme vestía un uniforme almidonado. También daban la impresión de estar almidonados sus cabellos y sus ojos. Toda ella mostraba una tiesa y bien «planchada» apariencia sanatorial; sin excluir su voz.

—Perdone —le dije—. Soy de la revista *Filmdom*. Querría hablar con míster Franklin.

—¿Está citado con él?

—Sí. Llamé esta mañana.

—Habitación 216. Segundo piso, ala anterior.

Subí entonces por la escalera, en tanto me repetía que no me gustaba nada aquel asunto, ni tampoco lo que iba a ver dentro de un par de minutos: la figura de un anciano canoso y lleno de achaques, un anciano que estaría sentado junto a la ventana de un cuarto de hospital particular, entretenido en mirar a los vivos que pasaban por la calle, antes de volver sus ojos a las imágenes de los muertos que se alineaban en las paredes; como por ejemplo, una vieja y amarillenta loto, con ésta o parecida dedicatoria: «A Jeffrey Franklin, el mejor director cinematográfico del mundo.» Y las firmas de Mickey Neilan, Mabel Normand, Lowell Sherman, John Gilbert...

En fin, suponiendo que todos éstos hubieran muerto, y aun en el caso de que Franklin estuviese viejo y achacoso, no por ello dejaría de ser este último el mejor director del mundo; para mí, y para muchos otros. No había dirigido ni una sola película desde 1929, que fue cuando se impuso el cine

sonoro; pero hasta entonces, había sido uno de los genuinos creadores de ilusiones y fantasías.

Habían transcurrido más de veinticuatro años, desde aquellos días; casi veinticinco. Por tanto, era extraño que Franklin siguiera viviendo. Debía de estar muy viejo, el pobre. Y yo sabía que la entrevista iba a ser muy embarazosa; pero como tenía que ganarme mi pan...

Llamé discretamente con los nudillos, y oí una voz que invitaba:

—Adelante.

Entonces abrí la puerta y entré en la habitación.

Y en aquel momento comenzó mi nuevo sueño.

En las fotos publicitarias que yo había visto hacía un cuarto de siglo, Jeffrey Franklin aparecía como un hombre de elevada estatura y negros cabellos que fumaba en una pipa de curva boquilla. Siempre lo mostraban de pie, bien plantado sobre sus piernas abiertas, con la barbilla adelantada, en actitud agresiva.

No fue extraño que al ver allí a Jeffrey Franklin, veinticinco años después, me sintiera fuertemente impresionado; porque el hombre que tenía frente a mí era de elevada estatura y negros cabellos, fumaba en una pipa de curvada boquilla, y estaba de pie, con las piernas separadas... y con la barbilla adelantada, desafiante y típica actitud suya.

Creo que me quedé con la boca abierta, hasta que él dijo:

—Pase usted y póngase cómodo.

No resultaba difícil hacer esto último, pues la habitación 216 era, en realidad, un pequeño departamento compuesto de varios cuartos. Había al menos, otras dos estancias que comunicaban con la sala; y ésta era bastante espaciosa. Por lo demás, no pude ver allí ni cama de hospital, ni viejos recortes de periódicos o deslucidas fotografías en las paredes, ni ninguna clase de incómodos muebles de establecimientos benéficos. Por el contrario, el lugar en que me hallaba tenía un ambiente que muy bien podía haber sido calificado de lujoso y «actual». Completamente actual; lo mismo que lo era el Jeffrey Franklin que estaba ante mí.

—¿Un trago? —me ofreció.

Y al advertir que yo me mostraba extrañado, agregó:

—Soy un huésped de pago, no un paciente. Y considero que un poco de alcohol ayuda a entonarse. Evita el envejecimiento prematuro.

—Por lo visto —opiné—, es verdad.

Sonrió, comentando:

—Un calador de caracteres lo catalogaría a usted como aficionado al whisky con agua. ¿Conforme?

—Así es.

—Y hablando de caladores de caracteres, ¿qué le ha parecido la Frisbie?

—¿Quién?

—Miss Frisbie; el dragón que custodia la entrada. ¿Verdad que serviría para ese papel?

Hice un gesto de asentimiento, y recogí el vaso que me entregaba, para sentarme en una butaca, mientras mi interlocutor se acomodaba en el sofá, frente a mí. En tanto le miraba, me dije que tenía ese tipo de distinguido caballero, tan en boga años atrás, e incluso el de un personaje shakespeariano. Por su parte, volvió a sonreír, esta vez con aire comprensivo, como si se diera cuenta de mi renacida cortedad, recobrada al recordar el motivo de mi visita. ¿Qué edad podría tener aquel hombre? Cerca de setenta años, desde luego. Y, sin embargo...

—No es fácil, ¿verdad que no? —me preguntó, en tono suave.

—¿Qué es lo que no es fácil?

—Representar el papel de vampiro. Bueno... no es que quiera ofenderle, muchacho. Sé que está usted un poco molesto, por la clase de trabajo que le han encomendado; mas para su tranquilidad, le diré que no es el primer periodista que ha llegado aquí en estos últimos veinte años, con ánimo de remover las cenizas del pasado.

—Veinte años... ¿Lleva usted aquí tanto tiempo?

—Exactamente. Desde que dirigí «Revolución».

—Su última película.

—En efecto, mi última película. Y el fracaso.

—Pero... ¿por qué vive aquí?

—Porque me gusta el sitio.

—Pero usted no está enfermo ni... si me permite que se lo diga claramente, no parece que esté en mala situación económica. Además, podría haber dirigido otras producciones. Había contratos pendientes y...

—Me gusta vivir aquí.

Franklin se inclinó hacia delante y añadió:

—Temo que no podré suministrarle un relato enternecedor. Tampoco podrán hacer eso Walter Harland, Peggy Dorr, Danny Keene... ni ningún otro artista de mi vieja compañía. Ninguno de nosotros fue expulsado del mundo del cine ni vive actualmente de la beneficencia. Por tanto, le costará mucho conseguir que broten lágrimas con esta escena.

También me incliné yo, para hacer notar:

—Escuche, míster Franklin, quiero que sepa una cosa, y es que no estoy buscando ninguna historia sensiblera. Prueba de ello es que aunque me la contaran, no la escribiría. Celebro muchísimo que esté usted aquí por propia voluntad; porque no me gusta que fracasen mis sueños.

—¿Sus sueños? —inquirió interesado—. ¿Qué quiere decir?

Satisfecho al comprobar que el paso de los años no había dejado apenas huellas en mi interlocutor, como lo reveló al cambiar ágilmente de postura, le expliqué, o al menos, traté de explicarle lo relativo a las fantasías que en mi mente había suscitado Lon Chaney, con su genial interpretación en «El Fantasma de la ópera»; y Keaton con la suya, en «El General», y Charlie, comiéndose uno de sus zapatos; y Renée Adorée, corriendo tras aquel camión en «La Gran Parada»... Medio centenar de memorables escenas que perduraban en mi memoria, con más vividez, incluso, que en los momentos en que las había contemplado durante mi niñez.

Creo que hablé por espacio de un buen rato, acerca de las películas, actores y directores de los tiempos del cine mudo, a propósitos de los efectos que producía la música del órgano, y de la autohipnosis así inducida en el espectador, y que quedó bruscamente destrozada con el advenimiento de la artificiosa teatralidad del sonido. También expresé mi ignorancia sobre si había sido yo el único que había experimentado tales efectos y el que mantenía tal punto de vista, o si tal vez hubiera centenares, millares o millones de espectadores (que debían ser todos de mediana edad) que compartiesen mis ilusiones de aquellos días en que la «pantalla plateada» era realmente de plata y rielaba con el sugestivo resplandor de un extraño hechizo.

Luego me pregunté, en voz alta, por qué habría cambiado todo aquello. ¿Sería, quizás, porque yo no era ya un niño? No podía ser por esto, porque había vuelto a ver algunos de aquellos films, en proyecciones retrospectivas; como por ejemplo, «Caligari», «El Zorro», «Intolerancia», y unos cuantos más; y las últimas secuencias de «El Forzudo» seguían pareciéndome tan magníficas como antes, al igual que aquella escena de «El Ladrón», en que Doug evoca al ejército. Entonces, ¿tendría la culpa la radio, la televisión, o la presuntuosa actitud adoptada hoy en día por todos los que creen que ya están «al cabo de la calle»? O tal fuera a causa de la guerra, de la posguerra, de esta nueva época de imprecisos temores con respecto al futuro. ¿Habría logrado escindir el hombre algo más que el átomo, con la obtención de la bomba nuclear? ¿Las ilusiones, por ejemplo?

—Es extraño que haya reflexionado usted sobre todo esto —comentó luego Franklin—. No sospechaba que nadie, aparte nosotros, hubiera notado el cambio. Eh... Walter Harland, Tom Humphrey y algunos de los otros suelen reunirse aún, para recordar aquellos tiempos. Si va a escribir usted una serie de reportajes, será posible que hable con ellos. Se sorprenderá al comprobar que llevan muy bien sus años.

Aproveché entonces la oportunidad y dije:

—Espero que no se moleste si escribo lo mismo, acerca de usted. La verdad es que todavía me dura la sorpresa. Esperaba verle...

—¿Así?

De un salto se puso en pie... y desapareció. Desapareció, sí; porque en su lugar pude ver a un achacoso y encorvado anciano, cuyos flacos y crispados dedos rascaban, temblorosamente, una afilada barbilla. Y entonces recordé que Franklin, a fuer de consciente director, interpretaba brevemente a cada uno de los personajes ante los actores, a fin de que éstos obtuviesen una idea clara de cómo habrían de actuar.

Tras enderezarse y recobrar su aspecto habitual, volvió a sentarse y declaró:

—Los años han sido muy benignos con nosotros. Todo ha salido estupendamente, desde el rodaje de «Revolución». Y ésa ha sido mi única equivocación: la de creer que podría obrar contra sus deseos.

Desde entonces, no he vuelto a alterar la trama. Y tampoco la han alterado Walter, Tom, Peggy... ni ninguno de los demás.

En aquel momento, excitada mi curiosidad, intuí un buen tema de redacción. Y en todo interesado, inquirí:

—¿La trama, ha dicho usted? Entonces, algo de verdad hay en esos rumores; los que insinúan que intentaron despedirlos a ustedes cuando llegó el sonido y los estudios iniciaron su reorganización. Supongo que los amenazarían con la lista negra... y que los pondrían en una grave disyuntiva; ¿no fue así?

Jeffrey Pranklin adoptó entonces una extraña actitud. Alzó la vista hasta el cielo raso... y ofreció la impresión de que estaba escuchando algo atentamente, antes de contestar con aire ligero:

—Siento decepcionarle otra vez. Ya le dije que no nos habían despedido, y es verdad. Compruébelo si quiere, interrogando a los demás miembros de mi compañía. Todos ellos recibieron ofertas, multitud de ofertas de trabajo. Muchos tenían acrisolada experiencia como actores teatrales, y podrían haber continuado actuando en el cine sonoro sin ninguna dificultad. Lo que ocurrió fue que coincidimos en que había llegado el momento de retirarnos con todos los honores. Tal como le indiqué antes, «Revolución» constituyó un fiasco. Y hubo otros por el estilo; eh... de gente que no tuvo suficiente buen sentido para retirarse cuando debía.

—¿Se refiere a Gilbert, Lew Cody, Charles Bay... y otros como ellos?

—Tal vez; pero yo estaba pensando, concretamente, en Roland Blade, Fay Terris y Matty Ryan.

Roland Blade, cuyo nombre databa de la misma época que los de Novarro, La Roque y Ricardo Cortez. En efecto: Blade había realizado una o dos películas habladas, antes de precipitarse por un barranco con su lujoso coche. Fay Terris era un producto típico de su época; algo así como una Negri americana. También había actuado en varias películas sonoras, para perecer luego en el incendio de su chalet de la playa. En cuanto a Ryan, no le recordaba con mucha claridad. Sabía que había sido un productor independiente; y bastante bueno, por cierto; como Thomas Ince. ¿Qué podría haberle sucedido?... Entonces recordé aquellos titulares de la Prensa: Matty Ryan, uno de los primeros entusiastas de la aviación al igual que el primer marido de Mary Astor. Se había estrellado con su aparato; y cuando encontraron su cuerpo, casi destrozado...

Todo aquello era muy extraño. Todos los citados habían muerto violentamente; y no sólo ellos, puesto que en aquel momento empezaba a recordar a otros personajes del mundo del cine que también habían desaparecido de modo similar; algunos de ellos se habían suicidado y los demás, perecieron víctimas de asesinatos que quedaron sin resolver, o en incendios de origen inexplicable, ahogados...

—¿Quiere usted decir —pregunté— que sentía una especie de temor supersticioso con respecto a esta nueva era del cine sonoro?

Franklin sonrió, comentando:

i

—No puede negarse que es usted periodista de vocación; ¡siempre presumiendo motivos! Por favor: no vaya a escribir eso que acaba de decir, porque es inexacto. En todo caso, lo único que dije fue... o mejor dicho, lo único que tal vez quise decir fue que todos nosotros coincidimos en el mismo punto de vista, cuando se verificó el gran cambio en Hollywood. Todos habíamos empezado a trabajar en la misma época, y cosechamos juntos nuestros triunfos. No quedaba más opción que

admitir la realidad; o sea, que los buenos tiempos se habían eclipsado para la mayoría de los actores y actrices del cine mudo; y también, para los directores y productores de esas obras. Y el resultado de la tensión de nervios consiguiendo al advenimiento de los films sonoros fue muy triste para los que se empeñaron en mantenerse en su puesto... Y trágico, en ocasiones. Supongo que recordará los comentarios acerca de las fiestas que ofrecía Lloyd Hamilton, y el coche de dieciséis mil dólares que conducía Tom Mix... y lo que le ocurrió al pobre Wally Reid, y a Arbuckle, y a tantos otros.

Asentí en silencio, y continuó:

—Es lo que le he dicho: nos pusimos de acuerdo para retirarnos de la vida activa... y eso fue todo. Siento no poder ofrecerle una historia sensacional.

—Pero, bueno —insistí—, ¿no dijo antes algo relativo a «obrar contra sus deseos»... y referente a una trama o un complot?

—Ha interpretado usted erróneamente mis palabras —repuso, poniéndose en pie—. Yo me refería a nuestros deseos, como conjunto, de abandonar los estudios. Y ya le dije antes que no existió ninguna trama. En fin, si es usted tan amable... Me siento un poco cansado, pero le aseguro que he tenido mucho gusto en conversar con usted.

En vista de que ya nada más podía obtener de aquel hombre, opté por saludarle y me dirigí a la puerta. Y al volverme para dedicarle una sonrisa de despedida, vi que tenía la vista fija en el cielo raso.

Cuando entré en la librería, me pregunté si no me habría equivocado de dirección. La única iluminación del local la suministraba una bombilla encendida sobre una mesa, al fondo del salón. Y al avanzar hacia allí, vi que un hombre bajo y de mediana edad dejaba sobre la mesa el libro que estaba leyendo y me miraba a través de los cristales de sus gafas, al par que inquiría:

—¿Diga?

—Busco a Walter Harland —contesté.

El hombre se levantó de su asiento, y entonces comprobé que no era tan bajo como me había parecido, así como tampoco tan mayor. Se quitó las gafas y me sonrió amigablemente... y en efecto: allí, frente a mí, estaba Walter Harland. La impresión que me produjo esta revelación tenía algo de dramático, y en cierto modo, resultaba inquietante; porque tanto Harland como Franklin se conservaban admirablemente bien; como que tenían casi el mismo aspecto que en 1929 ó 1930. Con un esfuerzo, disimulé mi sorpresa y le saludé, para presentarme a continuación y explicarle el motivo de mi visita, antes de mencionar mi reciente entrevista con Franklin. Hizo un gesto de asentimiento y contestó:

—Ya lo sé. Estaba esperándole. Míster Fraklin me av... me dijo que usted vendría, quizás, a visitarme.

—Ha sido muy amable, míster Franklin por haberle av... dicho que yo podría venir a verle.

Apreció la sorna implícita en mis palabras... y bajó la vista.

—No hace falta que explique usted nada —continué—. Soy muy comprensivo; pero ha de reconocer que el hecho no puede considerarse como.... de buen gusto.

En respuesta, sonrió levemente y me invitó a tomar asiento. Acto seguido le dirigí las mismas preguntas que a Franklin, para obtener casi el mismo género de contestaciones. No fue extraño, por tanto, que empezara a sospechar absurdidades; como por ejemplo, la posibilidad de que Franklin le hubiese enviado unas instrucciones escritas acerca de cómo habría de responderme.

Sí; Harland había recibido otras ofertas de trabajo en la época en que la compañía de Franklin quedó disuelta. No; no había querido aceptarlas. Por supuesto que disponía de suficiente dinero para ir tirando; por eso había adquirido aquella librería... y se sentía muy contento con su suerte; sobre todo, por haber comprobado que le gustaba más leer las tramas en que intervenían otras personas, que tener que representarlas ante las cámaras.

—A propósito de tramas —le interrumpí—: corría un rumor referente a que todos ustedes fueron víctimas de una conjura, para obligarles a desaparecer de la vida pública.

Bien querría decir que, en aquel instante, Harland palideció y se quedó mirándome, visiblemente impresionado, pero no ocurrió nada de eso. Lo único que hizo fue atragantarse con el humo del cigarrillo que estaba fumando y toser con violencia, antes de aclararse la voz y responder:

—No crea todo lo que le digan. Le aseguro que nos retiramos porque había llegado el momento. Desde luego que discutimos la cuestión; pero con sentido común. Por eso convinimos en que ya era tiempo de recoger velas.

—O sea —apunté—, que por haber llegado todos ustedes a la cumbre de la fama, quisieron evitarse una caída estrepitosa, ¿no es eso?

—Efectivamente. Esa es la verdad.

Era obvio que Harland se sentía satisfecho por el giro que había adoptado nuestra conversación. De buena gana me habría despedido en aquel momento, para dejarlo tranquilo; pero como todo ser humano ha de ganarse su pan, no tuve más remedio que espetarle, aunque con una sonrisa de disculpa:

—Ya he oído ese disco en otra ocasión, mlster Harland; y no me gusta la melodía. Suena a falso. Escuche usted. Lo que voy a decirle no es más que un hecho ampliamente conocido, por lo cual, no debe ofenderse. Allá por los años «veintes», usted tenía fama de ser una de las grandes figuras del cine. Y no es que ponga en duda su capacidad como actor. A decir verdad, era usted un actor de primera, y todo el mundo lo sabe, pero eso no impide que también fuese una figura. Siempre andaba firmando autógrafos, exhibiéndose con aquellas batas de raso... y también recuerdo que asistía a los grandes estrenos y dejaba su «Rolls» a la puerta del cine, donde sus admiradores se atrepellaban para besar las cubiertas del coche. Eso le satisfacía a usted, ¿verdad que sí?

Soltó una risita y contestó:

—En efecto. Pero como todos tenemos que envejecer, tarde o temprano...

—Oiga... los actores no envejecen en ese sentido, y usted lo sabe muy bien. No hay nada que pueda obligar a un ídolo a renunciar a una vida de esplendor como la que usted llevaba... a no ser una causa de fuerza mayor; como por ejemplo, el miedo. Miedo a algo terrible. Dígame ahora, ¿a qué temía usted?

Complacido conmigo mismo por mis aptitudes como fiscal, vi que Harland se inmutaba visiblemente. Bajó la vista hasta el tablero de la mesa y permaneció en silencio un momento. Luego

dijo:

—De acuerdo en que hubo un motivo de temor; pero... ¿Recuerda usted las películas en que yo actuaba? Aquellas luchas, aquellos duelos a espada, estilo Douglas Fairbanks... Pues bien, eso era lo mío. Hasta que un día fui a ver al médico para que me hiciera un reconocimiento general... Cuestión de rutina, nada más; pero esa vez, el cardiograma señaló un cambio, un grave cambio. En resumen: que mi corazón no andaba bien... y el médico me advirtió que si quería durar más tiempo debería llevar una vida más descansada.

Confieso que por un instante me sentí avergonzado por haber insistido con mis preguntas, pero en seguida creí captar el significado de las palabras «me advirtió»... y me di cuenta de que si yo era capaz de representar el papel de fiscal, Walter Harland podía interpretar muy fácilmente el de un hombre enfermo del corazón. Y también recordé que mi interlocutor había elevado los ojos hacia el cielo raso antes de hablar. Es posible que algo hubiera atraído su atención hacia allí; una mosca que anduviese por el techo, o cualquier otra cosa; pero lo cierto fue que aquel hecho me dejó un tanto intrigado.

Nada dije entonces. Me limité a mover la cabeza ligeramente, en gesto de vaga comprensión, al tiempo que Harland, dispuesto a recitar la última parte del «guión» que Jeffrey Franklin le había dictado, se ponía en pie y me ofrecía la mano, en señal de despedida. A continuación, el ex actor murmuró, con aire vacilante:

—Eh... usted quiere conocer la verdadera causa, ¿no es cierto? No para escribir un artículo periodístico, sino por satisfacer su propia curiosidad.

Asentí, y siguió diciendo:

—Pues lamento decepcionarle, si esperaba alguna noticia sensacional.

Luego me puso una mano en un hombro y me preguntó:

—¿Le gusta saber?

—Mucho.

—También a mí. En estos últimos veinte años he dispuesto de suficiente tiempo para disfrutar con la lectura. Me ha interesado, en especial, la obra de un tal Charles Fort, un autor que tiene formadas sus ideas con respecto a períodos cíclicos y acontecimientos... Un poco spengleriano, este Fort. En uno de sus libros dice que cuando los acontecimientos empiezan a precipitarse, la gente procura apresurarse... erróneamente, pues no se puede hacer nada para contrarrestar los efectos del destino. Por eso creo que nosotros obramos acertadamente al retirarnos. Había llegado nuestra hora y supimos admitir la realidad.

Minutos después, hallábame de nuevo en la calle, mirando al cielo del atardecer, mientras Walter Harland se quedaba en su establecimiento, fija la vista en el cielo raso; si es que era allí adonde miraba.

Encontré a Peggy Dorr en Pasadena. Danny Keene tenía una embarcación en Balboa; y Tom Humphrey, precisamente Tom Humphrey, había instalado un taller de reparaciones para televisores no muy lejos del mercado de Farmer. Supongo que el lector intuirá al punto lo que conseguí cuando me entrevisté con estos últimos: las mismas apariencias juveniles, idénticas respuestas evasivas, y relatos semejantes a los ya escuchados de boca de Franklin y de Harland. Y muy parecidas

expresiones de vaga abstracción en los ojos de todos ellos.

Aquel asunto se veía amenazado por un rotundo fracaso. Sin contar el enigma que el mismo implicaba. Por desdicha, las investigaciones detectivescas no constituían mi fuerte. Lo único que yo ambicionaba era un buen reportaje, pero tal como se presentaban las cosas, motivos tenía para no sentirme muy esperanzado. ¿Qué oscuro drama se escondería tras tantos refugios? Era obvio que todo había terminado para aquellos actores, allá por el año 1930; pero yo sospechaba que la explicación de la historia debía de tener sus orígenes en una época anterior.

De regreso de mi visita a Tom Humphrey, comprendí que acababa de descubrir un buen tema para reportaje; mejor aún: un magnífico tema para una película. Y efectivamente lo mismo que las películas de Jolson habían obtenido considerable éxito, como el conseguido con la reconstrucción cinematográfica de la villa de Will Rogers y la serie de films biográficos relativos a otros actores del pasado, ¿por qué no podía utilizarse el mismo sistema con la vida de Jeffrey Franklin? Por ejemplo, la representación de toda la historia de cine mudo, en espectacular tecnicolor, «Warnecolor», «Ci-necolor»... o como fuese.

Algo así fue lo que hizo la «Twentieth» con su producción «Hollywood Cavalcade»; pero eso había ocurrido más de veinte años atrás. Además, esta vez el beneficiado podría ser yo, pues la idea valía millones. Ahí era nada producir un film retrospectivo, pero no con imitadores, sino con los auténticos personajes cuya historia se llevaba a la pantalla. Tanto me entusiasmó aquella perspectiva, que apenas hube llegado a mi casa, me senté ante la máquina de escribir para dar forma a un guión. ¡Y qué guión salió de mi máquina! No hace falta que lo alabe. Para alabanzas, bastan los comentarios de Cy Charney, el cual se fumó dos puros mientras leía las cuartillas, antes de emitir su juicio, el juicio de uno de los más cotizados agentes cinematográficos de todos los tiempos:

—Desde luego que puedo colocar este esquema en cuanto quiera, aunque usted no sea conocido todavía. Pero el caso es que la idea es verdaderamente fantástica. Creo que podré iniciar la postura a... veamos... sí, a treinta o cuarenta de los grandes. ¿Treinta mil dólares, le parece bien? Incluso le prometo el asesoramiento de un escritor para la confección del guión definitivo. Supongo que estará usted libre de compromisos, para ocuparse de este asunto, ¿verdad?

Poco faltó para que me partiese el pescuezo, a fuerza de asentir vigorosamente con la cabeza.

—Pues bien —añadió Charney—: manténgase en contacto conmigo, Y ahora, déjeme solo, que le daré unos retoques a esto esquema con mi estupenda mano italiana.

Me marché en seguida a la calle, ilusionado con lo que acababa de escuchar... aunque lo cierto era que me costaba dar crédito a mis oídos, a pesar de que gran parte del asunto dependía de lo que yo pudiera seguir oyendo. Pero como también contaba con la «mano italiana» de mister Charney...

La rapidez del éxito me dejó francamente asombrado, ya que mister Charney me telefoneó al cabo de treinta y seis horas.

—Todo arreglado —me comunicó—. Freeman da brincos de puro gozo, y Jack se siente interesado igualmente. Y yo..., yo podría conseguir cincuenta grandes de cualquiera de los dos, en cuanto insinuara que existe competencia por parte del otro. En fin, tendré firmado el contrato para antes del fin de esta semana. ¿Podrá prepararlos para entonces?

—¿Prepararlos? —pregunté—. ¿A quiénes?

—¡A los intérpretes, muchacho! Al viejo Franklin y a Harland y los demás. Le advierto que le creí cuando dijo que todos se encontraban en buena forma. Claro que habrá que someterlos a un prueba. De todos modos, yo hago constar que se encuentra en ideales condiciones, ¿de acuerdo? Muy bien, hable con ellos, y téngalos preparados para la primera prueba. Y si quiere que le acompañe para ayudarle a convencerlos...

—No, no; no hace falta. Yo me las arreglaré.

—Conforme. Dígalos que no se preocupen por lo tocante a dinero. Yo los representaré... y eso significa mucho en esta ciudad. Otra cosa: procure que el viejo Franklin le ceda toda clase de derechos para la publicación de esta historia. Ya sé que no es la verdadera historia de su vida, precisamente, pero se le parece mucho. De modo que puede ofrecerle una ligera participación en los beneficios. ¿Sabrá convencerlo?

—Déjelo de mi cuenta.

Colgué el receptor... y me pregunté si sería capaz de cumplir esto último. Por eso elevé los ojos hasta el cielo raso, pero no vi allí ningún mensaje. Al menos, para mí. Entonces me puse a reflexionar... y me dije que yo no era supersticioso, a diferencia de Franklin y sus compañeros. Luego entreví una posibilidad, que tal vez supusiese una solución al problema: la de que casi todos los actores, además de ser supersticiosos, seguían siendo siempre unas «figuras», unos «ídolos» en potencia. Por tanto, no perdía tiempo en enviarle a cada uno de ellos una copia del guión, acompañada por una carta en las que les explicaba todo el asunto y les pintaba, con muy bonitos colores, la maravillosa perspectiva de revivir sus buenos tiempos, al volver a actuar en un film tal como se hacía en aquellos días gloriosos: con brío, con alma y sinceridad. También indiqué la posibilidad de que una gran parte de los beneficios producidos por la obra fueran a engrosar los fondos para ayuda de los cineastas veteranos menos afortunados. Y recalqué el hecho de que cada uno de los intérpretes recibiría una cuantiosa cantidad en metálico.

Tras haber esperado por un tiempo que me pareció prudencial, y que fue de veinticuatro horas, puse en práctica la segunda parte del plan y empecé mi nueva serie de visitas. En primer lugar, fui a la librería de Walter Harland, donde me sorprendió advertir que su dueño no llevaba gafas, como en la anterior ocasión, así como que se había puesto un traje de elegante corte, lo cual me complació sobremanera.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Qué opina?

—Que es fantástico —respondióme—. Le felicito sinceramente. Confieso que su fingida entrevista del otro día me engañó por completo. No podía sospechar lo que realmente se proponía.

Luego me invitó a tomar asiento, me ofreció un paquete de «Players» y agregó:

—Le aseguro que al leer su carta me sentí rejuvenecido. Ahora tengo la impresión de que me he quitado veinte años de encima.

—Y lo parece —observé, con toda sinceridad—. Eso es lo que dirá también la nueva generación de aficionados al cine, cuando lo vean en la pantalla.

—Gracias, gracias —dijo Harland, sonriendo satisfecho—. Dam y Tom me telefonearon anoche, y Lucas... ¿recuerda usted a Lucas? Uno que trabajaba en films de largometraje; siempre iba con patillas, y fumaba con boquilla muy larga... Todos están muy excitados y...

Un rumor procedente del local de venta hizo que se interrumpiera y mirase hacia allí. Acto seguido, oyóse una trémula vocecita, semejante a un balido de cordero:

—¡Eh, Walt! Perdona si te molesto, pero quería hablar contigo. No es más que un minuto.

—Muy bien, Tiny —contestó Harland, al par que se levantaba.

Luego fue hasta el mostrador, abrió la caja registradora y puso algo en la extendida mano del visitante, antes de decirle:

—Y ahora tendrás que perdonarme, pero...

—De acuerdo, de acuerdo, Walt. Muy agradecido. Que Dios te lo pague.

Harland volvió a la mesa y sonriendo, excusóse:

—Lo siento.

—¡Oh! No tiene importancia.

—Sí que la tiene.

—¿El qué? ¿Esta interrupción?

—Me refiero a su película. Lo siento, pero no puedo actuar en ella. Ni yo... ni ninguno de los demás.

—Pero... escuche, ¿no comprende?...

—Espere. Ahórrese argumentos y charla inútil. No conseguirá nada. De sobra sabe que tanto yo como los otros ansiamos cooperar con usted. Sería... como si volviéramos a iniciar nuestras carreras. ¡Una nueva vida! Qué no daría yo por ver otra vez mi nombre en los anuncios, para demostrarles a esos jóvenes peleles cómo se trabaja ante las cámaras.

—Entonces, ¿por qué...?

—Sencillamente, querido amigo, porque tal como le dije, todos los de mi grupo convinimos en retirarnos, y eso fue lo que hicimos. Hubo uno o dos que se negaron a aceptar la realidad, pero ya no pertenecen a este mundo. Usted no está enterado, ya lo sé.

—¿De qué?

—De lo referente a ese pobre diablo que vino a verme hace un momento. Ése fue uno de los que no estuvieron conformes con la decisión general. No había hecho más que un papel secundario, dirigido por Franklin, y por eso... por eso creo que salió bien librado. Pero ya le digo, no vale la pena arriesgarse.

—¿Arriesgarse a qué? —inquirí extrañado—. ¡Pero si va a ser un éxito! No tienen nada que perder. Al contrario, fíjese en lo que pueden ganar si aceptan los términos de...

Pero Harland movió la cabeza en sentido negativo y declaró:

—Es inútil que insista. ¿Recuerda lo que le dije acerca de lo que ocurre cuando los acontecimientos se precipitan? Es como en las épocas en que aparecen grandes inventos. Tal como decía Fort: cuando aparece la máquina de vapor, todo el mundo la acepta inmediatamente y procura perfeccionarla y aprovecharse de sus ventajas. Pues bien; nosotros pertenecemos a otra época anterior, a la de los coches de caballos, y debemos quedarnos en ella. Sin contar con un argumento definitivo: que no habrá película sin la participación de Franklin y puede estar seguro de que el viejo director no participará jamás.

Después de tan rotunda declaración, poco me quedaba que hacer en aquella librería. Me marché en seguida a la calle, dispuesto a aterrarme a mi última oportunidad, una oportunidad cuyo nombre ya sabía: Tiny Collins, que a pesar de no haber destacado nunca como actor, era también uno de los veteranos. Un veterano del estilo de Heinie Mann, Billy Bevan y Jack Duffy. Por haberlo visto, siquiera fugazmente, en la tienda de Harland, así como por haber escuchado la breve conversación que mantuvieron, poco me costó figurarme dónde podría encontrarle: no muy lejos de allí, cuatro puertas calle abajo.

Allí estaba, en efecto, en la otra punta del mostrador del bar, con un vaso pequeño y una botella de cerveza como única compañía. Me acerqué a él, y empleé la vieja fórmula de aproximación para entrar en contacto:

—¡Vaya! Pero... usted es Tiny Collins, ¿verdad que sí? Le invito.

Por fortuna, me acordaba de los títulos de algunas de las películas en que aquel hombre había trabajado. Y por suerte, también, me encontraba en condiciones de pagarle otros vasos de brandy y de cerveza. Minutos después, en la intimidad de un reservado, tomé las riendas de la conversación, para conducirla por los derroteros que me convenían. No mencioné para nada la cuestión de la película, pero sí insinué que podía escribir un artículo sobre el «glorioso» pasado de Tiny Collins... y eso fue suficiente para interesarle. Animado por el licor y la cerveza, Tiny soltó en seguida la lengua, y pronto empezamos a tratarnos como dos viejos camaradas, y como a un camarada se le puede pedir cualquier cosa con toda confianza, pregunté:

—Dime la verdad, ¿qué les ocurre a todos tus antiguos compañeros? ¿Por qué temen tanto a la publicidad... y por qué se retiraron de la vida activa en el cine?

—¿Y a mí me lo preguntas? —repuso—. Eso es lo que me ha tenido intrigado en estos veinte años: por qué se retiraron. Mi caso, es diferente, porque yo no era más que un segundón; pero ellos:, ellos no tenían por qué haberse marchado. Que yo sepa, se reunieron un día y decidieron retirarse, así, por las buenas.

—Ya lo sé, Tiny. Por eso me pregunto qué motivo pudo haberles inducido a dar tal paso. No tiene sentido, ¿comprendes? Es ilógico.

—¡Oh! Todo es ilógico, en este mundo. Y si no, fíjate: ellos querían retirarse, y recibieron ofertas a montones. Yo no quería irme... y ¡zas! ¡A la calle! Y ahora... ahora no puedo encontrar empleo. ¡Yo, Tiny Collins, que actué con Turpin y con Fidels... y con aquel otro que!...

—También lo sé, Tiny, también. De todas formas, creo que tendrás alguna teoría sobre el caso.

—Por supuesto que la tengo! —exclamó, antes de beberse de un trago el resto del contenido de su vaso—. Y no una, sino varias.

Luego tomó la botella de brandy y vertió licor hasta el borde de los vasos de los dos, para seguir

diciendo:

—En primer lugar, todos ellos están muertos.

—¿Eh?

—Lo que has oído. Se reunieron aquella vez... y se comprometieron en uno de esos... pactos de suicidio, creo que los llaman. Cuando se enteraron de lo que les ocurrió a Blade, a Terris, y a Ryan y a Todd, y a todos los otros, que se mataron al mismo tiempo, se figuraron que ellos también tendrían que marcharse. Entonces llegaron a un acuerdo y se suicidaron.

Tiny soltó una risita que a poco se transformó en tos. Luego me miró, con los ojos brillantes. Yo moví la cabeza y observé:

—Pero no están muertos, Tiny.

—¿Eh? Bueno... sí, no lo están. Pero parece que lo estuvieran. ¿No te has dado cuenta? Fíjate en mí, sin ir más lejos. Tengo la misma edad que Tom Humphrey, y, sin embargo, ya ves la diferencia. Yo estoy hecho polvo, y en cambio él tiene el mismo aspecto que cuando filmó *El Tigre Negro*. Fue la última película que hizo. Para la «First National» o para alguna otra productora, no me acuerdo muy bien. Y todos los demás, por el estilo. Parece como si el tiempo se hubiera detenido para ellos en el momento en que dejaron de actuar ante las cámaras. Como si se hubieran muerto y alguien los hubiese embalsamado, ¿no crees?

Mientras mi interlocutor se llevaba a los labios el vaso de cerveza, consideré por encima su asombrosa teoría. Pero también admití la posibilidad de que la costumbre de alternar brandy con cerveza tuviera alguna relación con la diferencia de aspectos entre Tiny y sus viejos compañeros. Luego pregunté:

—¿Y las otras teorías?

—Una de ellas, sobre todo —me contestó, aunque en tono más apagado—. Una que es... Pero tendrás que prometerme que no se la revelarás a nadie.

—Prometido.

—Perfectamente. Verás, ya sé que parece absurdo, pero yo creo que todos ellos se asustaron... ¡Muertos de miedo! Franklin fue el que los puso así. Y yo... no es que vaya a confirmar o negar esa historia, no. Ni la confirmo ni la niego.

—¿Qué historia?

—¡Oh! Lo que le sucedió al viejo Franklin. Perdió la chaveta. Después del rodaje de *Revolución*, con todo el lío que se había organizado a cuenta de la llegada del cine sonoro... No fue extraño que temiese que pudiera sucederle algo grave. Franklin era el jefe supremo de todo el conjunto. Lo que él decía se admitía sin discusión. Por eso, cuando dijo que había que abandonar los Estudios, todos le obedecieron sin rechistar. Además, ya conoces la mentalidad de muchos artistas, que se impresionan tan fácilmente... Lo que quiero decir es que no sería extraño que Franklin se hubiera dejado influir por alguna de esas sectas religiosas o... Suponte que el alto potentado, o como se llame el jefe de esa secta, le hubiese advertido que debía retirarse del cine, que estaba escrito en el cielo.

«En el cielo —repetí, mentalmente—. ¡En el cielo raso!» Acto seguido, me puse en pie y dije:

—Gracias, Tiny.

—¡Oye! —exclamó—. ¿Adónde vas?

—Tengo que hacer.

—Pero si ahora iba a invitarte yo...

—Otra vez, Tiny. Gracias por todo. Muchas gracias, de verdad.

En el trayecto hacia mi casa me entretuve en pensar sobre el nuevo giro que había adquirido la cuestión. «In vino veritas», me dije. Y desde luego que las piezas de aquel rompecabezas empezaban a ajustarse convenientemente. Recordé entonces algunas peculiaridades de Franklin que hasta aquel momento habían permanecido ocultas en los desvanes de mi memoria. Por ejemplo, la seriedad con que consideraba a las supersticiones, cosa sabida por todos los que le trataban. Prueba de ello era que en más de una ocasión había aplazado el rodaje de una escena por varios días... hasta que encontraba al «extra» adecuado para un papel breve y sin importancia, y que muchas veces repetía todo un pasaje de una obra por la sencilla razón de que había «algo» que no acababa de convencerle. Por otra parte, la forma en que trataba a los actores, rogando por ellos, en lugar de abrumarlos con exigencias. Y también, aquella manía de mirar hacia arriba y quedarse con la vista en lo alto, como si estuviera implorando auxilio divino. ¿Y si hubiera consultado a un astrólogo... y éste le hubiese dicho que Cáncer estaba en conjunción con Urano o como quiera que se digan estas cosas?

Podía haber sucedido eso. En consecuencia, debía averiguar inmediatamente si alguno de esos escudriñadores del futuro había tenido relación con el asunto, para ofrecerle un trato. O bien, persuadir a Franklin a ponerse en manos de otro astrólogo. El caso era que debía hacer algo, y cuanto antes mejor.

Una vez en mi casa, me dispuse a actuar sin dilación. Como los astrólogos debían de tener teléfono, consultaría la guía telefónica y llamaría a cada uno de los que en ella estuviesen registrados... Pero no fue necesario que hiciera tal cosa, ya que antes de que hubiese tenido tiempo de abrir la guía, sonó el timbre del teléfono... y oí lo siguiente:

—Soy Jeffrey Franklin. He recibido su carta y querría hablar con usted. ¿Cuándo puedo verle?

—¡Oh! Esta misma noche, si le parece, míster Franklin.

—De acuerdo. Tenemos que hablar de muchas cosas, porque he aceptado los términos del contrato y voy a hacer su película.

Nos sentamos en la salita donde antes hablamos estado hablando, y empezamos a beber whisky escocés. Afuera, y como por especial gentileza de la «M. G. M.», el sol descendió sobre el Pacífico, y a continuación, pareció como si la «Universal» hubiera encendido una luna en ténicolor.

—Ya lo ve usted —dijo Franklin—, no fue su idea lo que me convenció, aunque reconozco que llegó a tentarme. Lo que ocurrió fue que cuando él me llamó y... el jefe del estudio, quiero decir. Cuando me llamó y me dijo que iba a venir a verme, que iba a ponerse en camino...

Yo asentí en silencio, al par que me sentía cada vez más admirado de la buena «mano italiana» que

míster Charney ponía en todos los asuntos que le interesaban.

—Puede suponerse cómo me sentí. Pensar que se me ofrecía la oportunidad de volver a los viejos tiempos... Por supuesto que muchas cosas han cambiado, pero estoy seguro de que tengo capacidad para asimilar en seguida las nuevas técnicas, porque he procurado mantenerme constantemente al día, en tal sentido. Todavía leo todas las ediciones del American Cinematographer y no se me escapa ningún adelanto que se publique. Además, sé que él se fía de mí. Sabe lo que significa tenerme de vuelta en los estudios, dirigiendo, de verdad...

—¿Dirigiendo?

—¡Naturalmente! y será la mayor sorpresa para todos. Porque voy a dirigir, al mismo tiempo que actuar, en el rodaje de mi propia historia.

«Desde luego —pensé—. ¡Que fina mano italiana tiene Charney!» No cabía duda de lo que aquello significaba para Franklin, el cual estaba embriagado con su propia adrenalina, como siguió demostrándolo al decir, en tono de entusiasmo :

—¡Jamás habría sospechado que aún se acordasen de mí! Claro que hubo aquel banquete de la Academia de hace varios años, pero así y todo, no fue más que un simple acto figurativo. En cambio, volver a sentarme en el despacho principal, sabiendo que todo el mundo... todo el mundo realmente importante, se agolpa a la puerta y suplica una entrevista... ¡conmigo! Oh, hijo mío... Usted no puede figurarse lo que esto supone para mí. Haberse acostumbrado uno a la idea de que todo ha terminado... Y pensar, incluso, que uno no es más que una figura del pasado... En fin, ahora estoy preparado. Por primera vez en muchos años, afirmo con toda sinceridad que siempre me he encontrado en estado de perfecta preparación. Y creo, de verdad, que al trabajar otra vez todos juntos pondremos en práctica una serie de trucos que dejarán asombrada a toda la industria cinematográfica.

La exaltación se comunica fácilmente. Y así, poco tardé en sentirme entusiasmado, a mi vez, al pensar que cincuenta mil dólares, descontado el diez por ciento y otros picos, quedaban en cuarenta mil; y que deducidas las tasas, aún sobrarían veinte mil, contantes y sonantes... más algún papelito en la misma película, que el mismo Franklin se encargaría de proporcionarme, sin duda alguna. De esa forma, me vería en la pantalla, actuando en una superproducción de especial magnitud, y... ¿quién podía decir lo que me reservaba el destino, con tan brillante comienzo? Bendita la hora en que se me ocurrió la idea de aquella película, que se titularía «Los Grandes Veteranos». Que la suerte la acompañase, a ella y a mí.

El timbre del teléfono interrumpió mis dorados sueños. Jeffrey Franklin se puso en pie y avanzó hasta la mesilla donde estaba el aparato, para recoger el receptor y acercarse el auricular a la oreja, todo ello con elegantes e impecables movimientos, como corresponde a un actor de primera, como también sonó agradablemente modulada su voz de veterano cineasta... aunque fuese de la época «muda»:

—Sí... Soy Jeffrey Franklin.

Acto seguido, operóse en él una increíble transformación, como si estuviera representando una trágica escena. En tono balbuciente, respondió a su comunicante:

—No... No será grave... ¡Terrible! ¿Y cuándo?... Por supuesto que sí. Todo lo que sea necesario... El viernes por la tarde, sí... ¿Dónde será? Sí, sí; es mañana. Bueno... muchas gracias.

Luego dejó el receptor en su sitio y volvió a sentarse frente a mí, y por un instante, pareció que representaba la edad que tenía.

—Malas noticias —dijo, en tono lúgubre—. Un viejo amigo mío ha muerto esta tarde en un accidente. Lo atropello un camión. El entierro será el viernes por la tarde... y por supuesto que he de asistir. Siento que nuestra reunión en los estudios deba ser aplazada hasta el lunes, pero ya ve. En fin, es triste ver cómo se van, uno tras otro... Usted comprenderá también lo que son estas cosas, hijo mío, cuando llegue a mi edad.

—Lo siento —murmuré—. ¿Quién era? ¿Alguien a quien yo conocía?

—No lo creo. Uno de los que trabajaban conmigo, en aquellos tiempos. El pobre tuvo un papel secundario en una de mis películas. Se llamaba Tiny Collins.

Esto supuso el arranque de mi pista, Por eso decidí seguirla hasta el fin y cerrar el pico. Y con el pico cerrado continué todo el resto de la noche y todo el día siguiente. Cierto es que fui a ver a Charney, el cual aprovechó la ocasión para pasearse por el recinto de su despacho y gesticular con sus dos magníficas manos «italianas», al par que emitía halagüeños vaticinios sobre la película y sobre nuestro porvenir. Pero me mantuve bien apartado de Harland y sus compañeros. No quería que ninguno de éstos se enterase de que había estado hablando con Tiny Collins. No debían saber lo que yo estaba empezando a sospechar... porque a mí mismo me costaba creerlo.

El viernes por la tarde asistí al funeral de Tiny Collins, al que también asistieron Danny Keene, Peggy Dorr, Tom Humphrey y Walter Harland, así como otras cuatro personas que yo no conocía. La Prensa local y el Reporter habían insertado en sus páginas las corrientes esquelas, pero resultaba obvio que Tiny, vivo o muerto, no constituía noticia en el mundo periodístico. Ni siquiera era uno de los «grandes veteranos», ya que de haberlo sido, los estudios habrían mandado flores a la ceremonia.

Permanecí sentado junto a Jeffrey Franklin, mientras el clérigo llevaba a cabo los usuales ritos, asistido por el sepulturero y otros dos ayudantes. Fue una ceremonia bastante triste: triste, pobre y vulgar. Dos de las cuatro personas a las que yo no conocía eran mujeres gordas y de mediana edad, y estaban llorando a lágrima viva y con repetidos y fingidos sollozos. La ornamentación de la capilla daba la impresión de que iba a venirse abajo en el momento más inesperado. Y en cuanto a la iluminación, era insuficiente y del tipo más económico que se había podido disponer.

Ésa fue la clase de funeral que tuvo Tiny Collins, el actor que había trabajado con Turpin y Fields y con quién sabe cuántos más; el que se había hundido en el arroyo... y que en aquella ocasión representaba su última y mejor escena, en calidad de protagonista. Lástima que el escenario hubiera sido tan mezquino. Seguro que Tiny no lo habría aprobado.

Al tiempo de salir el cortejo de la capilla, el organista interpretó una fúnebre melodía. Y sin saber por qué, recordé al punto los viejos días del cine mudo. Seguidamente, la función continuó en el cementerio, donde poco se tardó para finalizarla por completo. Bajo un cielo muy nublado y que amenazaba tormenta, el reverendo musitó sus preces, y los enterradores descendieron el cuerpo a la fosa. A continuación, todo el mundo se dirigió a la salida, cada uno en busca de su coche... y con la vista fija en los nubarrones que se arremolinaban hacia el oeste. Yo seguía junto a Franklin, tan callado como él. Y me sorprendí al advertir que no iba en dirección al aparcamiento. Pasamos así al otro lado del cementerio, a una zona donde había más árboles y multitud de monumentos funerarios, y después de caminar a lo largo de un sendero, ascendimos a una pequeña elevación en cuya cumbre había un banco de piedra; un banco que estaba frente a un imponente monumento que representaba a un D'Artagnan, o algo por el estilo, subido en actitud heroica sobre un globo de

mármol. Miré entonces fijamente la estatua... y reconocí en seguida sus facciones, antes de leer el nombre grabado a sus pies.

—¡Roland Blade!

—En efecto —asintió Franklin, sentándose en el banco de piedra, para llenar la cazoleta de su pipa.

Silbaba el viento al pasar entre el follaje de los árboles y su sonido ominoso me ponía los pelos de punta. Molesto por la abatida expresión de mi acompañante, busqué inútilmente un adecuado tema de conversación, pero al no hallarlo a mi gusto opté por decir lo que estaba pensando:

—Este funeral no ha sido precisamente un éxito, ¿verdad que no?

—¿Y por qué tenía que serlo? —repuso encogiéndose bruscamente de hombros—. Tiny no era lo suficientemente importante como para justificar un buen guión. Toda la escena ha sido convencional por demás.

No dejó de extrañarme el hecho de que Franklin hubiera juzgado al funeral lo mismo que yo: comparándolo con una película. Luego le oí decir:

—Escuche, hijo mío: será preferible que se lo cuente todo.

—Adelante, pues. Todavía tardará en llover y...

—¡Oh! Eso depende de lo que esté escrito en el guión.

—¿En qué guión?

—Eso es lo que quiero explicarle. No me resulta muy fácil, es la verdad, pero ahora que vamos a participar juntos en la misma película, usted se verá envuelto en el asunto, quiéralo o no. Y lo más probable será que no le guste, como tampoco me gusta a mí.

Disimulé a duras penas mi nerviosismo, en tanto pensaba... «Ya está aquí. Ya está aquí la solución del enigma, mezclada con astrología o con lo que sea. Por tanto, no opongamos argumentos ni te burles de lo que te diga.»

—Omar Khyyama debe de haber conocido la verdad —continuó Franklin—, para escribir aquellos conceptos acerca del juego de ajedrez. Shakespeare la expresó también cuando dijo que todo el mundo no es más que un escenario; y es posible que lo fuera, en sus tiempos. Por lo que a nosotros respecta, el mundo es una obra cinematográfica. La era de las máquinas de vapor y la del cine. Por eso les divierte tanto redactar un guión, repartir papeles y dirigir toda la producción.

—¿Les divierte? ¿A quiénes?

—A ellos. O a él. Uno... o varios. Poderes que pueden tener cualquier nombre: dioses, demonios... hado... o inteligencias cósmicas. Lo único que sé, positivamente, es que ese poder existe, que siempre ha existido y siempre existirá. Y también, que los que lo tienen se divierten en escoger a determinados mortales para asignarles papeles en las obras que ellos crean.

Echando por la borda mis buenos propósitos, inquirí de sopetón:

—¿Quiere usted decir que todo el mundo está regido por fuerzas ultraterrenas, que dirigen las

acciones de los hombres como sé dirige la actuación de los actores en un estudio cinematográfico?

—No las de todos los hombres —precisó Franklin—, sino las de unos cuantos escogidos, las de los mejores, los cuales han de estar en contacto con ellos, por necesidades de ajuste de la trama. Omar debe de haber sabido esto, y también Shakespeare, porque eran seres superiores, pero la gran mayoría del género humano no hace más que participar en la función con papeles secundarios, como «relleno». Por eso, todo lo que hacen resulta poco convincente, incluidos sus delitos, sus amores... y hasta su misma muerte. Sus parlamentos son vulgares y carentes de inspiración. Y lo que es más importante: no tienen capacidad creadora. ¿Comprende usted ahora? En eso radica, precisamente, el intrínquilis de la cuestión. Si posee usted capacidad creadora, tendrá alguna afinidad con esos poderes. Ellos se fijarán en usted... y lo incluirán en el guión. Usted se ha referido a mí y a algunos de los otros, considerándonos como fabricantes de sueños, de ilusiones. Pues bien, eso es lo que somos... o mejor dicho, lo que éramos en los viejos tiempos, porque formaba parte de la trama.

Oíase el bramido del viento procedente del océano, pero ya no me preocupaba la posibilidad de ser alcanzado por la tormenta. Otras preocupaciones acababan de nacer en mi mente. Era obvio que Franklin había perdido la chaveta, pese a lo cual, trataba de razonar conmigo. En tono abrupto, hice notar:

—Escuche. Todo lo que me ha dicho sobre esa cuestión parece absurdo.

Meneó la cabeza y prosiguió:

—Querría ser más elocuente, para hacerle comprender la importancia que tiene este asunto, porque en cuanto haya admitido la verdad, aprenderá a ajustarse a la misma. Entonces no cometerá el error de rebelarse contra el sumo productor, ni contra el sumo director o el escritor de la obra. No querrá correr el riesgo de que lo aparten del reparto, porque ahora, quiéralo o no, es usted un actor... y no puede enmendar el guión. En caso de que tratara de alterarlo, el sumo director de la obra se daría cuenta... y le ordenaría al gran cortador que empleara las tijeras para suprimir las escenas en que usted se propusiera intervenir. Eso fue lo que le sucedió a Blade y a tantos otros.

Sabido es que no se puede razonar con un guillado, pero yo intenté hacer tal cosa e insistí:

—Escuche, míster Franklin. Por más que lo procuro, no consigo entenderle. Me recuerda usted a Tiny Collins, cuando me dijo el otro día que...

Se me escapó. No pude evitarlo. Aunque tal vez estuviera escrito en las estrellas que tenía que escapármese. Con acento de ligera sorpresa, preguntóme:

—¿Conocía usted a Tiny Collins?

—Bueno... hablé una vez con él.

Seguidamente, referí todo lo que el infortunado Tiny me había dicho. Franklin exhaló un suspiro y miró al tormentoso cielo, cual si esperase que le apuntaran desde allí lo que tendría que decir a continuación. Luego bajó la vista y murmuró:

—Entonces... es posible que lo de Tiny no fuera... un accidente, que le hayan hecho volver al guión original, y que ahora...

—Por favor, míster Franklin —le interrumpí—; querría que no hablara usted de ese modo. ¿No

comprende que la idea de que toda la gente importante de este mundo forma parte de un gran espectáculo cósmico carece de sentido?

—¡Sentido! —repitió, despectivamente—. ¿Qué es lo que lo tiene, en este mundo? ¿Las guerras mundiales, las bombas nucleares, las plagas, el hambre? Tal vez no sea un espectáculo para la humanidad en general, pero sí lo es para nosotros, los fabricantes de espectáculos. Es posible que ciertos poderes pongan en escena las guerras, para que actúen los generales y los estadistas, y que otros organicen una función de negocios para hacer actuar a los financieros y a los comerciantes. Si conoce usted a altos jefes militares, o a algunos políticos o reyes de las finanzas, puede preguntárselo. Si eso es cierto, ellos lo sabrán. Y si no lo saben... lo descubrirán cuando traten de apartarse del guión para dirigir el espectáculo por su cuenta. Omar lo sabía, y por eso escribió... lo que estaba dispuesto que tenía que escribir, antes de abandonar la pluma y retirarse a la oscuridad. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! Tal vez, porque esos poderes se cansaron de la escena que Omar representaba y decidieron montar otra. También dejó de escribir Shakespeare. Y es para meditar, seriamente, sobre tantos y tantos grandes hombres que después de rutilar por cierto tiempo desaparecieron de la escena para siempre, a pesar de que se encontraban en toda su plenitud creadora.

—¿Y los que han seguido actuando? —argüí, acudiendo a un argumento lógico—. Piense en los millares de personas que no se retiraron...

—¡Oh! Es que algunos de ellos no eran lo suficientemente ilustres para ser dirigidos por los altos poderes. No cabe duda de que algunos de esos personajes conocían su propia inferioridad, pero se rebelaron. El papel que debía representar Napoleón concluía en Elba, pero él se creyó superior al supremo productor... y volvió a entrar en escena. ¿Y qué le ocurrió? Sencillamente, que no se puede volver atrás en este mundo. Las segundas partes terminan en desastres. El tiempo de Napoleón había llegado ya a su fin. Por eso no duró más que cien días.

Mientras hablábamos, el cielo se había ido oscureciendo, al par que empezaba a oírse el retumbo de unos truenos lejanos. Franklin volvió a encender su pipa, y en tono más bajo continuó:

—No crea usted que estoy exponiéndole una simple teoría, hijo mío. Es la pura realidad. No tiene vuelta de hoja. Estoy hablándole de mí mismo y de los que pertenecieron a mi compañía... y de muchos otros que deben de haber descubierto el gran secreto en los días en que hacían... sueños mudos. Estaba escrito en el guión que debíamos triunfar entonces, y nuestro éxito fue repentino y espectacular. Era la época del cine mudo. Luego, con el advenimiento del cine sonoro, se dispuso un nuevo guión... que necesitaba nuevos intérpretes. Se nos presentó entonces un dilema: o retirarnos... o ser suprimidos por la suprema tijera, que cortaría los hilos que nos unen a la vida terrena. Los más sensatos nos retiramos... y el sumo cortador se encargó de los demás. ¿Va entendiendo usted el asunto?

—Tal vez —asentí—. Tal vez tenga usted razón, pero así y todo, ¿por qué me ha contado todo esto?

Franklin esbozó entonces una sonrisa y contestó:

—Porque en estos últimos días me he dado cuenta de que soy algo más que un actor. Soy un hombre, y todo hombre ha de regir su propia vida. Hubo un tiempo en que pensé que podría saludar al público con una reverencia de despedida y sentarme en la sala, mezclado con los espectadores por el resto de la función. Y por más de veinte años he estado haciendo esto último, pero cuando apareció usted con su guión... el guión que había escrito usted, y no ellos... entonces comprendí que debía realizarlo. Quiero dirigir esa película. Porque después de todo... también soy un director.

—Estupendo —comenté—. Así, pues, empezaremos en seguida, ¿verdad?

Sonrió y me dio una palmadita en un hombro, al paso que asentía:

—Por supuesto que sí, muchacho. Pero antes de seguir adelante, quiero hacerle una advertencia: que es preciso recordar siempre al supremo cortador, porque si el gran director nos sorprendiera actuando por nuestra cuenta y levantase un dedo...

Cielo bendito. En aquel instante, Franklin, para dar énfasis a sus palabras, alzó una mano y apuntó con un dedo a la estatua de Roland Blade. Y en el mismo momento, un horrísono trueno retumbó sobre nuestras cabezas, como si formara parte de la escena. Confieso que me sentí aterrado, y que empecé a pensar en Blade, en Fay Terris, Matty Ryan... y en todos los que habían desafiado el advenimiento del sonido en el cine, y que habían muerto violenta y prematuramente.

¿Prematuramente? Desde luego que no. En todo caso, habían sido apartados de escena antes de tiempo, cortadas sus ligazones con este mundo, una vez terminados sus respectivos papeles en el guión.

También me pregunté entonces si «ellos» estarían observándonos, escuchando lo que decíamos, para apreciar nuestra «actuación». Y puesto ya en plan de divagar, poco me costó preguntarme, asimismo, si no habrían dado la tonante señal para que empezara a funcionar la máquina de producir lluvia. Al notar los primeros goterones me puse en pie y echó a andar sendero abajo, pero a los pocos pasos me detuve y me volví a medias, para ver si Franklin me seguía.

—En seguida —dijo el veterano, que acababa de levantarse y estaba mirando a la estatua de Blade—. Quiero pensar...

—¡Oiga! —le grité, pues la lluvia arreciaba—. Recuerde que me prometió...

—¡Sí! —atajóme, bien plantado sobre sus piernas abiertas, erguido el tronco y adelantada la mandíbula, en su típica actitud agresiva—. No hace falta que me lo recuerde. Lo prometí a usted, y a mí mismo... y a «ellos». De ahora en adelante, seré el dueño de mi propio destino. ¡Voy a dirigir esa película!

A pesar de la oscuridad del atardecer, pude ver claramente el rostro de Jeffrey Franklin cuando alzó un poco la barbilla, para mirar al cielo. Entonces sucedió «aquello».

Fue un rayo, por supuesto, una vulgar chispa eléctrica que en una fracción de segundo redujo a cenizas a Jeffrey Franklin, a la proyectada película, a mis doradas esperanzas... ¡a todo! Tal como luego referirían los periódicos, y como yo me lo repetí más tarde, una y otra vez, tratando de convencerme, sólo fue una fortuita desgracia. Pero no podré negar lo que vi con mis propios ojos: la revelación definitiva de lo que Franklin había estado diciéndome. Porque aunque no discutiré que fue un rayo, la forma que adoptó al incidir sobre Franklin resultó estremecedoramente singular:

como las dos hojas de una gigantesca tijera.

MADRE DE SERPIENTES

El vudismo es algo muy raro. Hace cuarenta años era un tema desconocido, salvo en ciertos círculos esotéricos. En la actualidad existe una sorprendente cantidad de información al respecto debido a la investigación... y una sorprendente cantidad de información errónea. Recientes libros populares sobre el tema son, en su mayor parte, fantasías puramente románticas, elaboradas con las incompletas teorizaciones de los ignorantes.

Sin embargo, quizá esto sea lo mejor. Pues la verdad sobre el vudú es tal que a ningún escritor le interesaría o se atrevería a imprimirla. Parte de ella es peor que sus más descabelladas fantasías. Yo mismo he visto algunas cosas de las que no quiero discutir. Además, sería inútil contárselo a la gente, pues no me creería. Y una vez más quizá sea lo mejor. El conocimiento puede ser mil veces más aterrador que la ignorancia.

No obstante, yo lo sé porque he vivido en Haití, la isla oscura. He aprendido mucho por las leyendas, he tropezado con muchas cosas por accidente, y casi todo mi conocimiento proviene de la única fuente de verdad auténtica : las declaraciones de los negros. Por lo general, esos viejos nativos del país de la colina negra no son gente habladora. Hizo falta paciencia y un trato prolongado con ellos antes de que se abrieran y me contaran sus secretos. Ésa es la razón por la que muchos de los libros de viaje son tan palpablemente falsos... ningún escritor que permanece en Haití durante seis meses o un año podría ganarse la confianza de aquellos que conocen los hechos. Hay tan pocos que en realidad los conocen... tan pocos que no tienen miedo de relatarlos.

Pero yo los he descubierto. Dejad que os hable de los viejos días ; los viejos tiempos en que Haití se levantó en un imperio transportado en una ola de sangre.

Fue hace muchos años, poco después de que los esclavos se hubieran rebelado. Toussaint l'Ouverture, Dessalines y el Rey Christophe los liberaron de sus amos franceses, los liberaron después de sublevaciones y masacres y establecieron un reino basado en una crueldad más fantástica que el despotismo que imperaba antes.

Por entonces no había negros felices en Haití. Habían conocido demasiado la tortura y la muerte ; la vida despreocupada de sus vecinos de las Indias Occidentales era por completo ajena a estos esclavos y descendientes de esclavos. Floreció una extraña combinación de razas : salvajes hombres tribales de Ashanti, Dambalalah y la costa de Guinea ; caribeños hoscos ; vástagos morenos de franceses renegados ; mezclas bastardas de sangre española, negra e india. Mestizos y mulatos taimados y traicioneros gobernaban la costa, pero había moradores aún peores en las colinas de allende.

Había selvas en Haití, junglas impenetrables, bosques rodeados de montañas e infestados de ciénagas llenas de insectos venenosos y fiebres pestilentes. Los hombres blancos no se atrevían a entrar allí, pues eran peores que la muerte. Plantas chupadoras de sangre, reptiles venenosos y orquídeas enfermas atiborraban los bosques, que escondían horrores que África jamás había conocido.

Pues es en aquellas colinas donde floreció el vudú verdadero. Se dice que allí vivían hombres, descendientes de los esclavos fugados, y facciones proscritas que habían sido expulsados de la isla. Rumores furtivos hablaban de pueblos aislados que practicaban el canibalismo, mezclado con oscuros ritos religiosos más terribles y perversos que cualquier cosa que hubiera salido del mismo Congo. La necrofilia, la adoración fálica, la antropomancia y versiones distorsionadas de la Misa Negra eran corrientes. La sombra de Obeah estaba por todas partes. El sacrificio humano era común, las ofrendas de gallos y cabras cosas aceptadas. Había orgías alrededor de los altares vudú, y se bebía sangre en honor de Barón Samedi y los otros dioses negros traídos desde tierras antiguas. Todo el mundo lo sabía. Cada noche los tambores rada resonaban desde las colinas, y los fuegos centelleaban por encima de los bosques. Muchos papalois y hechiceros conocidos residían en el linde mismo de la costa, pero jamás se los molestó. Casi todos los negros "civilizados" aún creían en los hechizos y los filtros ; incluso los que iban a la iglesia se entregaban a los talismanes y encantamientos en tiempos de necesidad. Los así llamados negros "educados" de la sociedad de Port-au-Prince eran abiertamente emisarios de las tribus bárbaras del interior, y a pesar de la muestra exterior de civilización, los sangrientos sacerdotes todavía gobernaban detrás del trono.

Desde luego había escándalos, desapariciones misteriosas y protestas esporádicas de los ciudadanos emancipados. Pero no era sabio meterse con aquellos que se inclinaban ante la Madre

Negra, o provocar la ira de los terribles ancianos que moraban a la sombra de la Serpiente.

Ése era el rango de la hechicería cuando Haití se convirtió en una república. La gente a menudo se pregunta por qué existe aún la magia hoy en día ; quizá sea más secreta, pero todavía sobrevive. Se pregunta por qué los espantosos zombis no son destruidos, y por qué el gobierno no ha intervenido para erradicar los demoníacos cultos de sangre que aún acechan en la penumbra de la jungla.

Tal vez esta historia proporcione una respuesta : este cuento secreto y antiguo de la nueva república. Los funcionarios, al recordar el relato, todavía tienen miedo a interferir demasiado, y las leyes que han sido promulgadas se hacen cumplir con poca fuerza.

Porque el Culto de la Serpiente de Obeah jamás morirá en Haití... en Haití, esa isla fantástica cuya sinuosa costa se parece a las fauces abiertas de una monstruosa serpiente.

Uno de los primeros presidentes de Haití era un hombre culto. Aunque nacido en la isla, fue educado en Francia, y cursó extensos estudios durante su estancia en el extranjero. En su acceso al cargo más alto de la tierra se le vio como un cosmopolita ilustrado y sofisticado del tipo moderno. Por supuesto que aún le gustaba quitarse los zapatos en la intimidad de su despacho, pero nunca exhibió sus pies desnudos en capacidad oficial. No me malinterpretéis, el hombre no era un Emperador Jones ; sencillamente, era un caballero de ébano instruido cuya natural barbarie en ocasiones atravesaba su lustre de civilización.

De hecho, era un hombre muy astuto, Tenía que serlo con el fin de llegar a presidente en aquellos tempranos días ; sólo los hombres extremadamente astutos alcanzaron alguna vez ese rango. Quizá os ayude un poco que os diga que en aquellos tiempos el término "astuto" era para un haitiano educado sinónimo de "deshonesto". Por lo tanto, resulta fácil darse cuenta del carácter que tenía el presidente cuando se sabe que se lo consideraba uno de los políticos de más éxito que jamás haya dado la república.

En su corto reinado pocos enemigos se le opusieron ; y aquellos que trabajaban contra él por lo general desaparecían. El hombre, alto y negro como el carbón, con la conformación física de cráneo de un gorila albergaba un cerebro notablemente capaz bajo su frente prominente.

Su habilidad era fenomenal. Tenía una perspicacia para las finanzas que le benefició mucho ; es decir, le benefició tanto en su vida oficial como personal. Siempre que consideraba necesario subir los impuestos, también incrementaba el ejército y lo enviaba a escoltar a los recaudadores. Sus tratados con los países extranjeros eran obras maestras de ilegalidad legal. Este Maquiavelo negro sabía que debía trabajar deprisa, ya que los presidentes tenían una manera peculiar de morir en Haití. Parecían particularmente sensibles a la enfermedad... "envenenamiento por plomo", como podrían decir nuestros modernos amigos gánsters. Así que el presidente actuó deprisa en verdad, y realizó un trabajo magistral.

Realmente fue notable, a la vista de su pasado humilde. Pues la suya fue una saga de éxito al estilo del buen Horatio Alger. No conoció a su padre. Su madre era una bruja en las colinas, y aunque bastante famosa, había sido muy pobre. El presidente había nacido en una cabaña de madera ; todo un entorno clásico para una futura y distinguida carrera. Sus primeros años habían sido plácidos, hasta que a los trece años lo adoptó un benevolente ministro protestante. Durante un año vivió con ese hombre amable, realizando las tareas de un criado en la casa. De repente, el pobre ministro murió a causa de un oscuro mal ; fue de lo más lamentable, pues había sido bastante rico y su dinero aliviaba gran parte del sufrimiento de esa zona en particular. En cualquier caso, ese rico ministro murió, y el hijo de la pobre bruja partió a Francia para recibir una educación universitaria.

En cuanto a ella, se compró una mula nueva y no dijo nada. Su habilidad con las hierbas le había proporcionado a su hijo una posibilidad en el mundo, y estaba satisfecha.

Pasaron ocho años antes de que el muchacho regresara. Había cambiado mucho desde su partida ; prefería la sociedad de los blancos y la de los mulatos de piel clara de Port-au-Prince. Se sabe que también le prestaba poca atención a su anciana madre. Su melindrez recién adquirida le hacía ser

dolorosamente consciente de la ignorante simpleza de la mujer. Además, era ambicioso, y no le interesaba publicitar su relación con una bruja tan famosa.

Porque ella era bastante famosa a su manera. De dónde había venido y cuál era su historia original, nadie lo sabía. Pero durante muchos años su cabaña en las montañas había sido el punto de encuentro de adoradores extraños e incluso de emisarios extraños. Los oscuros poderes de Obeah se evocaban en su sombrío altar de las colinas, y un grupo furtivo de acólitos residía allí con ella. Sus fuegos rituales siempre brillaban en las noches sin luna, y se entregaban bueyes en bautismos sangrientos al Reptil de la Medianoche. Pues era una Sacerdotisa de la Serpiente.

Ya sabéis, el Dios-Serpiente es la deidad real de los cultos a Obeah. Los negros adoraban a la Serpiente en Dahomey y Senegal desde tiempos inmemoriales. Veneran a los reptiles de forma peculiar, y existe cierto vínculo oscuro entre la serpiente y la luna creciente. ¿Curiosa, verdad, esa superstición de la serpiente? El Jardín del Edén tuvo a su tentador, ya sabéis, y la Biblia habla de Moisés y su báculo de serpientes. Los egipcios reverenciaban a Set, y los antiguos hindúes tenían un dios cobra. Da la impresión de estar generalizado por todo el mundo ese odio y adoración por las serpientes. Siempre parecen ser reverenciadas como criaturas del mal. Los indios americanos creían en Yig, y los mitos aztecas siguen el modelo. Y, por supuesto, las danzas ceremoniales de los Hopi son del mismo orden.

Pero las leyendas de la Serpiente Africana son especialmente terribles, y las adaptaciones haitianas de los ritos sacrificales son peores.

En la época de la que hablo se creía que algunos de los grupos vudú criaban en realidad serpientes; pasaban a los reptiles de contrabando desde Costa de Marfil para usarlos en sus prácticas secretas. Había rumores de pitones de unos seis metros que se tragaban bebés que les eran ofrecidos en los Altares Negros, y de envíos de serpientes venenosas que mataban a los enemigos de los maestros del vudú. Es un hecho conocido que un peculiar culto que adoraba a los gorilas había introducido furtivamente en el país a unos simios antropoides; por lo que las leyendas de la serpiente podrían haber sido igualmente verdad.

Sea como fuere, la madre del presidente era una sacerdotisa, y tan famosa, a su manera, como su distinguido hijo. Él, justo después de su regreso, había ascendido poco a poco al poder. Primero había sido recaudador de impuestos, luego tesorero, y por último presidente. Varios de sus rivales murieron, y aquellos que se le opusieron no tardaron en descubrir que era oportuno eliminar su odio; pues aún era un salvaje de corazón, y a los salvajes les gusta torturar a sus enemigos. Se rumoreaba que había construido una cámara de torturas secreta bajo el palacio, y que sus instrumentos estaban oxidados, aunque no por el desuso.

El abismo entre el joven estadista y su madre comenzó a ensancharse justo antes de su subida al poder presidencial. La causa inmediata fue su matrimonio con la hija de un rico plantador mulato de piel clara de la costa. No sólo la anciana se vio humillada porque su hijo contaminó la estirpe familiar (ella era negra pura, y descendiente de un rey-esclavo de Nigeria), sino que se mostró más indignada debido a que no fue invitada a la boda.

Se celebró en Port-au-Prince. Los cónsules extranjeros asistieron, y la crema de la sociedad haitiana estuvo presente. La hermosa novia había sido educada en un convento y sus antecedentes se consideraban en la más alta estima. Sabiamente, el novio no se dignó a profanar la celebración nupcial incluyendo a su desagradable madre.

Sin embargo, ella fue y observó la celebración desde la puerta de la cocina. Y estuvo bien que no revelara su presencia, ya que habría avergonzado no sólo a su hijo, sino también a unos cuantos más... dignatarios que a veces la consultaban de manera no oficial.

Lo que vio de su hijo y de su prometida no fue agradable. El hombre era ahora un dandy afectado, y su esposa una coqueta tonta. La atmósfera de pompa y ostentación no la impresionó; detrás de sus máscaras festivas de educada sofisticación, sabía que la mayoría de los presentes eran negros supersticiosos que habrían ido corriendo a verla en busca de encantamientos o consejos oraculares

en cuanto tuvieran problemas. No obstante, no hizo nada ; sólo sonrió con amargura y volvió a casa cojeando. Después de todo, todavía amaba a su hijo.

Sin embargo, la siguiente afrenta no pudo pasarla por alto. Fue en la toma del cargo de nuevo presidente. Tampoco a ese acontecimiento se la invitó, pero ella fue. Y en esta ocasión no se quedó en las sombras. Después de que el juramento de posesión fuera recitado, marchó con decisión ante la presencia del nuevo gobernante de Haití y lo abordó delante de los mismos ojos del cónsul de Alemania. Era una figura grotesca : una vieja pequeña y fea que apenas medía un metro y medio, negra, descalza y vestida con harapos.

Naturalmente, el hijo ignoró su presencia. La bruja marchita se pasó la lengua por sus encías desdentadas en terrible silencio. Luego, con tranquilidad, comenzó a maldecirlo... no en francés, sino en el dialecto nativo de las colinas. Invocó la ira de sus sangrientos dioses sobre su cabeza desagradecida, y le amenazó tanto a él como a su esposa con venganza por su relamida ingratitud. Los invitados quedaron conmocionados.

También el nuevo presidente. No obstante, no perdió la compostura. Con calma llamó con un gesto a los guardias, quienes se llevaron a la ahora histérica bruja. Trataría con ella después.

La noche siguiente, cuando consideró adecuado bajar a la mazmorra a razonar con su madre, ella no estaba. Había desaparecido, le dijeron los guardias, moviendo los ojos misteriosamente. Hizo que fusilaran al carcelero y regresó a sus aposentos oficiales.

Estaba un poco preocupado respecto a la maldición. Veréis, él sabía de lo que era capaz la mujer. Tampoco le gustaron las amenazas que profirió contra su mujer. Al día siguiente hizo que fabricaran unas balas de plata, igual que el Rey Henry en los viejos días. También compró un encantamiento ouanga de un hechicero que conocía. La magia lucharía contra la magia.

Aquella noche, una serpiente le visitó en sueños ; una serpiente de ojos verdes que le susurró a la manera de los hombres y le siseó con aguda y burlona risa cuando él la golpeó en su sueño. Por la mañana había un olor reptilisco en su dormitorio, y un légamo nauseabundo sobre su almohada que emitía un olor similar. Y el presidente supo que sólo su encantamiento le había salvado.

Aquella tarde su esposa echó en falta uno de sus vestidos parisinos, y el presidente interrogó a los sirvientes en su cámara de torturas. Descubrió algunos hechos que no se atrevió a contarle a su mujer, y a partir de ese momento dio la impresión de estar muy triste. Ya había visto trabajar a su madre con figuras de cera antes : pequeños maniqués que se parecían a hombres y mujeres, vestidos con partes de sus prendas robadas. A veces les clavaba agujas o los asaba sobre un fuego bajo. Siempre las personas reales enfermaban y morían. Ese conocimiento hizo al presidente bastante desdichado, y estuvo más preocupado cuando regresaron unos mensajeros y le dijeron que su madre había desaparecido de su vieja cabaña en las colinas.

Tres días después su esposa murió de una herida dolorosa en el costado que los médicos no pudieron explicar. Estuvo en agonía hasta el final, y justo antes de morir se rumoreó que su cuerpo se puso azul y se hinchó hasta el doble de su tamaño normal. Sus rasgos estaban carcomidos como con lepra, y sus extremidades dilatadas se parecían a las de una víctima de elefantiasis. En Haití hay horribles enfermedades tropicales, pero ninguna mata en tres días...

Después de eso, el presidente enloqueció.

Como Cotton-Matters antaño, inició una cruzada de caza de brujas. Se envió a los soldados y a la policía a peinar todo el campo. Los espías fueron a los cobertizos de las cimas de las montañas, y las patrullas armadas se agazaparon en campos lejanos donde trabajan los hombres-muertos vivientes, con sus vidriosos ojos mirando incesantemente a la luna. Se interrogó a las mamalois sobre los fuegos, y se asó a los poseedores de libros prohibidos sobre llamas alimentadas con esos mismos volúmenes que guardaban. Los sabuesos ladraron en las colinas, y los sacerdotes murieron en los altares donde solían realizar sacrificios. Sólo se había dado una orden especial : la madre del presidente debía ser capturada con vida y sin recibir daño alguno.

Mientras tanto, él permaneció sentado en palacio con las brasas de la lenta locura en sus ojos : brasas que ardieron con llama demoníaca cuando los guardias trajeron a la bruja marchita, a quien habían capturado cerca de aquella terrible arboleda de ídolos que hay en la ciénaga.

La llevaron abajo, aunque se debatió y arañó como un gato salvaje, y luego los guardias se fueron y dejaron a su hijo a solas con ella. Solo, en la cámara de torturas, con una madre que le maldijo desde el potro. Solo, con un fuego frenético en los ojos, y un gran cuchillo de plata en la mano...

El presidente pasó muchas horas en su cámara de torturas secreta durante los siguientes días. Rara vez se lo vio por el palacio, y sus sirvientes recibieron órdenes de que no debía molestarle. Al cuarto día subió por la escalera oculta por última vez, y la titilante locura de sus ojos se había desvanecido.

Qué sucedió en la mazmorra subterránea jamás se sabrá con certeza. Sin duda es lo mejor. El presidente era un salvaje de corazón, y para el bárbaro la prolongación del dolor siempre aporta éxtasis...

Sin embargo, se sabe que la vieja bruja maldijo a su hijo con la Maldición de la Serpiente en su último aliento, y ésa es la maldición más terrible de todas.

Se puede obtener cierta idea de lo que pasó conociendo la venganza del presidente, ya que tenía un sentido del humor lúgubre y la noción de la retribución de un salvaje. Su esposa había sido asesinada por su madre, quien creó una imagen de cera de ella. Él decidió hacer lo que sería exquisitamente apropiado.

Cuando subió por la escalera aquella última vez, sus sirvientes vieron que llevaba con él una vela grande, hecha de grasa de cadáver. Y como nadie vio nunca más el cuerpo de su madre, hubo conjeturas curiosas respecto a cómo había conseguido la grasa de cadáver. Pero también la mente del presidente se inclinaba hacia las bromas macabras...

El resto de la historia es muy sencilla. El presidente fue directamente a su despacho en el palacio, donde depositó la vela sobre su escritorio. Había descuidado el trabajo en los últimos días, y tenía muchos asuntos oficiales que atender. Permaneció sentado en silencio un rato, mirando la vela con una sonrisa curiosa y satisfecha. Luego ordenó que le llevaran los documentos y anunció que se ocuparía de ellos de inmediato.

Trabajó toda la noche, con dos guardias estacionados en el exterior junto a la puerta. Sentado a su mesa, se dedicó a su tarea a la luz de la vela... esa vela hecha con grasa de cadáver.

Era evidente que la maldición lanzada por su madre al morir no le molestaba en absoluto. Una vez satisfecho, su ansia de sangre saciada descartó toda posibilidad de venganza. Ni siquiera era lo suficientemente supersticioso como para creer que la bruja pudiera volver de la tumba. Permaneció bastante tranquilo allí sentado, todo un caballero civilizado. La vela proyectaba sombras ominosas sobre el cuarto en penumbra, pero él no lo notó... hasta que fue demasiado tarde. Entonces, alzó la vista... para ver la vela de grasa de cadáver retorcerse hasta adquirir una vida monstruosa.

La maldición de su madre...

¡La vela -la vela hecha con grasa de cadáver- estaba viva ! Era una cosa sinuosa, y que se retorció, moviéndose en su candelabro con un propósito siniestro.

El extremo de la llama pareció brillar con intensidad y adquirir un súbito y terrible parecido. El presidente, sorprendido, vio la cara ígnea de su madre ; una cara diminuta y arrugada de fuego, con un cuerpo de grasa de cadáver que se lanzó hacia el hombre con espantosa facilidad. La vela se estiraba como si estuviera derriéndose ; se estiraba y extendía hacia él de un modo terrible.

El presidente de Haití aulló, pero era demasiado tarde. La resplandeciente llama del extremo se apagó, quebrando el hechizo hipnótico que mantenía en trance al hombre. Y en ese momento la vela saltó, mientras la habitación desaparecía en la temida oscuridad. Era una oscuridad horrible, llena de gemidos y el sonido de un cuerpo debatiéndose que se hizo cada vez más y más débil...

Estaba inmóvil cuando los guardias entraron y encendieron las luces de nuevo. Sabían lo de la vela de grasa de cadáver y la maldición de la madre-bruja. Ésa es la razón por la que fueron los primeros

en anunciar la muerte del presidente ; los primeros en meterle una bala en la nuca y afirmar que se había suicidado.

Le contaron la historia al sucesor del presidente, y éste dio órdenes de que se abandonara la cruzada contra el vudú. Era mejor así, pues el nuevo gobernante no deseaba morir. Los guardias le explicaron por qué le habían disparado al presidente y dicho que había sido suicidio, y su sucesor no quiso arriesgarse a caer en la Maldición de la Serpiente.

Pues el presidente de Haití había sido estrangulado por la vela de grasa del cadáver de su madre... «una vela de grasa de cadáver que estaba enroscada alrededor de su cuello como una serpiente gigantesca.»

LA SOMBRA QUE HUYÓ DEL CHAPITEL

William Hurley era irlandés de nacimiento y taxista de profesión. Sería, pues, redundante calificarle de charlatán.

En el mismísimo instante en que, cierto cálido atardecer veraniego, tomó a un pasajero en el centro de Providence, se puso a charlar. El pasajero era alto y delgado, de treinta y pocos años, y llevaba una cartera. Se sentó en el asiento posterior y rogó al conductor que le llevase a determinado número de Benefit Street. Hurley puso en marcha vehículo y lengua a toda velocidad.

Inició la conversación -que sería estrictamente unilateral- comentando diversos resultados de béisbol. El más sorprendente era, a su juicio, la derrota sufrida por los Gigantes. Indiferente al silencio de su pasajero, formuló luego algunas observaciones sobre el tiempo, detallando las condiciones atmosféricas pasadas, presentes y previstas para el futuro. Al no obtener tampoco contestación, el taxista procedió a analizar cierto suceso local del que informaba la prensa vespertina, a saber: la huida, aquella misma mañana, de dos panteras negras del Langer Brothers Circus, que solía instalarse de cuando en cuando en la ciudad. Por último, preguntó directamente al pasajero si no habría visto por casualidad un par de panteras negras vagando por los alrededores. El pasajero se limitó a mover la cabeza negativamente.

El conductor entonces hizo varios comentarios poco halagüeños sobre la competencia de la policía local. No le extrañaba que no capturasen a esas dos fieras. Según afirmó, los policías de la ciudad no eran capaces de coger ni un constipado, aunque se pasasen un año entero en un frigorífico. Este evidente rasgo de ingenio no pareció divertir al pasajero y, antes de que Hurley reanudase su monólogo, llegaron al número indicado de Benefit Street. Ochenta y nueve centavos cambiaron de bolsillo, pasajero y cartera se apearon y el taxi emprendió de nuevo la marcha.

En aquellos momentos, William Hurley ignoraba que pronto se iba a convertir oficialmente en la última persona que había visto con vida a su callado pasajero.

Lo demás son conjeturas (afortunadamente, tal vez). Ciertamente, sin embargo, que de lo que sucedió aquella noche en el viejo caserón de Benefit Street es fácil sacar ciertas conclusiones. Lo difícil es aceptarlas con ánimo leve.

Uno de los detalles más fáciles de esclarecer es el extraño silencio y la distante altivez del pasajero de Hurley. Este pasajero -Edmund Fiske, de Chicago (Illinois)- se dedicó, durante todo el trayecto, a meditar sobre la culminación de quince años de búsquedas e investigaciones. En efecto, aquel recorrido en taxi representaba para él la última etapa de su largo camino y, durante ella, pasó revista a las vicisitudes sufridas en el curso de su aventura.

Las investigaciones de Edmund Fiske habían comenzado el 8 de agosto de 1935, con motivo del fallecimiento de su íntimo amigo Robert Harrison Blake, de Milwaukee.

Durante su adolescencia, Blake, movido -como el propio Fiske- por su precoz y entusiasta interés hacia la literatura fantástica, había formado parte del «Círculo de Lovecraft», de ese grupo de escritores que mantenían correspondencia entre sí y con Howard Phillips Lovecraft, de Providence, ya fallecido.

Fiske y Blake se habían conocido precisamente a través de dicha correspondencia. Luego intercambiaron visitas: el uno fue a Milwaukee y después el otro a Chicago. Y en torno a su común interés por la literatura terrorífica y el arte fantástico fue cristalizando una sólida amistad que se truncó por el inesperado e inexplicable fallecimiento de Blake.

La mayor parte de las circunstancias que concurrieron en la muerte de éste y algunas de las conjeturas que entonces se hicieron fueron recogidas por Lovecraft en su relato «El Morador de las Tinieblas», que se publicó año y pico después de haber muerto el joven Blake.

Lovecraft se hallaba en una situación inmejorable para conocer lo sucedido. El había sido precisamente quien, a principios de 1935, aconsejó a Blake que se trasladase a Providence, y él también quien le encontró alojamiento en College Street. Así, pues, los hechos singulares que culminaron con la muerte del joven Robert Harrison Blake fueron relatados por el maduro y fantástico escritor en su doble calidad de amigo y vecino.

En dicho relato, Lovecraft nos cuenta que Blake quería escribir una novela sobre ciertos ritos brujeriles que habían sobrevivido en Nueva Inglaterra, pero, con su característica modestia, omite que él le ayudó considerablemente, proporcionándole material. Según parece, Blake empezó a escribir su novela y acabó mezclado en un horror que superaba con mucho los de su propia imaginación.

En efecto, Blake se sintió atraído por una iglesia abandonada, negra, casi en ruinas, que se alzaba en Federal Hill y que antaño había sido escenario de cultos esotéricos. En los primeros días de la primavera, visitó el edificio -que, por cierto, todo el mundo evitaba-, e hizo en él determinados descubrimientos que (a juicio de Lovecraft) lo condenaban irremisiblemente a morir.

Lo sucedido fue, en pocas palabras, lo siguiente: Blake entró en la iglesia, cuyas puertas además estaban condenadas, y se encontró con el esqueleto de un tal Edwin M. Lillibridge, que había sido redactor del Providence Telegram y que, a juzgar por las apariencias, había emprendido en 1893 una investigación análoga a la de Blake. El hecho de que su muerte hubiera quedado sin explicar ya resultaba de por sí bastante alarmante, pero mucho más lo era el de que nadie se hubiera atrevido a entrar en la iglesia desde aquel remoto año, ya que, en tal caso, su cadáver no seguiría allí.

En la chaqueta del desventurado periodista, Blake encontró un cuaderno de notas que permitía adivinar en parte lo sucedido.

Un tal profesor Bowen, de Providence, había viajado mucho por Egipto y en 1843, durante unas excavaciones que dirigió en el sepulcro de Nefrén-Ka, había efectuado un descubrimiento insólito. Nefrén-Ka es «el faraón olvidado», cuyo nombre fue maldito por los sacerdotes y borrado de todas las crónicas dinásticas. Por entonces, el joven escritor estaban familiarizado con el nombre de Nefrén-Ka porque otro escritor de Milwaukee acababa de publicar una narración titulada «El Santuario del Faraón Negro»* que trataba justamente de este gobernante casi legendario. Pero el descubrimiento que hizo Bowen en su sepulcro fue completamente inesperado.

En el cuaderno del periodista no se precisaba la índole de dicho descubrimiento, pero en cambio se enumeraban, con gran exactitud y en orden cronológico, ciertos hechos ocurridos a continuación. Inmediatamente después de hacer el descubrimiento, el profesor Bowen había abandonado las excavaciones y regresado a Providence. En 1844 adquirió en esta ciudad el edificio de la Iglesia del

Libre Albedrío, que convirtió en sede de una secta religiosa llamada «Sabiduría de las Estrellas». Los miembros de dicha secta, que evidentemente habían sido reclutados por el propio Bowen, eran adoradores de una entidad a la que llamaban «El Morador de las Tinieblas». Hundiendo la mirada en cierto cristal sagrado, conseguían evocar a dicha entidad, a la que rendían culto mediante sacrificios de sangre.

Al menos, éste es el fantástico bulo que había circulado en Providence por aquellos tiempos y a consecuencia del cual la iglesia en cuestión se había convertido en un lugar maldito que la gente procuraba evitar. Tales temores supersticiosos fomentaron la inquietud del vecindario, que pronto se tradujo en acción directa. En mayo de 1877 las autoridades, coaccionadas por el público, disolvieron la secta, muchos de cuyos miembros abandonaron súbitamente la ciudad.

La propia iglesia fue cerrada y sellada. Aunque parezca imposible, la curiosidad de las gentes no pudo vencer el temor supersticioso que inspiraba el edificio, de modo que nadie se atrevió a entrar en él hasta que, en 1893, el periodista Lillibridge decidió emprender su desdichada investigación. En esencia, tales eran los hechos recogidos en el cuaderno encontrado junto a los restos del periodista. Blake lo leyó, pero no por ello abandonó su proyecto, y siguió registrando la iglesia. Por último, dio con el misterioso objeto encontrado por Bowen en el sepulcro egipcio, objeto que servía de centro y eje a los rituales mágicos de la antigua secta. Se trataba de un estuche metálico, asimétrico, cuya tapa -dotada de extraños goznes- llevaba muchísimos años sin cerrar. En su interior, suspendido por siete soportes, había un cristal poliédrico de diez centímetros de longitud y de color negro rojizo. Pero Blake no sólo lo vio, sino que lo miró; y no sólo lo miró sino que hundió su mirada en él, precisamente como la hundían los adoradores del «Morador» y con idénticos resultados. Pronto fue asaltado por extraños fenómenos psíquicos y por «visiones de otras tierras y de los espacios transestelares», que han pasado luego a formar parte de la superstición popular.

Y entonces Blake cometió su gran, su enorme equivocación: cerró la caja.

Según las creencias recogidas por Lillibridge, el modo de invocar a la propia entidad extraterrestre, al Morador de las Tinieblas en persona, era precisamente cerrar la caja. Era una criatura de las tinieblas y no podía soportar la luz. Y por la noche, en la negrura de aquella iglesia ruinoso de ventanas condenadas, respondió a la invocación

Blake huyó aterrado de la iglesia, pero el daño ya estaba hecho. A mediados de julio, en el curso de una tormenta, se produjo un apagón que dejó Providence a oscuras durante una hora y la colonia italiana vecina a la iglesia abandonada oyó ruidos sordos y torpes en el interior de sus muros envueltos en sombras.

A pesar de la lluvia, estos vecinos salieron en masa a la calle con velas y linternas encendidas para evitar, mediante una barrera luminosa, la aparición de la temida criatura que allí moraba.

Esta reacción pública ponía de manifiesto que la vieja leyenda seguía gozando de crédito en el vecindario. A raíz de esta tormenta, la prensa se interesó en el asunto y el día 17 de julio penetraron en la vieja iglesia dos periodistas acompañados de un policía. No descubrieron nada de particular, excepto ciertas manchas pringosas e inexplicables que ensuciaban las escaleras y los bancos.

Al cabo de un mes escaso -exactamente el 8 de agosto a las 2,35 de la madrugada-, durante una tormenta acompañada de gran aparato eléctrico, Robert Blake falleció mientras se hallaba sentado ante la ventana de su apartamento de College Street.

En el curso de dicha tormenta, durante los minutos que precedieron su muerte, Blake garrapateó en su diario frenéticas anotaciones que reflejaban sus obsesiones y terrores más íntimos en relación con el Morador de las Tinieblas. Blake estaba persuadido de que, al haber mirado el extraño cristal contenido en la caja, había establecido algún tipo de vínculo con aquella criatura extraterrestre.

Creía además -y con toda firmeza- que, al cerrar la caja, dicha criatura había resultado invocada y obligada a morar en las tinieblas del chapitel. Tampoco dudaba de que su propio destino estaba ligado irrevocablemente al del monstruo.

Todo esto es lo que revelan sus últimos mensajes, anotados apresuradamente mientras, desde su ventana, contemplaba los progresos de la tormenta.

Mientras tanto, en Federal Hill, en torno a la iglesia, se había congregado una multitud de italianos aterrados que, como anteriormente, rodearon el edificio de una barrera luminosa. Es innegable que se oyeron ruidos alarmantes procedentes del interior de la iglesia condenada. De ello dan fe, por lo menos, dos testigos que la merecen plenamente: el padre Meruzzo, de la iglesia del Espíritu Santo, que se hallaba presente para tranquilizar a su grey, y el agente (hoy sargento) William J. Monahan, de la Comisaría Central, que se esforzaba por mantener el orden y evitar el pánico colectivo. Este último aseguró haber visto personalmente una «mancha borrosa», como una humareda, que, a su juicio, salió del chapitel del antiguo campanario del edificio en el mismo momento en que estallaba el postrer relámpago de la tormenta.

Este último relámpago, rayo, bola de fuego o como se le quiera llamar, inundó toda la ciudad de una luz cegadora, quizá en el mismo instante en que Robert Harrison Blake, situado en la otra punta de la población, garrapateaba estas palabras: «¿Acaso no es un avatar de Nyarlathotep, que ya en la antigua y sombría Khem había tomado apariencia de hombre?»

Pocos momentos después, murió. A pesar de que la ventana se hallaba intacta, el médico forense dictaminó que la causa de la muerte había sido «una descarga eléctrica». Este diagnóstico no convenció, según Lovecraft, a otro médico amigo suyo, quien, al día siguiente, intervino en el asunto. Pese a carecer de autorización judicial, entró en la iglesia y subió al chapitel sin ventanas, en cuyo interior encontró la rara caja asimétrica -¿acaso de oro?- y la sorprendente piedra cristalina que contenía. Al parecer, lo primero que hizo a continuación fue levantar la tapa de la caja y exponer su contenido a la luz del sol. Y lo segundo, que se sepa, fue alquilar una embarcación y arrojar caja y piedra al canal más profundo de la Bahía de Narragansett.

Aquí termina el relato de la muerte de Blake, que -como pura ficción literaria- escribió y publicó Lovecraft. Y aquí empiezan las investigaciones de Edmund Fiske, que duraron quince años. Naturalmente, Fiske había estado al corriente de algunos de los hechos recogidos en el supuesto cuento de Lovecraft. Cuando, aquella primavera, Blake marchó a Providence, Fiske le había prometido hacer todo lo posible por visitarle al otoño siguiente. Al principio, ambos amigos habían mantenido una correspondencia regular, pero, al empezar el verano, Blake dejó de contestarle.

Por entonces, como es lógico, Fiske ignoraba la exploración que había efectuado su amigo en la iglesia en ruinas. Como no le pareció justificado el silencio de Blake, escribió a Lovecraft por si éste podía darle alguna explicación.

Poco fue de lo que Lovecraft le pudo informar. Según le refirió, el joven Blake le había visitado a menudo durante sus primeras semanas de estancia en Providence, le había consultado algunos detalles relativos a la novela que quería escribir y juntos habían dado algunos paseos nocturnos por la ciudad.

Pero durante el verano Blake había dejado de ir a su casa o de llamarle. Lovecraft era un hombre tímido y retraído y no entraba en sus costumbres imponer su presencia a los demás ni mezclarse en vidas ajenas. Por lo tanto, dejó transcurrir varias semanas sin buscar a Blake.

Cuando, por fin, fue a visitarlo, lo halló excitadísimo y supo por él de sus aventuras en la terrible y solitaria iglesia de Federal Hill. Lovecraft tuvo con el adolescente palabras de advertencia y consejo, pero ya era demasiado tarde. A la semana de su visita ocurrió el terrible desenlace.

Fiske se enteró de él, por Lovecraft, al día siguiente, y tuvo que enfrentarse con la dura tarea de comunicárselo a los padres de Blake. Estuvo tentado por acudir inmediatamente a Providence, pero la falta de dinero y la urgencia de sus propios asuntos domésticos le obligaron a abandonar esta idea. Cuando llegaron los restos mortales de su amigo, Fiske asistió a la breve ceremonia de cremación.

Por entonces fue cuando Lovecraft inició sus propias pesquisas, que dieron como resultado su conocida narración. Y aquí debía haberse puesto el punto final al asunto. Pero Fiske no se quedó satisfecho.

Su mejor amigo había muerto en circunstancias que aún los más escépticos tendrían que calificar de misteriosa. Las autoridades locales habían explicado los hechos de modo fatuo e inadecuado y dado un carpetazo demasiado rápido al asunto. Fiske decidió averiguar la verdad.

No hay que olvidar un hecho muy notable: tanto Lovecraft y Blake como Fiske eran escritores profesionales muy interesados en lo sobrenatural o supranormal. Los tres tenían acceso a un abundante material bibliográfico referente a leyendas y supersticiones antiguas. Resulta un tanto irónico que de tan extensos conocimientos sólo se limitasen a hacer uso en sus vagabundeos por la llamada «literatura fantástica», pero cabe afirmar que sus propias experiencias impedían a los tres tomar a broma, como sus lectores, los mitos de que trataban sus obras.

En efecto, como escribió Fiske a Lovecraft, «sabemos que la palabra #mito# no es más que un cortés eufemismo. La muerte de Blake no es un mito sino una espantosa realidad. Le ruego que investigue a fondo y estudie el problema en su totalidad, ya que si el diario de Blake contiene algo de verdad, por muy remota y desfigurada que sea, no hay ni que decir el peligro que acecha al mundo».

Lovecraft prometió su ayuda, descubrió el destino de la caja metálica y su contenido y se esforzó en vano por concertar una entrevista con el Dr. Ambrose Dexter, domiciliado en Benefit Street. Al parecer, el Dr. Dexter había abandonado la ciudad inmediatamente después de hurtar el «Trapezoedro Resplandeciente» -como lo llamaba Lovecraft- y de deshacerse de él.

Lovecraft entonces se entrevistó con el padre Meruzzo y con el agente Monahan, estudió sistemáticamente los periódicos atrasados en la hemeroteca y procuró reconstruir la historia de la secta «Sabiduría de las Estrellas» y la del ser a que ésta rendía culto.

Naturalmente, descubrió muchas más cosas que las que se atrevió a poner en su presunto cuento, que iba destinado a una revista popular. En las cartas que dirigió a Fiske desde finales de otoño hasta principios de la primavera de 1936, hay alusiones y referencias a ciertas «amenazas procedentes del Exterior». Sin embargo, procuró tranquilizar a Fiske, haciéndole ver que, cualesquiera que fuesen tales amenazas, y aun si su índole era más real que sobrenatural, el peligro había quedado conjurado desde el momento en que el Dr. Dexter eliminó el Trapezoedro Resplandeciente, sin el cual no era posible invocar a la entidad ultraterrena. Tal fue, en esencia, el resultado de las investigaciones de Lovecraft. Durante algún tiempo, las cosas siguieron así.

A principios de 1937, Fiske arregló sus asuntos para trasladarse a Providence y visitar a Lovecraft. Tenía la intención de profundizar por su cuenta las investigaciones efectuadas en torno a la causa de muerte de su amigo. Pero una vez más las circunstancias desbarataron sus planes, pues, en marzo de aquel año, murió Lovecraft. Su inesperado fallecimiento sumió a Fiske en un largo período de desesperación del que tardó en recobrase. Hasta casi un año después no se halló en condiciones de

trasladarse a Providence. Y fue entonces cuando, por primera vez, visitó personalmente el escenario de los trágicos sucesos que habían culminado con la muerte de Blake.

Aún persistían en la ciudad algunas oscuras sospechas no expresadas abiertamente. El médico forense se había mostrado voluble y precipitado, Lovecraft había extremado su tacto y su prudencia, la prensa y el público en general habían aceptado las explicaciones dadas; pero Blake estaba muerto y, en las tinieblas de aquella noche ya lejana, algo terrible había surgido del chapitel.

Fiske creía que, si pudiera visitar la iglesia maldita, hablar con el Dr. Dexter, descubrir por qué motivos había intervenido éste en el asunto y encontrar alguna pista, tal vez consiguiera hallar la verdad o, al menos, limpiar el nombre de su amigo muerto de toda sospecha de desequilibrio mental.

Por tanto, lo primero que hizo al llegar a Providence, tras inscribirse en un hotel, fue encaminar sus pasos hacia la ruinosa iglesia de Federal Hill.

De esta primera gestión sólo obtuvo un chasco inmediato e inevitable. La iglesia en cuestión ya no existía. El otoño anterior, el Municipio había tomado posesión del edificio y lo había mandado derruir. El negro y siniestro chapitel ya no arrojaba su sombra ominosa sobre la colina.

Inmediatamente Fiske decidió visitar al padre Meruzzo, en la cercana iglesia del Espíritu Santo. Pero allí se enteró de que aquel excelente sacerdote había fallecido en 1936, unos meses después que el joven Blake.

Sin dejarse vencer por el creciente desánimo, Fiske intentó localizar al Dr. Dexter, pero su viejo caserón de Benefit Street estaba cerrado y vacío. Llamó entonces al Servicio de Información Sanitaria, donde se le hizo saber escuetamente que Ambrose Dexter, doctor en Medicina, había abandonado la ciudad por tiempo indefinido.

De su visita a la redacción del Bulletin local tampoco obtuvo resultados positivos. Se le permitió -eso sí- curiosear en los archivos del periódico y tuvo así oportunidad de leer la reseña -asépticamente objetiva e insultantemente breve- de la muerte de Blake. Pero los dos redactores que firmaban el reportaje, que eran los mismos que habían visitado personalmente la iglesia de Federal Hill, ya no trabajaban en el periódico porque les habían ofrecido un empleo mejor en otra ciudad.

Naturalmente, no eran éstas las únicas pistas. Había otras varias que Fiske siguió durante la semana siguiente. Pero todas resultaron infructuosas. Examinó un ejemplar del «Quién es quién» que no añadió ningún detalle significativo a la imagen que se había formado del Dr. Dexter: había nacido en Providence, donde residía; tenía cuarenta años de edad; era soltero; ejercía la medicina general y pertenecía a varias asociaciones profesionales. Esto era todo. No figuraba la menor indicación sobre aficiones insólitas o intereses inusitados que permitieran esclarecer los motivos que le habían impulsado a intervenir en el asunto.

Por fin Fiske logró dar con el paradero del sargento William J. Monahan, de la Comisaría Central, y hablar así por primera vez con una persona directamente relacionada con los hechos que a él le interesaban. Monahan se mostró cortés pero un tanto receloso.

A pesar de que Fiske le contó detalladamente sus temores y pesquisas, el policía mantuvo una prudente reserva.

-De veras que no tengo nada que contarle -aseguró-. Es cierto, como dijo el señor Lovecraft, que yo estuve esa noche en la iglesia. Pero es que se había reunido mucho personal y no quiera usted saber la que se podía haber organizado si se desmandan unos cuantos. En ese barrio hay tipos de cuidado. Es cierto que la iglesia tenía mala fama, pero yo no sé nada. El que sí le podía haber dado más informes era Sheeley.

-¿Sheeley? -exclamó Fiske.

-Sí, Bert Sheeley. Era su zona, ¿sabe? Yo estaba allí sólo para sustituirle porque él estaba de baja con pulmonía. Yo me creía que iba a ser sólo un par de semanas, pero como se murió... Fiske lanzó un amargo suspiro. ¡Otra fuente de información que desaparecía! Blake estaba muerto; Lovecraft, muerto; el padre Meruzzo, muerto; y ahora resultaba que el tal Bert Sheeley también había muerto. Los periodistas se habían ido y el doctor Dexter había desaparecido misteriosamente. Fiske movió la cabeza tristemente, pero insistió:

-Por favor, fíjese bien. Aquella noche, cuando vio usted la mancha en el cielo, ¿no vio usted nada más? ¿Oyó algún ruido especial? ¿Alguno de los vecinos dijo algo que le llamara la atención? Haga un esfuerzo, por favor. Cualquier detalle que usted recuerde puede ser de gran importancia para mí. Monahan negó con la cabeza.

-Lo que es ruidos, ya lo creo que los había -contestó-. Pero con todos los truenos y todo el escándalo, ¿sabe Dios si venían de dentro de la iglesia, como decía el señor Lovecraft! Y tocante al personal, figúrese usted el panorama: las mujeres chillando, los hombres rezando, y los truenos y el viento... Y yo, que guardaran el orden, que es mi obligación; pero no me oía ni mi propia voz. Conque figúrese Sí. me fijaría en lo que decía el personal...

-¿Y la mancha? -insistió Fiske.

-Sí, la mancha. Pues nada, eso: una mancha. Nada más. Una humareda o una nube. ¿Qué sé yo? A lo mejor era una sombra de algo. Pero al momento vino un relámpago. O sea, que ya no vi ni diablos ni mostros ni seres imborrables de esos que saca el señor Lovecraft en sus novelas, que parecen cosa de locos.

Lleno de autosuficiencia, el sargento Monahan se encogió de hombros y descolgó el teléfono para contestar una llamada. Era evidente que daba por terminada la entrevista.

Tales fueron de momento los resultados obtenidos por Fiske. Se pasó el día siguiente en el hotel, telefoneando a todos los Dexter del listín por si localizaba a algún pariente del médico desaparecido. Pero no le sirvió de nada. Se pasó otro día entero en una barca, en la bahía de Narragansett, tratando laboriosamente de familiarizarse con la situación de su «canal más profundo» mencionado por Lovecraft en su narración.

Después de perder toda una semana en Providence, Fiske tuvo que confesarse derrotado y regresó a Chicago, a su trabajo y sus quehaceres habituales. Poco a poco, el caso de Blake fue pasando a un segundo plano de sus intereses, pero nunca lo olvidó del todo ni abandonó su proyecto de desentrañar finalmente el misterio, si es que misterio había.

En 1941, durante un permiso que le concedieron en el campamento de instrucción, el soldado de primera Edmund Fiske pasó por Providence, camino de Nueva York, y aprovechó la oportunidad para intentar localizar de nuevo -y otra vez sin éxito- al Dr. Ambrose Dexter.

En los años 1942 y 1943, desde su destino en ultramar, el sargento Edmund Fiske escribió varias cartas dirigidas al Dr. Ambrose Dexter, Cuartel de Intendencia, Providence (Rhode Island). Tales cartas jamás fueron contestadas y aun se duda si recibidas.

En 1945, en un salón de lectura de las fuerzas norteamericanas acuarteladas en Honolulu, cayó en manos de Fiske cierta revista de astrofísica donde se mencionaba una reunión científica celebrada hacía poco en la Universidad de Princeton. Para su sorpresa, el principal orador había sido el Dr. Ambrose Dexter, que había pronunciado una conferencia sobre «Aplicaciones prácticas de la astrofísica a la técnica militar».

Fiske no regresó a los Estados Unidos hasta finales de 1946. Durante el año siguiente se dedicó, como es natural, a reorganizar su vida. En 1948 volvió a tropezar por casualidad con el nombre del Dr. Dexter, que figuraba esta vez en una lista de «investigadores de física nuclear» publicada por un gran semanario de ámbito nacional. Escribió a la redacción de dicho semanario, solicitando más

datos sobre Dexter, pero no recibió contestación. Envió otra carta a Providence, con idéntico resultado.

En 1949, a últimos de año, el nombre de Dexter llamó una vez más la atención de Fiske desde las columnas de los periódicos. En esta ocasión se le mencionaba con motivo de ciertos debates relacionados con la secretísima Bomba H.

Fiske dio de lado sus sospechas, sus temores, sus fantásticas conjeturas, y decidió actuar. Escribió entonces a un tal Ogden Purvis, que ejercía como detective privado de Providence, y le encargó que localizase al Dr. Ambrose Dexter. Lo único que deseaba es que le pusiera en contacto con él. Estaba dispuesto a pagar un elevado anticipo. Purvis cerró el trato.

Los primeros informes que el detective envió a Fiske, a Chicago, resultaron desalentadores. El domicilio de Dexter seguía deshabitado y el propio Dexter, según datos obtenidos de fuentes oficiales, se hallaba en misión especial. De ello deducía el detective, al parecer, que se trataba de una persona irreprochable consagrada a actividades muy secretas relacionadas con la defensa del país.

La primera reacción de Fiske fue de pánico.

Elevó los honorarios ofrecidos a Purvis e insistió en que éste redoblase sus esfuerzos por encontrar al escurridizo Dr. Dexter.

En el invierno de 1950, Fiske recibió otro informe del detective, comunicándole que había seguido todas las pistas indicadas por él y que una de ellas le había conducido por último a Tom Jonas. Tom Jonas era propietario de la barca alquilada, en aquella lejana noche veraniega de 1935, por el Dr. Dexter. Y era él en persona quien había manejado los remos y conducido la pequeña embarcación hasta «el canal más profundo de la bahía de Narragansett».

Una vez allí, mientras Tom Jonas descansaba, Dexter había arrojado al agua una caja asimétrica de metal mate, cuya tapa abierta permitía ver en su interior el Trapezoedro Resplandeciente. El viejo pescador había hablado al detective con toda libertad y franqueza. El informe confidencial de éste recogía textualmente sus palabras.

-Cosa rara. Muy rara -decía Jonas-. Me dijo que me daba veinte billetes si le llevaba en barca en mitad de medianoche para largar a la mar aquel ojebto con caja y todo. Decía que no había mal en ello y que no hacía daño a nadie y que era un recuerdo de no sé qué y que se lo quería quitar de encima. Pero se pasó todo el rato mirando una cosa como una piedra preciosa que había en la caja y no paró de hablar para sus adentros. Y era un idioma de extranjeros. No era francés ni alemán ni italiano. Polaco, a lo mejor sí. Pero da igual porque no me recuerdo de las palabras que decía. A mí me parecía que iba como bebido. O sea, que no es que yo quiera hablar mal de él, a ver si me comprende, que el señor doctor es de muy buena familia, aunque hace tiempo que no se le ve por aquí, que yo sepa. Pero a mí me se hace que iba un poquitín colocado, a ver si me comprende. Si no, ¿de qué me iba a pagar veinte machacantes por ese trabajo?

El monólogo del viejo pescador, tomado textualmente, era bastante largo, pero no contenía ninguna explicación del extraño asunto. Terminaba así:

-Y pa mí que se alegró de quitárselo de encima, si mal no me equivoco. A la vuelta me dijo, dice: «De esto, ni palabra a nadie». Pero, lo que yo me digo, con los años que han pasado, no hay mal ya en decirlo. Y además a las autoridades hay que contárselo todo.

No cabía duda de que, para hacer hablar a Jonas, el detective había recurrido a un truco muy poco decente: a hacerse pasar por un policía de verdad.

Pero esto no preocupó a Fiske en lo más mínimo. ¡No era poco haber conseguido, al menos, un testimonio de primera mano! Tan satisfecho se sintió, que envió a Purvis un nuevo giro, junto con la indicación de que prosiguiera sus pesquisas. Transcurrieron varios meses de espera.

Por fin, ya casi en el verano, llegó la noticia que tanto había anhelado Fiske. El Dr. Dexter había regresado, instalándose de nuevo en su domicilio de Benefit Street. Puertas y ventanas se habían vuelto a abrir, varios camiones de mudanzas habían devuelto a la casa su mobiliario y hasta había hecho su aparición un criado encargado de abrir la puerta y recoger los recados telefónicos.

El Dr. Dexter no estaba en casa para nadie (incluido el detective privado). Al parecer, se hallaba convaleciente de una grave enfermedad contraída durante sus años de servicio oficial. Purvis le dejó una tarjeta y el doctor prometió darle contestación. Pero ésta no llegó, pese a las repetidas llamadas telefónicas del detective.

A pesar de espiar largamente la casa y de interrogar concienzudamente a los vecinos, tampoco consiguió Purvis echar la vista encima al médico en persona ni hablar con nadie que lo hubiera visto en la calle.

Las tiendas recibían regularmente sus pedidos, en su buzón de correos aparecían cartas y las luces brillaban durante toda la noche en el caserón de Benefit Street.

En realidad, éste fue el único detalle que pudo aducir Purvis en apoyo de cualquier posible rareza del Dr. Dexter. Al parecer, mantenía todas las luces encendidas durante las veinticuatro horas del día.

Inmediatamente, Fiske escribió una carta al Dr. Dexter y, a los pocos días, otra. Pero siguió sin recibir respuesta. Y después de leer varios informes más de Purvis, todos ellos igualmente faltos de interés, se lió la manta a la cabeza y decidió trasladarse a Providence para hablar con Dexter como fuera.

Admitía la posibilidad de que sus sospechas fuesen completamente falsas. Acaso también fuese errónea su suposición de que Dexter se hallaba en condiciones de rehabilitar el nombre de su amigo muerto. Tal vez incluso se equivocaba al imaginar la existencia de un vínculo cualquiera entre ambos. Pero llevaba quince años de angustiosa meditación y ya era hora de poner fin a su propio conflicto interior.

Así, pues, a finales de verano, Fiske telegrafió a Purvis para comunicarle sus intenciones y para citarle, a su llegada, en el hotel donde se alojaría.

Y así fue cómo Edmund Fiske se presentó en Providence por última vez. El día de su llegada, el equipo de los Gigantes había perdido, del Langer Brothers Circus se habían escapado dos panteras y el taxista William Hurley tenía más ganas de cháchara que de costumbre.

Al llegar al hotel, vio que Purvis no había llegado aún, y era tal su impaciencia que decidió actuar por su cuenta. Al atardecer, como hemos visto, tomó un taxi que le llevó a Benefit Street.

Al abandonar el taxi, Fiske se halló ante la morada de Dexter y contempló su lujosa puerta y las luces que se derramaban desde las ventanas del piso superior. Junto a la puerta había una pequeña placa de bronce en la que, a la luz de las ventanas, podía leerse una breve inscripción: «Ambrose Dexter. Médico».

Estos detalles, pese a su trivialidad, contribuyeron a tranquilizar a Fiske. Aunque no se dejase ver, era evidente que el doctor no trataba de ocultar su presencia en su domicilio. Las luces resplandecientes y la placa de bronce eran signos de buen augurio.

Fiske se encogió de hombros y tocó el timbre.

Al momento se abrió la puerta y apareció un hombrecito de piel muy morena que le hizo una ligera reverencia.

-¿El doctor Dexter, por favor?

-El doctor no recibe visitas. Está enfermo.

-¿Querría usted darle un recado, por favor?

-No faltaría más, señor -sonrió el moreno servidor.

-Dígale que desea verle Edmund Fiske durante unos momentos sólo y cuando a él le venga bien. He venido de Chicago sólo para hablar con él, pero lo que tengo que decirle apenas le robará tiempo.

-Espere un momento, por favor.

La puerta se cerró. Fiske permaneció en las crecientes tinieblas, pasándose la cartera de una a otra mano.

De pronto la puerta se volvió a abrir. El criado le miró fijamente.

-Señor Fiske, ¿es usted el señor que le escribió la cartas?

-¿Las cartas? ¡Ah, sí! yo soy, en efecto. No sabía que el doctor las había recibido.

El criado volvió a inclinar la cabeza.

-Eso no lo sé. El doctor me ha dicho que, si usted era el que le había escrito las cartas, le dejase entrar.

Fiske se permitió exhalar un suspiro de alivio perfectamente audible y cruzó el umbral de la puerta. Le había costado quince años dar este paso.

-Es en el primer piso, por esta escalera. El doctor le espera en el despacho. Es la puerta central del descansillo.

Edmund Fiske subió la escalera, cruzó un pequeño descansillo y entró en una habitación donde la luz era tan intensa que casi resultaba tangible.

Y allí, junto a la chimenea, levantándose para saludarle, se hallaba el Dr. Ambrose Dexter.

Era un hombre alto, delgado, impecablemente vestido, que debería tener cincuenta años, pero que apenas representaba treinta y cinco. Sus movimientos eran naturales, elegantes y donosos. En él sólo había un detalle incongruente: el intenso color bronceado de su tez.

-¿De modo que usted es Edmund Fiske?

Su voz era educada, bien modulada, y poseía el acento inequívoco de Nueva Inglaterra. Su apretón de manos fue firme y cálido, y su sonrisa, franca y cordial. Sus dientes resplandecían sobre el fondo de sus facciones tostadas por el sol.

-¿Quiere usted sentarse, por favor? -invitó el médico. Le indicó una silla, con una leve inclinación.

Fiske no podía evitar mirarle fijamente. En el aspecto o en la conducta de su anfitrión no se percibía el menor signo de ninguna enfermedad actual o reciente. El Dr. Dexter sentóse de nuevo en su butaca, junto a la chimenea, y Fiske trasladó su silla para sentarse a su lado. Al hacerlo, pasó ante unas estanterías ocupadas por ciertos libros cuyo tamaño y forma insólitos atrajeron inmediatamente su atención hasta el punto de que, en vez de sentarse, se puso a leer sus títulos grabados en el lomo.

Por primera vez en su vida, Edmund Fiske se halló frente al casi legendario De Vermis Mysteriis, al Liber Ivonis y a la fabulosa versión latina del Necronomicon, que muchos creen inexistente. Sin pedir permiso al dueño de la casa, tomó este último volumen y hojeó sus páginas amarillentas. Era la edición impresa en España en 1622.

Entonces, perdida ya toda compostura, se volvió hacia el doctor Dexter.

-Luego fue usted el que encontró estos libros en la iglesia. En la sacristía que había detrás del altar, en el ábside, ¿verdad? Lovecraft los menciona en su relato y yo siempre me había preguntado qué había sido de ellos.

El Dr. Dexter afirmó gravemente.

-En efecto, yo los cogí. No me pareció prudente dejar que cayeran en manos de las autoridades.

Usted conoce el contenido de esos libros y las consecuencias que podrían acarrear su difusión y, sobre todo, su empleo inescrupuloso.

Fiske, de mala gana, volvió a colocar el libro en su sitio y se sentó frente al médico, junto a la chimenea. Se colocó la cartera sobre las rodillas y manoseó nerviosamente el cierre.

-Tranquílcese -dijo el Dr. Dexter, sonriendo amistosamente-. Y hablemos sin rodeos. Usted ha venido para descubrir qué papel he desempeñado yo en los hechos relacionados con la muerte de su amigo, ¿no es así?

-Sí. Deseaba hacerle varias preguntas.

-Perdone que le interrumpa -dijo el médico, levantando su mano morena y delgada-. No me encuentro bien de salud y sólo puedo concederle unos pocos minutos. Permítame, pues, que me adelante a sus preguntas y le refiera lo poco que sé de este asunto.

-Como desee -Fiske contempló al bronceado caballero que tenía ante sí y se preguntó qué habría detrás de su perfecta compostura.

-Personalmente sólo vi una vez a su amigo Robert Harrison Blake -dijo el Dr. Dexter-. Fue una tarde, a últimos de julio del treinta y seis. Vino a verme como enfermo.

Fiske se inclinó hacia adelante, con ávido interés.

-¡Eso no lo sabía yo! -exclamó.

-No tenía por qué saberlo ni usted ni nadie -repuso el médico-. Vino a consultarme como un enfermo más porque, según dijo, padecía insomnio. Yo le exploré y prescribí un sedante; pero, por si acaso, le pregunté si no había sufrido recientemente ninguna impresión fuerte. Y entonces me refirió su aventura de la iglesia de

Federal Hill y lo que allí había encontrado. Debo advertir a usted que tuve entonces la prudencia de no rechazar su relato como si fuera simplemente el producto de una mente sobreexcitada.

Pertenezco a una de las familias más antiguas de esta ciudad y ya había oído hablar anteriormente de la secta «Sabiduría de las Estrellas» y del llamado Morador de las Tinieblas.

»El joven Blake me confió algunos de sus temores relacionados con el Trapezoedro Resplandeciente y me dio a entender que dicha piedra era un foco de Mal primordial. Asimismo me confesó que temía hallarse vinculado de algún modo a la monstruosa entidad que moraba en la iglesia.

»Naturalmente, este último temor me pareció plenamente irracional e intenté tranquilizar al pobre muchacho. Le aconsejé que abandonara Providence y que olvidara todo el asunto. Y le aseguro a usted que entonces actué con absoluta buena fe. Poco después, en agosto, me enteré del fallecimiento de Blake.»

-Y fue usted a la iglesia, ¿verdad? -dijo Fiske.

-¿Y usted no habría hecho lo mismo? -preguntó a su vez el médico-. Si Blake hubiera acudido a usted y le hubiera confiado sus temores, ¿su muerte no le habría movido a actuar? Le aseguro a usted que mis actos fueron dictados por mi conciencia más estricta. En vez de provocar un escándalo, en vez de desencadenar una oleada de pánico innecesario, en vez de tolerar la más mínima posibilidad de peligro real, preferí ir yo mismo a la iglesia. Cogí los libros y el Trapezoedro Resplandeciente ante las mismísimas narices de la policía. Y luego alquilé una barca y arrojé ese maldito objeto a la bahía de Narragansett, donde ya no puede causar daño alguno a la humanidad. Lo arrojé con el estuche bien abierto, pues, como usted sabe, sólo se puede invocar al Morador mediante la oscuridad. Y ahora la piedra está expuesta a la luz para siempre.

-Pero esto es todo lo que le puedo decir -prosiguió el doctor-. Lamento que mis actividades le hayan impedido verme o comunicarme conmigo en estos últimos años. Comprendo su interés en el asunto y confío en que mis palabras contribuyan, aunque sea en grado muy leve, a calmar sus inquietudes. Con respecto al joven Blake y en mi calidad de médico que lo asistió, tendré sumo gusto en proporcionarle un certificado donde haré constar que, a mi juicio, no padecía trastorno mental alguno en los días que precedieron a su defunción. Mañana lo tendré redactado y se lo enviaré a su hotel, si tiene usted la bondad de darme sus señas. ¿De acuerdo?

El médico se levantó, dando evidentemente por terminada la entrevista. Pero Fiske siguió sentado, manoseando su cartera.

-Y ahora, dispéñeme... -empezó el médico.

-Un momento, por favor. Querría hacerle aún una o dos preguntas más. Es sólo un instante.

-Muy bien, muy bien -si el doctor estaba irritado, no lo dejó traslucir.

-¿Vio usted por casualidad a Lovecraft antes o durante su enfermedad?

-No. Yo no lo asistí nunca. En realidad, no llegué a conocerlo personalmente, aunque desde luego había oído hablar de él y conocía su obra.

-¿Por qué se marchó usted de Providence tan de repente, inmediatamente después de morir Blake?

-Mi interés por la física superó el que sentía por la medicina. Acaso no ignore usted que llevo más de diez años consagrado por completo a investigar la energía atómica y la fisión nuclear.

Precisamente mañana mismo abandono de nuevo Providence para dictar una serie de conferencias en varias universidades del

Este y en ciertos círculos oficiales.

-Eso me interesa mucho, doctor -dijo Fiske-. y, a propósito, ¿conoció usted personalmente a Einstein?

-Efectivamente, hace años. Trabajé con él en... Pero esto no viene al caso. Le ruego ahora que me disculpe. Tal vez en otro momento podamos continuar esta conversación.

Ahora no cabía duda de que el Dr. Dexter comenzaba a impacientarse. Fiske se puso en pie. En una mano llevaba su cartera. Con la otra apagó el portátil que había sobre la mesa.

El Dr. Dexter intervino velozmente y lo volvió a encender.

-¿Por qué tiene miedo a la oscuridad, doctor? -preguntó Fiske suavemente.

-¡Yo no tengo por qué tener... -por primera vez, el médico parecía a punto de perder la compostura-. ¿Qué le hace a usted pensar eso?

-Es por el Trapezoedro Resplandeciente, ¿verdad? -siguió Fiske-. No debió tirarlo al mar. Se apresuró usted demasiado. No se dio usted cuenta entonces de que, por muy abierto que estuviera el estuche, la piedra quedaría en la más absoluta oscuridad, allí en el fondo de la bahía. Tal vez el propio Morador le hizo olvidar ese detalle. Porque usted miró el interior de la piedra, como Blake, y estableció el mismo vínculo espiritual que él. Y, al arrojar la piedra, la entregó para siempre a las tinieblas, donde el Morador aumentaría su poder.

»Por eso se fue usted de Providence, porque tenía miedo de que el Morador viniese a usted como había ido a Blake. Porque usted sabía que el Morador había quedado libre para siempre.

El Dr. Dexter se aproximó a la puerta.

-Debo rogarle que abandone usted mi casa. Si lo que pretende usted dar a entender es que mantengo las luces encendidas por miedo a que el Morador venga por mí, debo asegurarle que se halla usted en un error.

Fiske sonrió de medio lado.

-No me refiero a eso -contestó-. En absoluto. Sé perfectamente que eso no le preocupa a usted. Ya es demasiado tarde. El Morador tuvo que acudir a usted hace mucho tiempo, quizá un par de días después de que usted le devolviese su energía al sumir el Trapezoedro en las tinieblas del fondo del mar. Vino por usted, sí, pero, a diferencia de lo que sucedió con Blake, a usted no le mató.

»Le utilizó, en cambio. Por eso teme usted la oscuridad. La teme porque el propio Morador teme ser descubierto. Creo que, en la oscuridad, debe usted de tener un aspecto distinto, más parecido a su antigua forma. Porque el Morador, en vez de matarle, se fundió con usted. ¡Usted es el Morador de las Tinieblas!

-Verdaderamente, señor Fiske...

-Ya no existe el doctor Dexter. Hace muchos años que esta persona ha dejado de existir. Sólo queda su envoltura externa, poseída por una fuerza más vieja que el mundo, por una fuerza que actúa rápida e inteligentemente y cuya finalidad es destruir por completo a la humanidad. Fue usted el que

se hizo «científico» para introducirse en los círculos adecuados y, una vez allí, sugerir, insinuar secretos ancestrales y ayudar a hombres necios a «descubrir» de pronto la fisión nuclear. ¡Cómo debe usted haberse reído cuando estalló la primera bomba atómica! Y ahora les ha facilitado usted el secreto de la de hidrógeno, y luego les seguirá enseñando nuevos métodos de destruirse a sí mismos.

»Tardé muchos años de meditación en descubrir indicios, en interpretar las claves de los llamados «mitos fantásticos de Lovecraft». Porque Lovecraft escribió en forma de parábolas y alegorías, pero dijo la verdad. En sus relatos está profetizado su retorno, para el que lo sepa leer. Al final, el propio Blake se dio cuenta y dio al Morador su verdadero nombre.

-¿Y cuál es ese nombre? -interrumpió el doctor.

-¡Nyarlahotep!

En el rostro bronceado aparecieron arruguitas de risa.

-Me temo que es usted víctima de las mismas proyecciones fantásticas que tanto hicieron sufrir al pobre Blake y a su amigo Lovecraft. Nadie ignora que Nyarlahotep es un ente de ficción, puramente imaginario, que forma parte de los Mitos de Cthulhu.

-Eso creía yo hasta que descubrí la clave en un poema de Lovecraft. Entonces me di cuenta de que todo encajaba la perfección: el Morador de las Tinieblas, su huida, su repentino interés por la investigación científica... A la luz de esta interpretación, las palabras de Lovecraft tienen un sentido muy distinto. Escuche:

«Y al fin, del remoto corazón de Egipto vino

»El Oscuro Desconocido,

»Ante el Cual se inclinan los fellahs...»

Fiske siguió entonando los versos, sin apartar la vista del rostro atezado del médico.

-¡Qué tontería! -saltó éste-. Si se refiere usted a este trastorno dermatológico que sufro, sepa usted que obedece a una prolongada exposición a las radiaciones, allá en Los Alamos.

Fiske no le prestó atención- Seguía recitando el poema de Lovecraft:

-«...que las bestias salvajes le seguían y lamían sus manos.

»Pronto los océanos dieron a luz en parto monstruoso.

»Tierras olvidadas brotaron, y cúpulas de oro

»Cubiertas de algas de la mar.

»La tierra se hendió y auroras de locura iluminaron

»Las ciudadelas del hombre: escombros y terremoto.

»Y entonces, rompiendo el juguete por azar creado,

»El Caos Idiota, de un soplado,

»Arrojó al vacío la mota de polvo que es la Tierra»* .

El Dr. Dexter movió tristemente la cabeza.

-Es absurdo por completo -afirmó-. Aún en su... ¡ejem!... en el estado en que usted se encuentra, comprenderá que es una pura insensatez. Ese poema no tiene ningún sentido literal. ¿Acaso las bestias salvajes me lamen las manos? ¿Ha visto usted alguna vez un parto del océano? ¡Y terremotos y «auroras de locura»? ¡Figuraciones todo! Padece usted lo que nosotros llamamos «neurosis atómica»; ahora me doy cuenta. Está usted angustiado (y no es usted el único enfermo, créame) por la infundada obsesión de que nuestras investigaciones nucleares van a originar la destrucción del planeta. Pero se trata simplemente de una racionalización, de un producto de su fantasía.

Fiske mantuvo la cartera firmemente sujeta.

-Le digo a usted que esta profecía está escrita en forma de parábola. Sabe Dios lo que sabía o lo que temía Lovecraft. Pero, en todo caso, fue suficiente para decidirle a ocultar el significado de su mensaje. Y aún así es muy probable que fueran ellos quienes se lo llevaron.

-¿Quiénes?

-Los del Exterior. Aquellos a Cuyo servicio está usted. Usted es su Mensajero, Nyarlathotep. Vinculado al Trapezoedro Resplandeciente, vino usted del remoto corazón de Egipto, como dice el poema. Y los fellahs, o sea, los obreros de Providence que se convirtieron a la «Sabiduría de las Estrellas», se inclinaron ante el

«Oscuro Desconocido», al que adoraban con el nombre de Morador de las Tinieblas.

»El Trapezoedro fue arrojado al mar y #pronto los océanos dieron a luz en parto monstruoso# a usted, encarnado de nuevo. esta vez en el cuerpo del doctor Dexter. Y usted enseñó a los hombres nuevos métodos de destrucción. Sí, mediante las bombas atómicas, #la tierra se hendió y auroras de locura iluminaron las ciudadelas del hombre: escombros y terremoto# Lovecraft sabía lo que se decía, y Blake también le reconoció a usted. Y ambos murieron. Me figuro que usted también intentará matarme a mí para seguir adelante con sus conferencias, para apremiar a los científicos, para sugerirles nuevos medios de destrucción. Y por último, de un soplido, lanzará usted #al vacío la mota de polvo que es la Tierra#.

-Por favor -el Dr. Dexter extendió las manos-. Domínese. Permítame que le dé un tranquilizante. ¿No se da usted cuenta de que todo eso es absurdo?

Fiske avanzó hacia él, manipulando el cierre de su cartera. Una vez abierto, metió dentro la mano y la sacó. En ella había un revólver que apuntaba directamente al pecho del Dr. Dexter.

-Claro que es absurdo -murmuró Fiske-. Nadie creyó jamás en la «Sabiduría de las Estrellas» excepto unos pocos fanáticos y algunos inmigrantes analfabetos. Nadie dio nunca crédito a las narraciones de Blake, de Lovecraft o mías. ¡Las tomaban por una especie de entretenimiento morboso! Por la misma razón, nadie creerá nada malo de usted ni de la llamada investigación científica de la energía atómica ni de los demás horrores que usted decida desencadenar para destruir al mundo. Y por eso le voy a matar ahora mismo.

-¡Deje esa pistola!

De pronto, Fiske empezó a temblar. Todo el cuerpo se le contrajo en un espasmo irreprimible y espectacular. Al observarlo, Dexter dio un paso adelante. Los ojos de Fiske se salieron de las órbitas y el médico dio otro paso hacia él.

-¡Atrás! -aulló Fiske con voz alterada por las convulsiones de su mandíbula-. ¡Esto es lo que quería saber! Estás en un cuerpo humano y las armas corrientes te pueden destruir. ¡Te voy a destruir, Nyarlathotep!
Movió la mano.

También la movió el Dr. Dexter, velozmente, hacia el interruptor general de las luces, que estaba en la pared, tras él. Se oyó un chasquido y la habitación quedó sumergida en la oscuridad total.

Pero no era la oscuridad total. Había un resplandor.

La cara y las manos del Dr. Ambrose Dexter resplandecían con un fulgor blanco en la oscuridad. Es de suponer que existan tipos de contaminación radiactiva capaces de producir fosforescencias, y tal habría sido, sin ninguna duda, la explicación que Dexter hubiera dado del extraño fenómeno de haber tenido ocasión de hacerlo.

Pero no la tuvo. Fiske oyó el chasquido, vio el fantástico rostro llameante y se derrumbó.

Tranquilamente, el Dr. Dexter encendió las luces de nuevo y se arrodilló junto al caído cuerpo del joven. Buscó su pulso en vano.

Edmund Fiske había muerto.

El doctor suspiró, se levantó y salió del despacho. Bajó al vestíbulo de la planta baja y llamó a su criado.

-Acaba de ocurrir un penoso accidente -dijo- El joven que había venido a verme era un enfermo mental y ha sufrido un ataque cardíaco. Llame usted inmediatamente a la policía, por favor. Y luego siga haciendo los preparativos del viaje. Nos vamos mañana a pesar de todo; mis conferencias no

pueden esperar.

-Pero a lo mejor le detiene la policía.

-No creo -el Dr. Dexter movió negativamente la cabeza-. Es un caso que no admite duda. Puedo explicar perfectamente lo sucedido. Cuando llegue la policía, hágame saber. Estaré en el jardín.

El doctor atravesó el vestíbulo y salió por la puerta trasera al jardín oculto tras el edificio que daba a Benefit Street. El jardín resplandecía bajo la luna cegadora.

El luminoso espectáculo se hallaba circundado por elevados muros que lo aislaban del mundo.

Nadie había allí, salvo el doctor, cuyo halo resplandeciente se mezcló con la luz plateada de la luna.

En ese momento saltaron por encima del muro dos sombras sedosas y negras. En el frescor del jardín se agazaparon, pero pronto avanzaron, suaves y jadeantes, hacia el Dr. Dexter.

A la luz de la luna vio éste que eran dos panteras negras.

Inmóvil contempló cómo se le acercaban, aterciopeladas y terribles, con los ojos relucientes y abiertas quijadas babeantes.

El Dr. Dexter volvió hacia la luna su rostro burlón cuando las bestias se acurrucaron ante él y lamieron sus manos.
